



ÓSCAR LÓPEZ



DEL 15M AL PROCÉS:




LA GRAN TRANSFORMACIÓN  
DE LA POLÍTICA ESPAÑOLA



PODEMOS, CIUDADANOS, EL DESAFÍO  
SOBERANISTA Y EL FIN DEL BIPARTIDISMO



UN ENSAYO SOBRE EL CAMBIO RADICAL DE LA POLÍTICA  
ESPAÑOLA DURANTE LOS ÚLTIMOS AÑOS



DEUSTO

## Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Introducción

1. Un mundo nuevo

2. Tus hijos vivirán peor que tú

3. La casta

4. Lo viejo y lo nuevo

5. El PPSOE: «Y tú más»

6. «El de la coleta»

7. Telepolítica

8. Un café con Évole

9. Madrid y Barcelona

10. El «pactómetro»

11. Operación «sorpasso»

12. Guerrilla

13. Vistalegre: segundas partes...

14. El camino que va del 135 al 155

15. El Procés en Cataluña

16. El Procés en el resto de España (y de Europa)

17. ¿Tsunami también en la derecha?

18. Ciudadanos S.L.

19. La paradoja socialdemócrata

20. Socialdemocracia y futuro

21. Los Estados Unidos de América y las naciones divididas de Europa

22. Y ahora, ¿qué?

Agradecimientos

Bibliografía

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## SINOPSIS

En la nochevieja de 1999, millones de personas se preocupaban por un colapso digital internacional, un cambio que hiciera del inicio del siglo XXI el fin del mundo, o al menos, del mundo como lo conocíamos. Pero nada pasó.

Fue hacia finales de la primera década de los 2000 que la fractura llegó. La caída de Lehman Brothers y el consecuente colapso financiero en 2008 produjo una crisis económica mundial que junto con la aparición de nuevas tecnologías y la fuerte irrupción de las redes sociales han transformado radicalmente el mundo en tan sólo diez años.

En España, el colapso del sistema financiero e inmobiliario occidental, generó una gran crisis económica y, consecuentemente, una profunda transformación política mediante acontecimientos como el movimiento del 15M, la irrupción de nuevos partidos políticos, el fin del bipartidismo o el auge del desafío soberanista y el Procés. Este libro analiza los profundos cambios acontecidos en la política y la sociedad española durante la última década y se plantea: ¿qué sucederá ahora?

# **Del 15M al Procés: la gran transformación de la política española**

Podemos, Ciudadanos, el desafío soberanista y el fin del  
bipartidismo

**ÓSCAR LÓPEZ**



EDICIONES DEUSTO

*A Jimena y Helena*

# Introducción

Será un arco político a la italiana, pero nos faltarán italianos para gestionarlo.

FELIPE GONZÁLEZ, mayo de 2015

La Constitución Española cumple cuarenta años en 2018. A lo largo de cuatro décadas, España ha contado con un sistema político que consolidó su democracia, la llevó a formar parte de la Unión Europea, extendió su modelo social y modernizó su economía e infraestructuras, pero también sus usos y costumbres, homologándose así en todos los sentidos a sus socios europeos. Sin embargo, algo muy profundo se quebró tras la crisis del año 2008. Dicha quiebra tuvo su expresión en el movimiento denominado 15M y se plasmó en las urnas en el ciclo electoral que se inició en el año 2014 con la aparición de los nuevos partidos. El fracasado Procés independentista de Cataluña que tuvo lugar en 2017 no fue ajeno a dicha ruptura. Hoy, España es muy diferente a la de la Transición y vivimos un momento de incertidumbre ante el próximo ciclo electoral que dibujará el país que habrá de surgir tras una crisis tan larga como profunda que ha sacudido los cimientos del modelo español.

La economía, la sociedad y la política poscrisis se están gestando en estos momentos y parece oportuno analizar los cambios vividos a lo largo de esta vertiginosa década para extraer consecuencias y poder acertar de cara al futuro inmediato.

Hoy, al Partido Popular le gustaría que España se pareciera a Alemania y se fraguara una gran coalición de gobierno. Los socialistas miran a Portugal, donde el Partido Socialista se recuperó de la crisis y retornó al

gobierno. Podemos sueña con una España a la griega, donde Syriza desbancó a los dos grandes partidos tradicionales con un discurso similar al de la formación morada en España. Ciudadanos trata de emular a Macron, quien se ha hecho con el gobierno de Francia a través de una formación liberal *ex novo*. Pero lo cierto es que España sufre el riesgo de «italianizarse sin italianos», como afirmó Felipe González.

Ésta es la situación política de un país cuyas estructuras creadas en la Transición y consolidadas a lo largo de treinta años de democracia temblaron con la crisis y la aparición del 15M. Un ciclo político novedoso y rupturista que nace a partir del colapso financiero de 2008, se manifiesta en las movilizaciones del 15 de marzo de 2011, se plasma en las instituciones a partir de las elecciones europeas de 2014 y tiene su máxima expresión en las elecciones generales de 2015 y 2016, así como en el Procés independentista de Cataluña y en las elecciones autonómicas de 2017 en dicho territorio.

No hay elecciones apuntadas en el calendario español en 2018, pero en 2019 la mayoría de los españoles votarán en tres urnas el mismo día al coincidir europeas, municipales y autonómicas (en la mayoría de territorios). Serán la antesala de unas elecciones generales en 2020 (si no hay adelanto), que servirán para saber cómo evoluciona el sistema con cuatro grandes partidos nacionales o si España vuelve a un sistema más tradicional como ha ocurrido en el Reino Unido, donde los británicos se deshicieron de la UKIP tras desahogarse con el *brexit*.

Lo cierto es que vivimos ese momento de la historia en que lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer. Vivimos en una España donde la economía vuelve al crecimiento pero la política se ha estancado.

De ahí que las preguntas resulten apasionantes:

- ¿Será capaz lo nuevo de acabar con lo viejo?
- ¿Será capaz lo viejo de reinventarse y dejar fuera de juego a lo nuevo?
- ¿Habrá envejecido lo nuevo tanto que ya será viejo?

Lo cierto es que los últimos diez años han cambiado el mundo, y España no ha sido ajena a esa transformación con sus particularidades. Tuve la oportunidad de vivir dicha transformación en primera persona, primero como



secretario de organización del PSOE con Alfredo Pérez Rubalcaba entre el año 2012 y el 2014, y coordinador de la campaña del PSOE en las elecciones al Parlamento Europeo del año 2014; y luego como responsable de la estrategia del PSOE en el Comité Electoral para las elecciones de 2015 y 2016 con Pedro Sánchez como candidato. El Partido Socialista fue el mayor perjudicado entre todos los partidos por la transformación política vivida en España después del 15M y fue consciente de ello en todo momento; bastaba con analizar los estudios y sondeos que venían reflejando perfectamente la magnitud del «tsunami» que se avecinaba.

El 25 de mayo de 2014 se celebraron elecciones al Parlamento Europeo. Era la primera vez que se presentaba un nuevo partido político llamado Podemos, y alcanzó un inesperado 7,97 por ciento del voto, obteniendo cinco escaños y más de un millón doscientos mil votos que lo convirtieron, *de facto*, en la cuarta fuerza política de España.

Dos años más tarde, en junio de 2016, dicha formación obtuvo un espectacular 20,66 por ciento de voto, quedando del PSOE a tan sólo 1,4 puntos y a menos de 400.000 votos. Los más de cinco millones de papeletas obtenidas le valieron 69 escaños frente a los 90 del PSOE, convirtiéndose en la tercera fuerza política del país.

Otro «partido nuevo» llamado Ciudadanos se situó en la cuarta posición alcanzando 40 escaños. El Parlamento español pasó entonces de ser un bimotor a ser un cuatrimotor sin que nadie tuviera las instrucciones de vuelo para el nuevo instrumento.

Por primera vez en la historia de España fue imposible formar gobierno y hubo que repetir las elecciones.

En dicha repetición, Podemos puso toda la carne en el asador para adelantar al PSOE e intentar ser así la alternativa al Partido Popular. Para ello, no dudó en absorber a la antigua Izquierda Unida y hacer un frente común junto a otras confluencias, partidos y movimientos políticos tratando de agrupar el voto de izquierdas.

La «Operación sorpasso» fracasó por poco. La repetición electoral tuvo como resultado un aumento del Partido Popular, que pasó de 125 a 137 escaños, y una caída del PSOE, que bajó de 90 a 85.

Sin embargo, Podemos e IU (junto al resto de siglas agrupadas) obtuvieron 5.049.734 votos y 71 escaños, repitiendo así el número de asientos en el Congreso que habían obtenido pocos meses atrás (69+2), pero perdiendo casi un millón de votos respecto a los que habían logrado por separado.

A pesar del fracaso de la «Operación sorpasso», Podemos (y en menor medida, Ciudadanos) había obtenido un éxito sin precedentes: dio un vuelco espectacular al sistema político español surgido de la Transición. Poco tiempo antes había llegado al gobierno de importantes ciudades y desempeñaba un papel clave en algunas comunidades, a pesar de que no había presentado candidaturas en muchos municipios. Lo cierto es que las dos principales ciudades de España (Madrid y Barcelona) estaban gobernadas por alcaldesas vinculadas, de una forma u otra, a Podemos.

Tras la repetición electoral, el proceso de investidura se enquistó de nuevo y finalmente el PSOE se abstuvo para que Rajoy fuera investido, no sin antes sufrir una quiebra interna brutal y sin precedentes en los últimos cuarenta años de historia de los socialistas, que acabó con la dimisión de su líder, el nombramiento de una comisión gestora y la reelección del mismo líder en unas primarias celebradas, pocos meses después, mediante el voto directo de los militantes socialistas.

Desde la debacle de UCD en 1982, el Partido Socialista y el Partido Popular habían sumado siempre por encima del 70 por ciento del voto. Durante más de treinta años y a lo largo de nueve elecciones generales, PSOE y PP recibían casi tres de cada cuatro votos de los españoles.

En el año 2015 la suma de PP y PSOE obtuvo el 50 por ciento de los votos. La mitad de los españoles que votaban no lo hacían ya al PP o al PSOE. Dos nuevos partidos (Podemos y Ciudadanos) sumaban el 30 por ciento. Prácticamente, uno de cada tres españoles había elegido a los nuevos partidos.

En diciembre de 2017 Ciudadanos ganó las elecciones autonómicas en Cataluña con una apuesta clara contra el Procés. Los partidos independentistas sumaban más escaños que los que estaban contra la independencia, pero Cataluña quedaba partida por la mitad, paralizada y sin vías de solución a medio plazo. Sin embargo, en el resto de España se creaba

una ola recentralizadora que aprovecharía la formación naranja. Lo cierto es que Ciudadanos le debe tanto al Procés independentista de Cataluña como Podemos al 15M.

Éste es un vuelco sin precedentes en el sistema político español, todo un «tsunami».

¿Cómo fue posible todo esto?

Las páginas siguientes tratarán de analizar los cambios políticos y, sobre todo, sociales que han hecho posible dicho cambio.

Esta obra está basada en la evolución de la opinión pública española a lo largo de los diez años, que abarcan desde el estallido de la crisis de 2008 hasta el año 2018. Por eso contiene pocos testimonios de representantes políticos y muchos de ciudadanos, expresados en bares, calles y plazas que fueron recogidos en diferentes grupos de discusión (*focus group*).

En definitiva, se trata de explicar la transformación política de España a través de la transformación de la sociedad española.

Las afirmaciones contenidas en este ensayo se basan en datos objetivos, y muy especialmente en estudios cualitativos realizados entre el año 2008 (comienzo de la crisis) y la actualidad. Dicho período comprende un ciclo electoral que ha supuesto la mayor transformación política de España desde la Transición.

Entre enero de 2013 y septiembre de 2016, el Partido Socialista realizó once estudios de opinión, coloquialmente conocidos como «cualitativos». En ellos se contienen las grandes claves de la transformación de España expresadas por los propios españoles.

Jóvenes, mayores, amas de casa, parados, profesionales liberales, funcionarios o empleados por cuenta ajena. De izquierdas, de centro y de derechas. Con más o con menos renta. Cientos de horas de conversación en todos los puntos de la geografía española, magistralmente dirigidos y posteriormente sintetizados por el gran Fernando Conde, uno de los mejores sociólogos de nuestro país, quien, con sus numerosos estudios, advirtió del «tsunami» de los nuevos partidos contra el bipartidismo.

Para completar la información cualitativa con datos cuantitativos, esta obra analiza los datos que regularmente publica el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) a través de sus «Barómetros de opinión», en los que

compara los estudios correspondientes al mes de enero desde el año 2007 (último año antes de la crisis) hasta la actualidad (enero de 2018).

Se dice que los políticos no escuchan. La verdad es que los malos políticos no lo hacen, los buenos no paran de escuchar y los mejores, además, saben diferenciar. De ahí la importancia de los estudios cualitativos, pero también de otros indicadores que contiene este ensayo. Las opiniones pertenecen a cada individuo, pero los datos pertenecen a la realidad.

En las páginas siguientes encontrará el lector una explicación global (existen otras) de la transformación social y política vivida en España, donde, sin llegar a los extremos de Grecia, el panorama político ha cambiado drásticamente en los últimos diez años.

Los capítulos mantienen una ordenación temporal y comparten todos ellos citas literales al inicio, que resumen el sentimiento expresado por los ciudadanos sobre los elementos analizados en los diferentes grupos de discusión. Por eso podrá tacharse de subjetiva (como toda obra humana), pero todos los datos y los hechos contenidos en la misma son ciertos y contrastables.

También es un ejercicio arriesgado, puesto que aún está por verse la evolución futura de los «nuevos (ya no tanto) partidos» y de la sociedad española en general. Cuatro años después de su fundación, parece que Podemos sufre un descenso constante. Pero lo peor para la formación morada no está en las encuestas de intención de voto, sino en el cambio de la conversación pública, en el desgaste de sus argumentos y en la pérdida de la hegemonía discursiva. En cambio, la victoria en Cataluña parece haber relanzado a Ciudadanos.

No obstante, lo que parece claro ya es que, para bien y para mal, los tiempos de los nuevos partidos son mucho más rápidos que los de los históricos. Ningún partido tradicional podría haber vivido el ascenso de los nuevos en tan poco tiempo y seguramente ocurra lo mismo para el descenso. En todo caso, lejos ya de la ilusión creada en los orígenes del 15M y en los primeros pasos de Podemos, la situación parece haber madurado y la política española sufre una parálisis en la que el Proceso independentista de Cataluña

ha monopolizado la discusión pública durante meses. Es evidente que dicho Procés también tendrá un impacto claro en las próximas elecciones generales en España.

Hoy podemos ver el paisaje tras al «tsunami» y es difícil predecir lo que está por venir, pero no debemos olvidar la fuerza de dicho cambio y las lecciones que nos ha dejado para el futuro.

No busque el lector en esta obra una justificación partidista ni una explicación de lo ocurrido dentro del Partido Socialista en su proceso de toma de decisiones. Se trata de un intento de explicación y de compilación de los hechos que nos han llevado hasta la mayor fractura del hasta ahora siempre estable sistema político español.

Una fractura que es el verdadero éxito del 15M, de los nuevos partidos y muy especialmente de Podemos, ya que su fuerza no está tanto en su número de escaños como en la hegemonía discursiva que ejerció durante más de un lustro.

Porque el verdadero éxito del movimiento 15M y de los nuevos partidos no es el número de escaños obtenido, sino la transformación social que ha supuesto el cuestionamiento de todas las estructuras e instituciones. No se trata sólo de parlamentos, gobiernos y partidos, sino de familias, empresas, organizaciones, relaciones...

En definitiva, se trata de un éxito tan social como político, hasta el punto de que ha introducido un nuevo concepto que ya todo el mundo usa y comprende: «podemizarse».

A menudo se dice en broma, pero todos lo hemos usado alguna vez a lo largo de estos años: «Te has podemizado». Y todo el mundo nos entendía.

En las páginas siguientes, encontrarán un intento de responder a la siguientes preguntas:

- ¿Cómo y por qué se «podemizó» España?
- ¿Cuál es el paisaje después del tsunami?
- ¿Cómo será el modelo español tras el fin del bipartidismo?
- ¿Cómo cambió España con el 15M? ¿Y con el Procés?
- ¿Estamos a las puertas del cielo, del infierno o de un largo purgatorio?

## Un mundo nuevo

Yo creo que estamos peor que hace 10 años. El que no tiene trabajo sigue sin trabajo y el que lo tiene es más precario... Es una crisis económica, política, de valores...

GRUPO DE TRABAJADORES. MIXTO, 45-55 años.  
Valencia, marzo de 2015

El siglo xx no terminó con la caída del muro de Berlín, sino con la caída de Lehman Brothers y el nacimiento de Facebook.

Cuando decimos Lehman Brothers, nos referimos a Goldman Sachs, Fannie Mae y Freddie Mac, AIG, Bankia, Fadesa o las cajas de ahorros en España, es decir, todo el sistema financiero e inmobiliario occidental, que sufrió en 2008 el mayor colapso de su historia.

Cuando hablamos de Facebook, incluimos Twitter, Whatsapp, Instagram, Telegram y el resto de redes sociales de las que hoy son usuarios cientos de millones de personas en todo el planeta. Todas ellas no existían en la primera década del siglo XXI.

Durante la Nochevieja del año 1999 no hubo ningún colapso digital internacional ni una invasión extraterrestre, ni siquiera una rebelión de los robots, como anunciaban todas las profecías sobre el cambio de milenio, pero en 2008 el colapso fue económico, se acabó el siglo xx y nació el siglo XXI. Dicho colapso, y la crisis derivada de éste, junto a las nuevas tecnologías y las redes sociales, han transformado radicalmente el mundo en tan sólo diez

años. En el siglo xx se produjeron más cambios socioeconómicos que en los diecinueve siglos anteriores. Y en la segunda década del siglo XXI han ocurrido tantos como en todo el siglo xx.

Un país «comunista», como China, aspira a ser la primera potencia económica del mundo en plena edad dorada del capitalismo y el consumismo.

Un partido de corte «españolista», como Ciudadanos, ha ganado las elecciones autonómicas de Cataluña en pleno año 2017, y lo ha hecho en votos pero también en escaños.

Las elecciones presidenciales que tuvieron lugar en Estados Unidos en el año 2017 estuvieron claramente influenciadas desde Rusia y absolutamente nadie en Estados Unidos pudo prever la victoria de Trump.

La extrema derecha ha renacido en Europa, empezando por Francia y Alemania.

Por primera vez un país sale de la Unión Europea, y lo hace mediante referéndum, con el voto de sus ciudadanos. No se trata de cualquier país, sino de uno de los socios fundadores del club, de los más poblados y de los más potentes económicamente. Durante sesenta años, habíamos discutido sobre las sucesivas ampliaciones de la Unión Europea, pero ahora lo hacemos sobre el *brexít*. Antes debatíamos sobre las condiciones para formar parte del club y ahora lo hacemos sobre las condiciones para salirse del mismo.

Países enteros, como Grecia, han tenido que ser rescatados ante su insolvencia económica, cediendo así gran parte de su soberanía en favor de sus «rescatadores» o «prestamistas».

Decenas de corporaciones multinacionales manejan mucho más presupuesto que la mayoría de los países, que son incapaces de ponerse de acuerdo para evitar la evasión fiscal o el *dumping* social.

Cualquier obra que arrancara con estas siete afirmaciones podría haber sido catalogada dentro del género de la ciencia ficción hace tan sólo diez años, pero todo ello es realidad en 2018.

Hoy, la clase media retrocede y se concentra el capital en cantidades que Marx no hubiera sido capaz de imaginar. Por primera vez en la historia, un solo hombre acumula una fortuna superior a los 90.600 millones de dólares. La misma cantidad que ingresan en un año por todos los conceptos países como Irlanda o la República Checa. Más del doble del presupuesto anual de

una comunidad como Andalucía, lo que supone, entre otras cosas, todo el coste en educación y sanidad de una población de más de ocho millones de personas.

El dueño de esa fortuna se llama Jeff Bezos y es el propietario de Amazon. No es casualidad, porque Amazon es el símbolo del nuevo siglo: consumo en estado puro, sin limitaciones, pura oferta y demanda, inmediato, sin fronteras, a la puerta de tu casa y a través de la red.

En el siglo xx fue de Coca-Cola, General Motors o Zara.

El siglo xxi es de Amazon, Google o Facebook.

De la industria a los servicios, de la fábrica a la red, de las grandes plantillas a plantillas mínimas, del consumo de materias primas a la industria del conocimiento, de las plazas de mercado a los centros comerciales para acabar comprando desde casa. Del debate sobre la apertura de los comercios durante los fines de semana a estar abierto todos los días del año a todas las horas. Los cambios son profundos y afectan a todos.

La crisis financiera internacional y las nuevas tecnologías han transformado la vida cotidiana, el trabajo, las relaciones personales, los viajes, el consumo, el ocio... El mundo nacido en la segunda década del siglo xxi es mucho más rápido, está más informado (o intoxicado) y conectado, no conoce fronteras ni limitaciones...

En el siglo xx discutíamos sobre la ampliación y la extensión del Estado del Bienestar, y hemos comenzado el siglo xxi cuestionando su sostenimiento y viabilidad.

Tony Judt resumió como nadie el resquebrajamiento del modelo de bienestar socialdemócrata creado en la segunda mitad del siglo xx, y advirtió sobre los riesgos del liberalismo rampante de comienzos del siglo xxi en una sola frase: «¡Algo va mal!»

El capitalismo y el consumismo parecen haber ganado definitivamente todas las batallas ideológicas y religiosas, aunque lo cierto es que surgen en el horizonte inmediato rivales mucho más temibles que cualquiera de los que han derrotado hasta ahora. La genética, la inteligencia artificial y, sobre todo, el cambio climático son la mayor amenaza que ha enfrentado el modelo



liberal basado en el capitalismo y el consumismo, con el agravante de que con el crecimiento de unos se alimenta el riesgo de los otros. Sin embargo, todavía hoy el capitalismo y el consumismo disfrutan de su victoria y de su reinado. Ambos conducen despreocupados por una autopista despejada, sin rivales que adelantar en el horizonte y sin darse cuenta de que los que ven en el retrovisor están más cerca de lo que parece,

El capitalismo y el consumismo se han demostrado imbatibles frente a sus rivales cuando pisan el acelerador, pero no han demostrado todavía saber combatir a sus nuevos enemigos, porque para ganarles necesitan frenar y eso va contra su propia esencia. De hecho, el modelo se basa en un crecimiento ilimitado y se considera un fracaso un crecimiento anual inferior al 3 por ciento del Producto Interior Bruto.

No hay ninguna duda de que el cambio climático, la inteligencia artificial o la genética pueden modificar en el medio plazo el modelo económico y social del liberalismo basado en el capitalismo consumista, transformando profundamente el estilo de vida del ser humano. Pero mientras eso ocurre los dos pilotos siguen circulando a toda velocidad por la autopista, despreocupados.

A principios del siglo XXI, el individualismo llevado al extremo del hedonismo y el egoísmo han dejado de ser peyorativos para ser un modelo de comportamiento extendido (y aplaudido) a través de las cuentas personales de Facebook o de Instagram de millones de personas, en un mundo donde cuenta más compartir (presumir) que sentir. La satisfacción se encuentra en enseñar lo que se hace y no en hacerlo. Lo importante es estar en la red y, sobre todo, «subir» a la red.

Yuval Noah Harari expone en su obra *Homo Deus* los riesgos de la nueva religión/ideología del siglo XXI, el «dataísmo», en una sociedad en la cual el algoritmo está desplazando la maravillosa subjetividad del ser humano y del pensamiento humanista.

Sin la amenaza del comunismo como contrapeso, el capitalismo y el consumismo han colonizado el planeta entero. La producción y el consumo, el estilo de vida, los referentes culturales o deportivos se han globalizado y están instalados incluso en aquellos rincones donde supuestamente (nominalmente) existen otros modelos.

Las marcas de moda, la música, las estrellas deportivas, las películas o las series televisivas norteamericanas son compartidas en democracias, dictaduras, en países laicos, católicos, protestantes, musulmanes, judíos o budistas. Repúblicas y monarquías, países capitalistas y —llamados— comunistas consumen actualmente los mismos referentes a través de la red; y antes ya lo hacían, a través de antenas parabólicas.

Llevamos más de treinta años discutiendo sobre la globalización pero poco se ha conseguido desde la política, salvo la —siempre lenta— integración europea o las cumbres climáticas —con modestos resultados—. Todavía hoy siguen sin existir verdaderos centros de decisión multilaterales sobre fiscalidad, regulación del trabajo o derechos sociales.

Actualmente, somos consumidores planetarios pero votantes locales. El modelo económico globalizó el consumo, y como consumidores no nos comportamos ya en clave nacional, mientras que las opiniones públicas se siguen pensando mayoritariamente en clave nacional (cuando no regional o local). En consecuencia, somos consumidores globales pero votantes locales. Podemos tomar decisiones de consumo sobre productos de cualquier país, pero no podemos decidir sobre los gobiernos o las decisiones de los gobiernos de otros países.

De ahí que en pleno siglo XXI sigamos con una economía globalizada que no puede ser gobernada por una política que sigue actuando en clave nacional. Todo ello provoca una sensación positiva a los «consumidores», quienes acceden a productos más variados, a menor precio y a mayor velocidad; pero, a su vez, produce una frustración creciente entre los «electores», que no ven que la política satisfaga sus demandas. Lo cierto es que mientras sigamos con una economía global y una política local, el mercado seguirá ganando prestigio mientras lo pierden la política y lo público. El mercado es capaz de satisfacer a sus clientes con creces, mientras que el Estado (la política y los políticos) es incapaz de satisfacer las demandas de sus electores.

Hoy, los Estados-nación son incapaces de hacer frente por separado a retos como el cambio climático, el *dumping* social, el narcotráfico, el tráfico de personas o las crisis de refugiados.

La razón es que no existen respuestas locales cuando las preguntas son globales y ello no hace más que profundizar en la imagen de fracaso de la política, con la frustración correspondiente entre los ciudadanos que ven cómo se precariza su empleo y se recortan derechos conquistados mientras las grandes corporaciones amasan fortunas internacionales y evaden sus obligaciones fiscales.

El siglo XXI no es como la segunda mitad del siglo XX.

La primera mitad del siglo XX estuvo regida por extremismos. Varias dictaduras se implantaron en Europa desde el oeste hasta el este, desde España hasta la Unión Soviética pasando por Alemania, y tuvieron como resultado dos guerras mundiales, varias guerras civiles y decenas de millones de muertos.

La segunda mitad del siglo XX trajo la paz, la libertad, la prosperidad y el progreso. Las democracias occidentales se aplicaron a fondo en la consecución del llamado Estado del Bienestar.

España lo hizo a partir del año 1978, cuando decidió denominarse como un «Estado social y democrático de derecho».

El Estado del Bienestar se desarrolló de la mano de la socialdemocracia en toda Europa, y el éxito de ambos creció en paralelo. Con los países nórdicos como referentes, toda Europa (incluido el sur) construyó fuertes modelos de protección social que extendieron la sanidad, la educación, las pensiones o los derechos laborales a todos sus ciudadanos, y lo hicieron con sistemas fiscales progresivos que fueron socialmente aceptados al ser considerados justos por la población de dichos países.

La paz, la democracia y la libertad parecían garantizados —por fin— en Europa, pero también la prosperidad y el bienestar. Europa entera había sido tierra de emigrantes —que poblaron el continente americano— y se convirtió entonces en tierra de acogida de inmigrantes atraídos por dicho bienestar.

Millones de africanos y asiáticos llegaron entre 1960 y 2010. Hoy en países como Francia, Alemania o Reino Unido convive ya la tercera generación de ellos.

La mayor parte de los países europeos contó con mayorías socialdemócratas durante la mayoría del tiempo transcurrido en las cuatro décadas finales del siglo xx.

En 2018, sólo Portugal, Suecia, Eslovaquia, Malta y Rumanía cuentan con un presidente socialista o socialdemócrata entre los 28 países de la Unión Europea (5 de 28).

El Partido Socialista Europeo actualiza su mapa cada vez que hay elecciones nacionales en algún rincón del Viejo Continente, y éste era el desolador panorama del mismo en 2018: Gobiernos socialistas o socialdemócratas en la UE.



Mapa elaborado por el Partido Socialista Europeo.

En la actualidad, los cinco grandes de la UE (los países más poblados y con más tamaño económico, a excepción de Italia, que vive su enésima crisis de gobernabilidad) cuentan con presidentes conservadores o liberales: Alemania, Francia, Reino Unido y España. Sin olvidar que países tan importantes como Francia o Grecia tienen gobiernos de partidos que no existían en el siglo XX ni tan sólo hace 10 años.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Existen múltiples razones. No se puede menospreciar la corrupción y el daño devastador que ésta produce en la izquierda, en términos electorales, por su contradicción frontal con los propios principios enarbolados desde la propia izquierda. Es evidente que la corrupción y algunos comportamientos personales alejados del discurso han devastado la credibilidad de estos partidos durante décadas en toda Europa.

No es menos cierto que ejercicios de contorsionismo político como la «tercera vía» de Tony Blair en el Reino Unido o la «gran coalición» del SPD con la CDU en Alemania han contribuido al vaciamiento ideológico.

Tampoco es menos cierto que el modelo del bienestar se basaba en gobiernos y economías nacionales mientras que hoy, en un mundo globalizado, faltan herramientas desde los Estados para cumplir con las promesas de la socialdemocracia.

Por otra parte, el relato socialdemócrata transmitía la épica de la conquista durante la segunda mitad del siglo XX, mientras que actualmente destila el tedio de la defensa del *statu quo*. En ese sentido, se puede decir que la socialdemocracia (siempre progresista) aparenta haberse convertido en conservadora, pues parece que aspira a conservar el modelo levantado en el siglo XX y no en conquistar nuevos territorios en el siglo XXI.

El lenguaje siempre es revelador. Los verbos más repetidos hoy en los discursos y programas socialdemócratas son: defender, mantener, blindar, seguir garantizando, conservar... Mientras, hace décadas eran: conquistar, conseguir, extender, avanzar, progresar...

Pero lo cierto es que no es posible mantener inmutable el mismo modelo social con parámetros demográficos, laborales, económicos o de opinión pública tan diferentes a los que fueron utilizados para diseñar dicho modelo.

Por otra parte, en la era digital (basada en ceros y unos) todo es binario. No hay espacio para la escala de grises porque todo ha de ser blanco o negro, y precisamente la escala de grises era el reino de la socialdemocracia. Mercado libre sí, pero regulado. Estado fuerte sí, pero con libertad de mercado.

Desde Estados Unidos hasta Cataluña, en los últimos cinco años todas las decisiones que se han tomado votando, bien sea en forma de elecciones o de referéndum, han acabado polarizándose y beneficiando a los partidarios de las opciones más contundentes y con menos matices. Del mismo modo, las posiciones intermedias o más matizadas han cosechado rotundos fracasos electorales.

Así pues, la corrupción, algunos comportamientos alejados del discurso, el contorsionismo político, los cambios económicos, sociales y demográficos, el agotamiento de la épica y la transformación conservadora del discurso son una parte muy importante del retroceso de la socialdemocracia.

Pero existe una razón más, y es nuclear. El modelo socialdemócrata se basa en un pacto a cambio de una promesa. Es un pacto entre minorías y mayorías, entre empresarios y trabajadores, entre quienes acumulan más riqueza y entre quienes no la tienen; un pacto entre trabajadores de diferentes generaciones, entre el Estado y el mercado, entre sanos y enfermos. Un acuerdo que puso en marcha el «ascensor social» y se convirtió en una maquinaria perfecta de fabricación de clase media y redistribución de la riqueza en la segunda mitad del siglo xx. Una clase media que a su vez tenía mayor capacidad de consumo, con lo que no sólo salían beneficiados finalmente la democracia y el Estado, sino también el mercado.

Sin embargo, existe un reproche por parte de algunos socialdemócratas, cargado de prejuicios, hacia dichas clases medias. Entienden, quienes así piensan, que fueron precisamente las clases medias —ensanchadas por las políticas de la socialdemocracia— quienes la traicionaron convirtiéndose en votantes conservadores. Lo cierto es que en la última década el término «clase media» se ha aplicado a más gente que nunca en la historia mientras vaciaba su contenido o, al menos, redefinía su significado. Las clases medias han retrocedido en los países más desarrollados, aunque cada vez más gente se autodefina como tal.

Hoy día, la confusión entre los términos «clase media» y «clase trabajadora» es tal que es difícil diferenciarlas. De hecho, aparecen nuevos conceptos como el de «trabajadores pobres» debido al abaratamiento de la mano de obra.

Parece obvio, sin embargo, que sólo el avance de las clases medias puede consolidar las democracias y el propio Estado social, ya que ambos necesitan de grandes masas de contribuyentes y de ciudadanos exigentes, libres, informados y cultos para su existencia.

El problema hoy es que todo Occidente se repite las mismas preguntas:

- ¿Es sostenible nuestro nivel de consumo?
- ¿Se pueden mantener nuestras pensiones y nuestra atención médica con una esperanza de vida que no hace sino aumentar la pirámide invertida de población?
- ¿Cuál es el límite de endeudamiento de países, familias y empresas?
- ¿Podemos mantener nuestra forma de vida a base de conocimiento, ocio, turismo, investigación o diseño mientras se produce o se cosecha en otros rincones del planeta?
- ¿Seguimos comprando a empresas que producen más barato porque recurren a la explotación infantil o a la evasión fiscal en otros países?
- ¿Es el fin del trabajo tal y como lo conocemos?
- ¿Existe el crecimiento ilimitado?

Lo cierto es que la izquierda democrática no ha encontrado todavía todas las respuestas y no lo hará replegándose sobre sus respectivas naciones, porque gran parte de las soluciones han de ser transnacionales. Asimismo, tampoco conseguirá encontrarlas buscando sólo en los textos del pasado, porque las nuevas realidades exigen nuevas visiones.

Es verdaderamente paradójico que de esta crisis hayan salido reforzados ideológicamente los apóstoles de la desregulación y el liberalismo económico, que son precisamente quienes están detrás de la quiebra de un modelo que las mayorías parecen añorar. Pero el capitalismo ha demostrado su fortaleza y ha encontrado un gran aliado en el populismo.

Cuando no hay respuestas para corregir la deriva del modelo, triunfan las posiciones binarias: a favor o en contra. Los que defienden que todo siga igual y los que defienden la demolición o sencillamente critican el modelo sin dar una alternativa.

La reforma ha quedado aplastada entre el mantenimiento y la demolición, el triunfo del todo o nada; y sólo devolviendo el equilibrio y la credibilidad al gran pacto socialdemócrata, la izquierda democrática volverá a ser mayoritaria en las urnas en Occidente.

Debemos tener claro que dicha credibilidad será imposible de recuperar sin que la política tenga herramientas supranacionales, absolutamente imprescindibles en un mundo globalizado. No olvidemos que tenemos una al alcance de nuestra mano: la verdadera integración política europea.

Una Europa que vuelva a hacer posible el gran pacto socialdemócrata que se contenía en una gran promesa que resumía todo su sentido: «[...] y hacemos todo esto para que tú vivas mejor que tus padres, y TUS HIJOS VIVAN MEJOR QUE TÚ».

Ha pasado medio siglo y por primera vez desde el fin de la segunda guerra mundial y la puesta en marcha del modelo del bienestar, de la socialdemocracia y de nuestra propia forma de vida actual, millones de personas se cuestionan esta afirmación.



## **Tus hijos vivirán peor que tú**

En España peor no se puede ir... Yo me siento un privilegiado, tengo trabajo... pero veo a mis hijos, que a pesar de sus currículums no tienen dónde caer [...] tal como está hoy el país, un chaval con 26, 28 o 30 años no tiene futuro, por muchos estudios que tengan.

GRUPO DE JUBILADOS. MIXTO.  
SEVILLA, marzo de 2015

Hay un empobrecimiento económico, social, cultural... Hay recortes de becas, en libros, en los comedores... Ya no puedes crecer como persona.

GRUPO MIXTO, 25-35 años.  
Cáceres, marzo de 2015

En 2008 hubo elecciones generales en España. El mejor resumen de la situación política y económica del momento se puede encontrar en el debate económico televisado que mantuvieron Pedro Solbes y Manuel Pizarro al comienzo de la campaña electoral.

El entonces ministro de Economía llegó armado hasta los dientes con las magníficas cifras que arrojaba la economía española tras cuatro años de gobierno socialista, y de nada le sirvieron a Pizarro sus malos augurios. Más bien al contrario: operaron contra él como si un cenizo se presentara en una

fiesta para exigir a los presentes que apagaran la música y las luces y se pusieran a recoger los vasos, advirtiendo de la resaca que tendrían al día siguiente.

Por primera vez en la historia, España había tenido superávit en dos ejercicios presupuestarios. La cifra de empleados había llegado a veinte millones, batiendo el récord y dejando el paro en un increíble 8 por ciento en 2006, un porcentaje que los expertos calificaban ya de «paro estructural», como si fuera imposible bajar de esa cifra. Y todo ello a pesar de haber recibido a varios millones de inmigrantes que se ocupaban de los trabajos que ya no querían realizar los españoles, básicamente en la construcción (ellos) y en tareas del hogar (ellas).

España se había situado en el noveno lugar en la economía mundial, lo que llevó al presidente Zapatero a afirmar que nuestro país estaba en «Champions».

El superávit no había sido incompatible con un aumento del gasto público sostenido en políticas de corte keynesiano (autovías, trenes de alta velocidad, aeropuertos o el famoso Plan E) y de contenido social (la ley de dependencia, el aumento de becas, la rebaja de 400 euros en el IRPF, el cheque bebé de 2.500 euros por nacimiento o la inversión en Cooperación al Desarrollo que llegó a duplicar su cantidad).

Y todo ello debido al aumento espectacular de los ingresos del Estado, gracias en gran parte al sector inmobiliario y al de la construcción. Lo cierto es que, con la llegada de la crisis, algunos ayuntamientos vieron reducidos sus ingresos en un asombroso 75 por ciento, lo que da buena muestra de que la fuerza recaudatoria del momento era más coyuntural que estructural.

El aumento sin límite del crédito y el altísimo nivel de empleo —que incrementaron el consumo— habían operado el milagro.

Los debates se centraban entonces en cuestiones que hoy parecen increíbles: el efecto llamada para la inmigración, el problema de los mileuristas, la dificultad de un propietario para desahuciar a su inquilino cuando no pagaba el alquiler... El gobierno socialista llegó incluso a tomar medidas para agilizar dichos desahucios ante la amplia demanda, propia de una sociedad de «propietarios» que querían asegurarse de que cobraban sin

riesgos por su alquiler. Esta medida se tomaría años después contra el propio PSOE al aflorar un problema que parecía residual hasta el año 2011: los desahucios bancarios por impago de la hipoteca.

Finalmente, los socialistas ganaron las elecciones cómodamente en 2008 pero pocos meses después llegó la crisis más brutal, global y cruel conocida en la historia del capitalismo occidental.

España no era un caso aislado. Todo el sistema bancario internacional había cambiado su modelo de negocio a lomos de una desregulación que le había permitido crear nuevos productos financieros basados en modelos piramidales.

El capitalismo financiero había superado al capitalismo productivo, y los reyes del mundo habían pasado de ser las grandes industrias automovilísticas o petroleras a ser grandes sociedades de inversión o, directamente, bancos.

Desde su creación, el negocio bancario se había basado en el rendimiento obtenido por los intereses de un préstamo. De ahí que fuera difícil obtener uno, y mucho más en su totalidad. El departamento clave de un banco era el de evaluación de riesgos y de ellos dependía que se otorgara o no, porque el objetivo del banco era cobrar de vuelta dicho préstamo con los intereses generados por el mismo.

*¿Y por qué limitarnos a eso si podemos ganar mucho más?*

Las grandes entidades financieras empezaron a invertir en las mejores universidades del mundo, que a su vez empezaron a formar a verdaderos ingenieros financieros. La ingeniería financiera era mucho más rentable que cualquier ingeniería técnica. Las empresas financieras tenían menos personal y menos costes que las compañías productoras, y su margen de beneficio era desmesurado.

El modelo de negocio bancario se transformó radicalmente. Los directores de las oficinas bancarias, que antes tenían presión para que todas sus hipotecas fueran seguras, empezaron a otorgar la mayor cantidad de préstamos posibles, sin límites de cantidad.

Habíamos pasado de un modelo basado en prestar para cobrar intereses a otro cuyo objetivo era prestar una y otra vez para vender y revender esos préstamos como si se tratara de acciones del propio banco. El modelo era

demencial, pero embarcó a la mayoría de la clase media a lo largo y ancho de todo Occidente. Nuevas palabras aparecieron en el diccionario: «derivados», «*unit link*», «preferentes», «*subprime*»...

Millones de vidas estaban detrás de esas nuevas palabras.

La primera en explotar fue la fría y remota Islandia, un pequeño país con algo más de 300.000 habitantes, situado alrededor del puesto 150 del planeta en función de su PIB. Islandia había experimentado un crecimiento tan asombroso que sus bancos y sus empresarios se jactaban de invertir en la compra de importantes empresas en los mismísimos Estados Unidos, lo que a su vez constituía todo un orgullo nacional.

La burbuja explotó primero allí, pero nadie hizo mucho caso.

La verdadera explosión se produjo cuando todos descubrimos que nada era «*too big to fail*» (demasiado grande para caer, en español), como pensaban algunos. Primero fueron Freddie Mac y Fannie Mae, dos grandes inmobiliarias estadounidenses que se habían hinchado a vender casas en el país norteamericano a personas que no se las podían permitir gracias a créditos fáciles, baratos y sin ninguna evaluación de riesgos.

Es obvio que cuanto más se reducía el precio del dinero y la dificultad para acceder a él, más se incrementaba el precio de la vivienda. La burbuja estaba servida.

En España, las viviendas se vendieron en los años 2005 o 2006 por el doble de lo que habían costado en el año 2000. Nada en el mundo podía ser mejor inversión para la mayoría de la población que veía en la venta de su vivienda una ganancia desorbitante. Sobre todo si además del crédito fácil e inmediato, el comprador se beneficiaba de bonificaciones fiscales por la compra de su vivienda. El problema venía cuando esa ganancia se reinvertía en una casa aún mayor, si no en la compra de segundas y terceras residencias. Es cierto que hubo algunas advertencias, pero las burbujas funcionan así: siguen creciendo hasta que explotan. Finalmente explotó algo más que la burbuja inmobiliaria porque el problema era, sobre todo, financiero.

La quiebra de Goldman Sachs y Lehman Brothers inició la mayor tragedia económica y social conocida en Occidente al margen de guerras, terrorismo, enfermedades o catástrofes naturales, afectando a millones de personas en todo el planeta.

Hasta entonces sabíamos que al capitalismo no le gustaba ser regulado por el sector público, pero entonces descubrimos que necesitaba ser rescatado cuando fracasaba. En ese momento nos enseñaron que existen empresas privadas que son «sistémicas», lo que significa que no pueden fracasar, y que si lo hacen son rescatadas con el dinero de todos, a diferencia de las miles de pequeñas empresas y negocios que no lo son y, por lo tanto, pueden desaparecer llevándose por delante sueños y puestos de trabajo sin que nadie mueva un dedo.

Se trata de un juego trucado, en el que algunos jugadores tienen garantizado seguir en la partida aunque se queden sin fondos, porque todos les prestaremos para que sigan jugando. Lo más asombroso es que, a pesar de esa garantía pública, no tienen la obligación de repartir sus beneficios entre la sociedad que las sostiene cuando vuelven a dar beneficios. Las entidades sistémicas son públicas en sus pérdidas pero privadas en sus ganancias.

La onda expansiva de la explosión en Estados Unidos se extendió a gran velocidad al resto del mundo. Precisamente, la misma velocidad a la que se movía el dinero y la estafa. Y entonces se destruyeron millones de puestos de trabajo en todo el planeta. Cientos de miles de familias se arruinaron al quedarse sin ingresos y, aún peor, con hipotecas que no podían pagar y viviendas que de repente perdieron su valor. La clase media sufrió el mayor retroceso de su corta historia.

El coche de carreras se salió en la curva y quedó peor que destrozado, porque estaba hipotecado.

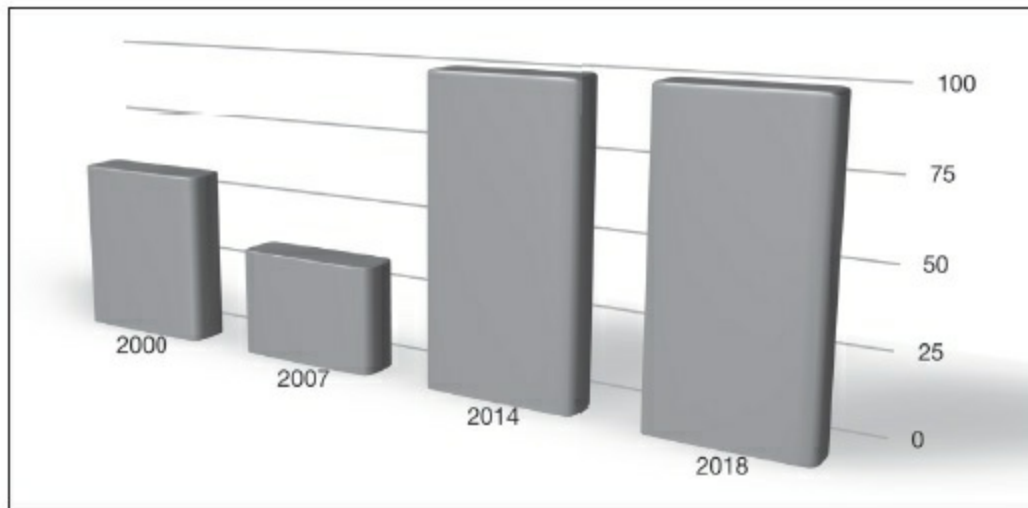
Las economías del sur de Europa fueron las más castigadas por la crisis. La caída de ingresos públicos y el fuerte endeudamiento fueron letales.

España estaba mucho menos endeudada que la mayoría de países de la UE, pero en el caso español el endeudamiento de familias y empresas era mucho mayor que el del sector público. Esto, junto a una demencial caída de los ingresos, acabó inevitablemente arrastrando a un fuerte endeudamiento del sector público.

En 2000 la deuda pública española suponía un 58 por ciento de su Producto Interior Bruto.

En 2007 llegó a caer hasta el 35,6 por ciento.

Ya en 2014 superó el 100 por ciento, y en 2018 sigue en esos niveles.



Evolución de la deuda pública española.

En tan sólo siete años, los españoles habían pasado de deber una tercera parte de lo que producían a deber más que todo lo que producían en un año. Y todo ello a pesar de recortar ejercicio tras ejercicio los gastos, porque tenían un gran problema de ingresos. En todo caso, el mayor problema del gasto venía dado por el pago de la propia deuda y de los intereses derivados de ella que se disparaban vorazmente debido al diferencial con el «bono alemán».

Fue entonces cuando las mayorías aprendieron nuevos conceptos.

Fueron los tiempos de la prima de riesgo, de Standard & Poor's, Moody's y Fitch, del diferencial con el bono alemán, del rescate, del FMI (Fondo Monetario Internacional), de la troika y de los hombres de negro. Era casi obligatorio consultar cada hora la aplicación de Bloomberg para ver la situación de la prima de riesgo española y descubrir cuánto subía nuestra «hipoteca colectiva», debido al aumento del precio del dinero que pedíamos prestado. Dicho precio dependía de la valoración de nuestra deuda pública en relación con la deuda alemana, que actuaba como elemento de referencia, por si a alguien le quedaba alguna duda sobre quién mandaba en la política económica de la Unión Europea.

Hora a hora, todos esperábamos rebasar el límite (varias veces predefinido y revisado) que haría que fuésemos intervenidos de la noche a la mañana por una Europa llena de tijeras y con Merkel al volante.

Lo cierto es que Europa y Estados Unidos separaron sus caminos en el combate de la crisis. La coincidencia de dos administraciones tan dispares como la de Angela Merkel y la de Barack Obama tuvo como consecuencia que Estados Unidos apostara rápidamente por la reactivación económica, mientras que una Europa sin contrapesos al fuerte liderazgo alemán impusiera su doctrina basada en la tradición y la historia germana: el control del gasto público a ultranza y por encima de todo, lo que se tradujo en una de las palabras más usadas y más temida en esos años: ¡recortes!

Varios clichés operaron a favor de dicha política de austeridad:

- El prejuicio extendido en Alemania y en todo el centro y norte de Europa sobre sus vecinos sureños, unos manirroto que no paraban de malgastar y derrochar el dinero que les proporcionaban sus serios y hacendosos vecinos del norte.
- El temor a la inflación grabada a fuego en la conciencia colectiva de los alemanes.
- El ideal reformista de la austeridad, históricamente contrario a la idea del gasto y del préstamo.

El lugar que ocupaba la inflación entre las obsesiones de los alemanes estaba dedicado al paro en las pesadillas de los españoles, portugueses o griegos.

De repente nos encontramos todos en la plaza Syntagma de Atenas. Las mayorías, que no habían oído hablar de Grecia desde que estudiaron el período clásico en el colegio, volvieron su mirada hacia el país heleno.

Las noticias sobre Grecia ocupaban nuestro día a día. Tan cierto era que el país era el principal responsable de su propia situación económica, como que durante la crisis Europa lo maltrató de la misma forma vergonzante que un mal hijo maltrataría a su madre.

Años después, una simple rueda de prensa del presidente del Banco Central Europeo, Mario Draghi, en la que trasladó confianza en el euro, hizo más por España —y, sobre todo, evitó mucho más sufrimiento— que los numerosos rescates aplicados a Grecia con sus devastadoras consecuencias sociales en forma de intervención económica y recortes.

El resultado estaba anunciado. Los dos partidos que habían gobernado Grecia durante décadas se hundieron de la mano. Cayeron primero y con más contundencia los socialistas del PASOK y luego el centro-derecha que representaba en Grecia el partido Nueva Democracia desde 1974. En las elecciones que tuvieron lugar en el año 2015 ganó un nuevo partido: Syriza, cuyo líder, Alexis Tsipras, fue conocido inmediatamente en toda Europa y aún hoy gobierna Grecia.

La reacción estaba servida y se iba a extender con la misma velocidad y contundencia que la crisis.

Porque no sólo se había globalizado la economía, también lo había empezado a hacer ya la opinión pública.



## La casta

No se van a hacer daño a sí mismos... No se van a poner ningún mecanismo de control... Y, entonces, ellos se reparten su pastel y están ahí... y nosotros estamos aquí abajo y es así.

GRUPO DE PROFESORES DE ENSEÑANZA MEDIA. MIXTO.  
BARCELONA, octubre de 2014

El impacto psicológico de la crisis fue proporcional a su impacto social. No podía ser de otra forma. Originada en unos pocos despachos, trasladó sus devastadores efectos a millones de hogares que vivieron, y siguen viviendo hoy, verdaderos dramas humanos. Era urgente que alguien diera una explicación sencilla y, sobre todo, buscara un culpable que pagara por tanto daño causado.

La derecha española lo tenía claro: Zapatero y su gobierno, «la herencia recibida». Para ello utilizaron hasta la saciedad ejemplos tan sencillos como la resistencia del propio Zapatero a pronunciar la palabra «crisis» o su alusión a la economía española dentro de la «Champions». En comunicación, algunas expresiones cobran un sentido mágico y funcionan de manera automática. Bastaba la mención a uno de estos dos episodios para hacer ver que la gestión económica del gobierno socialista había sido un desastre. No era necesario enredarse en datos incomprensibles o controvertibles. Daba igual que la crisis fuera mundial o que tuviera su origen a miles de kilómetros. Entre la opinión pública conservadora esto era más que suficiente para movilizar el voto conservador. Funcionó a la perfección.

Los socialistas lo tenían más difícil. En primer lugar era imposible eludir una realidad: el PSOE gobernaba cuando llegó la crisis. Por otra parte, sus explicaciones eran tan verdaderas como ineficaces: la desregulación de los mercados financieros que se inició con Reagan y Thatcher... todo tan cierto como lejano y difuminado.

Existía una explicación mucho más cercana, castiza, simple y, sobre todo, eficaz. Se escuchó antes en Grecia: «La culpa es de los que se lo han llevado calentito». Ya está. ¡Magia! Una explicación sencilla y un culpable hacia el que apuntar los cañones de la más que justificada ira.

En 2011 la mecha había prendido. Miles de ciudadanos se movilaron en toda España aprovechando la eficiencia y la inmediatez de las redes sociales. El 15 de mayo de 2011 nació un movimiento social que tendría más tarde su traslación política, haciendo saltar por los aires el sistema de partidos surgido en la Transición y consolidado en paralelo a la democracia española.

El gobierno socialista rechazó la idea de disolver las acampadas, evitando así unos disturbios que eran más que previsibles. La madrileña plaza de la Puerta del Sol apareció en los medios de comunicación de todo el mundo completamente repleta de manifestantes acampados e indignados. Multitud de leyendas, con toda la fuerza expresiva de sus carteles caseros, rezaban las verdades del nuevo mundo: «PPSOE», «*No hay pan para tanto chorizo*», «*No nos representan*», «*Nuestros sueños no caben en vuestras urnas*», «*Democracia Real Ya*», «*Sin curro, sin casa, sin miedo*», «*Nos habéis dejado sin nada, ahora lo queremos todo*».

Se trataba de la «Spanish revolution». El virus que se estaba incubando desde la llegada de la crisis estaba por fin inoculado. Alguien tenía que recoger toda esa fuerza social y canalizarla hacia la política. No podían ser los partidos tradicionales, y entonces apareció Podemos.

Los estudios cualitativos realizados por el PSOE venían reflejando un cambio profundo en el pensamiento político colectivo de los ciudadanos.



Concentraciones del 15M en la Puerta del Sol.  
© Kiko Huesca/EFE.

Es muy útil recordar hoy la literalidad de las expresiones que surgían de manera espontánea de los grupos de discusión realizados entre 2011 y 2013 para entender dicho cambio:

1. *«El PP y el PSOE son lo mismo. Es verdad que unos recortan un poco más que los otros, pero al final son lo mismo.»* Sin duda, el acuerdo entre PSOE y PP para la reforma «express» del artículo 135 de la Constitución apuntalaba esta percepción.
  2. *«Todos los políticos roban, son iguales unos que otros.»* La coincidencia temporal del caso de los ERES en Andalucía con el caso Gürtel reforzaba siempre este argumento. Quienes más lo utilizaron conocían perfectamente su falsedad, pero consiguieron que pareciera un empate, a pesar de que en un caso se trataba de la financiación irregular de todo el PP en toda España durante décadas y en el otro no se acusaba al PSOE de nada, ni a los máximos dirigentes de la Junta de haberse llevado un solo euro.
- «El PP y el PSOE discuten de forma impostada como si fueran dos marionetas con una porra en un teatrillo, pero en el fondo defienden lo mismo. Se han olvidado de nosotros y sólo les importan sus privilegios.»* Esta afirmación (letal sobre todo para el PSOE) encontró una expresión perfecta: el «y tú más».

El «y tú más» fue el arma dialéctica de destrucción masiva contra el PP y, sobre todo, contra el PSOE. Si analizáramos hoy cientos de debates televisivos retransmitidos entre el año 2011 y la actualidad, descubriríamos que los representantes de Podemos y también de Ciudadanos encontraron en esta sencilla expresión un arma imbatible, se trataba de la «kriptonita del PSOE». Era evidente que Ciudadanos y Podemos también realizaban estudios cualitativos y utilizaron la fórmula hasta la náusea.

Bastaban dos segundos de crítica de un representante socialista a un caso de corrupción del PP o a un recorte social del gobierno de Rajoy, para que el representante correspondiente de Podemos o Ciudadanos saltara como un resorte: «*Ya están los del PPSOE con el y tú más*». Funcionaba a las mil maravillas porque, como todo buen mensaje, encerraba de manera sencilla toda la esencia de un discurso político articulado que todo el mundo comprendía y mucha gente compartía.

De nada sirven argumentos ciertos, datos contrastables y empíricas evidencias frente a mensajes como éste. El mismo ciudadano que asentía con la cabeza cuando escuchaba a un representante socialista denunciar un recorte del PP, cambiaba de opinión repentinamente sólo con escuchar la frase mágica que parecía «despertarle del sueño hipnótico al que le tenían sometido los dos partidos mayoritarios». Mortal de necesidad. Al PSOE se le negaba en la oposición su propia condición. Aunque gobernara Rajoy, para los votantes conservadores lo seguía haciendo el Partido Socialista (la herencia), mientras que para los más progresistas gobernaban el PP y el PSOE.

La paradoja es que ambas formaciones políticas estaban asociadas a la crisis y, por lo tanto, ésta desgastaba a ambos, mientras que una hipotética recuperación podía beneficiar no sólo al gobierno sino también al principal partido de la oposición. Para ese momento, el marco estaba perfectamente fijado:

**CRISIS=PSOE Y PP=RECORTES=PPSOE=CORRUPCIÓN**

El problema era el propio régimen del 78, un «pacto de élites» como llegó a definirlo Podemos, y la solución era, simplemente, cambiarlo. No se trataba de lo que habían hecho el PP o el PSOE, sino de lo que habían hecho

el PP y el PSOE.

No quiere esto decir que los ciudadanos no siguieran reconociendo diferencias entre ambos, pero a partir de entonces el cambio no podía venir de la mano de ninguno de los dos partidos, que a partir de entonces pasaron a ser el «recambio». El verdadero cambio se convirtió pues en el de los «nuevos partidos», porque PP y PSOE se habían alternado en el gobierno y habían tejido una suerte de acuerdo tácito para mantener su status, según el discurso nacido del 15M.

España siempre fue un país de grandes movilizaciones. Cientos de miles de ciudadanos salieron a la calle contra el golpe de Estado de 1981, a favor de la democracia, en contra de diferentes reformas laborales y educativas, contra la guerra de Irak o contra la banda terrorista ETA, pero el 15M fue diferente. Por primera vez en la historia se metía en el mismo saco a la izquierda y a la derecha, al gobierno y a la oposición, a banqueros, partidos y sindicatos de clase.

El 15M fue la primera concentración o manifestación masiva de la historia de España contra todo el «establishment», desde las movilizaciones contra la dictadura o en favor de la democracia. En palabras de los dirigentes de Podemos, *«los de abajo contra los de arriba»*. Tras cuarenta años de democracia, los españoles se rebelaban contra el propio sistema como principal culpable de la crisis, los recortes, la corrupción, los privilegios....

Los españoles, que habían defendido su democracia durante décadas, renegaban de ella cuarenta años después. La Transición española dejó de ser modélica para convertirse en un «pacto de élites», según el relato hegemónico en la España del 15M. El problema ya no era la política de uno u otro partido, sino los propios partidos en sí mismos, todos ellos.

Si tenemos en cuenta que la crisis estalla en 2008 y que, por lo tanto, 2007 es el último año del «viejo mundo», y que 2009 es el «año cero» de la crisis y el 15M estalla en 2011, es muy interesante analizar la evolución de la opinión pública española en estos últimos 10 años. Para ello, nada mejor que emplear los datos del Centro de Investigaciones Sociológicas que acumula variables desde hace décadas. Cuanto más alejemos el *zoom*, más claro veremos la evolución.

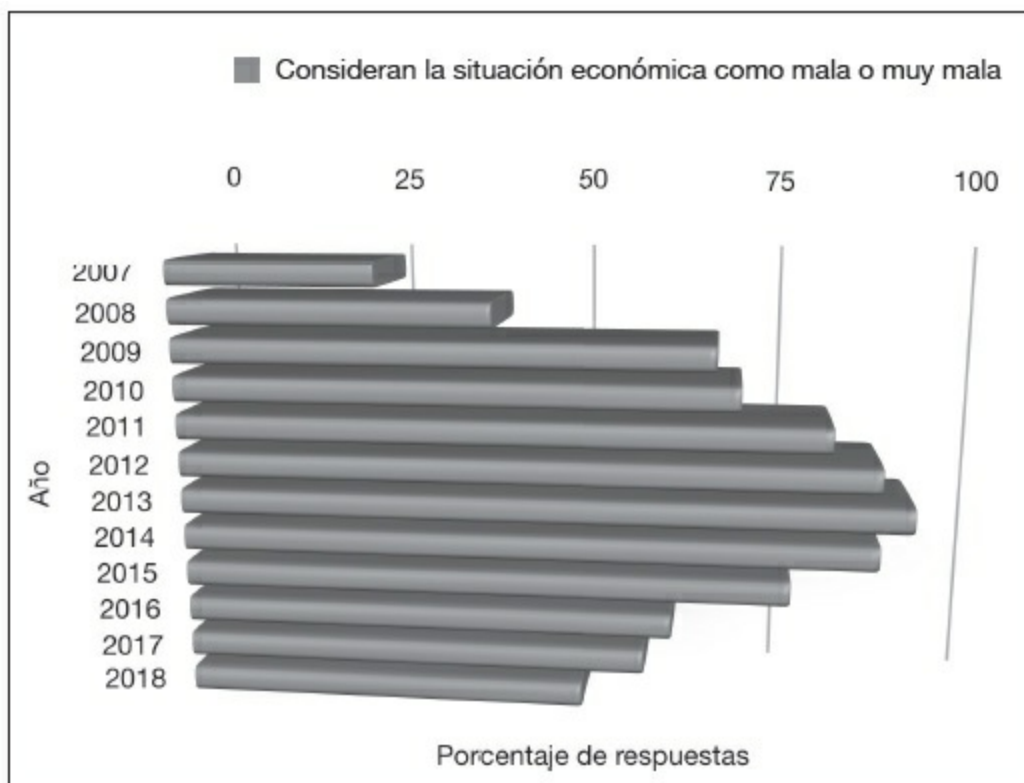
Tomaremos en cuenta los barómetros que publica el CIS en enero de cada año para analizar la evolución de la opinión pública en esta década, y lo haremos usando las siguientes variables:

1. Porcentaje de la población que considera que la situación económica es mala o muy mala.
2. Porcentaje de la población que considera «la corrupción y el fraude» como el principal problema del país.
3. Valoración de los principales líderes políticos a nivel nacional, teniendo en cuenta que hasta 2016 (año en que el CIS introduce a Podemos y Ciudadanos) sólo tenemos los de PP y PSOE. Por otra parte, el PP ha mantenido al frente del partido a Mariano Rajoy a lo largo de los últimos quince años mientras que en el PSOE ha habido múltiples cambios que han llevado al CIS a evaluar hasta a cuatro líderes (Zapatero, Rubalcaba, Pedro Sánchez y Javier Fernández) en el mismo período que Rajoy estaba en el PP. Debemos tener en cuenta también que la valoración de los líderes es una media y, por lo tanto, castiga mucho a quienes reciben valoraciones muy polarizadas o tienen mucho conocimiento público, mientras que premia siempre a los más templados y a los menos conocidos. La relación directa entre «poco conocimiento» y «mejor valoración» se explica porque en esos casos quienes conocen al candidato valorado son los más cercanos y de ahí la mejor valoración, mientras que a medida que aumenta el conocimiento, empeora la valoración, al ser juzgado por los votantes de otros partidos. En todo caso, el estudio de la evolución de la valoración de los líderes de cada partido, en el período de diez años, también es relevante a este análisis, independientemente de quién haya ejercido el liderazgo en cada momento.

Si empezamos por analizar la valoración que los ciudadanos tienen de la situación económica descubriremos elementos muy relevantes. En enero de 2007, sólo 26 de cada 100 ciudadanos consideraban que la situación económica fuese «mala o muy mala», pero en 2013 eran 91 de cada 100

quienes tenían esa opinión. Es muy revelador comprobar que en 2013, tras cinco agotadores años de crisis, prácticamente toda la población coincidía en señalar que la situación era «mala o muy mala».

Por otra parte, no es hasta 2015 cuando empieza a invertirse la tendencia y se reduce significativamente el número de españoles que tienen dicha visión negativa hasta alcanzar un 50,7 por ciento en 2018. Es evidente que los españoles tienen una clara sensación de recuperación a partir de 2015, que ha sido confirmada en 2016, 2017 y 2018 con una tendencia constante en la reducción de la opinión negativa. Aunque diez años después del comienzo de la crisis, todavía existen el doble de ciudadanos con una mala valoración de la situación económica, lejos ya del 91 por ciento de 2015, pero duplicando aún la cifra de 2007.



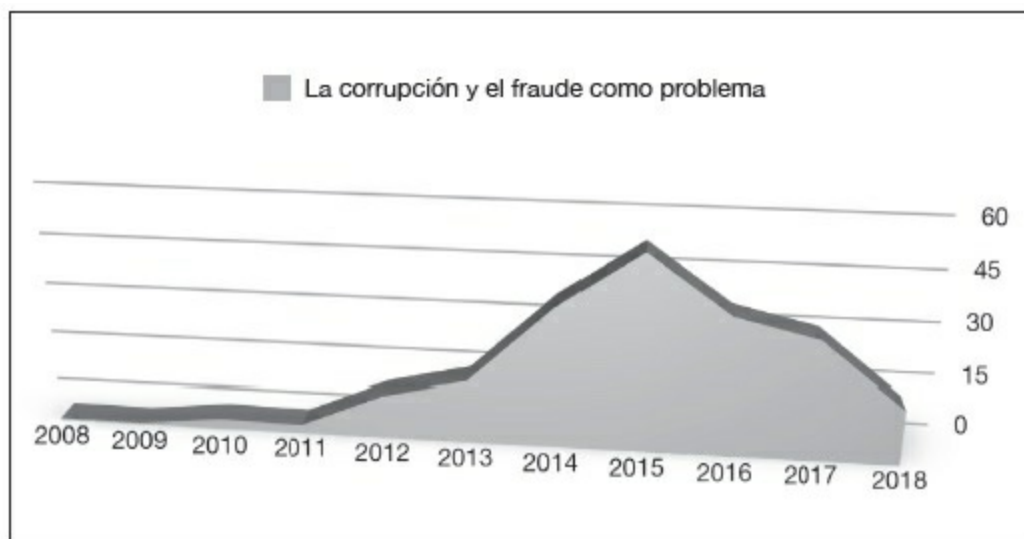
Evolución de la valoración de la situación económica según el CIS.

Al principio de este capítulo se afirma que primero el movimiento 15M y luego los nuevos partidos lograron dar una explicación simple a la crisis y señalar a un culpable. Todo ello se sintetiza en una frase castiza, tan sencilla

como eficaz: «*La culpa es de los que se lo han llevado calentito*». Es evidente que se señaló una causa para la mala situación económica: la corrupción; y un culpable: los políticos. Veamos si realmente fue así.

Durante décadas, el CIS ha preguntado a los españoles por sus problemas e inquietudes. El paro siempre ha ocupado el primer lugar y sólo encontraba competidor coyuntural con el terrorismo de ETA, pero las cosas comenzaron a cambiar en 2012.

Parece increíble que hace tan sólo diez años (en el año 2008) apenas el 0,7 por ciento de los españoles señalaran la corrupción entre los principales problemas del país cuando en el año 2015 la cifra era del 55,5 por ciento, lo que la llevó a competir con «el imbatible» desempleo entre las preocupaciones de los españoles. Es cierto que la proliferación de escándalos —y el consecuente protagonismo de los mismos en la agenda pública— han provocado este incremento, pero a efectos de esta obra lo relevante es afirmar que —por uno u otro motivo— la corrupción provocó un efecto devastador sobre la política y muy especialmente sobre los partidos tradicionales, mientras que potenció extraordinariamente a los «nuevos partidos».

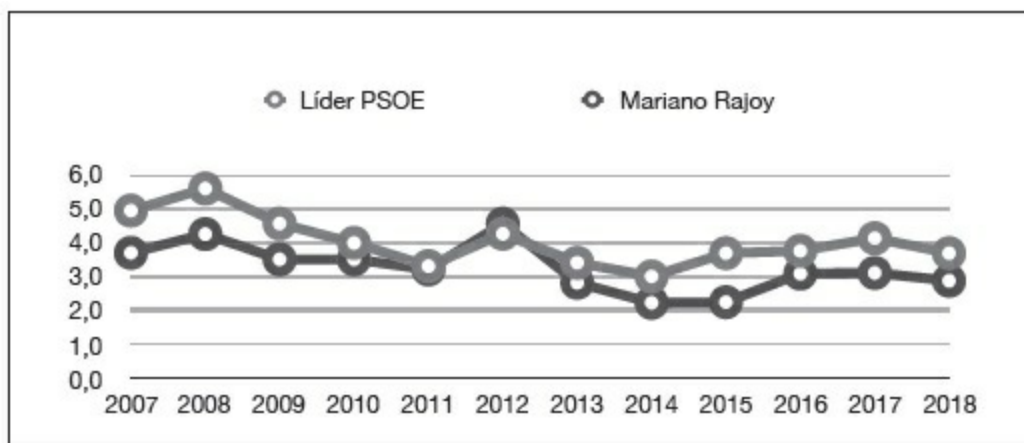


Evolución de la valoración de la corrupción como problema según el CIS.

La evolución de la valoración ciudadana sobre los líderes políticos no deja ningún lugar a dudas.



Si analizamos la valoración de los líderes de los principales partidos, descubriremos que ninguno ha «aprobado» desde antes de la crisis. Hace más de diez años que todos los líderes políticos están por debajo del 5 en una calificación de 0 a 10. Como dijimos anteriormente, hay que ver este dato en su generalidad, dado que el conocimiento y la polarización de las opiniones influye mucho. Además, debemos recordar que mientras en el caso del PSOE se ha evaluado a cuatro líderes diferentes (con sus fluctuaciones), en el caso del PP ha sido siempre a Rajoy, dado que no ha habido relevo desde el año 2004.

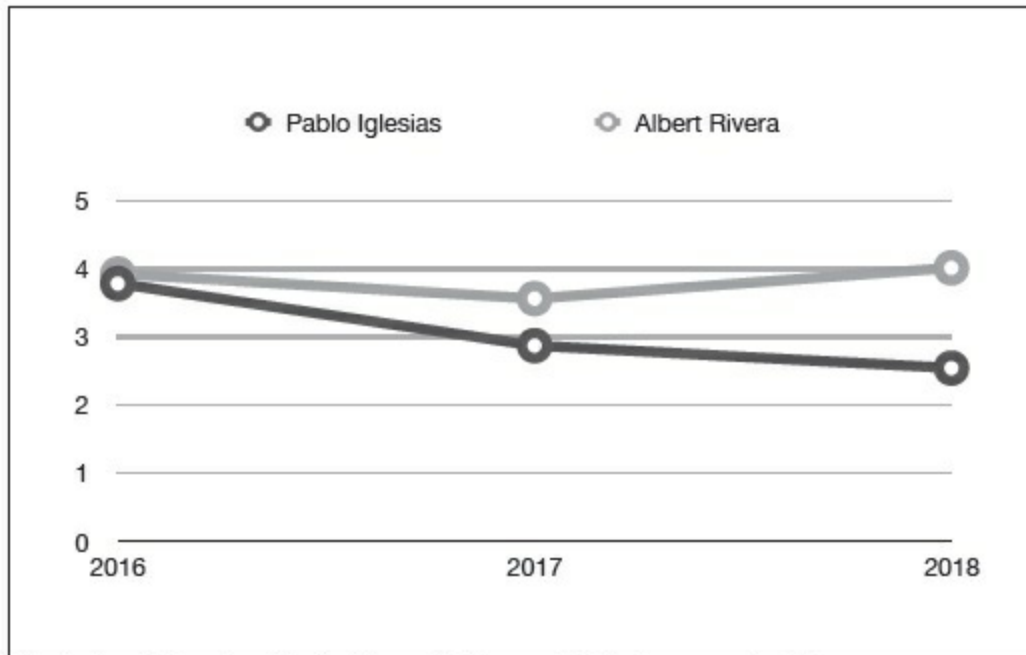


Evolución de la valoración de los líderes de PSOE y PP según el CIS.

En 2008 (dato de abril, puesto que el CIS no incluyó valoración en el mes de enero), fue la última vez que el líder de uno de los dos grandes partidos obtuvo un aprobado (Zapatero, con un 5,58/10). Recordemos que la quiebra de Goldman Sachs y Lehman Brothers se produjo pocos meses después, en septiembre de 2008. En los diez años que siguieron a ese momento, ningún líder político ha alcanzado el 5 como nota media en la valoración de los ciudadanos.

Ni siquiera los líderes de los dos nuevos partidos han conseguido llegar al aprobado en las tres valoraciones de enero que contabiliza el CIS desde su aparición. Y se quedan muy lejos del 5,58 que obtuvo Zapatero en 2008. Una

prueba más del deterioro de la imagen de los políticos y de la política en los diez años que lleva durando el tsunami desde la crisis de 2008 y del que no se salvan ni los nuevos partidos.

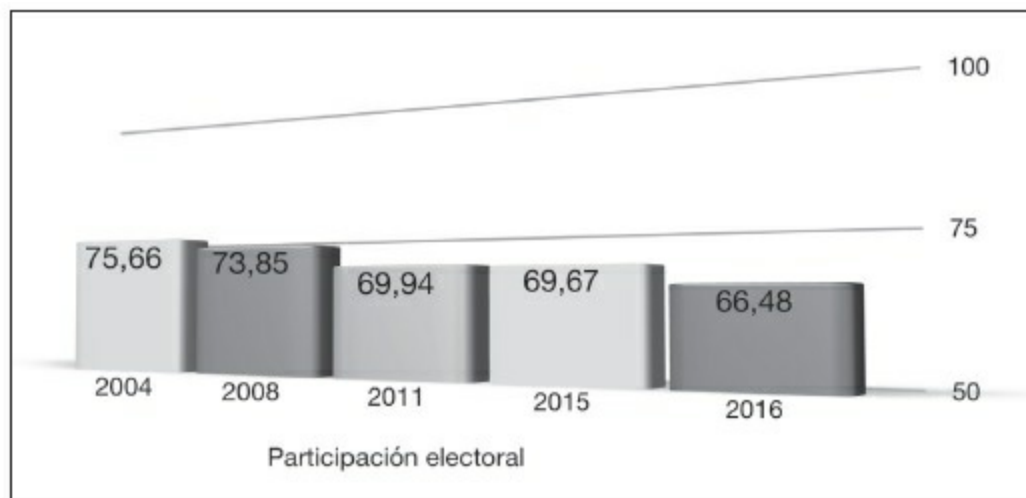


Evolución de la valoración de líderes de Podemos y Ciudadanos según CIS.

Ni Albert Rivera ni Pablo Iglesias han conseguido nunca llegar al aprobado, aunque es evidente la caída constante de Iglesias frente al repunte de Rivera tras el Procés para la independencia y las elecciones que tuvieron lugar en Cataluña en el año 2017.

A la vista de todos los datos, parece clara la relación directa entre la percepción de la situación económica, la preocupación por la corrupción y la valoración de los políticos. La diferencia está en que las dos primeras crecen y decrecen en paralelo, mientras que la valoración de los políticos no ha experimentado mejora. Se hundió a partir de 2009 y se ha quedado en parámetros comparables a lo largo de la década posterior. De hecho, ninguno de los líderes de los cuatro partidos nacionales ha vuelto a conseguir un aprobado desde 2008.

Lo cierto es que el deterioro que ha sufrido la política en estos diez años es tal que la participación electoral es hoy diez puntos inferior a la que era entonces. No parece pues que los nuevos partidos hayan rescatado a mucha gente de la abstención, y si lo han hecho el problema es aún mayor porque las «altas» no habrían compensado las «bajas», en una tendencia que lleva doce años y cuatro elecciones decreciendo. Actualmente en España votan un 10 por ciento menos de ciudadanos que hace diez años.



Evolución de la participación en las elecciones generales

Dos partidos como el PP y el PSOE sumaban 21 millones de votos hace 10 años, mientras que hoy hay que sumar a cuatro partidos (PP+PSOE+Podemos+Ciudadanos) para llegar a los mismos votos.

Así pues, parece evidente el desgaste sufrido por la política en estos diez años, como parece evidente que la fórmula *crisis + recortes + corrupción* ha sido clave en dicho desgaste. Cuando Podemos apareció en escena lo resumió en un término: «la casta».

El concepto contenía todos los elementos para ser eficazmente letal. Metía en el mismo saco a políticos y banqueros, a izquierda y a derecha, al PSOE y al PP, a UGT y a CCOO con la CEOE. A diferencia del concepto de «clase», el de «casta» implica una condición eterna mucho más irritante y antidemocrática: se nace en una casta y no se sale de ella nunca: para bien o para mal. El discurso de los nuevos partidos consiguió el efecto buscado, y lo

compartieron comentaristas y tertulianos, trabajadores y empleados, jóvenes y ancianos, maridos, mujeres y cuñados, padres e hijos... incluso los que nunca votarían a Podemos mordieron la manzana y «compraron» el argumento.

Las tarjetas «black» de Caja Madrid (luego Bankia) hicieron el resto. Entre septiembre de 2014 y diciembre del mismo año, el escándalo de estas tarjetas inundó las radios y las televisiones. Cientos de horas de debate y tertulia sobre el caso y un goteo constante de información cada vez más bochornosa y enervante.

Tan cierto es que el gobierno de Zapatero había logrado evitar el rescate (a un alto precio electoral) como que el gobierno de Rajoy acabó negociando un rescate del sistema financiero. El principal problema era Bankia, un monstruo de siete cabezas con Rodrigo Rato al frente que, a pesar de haber cometido múltiples ilegalidades, recibió 40.000 millones de euros de las arcas públicas para ser rescatada.

El rescate se producía en paralelo a los desahucios y al escándalo de las preferentes: el tamaño de la ira social fue el esperable ante tal situación. Pero si faltaba algo para que la olla a presión explotara definitivamente, la opinión pública conoció de primera mano y con todo detalle que los miembros del Consejo de Administración de Bankia habían disfrutado de una tarjeta para todo tipo de gastos, ilimitada y sin control alguno. Cuando se fueron conociendo las cantidades y la naturaleza de los gastos, la ira llegó a su cenit.

Bankia era la imagen perfecta del desastre. En su consejo de administración se sentaban miembros del PP, del PSOE y de IU, de UGT, de CCOO y de la CEOE... ¡la casta!

Finalmente, se había cerrado el círculo: *¡Voilà, ahí lo tienen! La culpa de la crisis es de los que se lo han llevado calentito: los políticos y los banqueros. ¿Quiere usted ver una foto en alta definición de LA CASTA? Mire el Consejo de Administración de Caja Madrid y de Bankia: ¡ahí están! Ésa es la casta: el PP, el PSOE e IU, UGT, CCOO y la CEOE. Los viejos partidos y sindicatos, los empresarios y los banqueros. Todos juntos, repartiendo prebendas y privilegios, de manera corrupta, mientras desahucian a quien no puede pagar su hipoteca o son estafados con las preferentes.*

El caso de las tarjetas «black» de Bankia salió a la luz pública tras el verano de 2014 y monopolizó la discusión pública al menos hasta las navidades de dicho año. Recuerde el lector que los peores indicadores registrados en el CIS datan precisamente de enero de 2015.

A lo largo de estos años hemos conocido muchos escándalos de corrupción. Es casi imposible determinar cuál es el más grave de todos, porque, desde luego, todos lo son. En esos mismos años se disparaban los desahucios, los despidos, las rebajas salariales y los recortes sociales mientras se iban conociendo actitudes y comportamientos bochornosos y muy alejados de la ética. El caso Gürtel, los ERE de Andalucía, el caso Brugal, el caso Nóos, el Canal de Isabel II, la operación Púnica, el desvío de los fondos para la formación... cada cual era más grave que el anterior.

Pero el caso de las tarjetas «black» era el «crimen perfecto», la trama absoluta que contenía todos los elementos para hacer de ella el ejemplo perfecto de la casta y la explicación perfecta de la crisis.

Bankia fue la prueba definitiva de que «la casta» existía y de que era el problema.

## Lo viejo y lo nuevo

Yo lo veo como una batalla entre lo antiguo y lo nuevo... Estamos en un punto en el que, nos guste o no, la mayoría de los ciudadanos ha votado y ha dicho: «Oye, como norma general, como la mayoría no queremos lo antiguo y queremos lo nuevo... o queremos lo antiguo de una forma diferente, ¿no?».

GRUPO MIXTO, 25-35 años.  
Madrid, abril de 2016

Siempre han existido discursos antisistema, pero por primera vez las mayorías lo compartían, metiendo en el mismo saco a todos los partidos y al resto de instituciones: el «establishment» era el problema y el cambio debía venir desde fuera consecuentemente.

Todos los países europeos fueron consolidando sus democracias a lo largo de la segunda mitad del siglo xx, y lo hicieron con un sistema de partidos tradicionalmente basado en el eje izquierda-derecha. En un mundo dominado por la guerra fría y los bloques Este-Oeste, el Este (la Unión Soviética) representaba al comunismo, y el Oeste (Estados Unidos) al capitalismo. Los países del Oeste de Europa se situaron en medio y no sólo geográficamente. Todos ellos desarrollaron democracias con mercados libres pero Estados fuertes con gran capacidad de intervención y regulación de dichos mercados.

La verdad es que las ideas de Marx fueron mucho más útiles para los ciudadanos de las democracias de la Europa occidental que para los de las dictaduras del Este de Europa.

A diferencia del comunismo sin libertad y del liberalismo sin igualdad, Europa abrazó las ideas de la socialdemocracia y ello le reportó décadas de paz, libertad, prosperidad y avances sociales. Desde que el economista William Beveridge presentó su histórico informe en 1942 al parlamento británico, los Estados europeos comenzaron a acompañar a sus ciudadanos «desde la cuna hasta la tumba». Nunca antes en la historia de la humanidad se había aplicado un modelo igual. Europa había sido territorio de señores y vasallos, de nobles y plebeyos, de burgueses y campesinos, de comerciantes y mendigos, de gobernantes y sus pueblos... Siglos después encabezaría un modelo diferente: el de los derechos humanos, los ciudadanos libres y el Estado del Bienestar.

Los habitantes de toda Europa occidental pasaron a ser ciudadanos repletos de libertades individuales y derechos colectivos garantizados por sus Estados. La segunda mitad del siglo xx es la historia del avance de los derechos sociales y las libertades civiles. El derecho a voto de las mujeres, el sistema de pensiones público, la legislación laboral y los convenios colectivos, la sanidad y la educación públicas, las ayudas y los servicios sociales, la promoción pública de viviendas sociales, las ayudas a las personas con discapacidad o dependientes, el matrimonio entre personas del mismo sexo, el divorcio, el aborto, la protección del medio ambiente, los derechos del consumidor...

La segunda mitad del siglo xx es la historia de una escalada constante hacia el Estado del Bienestar, hasta que con el estallido de la burbuja financiera e inmobiliaria de 2008 llegaron la austeridad, la intervención, los rescates y los recortes... en definitiva, el primer paso hacia atrás tras sesenta años de pasos adelante.

El capitalismo se basa en un modelo de crecimiento eterno en el que estar por debajo del 3 por ciento de incremento anual del PIB supone un fracaso y se hace imposible crear empleo. El modelo de bienestar parecía

crecer en paralelo garantizando nuevos derechos y libertades, pero a lo largo de los últimos diez años, por primera vez desde el fin de la segunda guerra mundial, no se trataba de una escalada sino de un descenso.

La globalización ya había avanzado algunos aspectos. En aras de la competitividad, las grandes corporaciones multinacionales habían empezado procesos de deslocalización, se habían implantado modelos de «flexibilidad laboral», recortes o congelaciones salariales, pérdida de derechos colectivos...

La reforma protestante, primero, y el modelo capitalista, después, habían triunfado con su promesa de éxito según el esfuerzo personal y a la recompensa por el mismo. El modelo del bienestar hizo el resto construyendo el ascensor social:

Tus hijos podrán estudiar primero en un colegio y luego en una universidad, y para eso construiré centros públicos e implementaré un sistema de becas. Si estudian podrán tener un buen trabajo fijo y si tienen un buen trabajo fijo tendrán un buen sueldo, una buena casa (cuando no una segunda residencia para vacaciones y fines de semana), formarán una familia y serán felices para siempre.

Los países más desarrollados abandonaron el campo en el siglo XIX para irse a la ciudad y a la industria. A finales del siglo XX, la industria se fue a países menos desarrollados con salarios bajos y menos legislación laboral y también medioambiental. A principios del siglo XXI, el lugar de la industria lo ocupan los servicios, y en algunos países, como España, la principal «industria» es el turismo, es decir, servicios.

Las grandes zonas industriales sufrieron «procesos de reconversión» brutales a finales del siglo XX. Desde Sheffield hasta Bilbao, desde Detroit hasta Marsella, el cierre de las grandes industrias expulsó a cientos de miles de obreros al paro. Las ciudades industriales cambiaron su aspecto. La droga y la delincuencia inundaron las calles de las grandes ciudades durante veinte años, desde finales de los años 70 del siglo XX hasta la década de los noventa. Muy pocas urbes supieron reinventarse como Bilbao, muchas de ellas siguen sumidas en la depresión como Detroit, sin encontrar una alternativa a su glorioso pasado industrial.



El motor del Reino Unido estaba antes en las fábricas de Manchester o Liverpool, y hoy está en la City de Londres.

El «Rust Belt» (cinturón industrial) de Estados Unidos fue sustituido por Palo Alto en California y Wall Street en Manhattan.

El relato capitalista cambió entonces drásticamente:

Tienes que mover el culo. No puedes pretender tener un trabajo fijo para toda la vida, ni siquiera puedes esperar a que te den trabajo: ¡crea tu propia empresa! Tus hijos han estudiado una carrera, pero ¡todo el mundo tiene una! Hazme caso, tienen que hacer un máster, aprender tres idiomas y acostumbrarse a vivir en varios sitios. Vamos, ¡no seas holgazán! A cambio tendrás más y mejores productos que consumir, podrás comprar más barato y sin restricciones físicas ni horarias. ¿Quién quiere vivir siempre en el mismo sitio? ¿Quién quiere ser empleado pudiendo ser empleador? ¿Por qué aspirar a tener un salario cuando puedes aspirar a tener beneficios? Ahora podrás conocer mundo, tener un coche todoterreno, un iPhone 10, un MacBookPro y una Playstation4 para tus hijos.

Durante décadas, España se había lamentado, como denunció de manera brillante Miguel de Unamuno: «Que inventen ellos». Lo cierto es que «ellos» inventaban, fabricaban y vendían. Ahora, sin embargo, «ellos» pretenden vivir de inventar y vender, pero no de fabricar, porque eso sale mucho más barato en el tercer mundo.

La sociedad de comienzos del siglo XXI tiene poco que ver con la del siglo XX. Economistas, filósofos y sociólogos teorizan hoy en Occidente sobre el «fin del trabajo», su «reparto» o la «industria del ocio», pero lo cierto es que por primera vez desde el final de la segunda guerra mundial la clase media está en retroceso de manera cuantitativa y cualitativa.

La sociedad del siglo XXI es mucho más compleja que la tradicional del siglo XX. Los estudios demuestran que Trump y Le Pen han obtenido grandes cantidades de votos entre la «clase obrera», muy especialmente en aquellos lugares donde la crisis y el desempleo han golpeado con más dureza. Pero ¿qué es la clase obrera? ¿Y la clase media? Todos los estudios realizados tras las elecciones generales que tuvieron lugar en 2015 y 2016 reflejan que los votantes de Podemos tenían más renta y más estudios que los del PSOE. ¿Quiere esto decir que el PSOE es el partido de los más desfavorecidos mientras que Podemos es el de las clases medias? Si analizamos más en

profundidad la cuestión, veremos que hoy existen otros elementos más determinantes que la renta en la decisión de voto, como son la edad, el género, el entorno o las inquietudes personales.

El Partido Popular es el elegido entre los más mayores, independientemente de su renta. Lo mismo sucede con el PSOE entre el voto femenino, donde encuentra su principal fortaleza. Sin embargo, los nuevos partidos tienen su punto fuerte en el voto urbano y también entre los nuevos votantes.

Parece claro que el voto es —cada vez menos— una cuestión de clase social, si es que a día de hoy nos podemos poner de acuerdo en una categorización de dichas clases sociales más allá de los ingresos que obtiene cada individuo.

El Partido Socialista Obrero Español se fundó el 2 de mayo de 1879, siendo uno de los más longevos en toda Europa. Entre sus motivos fundacionales se encuentra «abolir las clases sociales», «defender a la clase trabajadora» y acabar con la «burguesía».

En 2017 parece un poco más complejo dividir a la sociedad entre «obreros y burgueses». Nuevos conceptos aparecen cada día para definir nuevas realidades. Las reformas laborales y las rebajas salariales han provocado la aparición de «trabajadores pobres», personas que teniendo empleo reciben salarios de miseria que les impiden desarrollar un proyecto de vida personal. Antes de la crisis el problema era el «milleurista», y ahora es el «millennial», o lo que es lo mismo: jóvenes con «demasiada formación» que antes cobraban «sólo» mil euros al mes mientras que ahora encadenan contratos semanales. Por otra parte, la mayoría de los empresarios no son aquellos capitalistas caricaturizados con bombín, que amasan fortunas mientras se fuman un puro, sino que son autónomos agobiados porque a pesar de trabajar quince horas al día no pueden llegar a fin de mes.

En febrero de 2017 existían en España 2.843.206 empresas, de las cuales 1.547.577 eran autónomos sin asalariados y 1.126.471 eran microempresas (entre 1 y 9 empleados). El 99,9 por ciento de las empresas que existen en España son autónomos o pymes (pequeñas y medianas empresas), y tan sólo el 0,1 por ciento de ellas cuenta con más de 250 empleados.

¿Podemos considerar un «burgués» al propietario de una pyme o al autónomo que se juega sus ahorros, trabaja sin descanso y con escasos derechos, o se trata de «trabajadores»? De ser así, ¿se les puede llamar «clase obrera»? Seguramente, el propietario de un taxi, de un pequeño comercio o de un bar de barrio o de pueblo se consideren así.

La tradicional división de clases, teorizada en el siglo XIX con motivo de la revolución industrial, no es exactamente trasladable a la sociedad de la revolución digital del siglo XXI. Hace mucho tiempo que si comparamos las tablas de renta con las encuestas en las que la gente se define a sí misma, descubrimos que en realidad hay más pobres y más ricos de los que se definen como tal, porque las mayorías se autodefinen como «clase media o trabajadora».

El tsunami del 15M no se originó en las fábricas industriales ni en las minas de carbón, sino en las grandes ciudades y en la red. Jóvenes y no tan jóvenes, personas con niveles de renta muy dispares, estudiantes y jubilados, muchos funcionarios... personas de toda clase y condición coincidieron en calles y plazas para mostrar su indignación y exigir cambios en el sistema tras las brutales consecuencias de la crisis y la gestión de la misma.

La «Spanish revolution» no fue una rebelión de obreros frente a patrones, ni de trabajadores frente a empresarios, ni siquiera fue de la izquierda frente a la derecha: fue un movimiento frente a «la casta» y frente a «lo viejo». Contra el PP y el PSOE, los bancos y las cajas de ahorro, los viejos sindicatos de clase, el Parlamento, Europa con su troika y sus hombres de negro... En definitiva, contra todos aquellos que habían «gobernado» (en un sentido amplio del término) el país desde la Transición.

Tenían claro que el PP recortaba más que el PSOE o que tenía más corrupción, pero el PSOE también había recortado (como si los recortes aprobados en el famoso el Pleno del Congreso que tuvo lugar en 2010 hubiera borrado de un plumazo los seis años de gestión del gobierno socialista) y también tenía corrupción. Lo cierto es que «los indignados» llegaron a la conclusión de que el PSOE hacía políticas de derecha cuando llegaba al gobierno. El 15M fue letal para el Partido Socialista y, a pesar de ello, el Partido Popular llegó a acusar a los socialistas de haberlo promovido.

A partir de ese momento, el concepto «cambio» dejaba de estar asociado al PSOE y a la izquierda; el único cambio real y verdadero era el de «lo nuevo» frente a «lo viejo», siendo lo nuevo Podemos (y Ciudadanos) y lo viejo el PP, el PSOE, IU, UGT, CCOO y cualquier otra sigla o institución surgida en la Transición que hubiera tenido alguna responsabilidad o representatividad en los últimos cuarenta años.

Ya teníamos una explicación, un culpable y una propuesta clara y movilizadora.

*«La culpa de la crisis es de los que se lo han llevado calentito en todo este tiempo, aquellos que simulaban estar enfrentados entre sí, pero que en realidad defienden sus prebendas y privilegios, y ahora lo que tienen que hacer es pagar por ello.»*

La propuesta de Podemos era indestructible en términos racionales porque operaba en la esfera de la emoción. Era inútil demostrar sus lagunas o su inconsistencia programática porque su verdadero programa era «que paguen». El voto a Podemos nunca fue un voto de gobierno —salvando excepciones como la de Carmena en Madrid— sino uno de castigo.

Todos los estudios de opinión realizados en España han demostrado que el principal problema y preocupación de los españoles se llama «paro». Ha sido así durante cuarenta años y sigue siéndolo hoy. Sólo el terrorismo de ETA osó disputar alguna vez esa primera plaza entre las preocupaciones de los españoles, y lo hacía de manera esporádica. De la misma manera, todos los estudios demostraban que mucha gente estaba dispuesta a votar a Podemos a pesar de creer que un gobierno de la formación morada gestionaría peor la economía y no sería capaz de crear empleo.

¿Cómo es posible que alguien vote con tanto deseo a un partido del que cree que no resolverá su principal problema? La respuesta era bien sencilla: *«¡Al menos conseguiré que paguen quienes tienen la culpa de todo lo que ha pasado!»*.

Los torrentes de «argumentos» de los indignados confluyeron en el curso de un río cuyo caudal se desbordaba a su paso por las grandes ciudades:

- *«Por lo menos los nuevos están limpios, no han robado...»*

- *«No sé lo que van a hacer los nuevos; lo que sé es lo que han hecho los viejos.»*
- *«Ya sé que no tienen la solución, pero por lo menos pagarán los culpables.»*
- *«En el fondo da igual que gobiernen unos u otros, todos incumplen sus programas, pero estos nuevos no tienen mochilas.»*

Estas categorías se soportaban siempre en los mismos ejemplos:

- *«Unos tienen a Bárcenas, pero los otros tienen los ERE.»*
- *«La reforma laboral de Rajoy es un desastre, pero empezó Zapatero con la suya.»*
- *«Los del PP y los del PSOE se colocan en las grandes empresas cuando salen del gobierno: los dos usan las puertas giratorias.»*
- *«Reformaron juntos el artículo 135 de la Constitución al dictado de Merkel, sin consultar al pueblo y para hacer recortes.»*

Especialmente lesivo para la lucha contra la corrupción fue el argumento del «empate»: *«¡Al fin y al cabo roban todos!»*. Ya sabemos que ni el cliente puede tener siempre la razón ni los ciudadanos estamos carentes de toda responsabilidad ante lo sucedido. Durante décadas, el Partido Popular obtuvo mayorías aplastantes en territorios donde la corrupción había sido la norma común. Todo el levante español se convirtió en el epicentro de la misma debido a la especulación inmobiliaria en la costa, pero la Comunidad Valenciana o Murcia seguían siendo territorios inexpugnables del PP. Aparecieron entonces toda suerte de teorías sobre los efectos electorales de la corrupción: *«Al PP no le hace daño la corrupción»*.

Lo cierto es que durante décadas, decenas de representantes socialistas cavaron su tumba política precisamente denunciando la corrupción en la Comunidad Valenciana o en Murcia. Oponerse a un trasvase para regar campos de golf, denunciar la construcción de resorts de lujo en la costa o de aeropuertos fantasma, negar el apoyo a grandes y costosos fastos como la

Copa América o la Fórmula 1, significaba estar contra el progreso y la creación de empleo, y los votantes seguían *votando a favor del desarrollo que generaba empleo y riqueza frente a los «viejos prejuicios izquierdosos»*.

El discurso del 15M fue especialmente injusto con todos aquellos que no sólo no habían practicado la corrupción, sino que la habían combatido y habían «fallecido» políticamente denunciándola. Cuando llegaron los nuevos partidos, la «fiesta» se había acabado y la «resaca» era brutal. Tenían que pagar todos por igual: los que estaban en el gobierno y se corrompían y los que denunciaban desde la oposición. Como si hubiera sido una mala pesadilla interrumpida, nadie estaba ya a favor de la construcción de aquel aeropuerto, todo el mundo sabía que la Fórmula 1 fue un dispendio innecesario y que la visita del papa fue una excusa perfecta para cobrar comisiones ilegales y millonarias.

Las conversaciones grabadas por orden judicial y reveladas a la opinión pública provocaban indignación hasta la náusea. El tono de las mismas demostraba algo más que una ausencia absoluta de toda ética. Lo peor de todo era la sensación de impunidad con la que hablaban los corruptos, quienes, elección tras elección, se veían reforzados en las urnas y se mofaban de aquellos que les habían estado denunciando con tan poco éxito.

Los corruptos arrasaban en las urnas y lo entendían como una absolución mediante el voto y una invitación a seguir por el mismo camino. Los votantes que lo consintieron también tuvieron su parte de culpa, así como quienes utilizaron el argumento del empate.

Cualquier conversación sobre corrupción con cualquier simpatizante del Partido Popular tenía siempre el mismo final cuando se acababan los argumentos: «*Al fin y al cabo, todos roban*». Curiosamente, ahora ocurría lo mismo con los simpatizantes de los nuevos partidos. En lugar de condenar al culpable, se le exculpaba al grito de «*¡todos son iguales!*». Puede que para el interés electoral del PP o de los nuevos partidos fuera muy útil este razonamiento, pero para la lucha contra la corrupción fue tan devastador como injusto.

Lo cierto es que el marco general del debate público había cambiado por primera vez en cuarenta años. Los dirigentes de los nuevos partidos compartieron discurso y consiguieron que tuviera éxito y hasta prestigio

social: *«No se trata de izquierda o derecha, se trata de lo nuevo y lo viejo».*

Por primera vez en la historia, la oposición sufría no sólo el desgaste de la misma sino también el del propio gobierno. Para el PSOE era imposible presentarse como el cambio, porque el cambio era «lo nuevo», es decir, Podemos y Ciudadanos.

Según el relato surgido del 15M, lo viejo era corrupto e injusto y lo nuevo no.

## **El PPSOE: «Y tú más»**

Van todo... «y tú más»... Tú has hecho una, y tú has hecho dos... Y no se pueden arreglar las cosas cuando los partidos mayoritarios se echan la mierda el uno al otro y decir «es que tú has robado aquí». Sí, pero la respuesta es «tú has robado allí»... y así lo arreglan todo. No hacen nada constructivo como tal.

Yo creo que PP y PSOE son iguales.

¿Te refieres a que son iguales una vez que llegan al poder?

Exactamente, a la hora de la gestión... Unos son de derechas y otros de izquierdas... pero... la política es la política; la política corrompe...

Se necesita un cambio de política... con las cabezas limpias, que no lleven tanto tiempo en política. Debería haber un cambio total, que empezase de nuevo, con una política nueva, con una política fresca, que se puedan cambiar los rumbos desde cero... No que siempre vaya el PSOE, luego el PP, PSOE, PP, PSOE, PP... esa política la llevamos arrastrando años.

GRUPO MIXTO, 25-35 años.  
Cáceres, marzo de 2015

Toda Europa Occidental construyó un modelo político homologable tras la segunda guerra mundial. Primero fueron el norte y el centro de Europa. Finalmente, el sur también lo logró cuando se deshizo a partir de 1970 de las



dictaduras de Portugal, Grecia o España. Dos grandes familias ideológicas ocuparon el espacio de las mayorías en todos los países europeos. Socialdemócratas y democristianos, progresistas y conservadores.

Claro que seguían existiendo comunistas y fascistas, pero quedaron relegados a posiciones irrelevantes. La sociedad europea de la segunda mitad del siglo xx había aprendido la lección del medio siglo anterior y huía de los extremos para refugiarse en las posiciones más centradas en las que existía la libertad, Estado y mercado convivían en democracia y se instauraba el modelo del bienestar.

Es cierto también que en algunos países europeos existía una tercera vía: la de los liberales, pero nunca fue primera fuerza en ninguno de ellos. Tampoco es menos cierto que aparecieron nuevas familias políticas como Los Verdes, que cobraron mucha fuerza en países como Alemania, donde llegaron a formar parte de la coalición de gobierno del socialdemócrata Schroeder.

Pero todos los países de la Europa Occidental contaron con un modelo bipartidista claro a la hora de competir por el gobierno. En el Reino Unido eran *tories* y laboristas, en Francia, el Partido Republicano o el Partido Socialista, en Alemania, la CDU o el SPD...

En España fueron el PP (UCD o CDS cuando existía AP) y el PSOE, que se alternaron en el gobierno durante cuarenta años sin que ningún otro partido pudiera disputarles la victoria.

Desde la crisis de 2008 hasta la actualidad, el sistema bipartidista que representaban las dos grandes familias ideológicas de la democracia europea se ha tambaleado, cuando no desaparecido en algunos países de Europa.

En todo Occidente, sólo Estados Unidos mantiene intacto su sistema bipartidista tradicional, aunque la victoria de Trump supone todo un revés para el «aparato» y la tradición del Partido Republicano.

En el Reino Unido fue la UKIP, en Francia fue primero Le Pen y más tarde Macron, en Grecia, Syriza, en Italia, Beppe Grillo... En Alemania sólo la reedición de la Gran Coalición permitió que hubiera un gobierno ante la fragmentación de un Bundestag que acoge hoy de nuevo a la extrema derecha.

Podemos y Ciudadanos hicieron lo propio en España. A lo largo de la última década han aparecido partidos y/o personajes políticos que han hecho saltar por los aires el modelo bipartidista tradicional a lo largo y ancho de toda Europa.

La UKIP fue la principal responsable del *brexit* en el Reino Unido. El movimiento Cinco Estrellas de Beppe Grillo atomizó aún más la tradicional «constelación política» italiana. Alexis Tsipras es el primer ministro de Grecia tras la casi desaparición del PASOK. Emmanuelle Macron ha dado un vuelco histórico en Francia, que también ha dejado al histórico Partido Socialista francés al borde de la desaparición.

Como vimos anteriormente, la aparición de Podemos y Ciudadanos supuso que por primera vez en la historia de la democracia española no se pudiera formar gobierno y se tuvieron que repetir las elecciones en 2016. Dicho bloqueo provocó que finalmente el PSOE se abstuviera en la investidura de Mariano Rajoy para evitar la celebración de unas terceras elecciones, y todo ello con el fantasma de la Gran Coalición alemana de fondo.

El tsunami ha sido europeo, y la quiebra del sistema de partidos tradicional ha tenido efectos reales y muy concretos.

La crisis llegó a España cuando comenzaba la segunda legislatura del gobierno socialista. La diferencia entre la primera y la segunda legislatura de Zapatero fue enorme debido a la crisis. De ejercer la soberanía de España frente a Estados Unidos retirando las tropas de Irak, a verse obligado a seguir los dictados de Alemania para poder tener financiación. De gobernar siguiendo el programa socialista y de acuerdo con la mayoría a gobernar bajo la amenaza del rescate y contra la opinión de la mayoría. Del día se pasó a la noche, de la felicidad a la indignación, del cielo al infierno.

La primera legislatura socialista había sido la de la retirada de las tropas de Irak, la ley de dependencia, la del superávit en las cuentas públicas, el pleno empleo (8 por ciento de paro), la subida del salario mínimo, la de las pensiones mínimas duplicando la subida del resto, la ley que permitía el matrimonio entre personas del mismo sexo, la ley antitabaco, la ley de la memoria histórica, el carnet por puntos que redujo la mortalidad en carretera, el cheque bebé, la rebaja del IRPF...

Si alguien le hubiera dicho a los ciudadanos que PP y PSOE eran lo mismo en 2008, o se hubiera atrevido a afirmar que los partidos no cumplían sus programas electorales, le hubieran tildado de loco. Si alguien hubiera dicho que Zapatero era de derechas, también.

La segunda legislatura de Zapatero se apagó nada más empezar. Con un gobierno que todavía estaba planificando la legislatura se produjo la caída de Lehman Brothers y a partir de ahí, el infierno. Ése fue el tiempo del estallido de la burbuja, del paro desbocado, del cierre de empresas, del déficit público, de la frustración ante el retraso de una recuperación varias veces anunciada y nunca aparecida, de la amenaza del rescate, de la prima de riesgo disparada, del Pleno del Congreso —que tuvo lugar en mayo de 2010 para evitar el rescate, y que llevó al gobierno socialista a congelar todas las pensiones, salvo la mínima, y recortó el salario de los funcionarios—, y, finalmente, del acuerdo con el PP para la reforma del artículo 135 de la Constitución, de manera que España constitucionalizaba el principio de la estabilidad presupuestaria como concesión a una Europa que exigía más recortes y amenazaba con la intervención de las cuentas públicas españolas.

De retirar las tropas de Irak a pactar con el PP la reforma del artículo 135 de la Constitución para introducir en la Carta Magna el principio de estabilidad presupuestaria. De tener una cifra de paro por debajo del 8 por ciento (julio de 2007) a una del 22,9 por ciento (diciembre de 2011). De anunciar todos los años una subida de las pensiones mínimas que duplicaba la que establecía la ley —ante miles de mineros congregados en Rodiezmo— a congelar el resto de pensiones. De aprobar la ley de dependencia a recortar el salario de los funcionarios. Del 35 por ciento de deuda pública al 80 por ciento. De 0 a 300 en el diferencial de la prima de riesgo con el bono alemán. De jugar en la «Champions» de la economía mundial a vivir bajo la amenaza de un rescate.

En efecto, del cielo al infierno.

Zapatero «el rojo», aquel que antes aprobaba la ley de dependencia o la de la memoria histórica, ahora tenía que pactar con el PP la reforma del artículo 135 de la Constitución y aprobar recortes. Aquel que cumplía con su

palabra aunque fuera enfrentándose a los mismísimos Estados Unidos para retirar las tropas de Irak, ahora tenía que incumplir su propio programa electoral forzado por la nueva situación de la economía.

Con la crisis emergió un espacio y un discurso político que era impensable e inviable antes de ella. En cada país europeo tomó una forma y una dimensión diferente. En España fue el 15M y, como consecuencia de ello, Podemos. Lo cierto es que Ciudadanos no había surgido como resultado del 15M, pero finalmente se benefició también del nuevo marco y, en todo caso, venía sosteniendo algunos principios coincidentes como el cuestionamiento del sistema de partidos tradicional.

Un nuevo marco político que se fijó en las calles y plazas del 15M, que corrió como la pólvora gracias a las redes sociales y que llegó a televisiones, radios y periódicos, primero de la mano de tertulianos y analistas y más tarde con cara y ojos de los representantes de Podemos y Ciudadanos.

- En el fondo, el PP y el PSOE son lo mismo: ambos incumplen sus programas electorales, recortan y tienen casos de corrupción.
- La culpa no es del PP o del PSOE, sino del PP y del PSOE.
- El PP y el PSOE discuten entre ellos de sus cosas, pero se han olvidado de nosotros. En realidad son como dos marionetas que se pegan con la porra en un teatrillo impostado mientras defienden sus privilegios.
- Se pasan todo el día con el «y tú más» discutiendo entre ellos, reprochándose sus cosas y olvidándose de nosotros.
- La verdadera diferencia no está entre la izquierda y la derecha, sino entre los de arriba y los de abajo. Arriba están los políticos y los banqueros, y abajo estamos todos los demás.
- La verdadera elección no es izquierda o derecha, sino de nuevo o viejo.

➤ No se trata de elegir entre el PP o el PSOE, sino entre el PPSOE o lo nuevo.

El marco discursivo surgido del 15M.

Una vez más estamos ante un verdadero hallazgo comunicativo. Igual que el «derecho a decidir» o el «no es no», el «y tú más» contenía un discurso completo detrás y una propuesta: el PP y el PSOE son lo mismo, para cambiar hay que echar a los dos.

Sin embargo el «PPSOE» y el «y tú más» no hacían daño por igual a ambos partidos, pues era mucho más lesivo para el PSOE. Varios son los factores que lo explican:

1. La mayor fidelidad del voto al PP conllevaba que los socialistas pudieran perder más voto hacia las nuevas formaciones.
2. Los emisores, analistas, tertulianos y opinadores que reproducían el argumento tenían una audiencia mayoritariamente progresista, mientras que los creadores de opinión más conservadores nunca llegaron a reproducir dicho argumento. Quienes generaban opinión entre los votantes progresistas habían hecho suyo el marco discursivo del 15M mientras que quienes «predicaban» en el voto más conservador nunca llegaron a decir «el PP es como el PSOE». Todo lo contrario, la opinión conservadora seguía culpando a «la herencia» socialista.
3. Se acusaba a los socialistas de hacer políticas de derechas y no al PP de hacer políticas de izquierdas.

El «y tú más» negaba al PSOE legitimidad para hacer oposición. Cualquier crítica de los socialistas al gobierno quedaba enterrada bajo el mismo argumento: «*No puedes criticarle porque vosotros hicisteis lo mismo, sois iguales y la culpa es de los dos. Sólo yo (nuevo partido), que no he estado en nada, puedo criticar y soy el cambio*».

El argumento llegó a un extremo en que el principal partido de la oposición no era bien recibido en las manifestaciones que se convocaban contra las políticas del gobierno. Incluso algunas organizaciones convocantes

de dichas manifestaciones, como los sindicatos de clase, eran recibidas hostilmente entre pitadas. Fue especialmente visible en todas las que fueron convocadas contra los desahucios.

Los mejores tiempos de Podemos coincidieron con la mayor intensidad de la indignación. Los nuevos partidos remaban con el viento a favor que arreciaba contra «la vieja política».

El Partido Socialista perdió la mitad de sus votantes entre 2008 y 2015, y el Partido Popular, un tercio de los suyos entre 2011 y 2015. La diferencia es que entre 2011 y 2015 el PP gobernaba y el PSOE no, pero los socialistas siguieron perdiendo votos desde la oposición.

Al Partido Popular nunca le hizo daño el mantra del «PPSOE» pero al Partido Socialista le provocó una verdadera sangría electoral.

## El de la coleta

Yo creo que de todos estos líderes, el que más se asocia con su partido es Pablo Iglesias. Es decir, creo que Podemos es Pablo Iglesias. La gente cuando vota a Podemos no vota a Podemos, vota a un tío [...]. La gente ve en Pablo Iglesias a alguien que es capaz de [...], un tío polivalente, un tío que estudia, un tío que... Ven un «crack» en este tío [...] es la imagen de marketing que da.

Octubre de 2014

Pablo Iglesias no me gusta especialmente, creo que debería superar esa terquedad que tiene y toda esa pasión.

Marzo de 2016

Pablo Iglesias para mí es «todo por el poder». Tiene clara una política y sus ideologías, y por eso es tan terco, pero tiene que dar su brazo a torcer, tiene que ceder. Albert Rivera como persona me gusta, pero es de derechas... Garzón me encanta. Sí, porque quiere ser vicepresidente... Pablito y su coleta... está muy subido... Yo creo que le pierden las formas... y pierde muchísimo las formas y toda esa pasión que tiene se le va... Si la canalizase un poquito más, si fuera un poquito más listo, le iría mejor... porque nadie normalmente es tan «polarista», tan apasionado hacia un lado.

Marzo de 2016

Toda causa necesita cara y ojos que la encarne. Pablo Manuel Iglesias Turrión estaba en el lugar oportuno y en el momento preciso. Nacido en Madrid en 1978, dedicó su vida a la universidad hasta que entró en política de la mano de Izquierda Unida. De madre abogada en el sindicato CCOO y padre profesor de Historia, su nombre no fue casualidad. Sus padres decidieron llamarle Pablo, lo que unido a su apellido le haría coincidir con los del fundador del PSOE: Pablo Iglesias.

Con catorce años se afilió a las Juventudes del Partido Comunista y en 2004 (coincidiendo con la primera victoria de Zapatero) se licenció en Ciencias Políticas por la Universidad Complutense de Madrid. En el año 2008 obtuvo el doctorado también en la Complutense (coincidiendo con la segunda victoria de Zapatero). Desde entonces hasta 2014, Pablo Iglesias fue profesor de Ciencias Políticas en la misma Universidad en la que había cursado sus estudios.

En 2010 se convierte en asesor de IU y empieza a presentar una tertulia política televisiva en Tele K, «La Tuerka», que finalmente también se emitió en Canal 33.

A partir de ahí, Iglesias descubrió su verdadera pasión: la televisión. Tanto es así que él mismo ha confesado en más de una ocasión que su verdadera vocación sería presentar algún programa en *prime time*. Sea así o no, lo cierto es que no se puede entender la figura de Pablo Iglesias sin la televisión.

Nunca olvidemos que Iglesias siempre se ha declarado seguidor de Noam Chomsky, autor de la siguiente reflexión: «*La propaganda es a la democracia lo que la cachiporra a los Estados totalitarios*». Tampoco que la primera condición que pidió para apoyar la candidatura de Pedro Sánchez en la investidura fue una vicepresidencia para dirigir RTVE.

Desde su entrada en las Juventudes Comunistas, Iglesias fue acrecentando paulatinamente su odio hacia el Partido Socialista. En su paso por IU, siempre discrepó de la línea de la dirección en relación con los acuerdos con el PSOE. Según su teoría, IU nunca sería grande mientras fuera la «muleta» del PSOE, y la mejor prueba de ello es que allí donde este partido gobernaba con el apoyo de IU, había obtenido mayorías absolutas en las siguientes elecciones absorbiendo todo el voto útil de la izquierda.



Ésta es una cuestión central en el pensamiento de Pablo Iglesias y condicionará toda su trayectoria política: no apoyar al PSOE, no ser muleta, «hablar de tú a tú» con los socialistas, competir con ellos, derrotarlos y, finalmente, ocupar su espacio político como única alternativa a la derecha. De ahí que ninguna expresión provocara más rechazo en Iglesias como la del «voto útil» de la izquierda que siempre beneficiaba al PSOE y perjudicaba a IU. Años después, con motivo de la repetición electoral del año 2016, se cobraría una de sus pequeñas venganzas personales apelando permanentemente al voto útil a Podemos para conseguir el «sorpasso» al PSOE.

Primero fueron cadenas de barrio o locales como TeleK o Canal 33, pero la llegada de la Televisión Digital Terrestre (TDT) fue la gran ventana de oportunidad que aprovechó Iglesias. Con el paso de la televisión analógica a la digital, España multiplicó el número de cadenas de ámbito nacional y, con ello, las tertulias políticas, formatos que con poco coste y mucha duración rellenaban la parrilla con audiencias más que aceptables.

La mayoría de dichas tertulias se producían en cadenas cuya línea editorial se situaba en la derecha cuando no en la extrema derecha, como Intereconomía o Libertad Digital.

Pablo Iglesias comenzó a aparecer en todas ellas. Era una relación de mutuo beneficio: los tertulianos de derechas tenían un personaje extraordinario para dirigir sus críticas a la izquierda e Iglesias ganaba conocimiento público mientras se convertía en un mártir de la izquierda enfrentándose a personajes como Federico Jiménez Losantos.

Todos los estudios realizados sobre la televisión destacan la importancia de la imagen en la transmisión del mensaje, y la de Pablo Iglesias era perfecta por poco usual y caricaturesca. Su peculiar peinado lo impulsó hasta el punto de que el público no recordaba su nombre, pero no les hacía falta: se refería a él como «el coletas» o «el de la coleta».

Pero no fueron sólo las cadenas de la TDT: las generalistas inundaron sus parrillas de política, con La Sexta y Cuatro a la cabeza. Durante años, la televisión pública había dejado libre el espacio que le era natural y lejos del mantra «la política no importa a los ciudadanos»; las nuevas cadenas, y muy especialmente La Sexta, apostaron por una programación altamente

politizada con Antonio García Ferreras a la cabeza junto a Ana Pastor y Jordi Évole. Un tridente que le sería verdaderamente rentable al canal de Atresmedia y que creó un nuevo estilo en la pequeña pantalla.

Telecinco y Antena 3 habían renunciado a competir por ese espacio. Antena 3 se había dedicado siempre a una programación generalista para combatir por audiencias mayoritarias, y Telecinco se había especializado en la programación de «corazón», aunque hay que recordar que el programa «La Noria» fue el primero en organizar tertulias políticas en pleno *prime time* del sábado. Aunque este espacio intercalaba su debate político entre una entrevista a un personaje del corazón y una tertulia sobre el mismo tema, por primera vez se hacían debates televisivos semanales con tres millones de espectadores. Los partidos descubrieron que su presencia en «La Noria» no sólo era importante desde el punto de vista cuantitativo, sino también cualitativo. El público del programa representaba mejor que ningún otro al votante mayoritario que no solía comprar periódicos ni consumía política por otros medios con asiduidad. De esta forma, los partidos vencieron sus reticencias iniciales y todos sus representantes empezaron a desfilar por el programa de Mediaset, algo que criticaban los «periodistas serios» de la prensa escrita.

Telecinco había roto tabúes programando política a la hora del entretenimiento y mezclando sus contenidos con los de sociedad, pero fue La Sexta la que rompió el molde, pues hizo espacios dedicados expresamente a la actualidad política y social.

CNN había sido la primera cadena dedicada a la actualidad durante 24 horas al día, pero su formato repetitivo y exclusivamente informativo no estaba dedicado a audiencias mayoritarias.

Antes de La Sexta, nadie quería programar política en la pequeña pantalla, pues creían que no tendría audiencia. La nueva cadena demostró lo contrario y para ello creó nuevos formatos de éxito que adaptaron el debate a un formato televisivamente atractivo. Había nacido la «telepolítica».

Primero fueron «los desayunos» televisivos los que introdujeron entrevistas y tertulias políticas, luego fueron los programas de mediodía que llegaban hasta los segundos informativos.

«Al Rojo Vivo» y «Las mañanas de Cuatro» empezaron una dura competencia por las audiencias. Ferreras en La Sexta y Jesús Cintora o Javier Ruiz en Cuatro entablaron una batalla minuto a minuto hasta el punto de seguir por el pinganillo lo que hacía su competidor en tiempo real. Si uno se iba a publicidad, el otro también. Si uno empezaba con el caso Bankia, el otro lo hacía al instante, y si dejaba el tema para conectar con otro asunto del día, ocurría lo mismo con su competidor.

Pablo Iglesias llegó en el momento oportuno. Fue Jesús Cintora quien, tras verle en las tertulias de la TDT, le ofreció participar en su programa, que él mismo dirigía y con el que competía a diario contra Ferreras. Ahora Iglesias ya no hablaba para unos pocos miles (la mayoría de ellos, votantes de derecha), sino que lo hacía para centenares de miles de ciudadanos (muchos de ellos, votantes de izquierda).

El *look* transgresor y el discurso incendiario de Iglesias funcionaron perfectamente en televisión en un ambiente de indignación generalizada por la crisis y la corrupción. Nuevamente, Iglesias y la pequeña pantalla tenían una relación de mutuo beneficio. Él seguía disparando su conocimiento y las televisiones ganaban audiencia con su presencia.

Cualquiera de sus entrevistas contaba de salida con un envidiable 15 por ciento de audiencia. Los espectadores estaban esperando a que alguien dijera las cosas que decía Iglesias, y éste cumplió su tarea a la perfección.

Pero el éxito se le acabó con el tiempo. Años después, los 15 por ciento de share se empezaron a convertir en 7 por ciento, delatando el cansancio que el personaje empezó a causar entre el público. No obstante, entre el año 2012 y el 2015 la máquina funcionó a pleno rendimiento.

Remontémonos al inicio: Pablo Iglesias fue entrevistado en el programa «El gato al agua» de Intereconomía en 2013 para explicar la convocatoria «Rodea el Congreso». ¡Bingo! Todas las cadenas empezaron a llamar a Pablo Iglesias tras su aparición en Intereconomía. Por fin el 15M tenía un portavoz y mucho más que eso, tenía un líder.

Eran los tiempos de la indignación, y el 15M necesitaba cara y ojos. La naturaleza del mismo, la pluralidad de sus convocantes y de los convocados y su propio discurso hacían imposible que dicho movimiento tuviera una

organización jerarquizada o estable. Ningún partido ni sindicato estaba ni podía estar detrás por definición. Alguien tenía que ocupar ese espacio, y ese alguien fue Iglesias.

El relato funcionaba a la perfección. Ya teníamos una trama bien armada con malos (la casta), oprimidos (el pueblo), una revolución (el 15M) y un héroe y justiciero: Pablo Iglesias. El mayor éxito de Iglesias consistió en haber recogido todo el caudal del movimiento 15M y haberlo transformado en un partido político: Podemos. No era fácil y tiene mucho mérito.

Hubiera sido imposible crear un partido tan fuerte sin el 15M. Es verdad que otros como Jesús Gil, José María Ruiz-Mateos o Rosa Díez habían registrado antes candidaturas contra los partidos tradicionales, pero eran causas personales sin ninguna masa social detrás.

El 15M fue un movimiento mucho más grande que las acampadas de la Puerta del Sol, pues su discurso había calado en lo más profundo de la sociedad. Cientos de miles de ciudadanos que nunca habrían votado a un partido como Podemos simpatizaban con el discurso (en todo o en parte). El éxito de Podemos sería imposible sin el 15M, pero transformar un movimiento de denuncia basado en la indignación, con tintes anarquistas y contra los poderes establecidos, en un partido político era muy difícil. Iglesias y un pequeño grupo de amigos y conocidos lo consiguieron; la televisión fue su gran aliado.

Nunca hubiera sido posible llegar a las mayorías a través de círculos de debate en cada rincón de España, ni siquiera con las redes sociales. Pablo Iglesias se erigió con el liderazgo del 15M a través de la pequeña pantalla, que le permitió llegar a todos y encarnar la protesta.

Iglesias y los suyos registraron Podemos como partido político en el ministerio del Interior en marzo de 2014, a tan sólo tres meses para unas elecciones europeas. Se trataba del mejor escenario posible. Las elecciones europeas se celebran con una única circunscripción. Cada Estado miembro elige a un número determinado de eurodiputados y lo hace en «colegio único». Esto hace que todos los votos vayan a la misma urna y no se produzca la corrección de la aplicación de la ley D'Hont en función del número de escaños atribuidos a cada provincia, como sucede en las elecciones generales. Las provincias del interior de España y las más

despobladas son las más beneficiadas en unas generales. En las europeas, sin embargo, son las grandes masas de población las que deciden, porque todos los votos valen igual. Precisamente por eso, una candidatura como la de José María Ruiz-Mateos pudo obtener dos escaños en las elecciones al Parlamento Europeo sin que hubiese podido hacer lo mismo en el Congreso o en el Senado. Por otra parte, la escasa importancia que los ciudadanos atribuyen a las elecciones europeas siempre ha causado un número de votos «protesta» o «burla» frente al sistema que no se producen en unas generales o locales.

No podemos olvidar que existe una vieja máxima en política: no se puede votar a quien no se conoce. El conocimiento es vital en política, y la televisión es el único instrumento que lo garantiza de forma masiva y de manera inmediata. Se pueden hacer miles de actos públicos en todos los pueblos de España, publicar cientos de tribunas en periódicos o participar en mil tertulias radiofónicas sin que eso signifique ganar más de un punto de conocimiento público. La televisión, en cambio, lo dispara. No en vano, un anuncio en la pequeña pantalla cuesta veinte veces más que en radio.

Pablo Iglesias era ya muy conocido en 2014, tanto que se convirtió en una marca. En un ejercicio sin precedentes, Podemos renunció a poner un logo en sus papeletas de voto para las elecciones europeas para poner la cara de Iglesias. Fue todo un éxito. Ese día, miles de ciudadanos se acercaron a interventores y apoderados en las mesas electorales para preguntar por las papeletas «del de la coleta». Muchos no necesitaron preguntar porque se encontraron su cara en el papel.



Logos en las papeletas electorales para las europeas del año 2014.

© Jatrobat - SevillaPedida.

La papeleta con la cara de Iglesias obtuvo 1.253.837 votos con un partido creado dos meses antes y del que nadie conocía su nombre. Podemos se situó entorno al 8 por ciento en toda España. Desde Galicia (8,35 por ciento) hasta Murcia (7,59 por ciento) sin que nadie supiera qué era Podemos ni tuviera ningún referente local. Pero la gente quería votar a la persona que salía en televisión a hablar representando al 15M. Sólo la pequeña pantalla puede hacer posible un crecimiento tan rápido en lugares tan diferentes como Galicia y Murcia. Pablo Iglesias nunca hubiera obtenido esos resultados a base de salir en los periódicos, en la radio o en las redes. La mayor pasión de Iglesias era a la vez su mejor herramienta: ¡televisión!

El primer movimiento político de Podemos había sido todo un éxito: *Veni, vidi, vici*. Claro que PP y PSOE quedaron por delante, pero un partido recién creado había quedado tercero obteniendo más de un millón doscientos mil votos, lo que suponía un 8 por ciento del voto y significaba 5 escaños en el Parlamento Europeo, incluido el de Iglesias, quien conseguía así entrar en las instituciones nada más llegar.

El éxito de Podemos tuvo dos añadidos que lo magnificaron aún más: el fracaso de las encuestas y la dimisión de la dirección del PSOE que encabezaba Alfredo Pérez Rubalcaba.

Parece mentira que en política se olvide una y otra vez que no hay nada más importante que las expectativas. Los ciudadanos deciden su voto según ellas y los resultados también se juzgan así. Ninguna encuesta fue capaz de predecir el resultado de Podemos, que saltó muy por encima de lo que se esperaba.

Por otra parte, el PSOE había perdido el gobierno dos años y medio antes y había celebrado un tenso congreso en 2012, con una fuerte división entre los partidarios de Alfredo Pérez Rubalcaba y de Carme Chacón. Como en todo partido socialista, la pérdida del gobierno había provocado la división en sus filas. Finalmente, el PSOE perdió las elecciones europeas frente al PP por sólo dos escaños (16-14) y 400.000 votos, pero Rubalcaba y toda su dirección dimitieron conscientes del acoso interno por parte de los perdedores del anterior congreso y de la hostilidad mediática en un momento en el que «la podemización» había entrado de lleno en tertulias, debates y columnas de opinión. En un país acostumbrado a pensar que nadie dimite, Alfredo Pérez Rubalcaba y su dirección lo hicieron por haber perdido unas europeas frente a un PP «dopado» con financiación irregular y tan sólo dos años después de haber ganado un congreso verdaderamente disputado en el PSOE.

Lo cierto es que Pablo Iglesias derrotó a las encuestas, y el Partido Socialista, con la dimisión de su dirección, acrecentó la sensación de victoria de Podemos.

El camino hacia las generales estaba expedito, pero Podemos tenía una piedra de toque en las municipales y autonómicas de 2015. Unos meses antes de las europeas, el presidente de Andalucía, José Antonio Griñán, había convocado a las urnas en dicho territorio adelantándose así a la «ola podemita», y acertó. Pero después de las europeas, la ola estaba en su punto más alto y el tsunami se acercaba ya a la costa.

Hasta ese momento, Pablo Iglesias había seleccionado muy bien sus batallas, pero, al contrario que las europeas, las municipales eran el peor terreno para Podemos. La falta de candidatos conocidos y reconocibles en la mayoría de los municipios y el perfil del voto en las zonas rurales llevaron al partido a presentar muy pocas candidaturas, priorizando especialmente los grandes núcleos urbanos.

Finalmente, las alcaldías de Madrid y Barcelona con personajes tan mediáticos como Colau y Carmena aumentaron la sensación de que el tsunami era real. Si podían ganar Barcelona y Madrid, ¿por qué no España?

La presencia de Pablo Iglesias en los medios de comunicación fue masiva desde las elecciones europeas hasta las generales de 2015, pero ahora ya lo hacía acompañado de un coro que alimentaba la sensación de equipo imprescindible para ganar en política.

Como si de un cómic se tratara, las televisiones se inundaron de un grupo de «superhéroes», cada uno con sus «superpoderes»: Ada Colau, heroína contra los desahucios; Manuela Carmena, referente ético y de modernidad; Juan Carlos Monedero, ideólogo del «ala dura»; Íñigo Errejón, «núcleo irradiador» de la «trasversalidad»; Carolina Bescansa, experta en encuestas y mejor conocedora del profundo cambio social que estaba experimentando España...

Podemos llegó a las elecciones generales de 2014 con los tres elementos esenciales para tener éxito en política:

- Tenía un líder claro y conocido (casi mesiánico en el caso de Iglesias).
- Contaba con un equipo también conocido y especializado.
- Tenía un proyecto político claro y conocido: «¡Que paguen los culpables de todo esto!».

La razón del voto a Podemos era muy poderosa y atractiva. Lamentablemente, existen pocas palabras más movilizadoras en castellano que «contra», y el voto al partido morado era así: contra el PP y el PSOE, contra la casta.

Una vez más, la emoción triunfaba claramente sobre la razón. Nadie sabía muy bien qué proponía Podemos, ni siquiera creía que fuera a resolver problemas como el paro o la crisis, pero al menos votarlo servía para «castigar a los culpables». En un momento en que se instala que todos los partidos son iguales, que los programas electorales no valen para nada o incluso que las decisiones no se toman en el Congreso sino en ámbitos superiores, al menos el voto a la formación morada tenía una utilidad: castigar a quien se lo merecía por el sufrimiento causado.



Los estudios cualitativos reflejaban perfectamente los argumentos utilizados en las conversaciones en hogares, centros de trabajo y de ocio:

- *«Ya sé que Podemos no va a arreglar la economía, pero de momento que paguen los de la casta.»*
- *«Qué más da el programa de Podemos; ya sabemos que todos los partidos lo incumplen. Da igual que otros tengan un programa mejor, al fin y al cabo no lo van a cumplir.»*
- *«No me digas que lo van a hacer mal. Lo que ya sabemos es que los otros lo han hecho mal; estos acaban de llegar y ya veremos. No sé lo que va a hacer Podemos, lo que sé es lo que han hecho los otros.»*
- *«El único que está llamando al pan, pan, y al vino, vino, es Pablo Iglesias. Los demás sólo dicen lo que les interesa para que nada cambie y todo siga igual.»*

Era evidente que una figura como la de Iglesias no iba a dejar indiferente a nadie. Se había convertido en el mesías del 15M pero a la vez concentraba el mayor rechazo de todos los dirigentes políticos.

La figura de Iglesias se polarizó aún más tras las elecciones generales del año 2015. Para las grandes mayorías se hicieron más visibles sus aspectos más negativos, mientras que para los seguidores más identitarios y recalcitrantes se consolidaba como el único y verdadero líder. Los acontecimientos posteriores fueron fraguando paulatinamente en la profunda polarización de su imagen.

Las elecciones de 2015 nos dejaron claras muchas cosas. Por fin podíamos medir la intensidad del tsunami más allá de encuestas y opiniones de tertulianos. Podemos se presentó a las elecciones con cuatro marcas: En Marea (Galicia), En Comú Podem (Cataluña), Compromís (Comunidad Valenciana) y Podemos (resto de España). La suma de todas las «confluencias» se elevó a 5.212.711 votos obteniendo 69 escaños en el Congreso de los Diputados y quedando a tan sólo 300.000 votos del PSOE.

El análisis de todos los estudios postelectorales nos deja muchas enseñanzas sobre la composición de esos votos:

1. Casi un millón procedieron de Cataluña (929.880), gracias a una cara (Colau) y una propuesta (derecho a decidir) clara y reconocible.
2. Casi medio millón de votos de Podemos en toda España correspondía a nuevos votantes o, lo que es lo mismo, votantes de entre 18 y 22 años que ejercían su derecho en las urnas por primera vez en unas elecciones generales. Lo hacían en plena hegemonía del discurso «podemita» en la Universidad y en la calle.
3. Cuatro de cada diez votantes de Podemos en 2015 habían elegido al PSOE con anterioridad. Recordemos que IU llegó a sumar más de dos millones de votos en aquellas elecciones en las que el PSOE estaba debilitado como en los años 1993 y 1996.
4. El voto a Podemos fue mayoritariamente masculino y urbano, y sus votantes tenían (de media) más renta y más estudios que los del PSOE, que seguía manteniendo sus principales apoyos entre el voto femenino, el rural y el más desfavorecido, por los efectos de la crisis.

Lo cierto es que los votantes de Podemos en 2015 y 2016 se pueden dividir perfectamente en dos categorías:

- Los más duros, que estaban en contra de un gobierno socialista (melancólicos de Julio Anguita, nuevos antisistema, jóvenes universitarios, funcionarios cabreados...).
- Antiguos votantes socialistas que, desencantados con el PSOE, votaron a Podemos para que gobernara con el PSOE y fuera el ancla que evitara «el clásico desplazamiento a la derecha del PSOE cuando gobierna».

Esta división es básica para entender todo cuanto sucedió desde las elecciones de diciembre de 2015 hasta la actualidad. La mayoría de votantes de Podemos no era sensible al argumento de la abstención ante la candidatura de un socialista para que no gobernara la derecha, pero un 40 por ciento de ellos no podían entender que Rajoy siguiera gobernando por el desacuerdo entre PSOE y Podemos.

Pablo Iglesias empezó a tomar decisiones para el 60 por ciento de sus votantes que no gustaban al 40 por ciento:

- La rueda de prensa tras la audiencia con el Rey, el la que exigía condiciones imposibles al PSOE.
- El discurso agrio de la «cal viva» en la investidura de Pedro Sánchez.
- El voto negativo a la investidura de un presidente socialista.

Estos actos, junto a decenas de apariciones públicas repitiendo sus argumentos contra el PSOE, hicieron evolucionar muy desfavorablemente la imagen de Pablo Iglesias. Todos los estudios cualitativos reflejan la imagen de «terquedad» y «tozudez» de Iglesias durante las negociaciones, algo que era visto de forma positiva para el 60 por ciento de sus votantes (mantiene sus principios) pero de forma negativa por el 40 por ciento restante (pero habrá que evitar que gobierne Rajoy, ¿no?).

Alguien también puso cara y ojos a ese cuarenta por ciento: la figura de Íñigo Errejón emergió en el proceso de negociación y se identificó espontáneamente por los ciudadanos con el entendimiento con el PSOE. Fuese o no cierto, Errejón se identificó con todos aquellos que, siendo críticos con la gestión socialista, desde luego preferían un presidente socialista y un gobierno de coalición PSOE-Podemos antes que dejar seguir gobernando a Mariano Rajoy o al Partido Popular.

Iglesias fue consciente de su desgaste y trató de compensar su imagen. De nuevo acudió a las televisiones para repetir una y otra vez que era «dialogante y tolerante» y que su verdadero deseo era que gobernase el PSOE, pero que este partido no se atrevía de verdad y prefería gobernar con la derecha que representaba Ciudadanos.

Las televisiones se inundaron de una discusión en bucle sobre la investidura. Iglesias no se movió ni un centímetro de sus posiciones y finalmente votó en contra de la investidura de Pedro Sánchez.

Iglesias había conseguido llegar al capítulo final, la madre de todas las batallas, el gran momento histórico de la izquierda verdadera, el viejo sueño de Anguita y los más recalcitrantes que vivían mejor con gobiernos de la derecha que con el PSOE: el «sorpasso».

Si en la campaña de 2015 la palabra más repetida por los portavoces de Podemos fue «remontada» (frente a las encuestas), en 2016 fue, sin duda, «sorpasso» (al PSOE). La operación funcionó perfectamente en términos

mediáticos. Nada mejor para sostener la audiencia que un relato con épica, histórico, binario... Todos los medios alimentaron el marco del «sorpaso», que centró el interés de las nuevas elecciones ante la más que previsible victoria del PP. Todo el foco estaba puesto en la competición entre el PSOE y Podemos.

La derecha observaba de reojo con una sonrisa en los labios. Sabían perfectamente que Podemos no sería nunca un rival en el medio ni en el largo plazo, mientras que el «sorpaso» destrozaría al PSOE en mil pedazos.

Hasta los medios más contrarios al discurso de Podemos entraron en el juego en portadas, editoriales y encuestas. El relato no era ya hegemónico, sino único. Para mayor desgracia del PSOE, tertulianos, opinadores y sociólogos se dedicaron a pregonar la teoría de la polarización del voto entre el PP y Podemos. Ideal para ambos y letal para los socialistas.

El día de las elecciones, todos los periodistas del país (y, consecuentemente, muchos ciudadanos) estaban absolutamente convencidos del «sorpaso» en votos y, muchos de ellos, también en escaños.

Pero todos ellos olvidaron una serie de cuestiones clave:

1. El rechazo de muchos votantes de IU a su absorción por Podemos.
2. El desgaste de la figura de Iglesias (que predecían perfectamente sus niveles de audiencia en televisión).
3. La desmovilización de los votantes de Podemos, que no vieron con buenos ojos el voto negativo al candidato socialista.
4. La desmovilización de algunos votantes que usaban su papeleta como protesta y no para que gobernara Podemos y quedase por delante del PSOE. Una cosa era votar a Podemos para protestar o para que apoyara/vigilara/condicionara un gobierno del PSOE y otra muy distinta dar el gobierno a Podemos.
5. El rechazo a la figura de Iglesias como presidente.
6. El «orgullo» de los votantes socialistas que se rebelaron contra el «sorpaso». Recordemos que en diciembre el PSOE se había quedado en cinco millones y medio de votos, la mitad que en 2008. Hablamos pues del voto más identitario.

El «sorpasso» no se produjo, ni en escaños ni en votos. Todos sus profetas empezaron a buscar argumentos para justificar sus errores de predicción —cuando no su deseo de que sucediera lo que no sucedió.

Considero imprescindible citar en este punto de nuevo al gran sociólogo Fernando Conde. Una expresión suya resumía mejor que nada ni nadie lo que estaba sucediendo tras la cerrazón de Iglesias y los suyos y la repetición de las elecciones:

Es la primera vez que veo a los votantes socialistas a la ofensiva en las discusiones. Desde el año 2010, en todos los grupos de discusión, los socialistas estaban agachados y cabizbajos, recibiendo críticas y asintiendo ante los argumentos de los votantes de Podemos. Tras la investidura fallida de Sánchez, los votantes del PSOE se han rearmado. Ahora son ellos las víctimas, ofendidos y agraviados por la actitud de Iglesias. Son ahora los socialistas los que llevan la iniciativa en las discusiones y los de Podemos, los que se defienden.

El cambio actitudinal era profundo y poderoso. Se despertó el orgullo socialista que había estado deprimido y oculto desde el «pleno de los recortes» de Zapatero en 2010. Dicho sentimiento fue creciendo frente a la actitud de Iglesias durante la repetición electoral y fue realmente poderoso en la defensa del «no es no» que vendría más adelante.

Los militantes y simpatizantes socialistas anduvieron cabizbajos entre 2010 y las elecciones de 2015. Estaban superados por las medidas tomadas por el gobierno socialista en sus últimos tiempos y por el discurso podemita en los medios, en sus barrios, colegios y asociaciones. Deprimidos por las sucesivas derrotas electorales y por la división interna. Abrumados por la fuerza de Podemos frente a su viejo y querido PSOE. Pero Iglesias había reactivado el orgullo de los cinco millones y medio restantes en 2016. Dicho rearme evitó el «sorpasso», ya que el PSOE mantuvo todos sus votos entre diciembre de 2015 y junio de 2016, destrozando así la teoría de la polarización.

De hecho, el PSOE perdió cinco escaños en la repetición electoral, pero sólo cien mil votos, lo que le supuso pasar del 22 por ciento al 22,63 por ciento, mientras que Podemos perdió un millón de votos aunque repitiera el número de escaños.

La repetición electoral tuvo como resultado un incremento de escaños para el Partido Popular, dificultando aún más la suma que hiciera posible la consecución de un gobierno alternativo. El Partido Socialista decidió entonces mantener el voto negativo ante la investidura de Rajoy, pero nuevamente éste se hizo a un lado y toda la presión recayó sobre el PSOE. Fueron los meses del «no es no» que rescató el orgullo de los socialistas hasta que de nuevo la división interna lo volvió a hundir con lo sucedido en el Comité Federal que tuvo lugar el 1 de octubre y en adelante.

Una parte de los dirigentes socialistas no había entendido que el «no es no» significaba mucho para los votantes socialistas:

1. El PSOE cumplía su palabra contra viento y marea (tras años de ser acusados de lo contrario).
2. Preservaba su papel como alternativa al PP.
3. Permitir que gobernara Rajoy con la abstención del PSOE, que era cederle un espacio doble a Podemos: el de alternativa y el de la izquierda.

Todo ello era completamente cierto en 2016. De hecho, la abstención del PSOE era el escenario soñado por Iglesias y los suyos toda vez que había fracasado su estrategia del «sorpasso».

Sin embargo, parece que las cosas no han sido así varios años después. Es verdad que el Partido Socialista fue sometido a una gran presión que le llevó a la dimisión de su dirección, la constitución de una comisión gestora y la celebración de unas tensas primarias. Pero Podemos, actualmente, sufre una profunda crisis en la que ha perdido la hegemonía discursiva que logró con el 15M.

El voto negativo a la investidura de un presidente socialista, el discurso agrio y agresivo hacia el PSOE, las purgas y la división interna en Podemos, la posición política de la formación morada en el Procés de independència de Catalunya y la pésima valoración de Pablo Iglesias, que no ha parado de aumentar su deterioro, están en la base del problema de Podemos.

Pablo Iglesias tocó techo en junio de 2016 y no ha hecho más que caer desde entonces. Lejos quedaban ya los «buenos tiempos» del 15M, los «escraches», el «Rodea el Congreso», las audiencias millonarias en televisión, la creación de Podemos como partido político, la asamblea fundacional en la plaza de Vistalegre, el resultado de las elecciones europeas, las alcaldías de Madrid y Barcelona y el resultado de las elecciones de 2015.

Ya en el año 2015, el informe de los cualitativos sobre la figura de Iglesias afirmaba lo siguiente:

Pablo Iglesias mantiene su imagen del líder más carismático de todos, de muy buen comunicador... pero empieza a recibir críticas por su prepotencia, su falta de criterio y de respuesta cuando juega en terreno adverso (ejemplos de su actuación en ciertos programas de televisión), por su cierto oportunismo, por ser «un lobo con piel de cordero» y por su escasa y deficitaria imagen como posible presidente de Gobierno.

El voto negativo a la investidura de un presidente socialista no hizo más que profundizar gravemente en la erosión que ya venía sufriendo la figura de Iglesias. El fracaso de la «Operación sorpasso» marca el inicio de la decadencia política de Podemos o, al menos, la de Pablo Iglesias. La división en Vistalegre 2, las purgas de Juan Carlos Monedero, Tania Sánchez, Íñigo Errejón o Carolina Bescansa. El fracaso en las elecciones catalanas. La pérdida del efecto moda, de la novedad y del discurso hegemónico que le proporcionaron.

- De forzar la repetición electoral a fracasar en la «Operación sorpasso».
- De la ilusión colectiva de un equipo novedoso a las decepciones personales, la división interna y las purgas.
- De la transversalidad para mayorías de Errejón y Bescansa, al extremismo para minorías de Anguita, Monedero e Iglesias.
- De Vistalegre 1 a Vistalegre 2.

- De simpatizar con la mayoría de españoles en el rechazo a la reforma del artículo 135 de la Constitución a estar contra la mayoría que aprobaba la aplicación del artículo 155 frente a las ilegalidades cometidas por el gobierno de Cataluña.
- De ser la primera fuerza en Cataluña en las elecciones generales, a ser la quinta en las elecciones autonómicas.
- De ser el mesías del 15M a ser un líder cuestionado en Podemos.
- De obtener en 2016 un 3,78 en la valoración de los españoles, según el CIS, a ser el peor valorado entre todos los líderes políticos en 2018 con un 2,57 por ciento.
- De conseguir audiencias televisivas del 15 por ciento a pasar al 7 por ciento.
- De tener la razón de voto más poderosa en la España de la crisis y del 15M a la ausencia absoluta de propuesta para la España poscrisis.

La decadencia de la figura de Pablo Iglesias.

La primera vez que Podemos fue a las urnas se benefició del tirón de su líder, cuyo retrato llegó a figurar en las papeletas de voto en aquellas ya lejanas elecciones europeas de 2014.

Hoy Podemos se ve claramente lastrado por la imagen de Iglesias, y la tendencia es muy desfavorable para ambos.



## Telepolítica

Iñaki Gabilondo transformó la radio en España, Pedro J. Ramírez cambió la prensa escrita y Antonio García Ferreras hizo lo propio con la televisión. Los tres fueron protagonistas políticos de su tiempo e influyeron sobre los estados de opinión y las decisiones de gobernantes y gobernados.

Los medios no han sido nunca meros testigos, por mucho que lo repitan y les interese para mantener una posición de jueces a los que no se puede juzgar; también son actores de la actualidad política. Pero culpar a los medios, y más concretamente a las televisiones, de lo sucedido en la política (en España y fuera de ella) sería falso, tramposo y hasta cobarde. De la misma forma, desconocer el poder de los medios, y más concretamente de la televisión, es sencillamente una ingenuidad.

Es tan sencillo de entender como que en democracia son los estados de opinión de la mayoría los que deciden dentro del marco legal, y los medios de comunicación de masas son los mayores creadores de opinión en la sociedad actual.

Sin embargo, muchos políticos siguen cometiendo el error de pensar que los medios de comunicación son de uno u otro partido. Salvo contadas excepciones como las de Berlusconi o Donald Trump, o el ejercicio progubernamental de algunas televisiones públicas, los medios son de sus accionistas y requieren de resultados para seguir existiendo.

Claro que en contextos de crisis caen los ingresos por ventas y publicidad comercial y cobra peso la publicidad institucional, lo que en algunos casos dificulta la crítica al gobierno de turno. Como bien saben las

mujeres tras siglos de dominación masculina, la verdadera libertad empieza por la independencia económica plena. «Una mujer necesita una habitación y un sueldo para poder escribir novelas», como diría Virginia Woolf.

Es cierto, y legítimo, que los medios de comunicación tienen su propia línea editorial, pero a partir de ahí operan muchos factores. En un mercado libre lo importante es la audiencia o las ventas y por ello los medios cuidarán mucho siempre la calidad y el contenido de su oferta. Los telespectadores, como los votantes, son soberanos y hoy tienen mucho donde elegir. Tan naïf es decir que los políticos hacen una cosa para obtener votos como decir que un medio programa «telebasura» lo hace para ganar audiencia. Las decisiones de todos nosotros como consumidores, votantes o telespectadores está repleta de todo tipo de condicionantes y desde luego premia o castiga en función de su libre elección. Si un elector llegara a la conclusión de que un político hace algo sólo para tener su voto y no por ser lo correcto, seguramente no votaría a dicho político. Lo mismo ocurre en la televisión, la radio o la prensa escrita. Si un telespectador sintiera que su programa favorito es «telebasura» seguramente preferiría otros programas.

Es cierto también que en los medios, como en los partidos o en los equipos de fútbol, hay personas clave que toman decisiones y que éstas, como todas, tienen sus propias preferencias.

Tampoco es menos cierto que algunos profesionales se elevan por encima de su medio y ejercen una «firma» personal que acaba por impregnar al propio medio. Iñaki Gabilondo era algo más que la SER y condicionaba claramente su línea editorial, exactamente igual que Antonio García Ferreras, Ana Pastor y Jordi Évole lo hacen con La Sexta, Pedro J. Ramírez con *El Mundo* o Nacho Escolar con eldiario.es.

Es la mezcla de todo (lucha por la audiencia, línea editorial fundacional, personalidades clave con sus opiniones) lo que lleva a un medio a adoptar una línea que obviamente tiende a ser coherente con la de su propio público objetivo en un ejercicio de retroalimentación permanente.

Si Pablo Iglesias o Albert Rivera triunfaron en las televisiones, no fue porque el presentador de turno les tuviera simpatía o quisiera perjudicar a sus rivales, sino porque funcionaban de maravilla para la audiencia.

De la misma forma, si el marco discursivo y los argumentos de la «nueva política» inundaron las tertulias televisivas o radiofónicas y los editoriales de prensa, no fue porque quienes los reproducían fueran «podemitas» o simpatizantes de Ciudadanos, sino porque el discurso era hegemónico y la audiencia lo compartía.

Pueden existir casos en los que las filias o fobias del periodista de turno o la línea editorial del medio otorgue más protagonismo a un personaje para beneficiarle o para perjudicar a su rival, de la misma manera que alaban ciertas declaraciones o iniciativas y destrozan otras, pero la tónica general no es ésta. Los medios se deben a su audiencia como los partidos se deben a sus electores, pero ambos se deben a la sociedad y a su mejora.

Lo cierto es que la televisión transformó la política. Se ha escrito poco sobre comunicación y política en España en comparación con los países anglosajones, pero existen algunas obras imprescindibles. El profesor universitario Joan Ferrés publicó en 1996 una joya tan maravillosa como desconocida, titulada *Televisión subliminal. Socialización mediante comunicaciones inadvertidas*. En ella, el autor aborda la transformación de la política desde que llegó la televisión. Más allá de los cientos de divertidísimos ejemplos utilizados en la misma para probar sus tesis, el autor nos recuerda como Kennedy fue el primer candidato en ganar unas elecciones a través de la televisión.

Ferrés diserta en su obra de manera brillante sobre el «imperio de las emociones», el «primado de la seducción», el «rechazo de las ideologías» o la «seducción del relato».

Cuando la política se hace televisión se rige por las normas de la televisión, de ahí que Ferrés afirme:

Como en la publicidad comercial, cada vez se habla menos de los valores funcionales de los productos, y cada vez más de valores emotivos, a veces irracionales. Poco discurso y mucho relato. Poca ideología y mucha imagen.

Recordemos que las palabras del autor son de 1996. Dos décadas después, la «telepolítica» no ha hecho más que expandirse.

Hasta 1989, España contaba con una sola televisión nacional y era pública. Los gobiernos de Felipe González habían creado las televisiones autonómicas en 1983 a través de la conocida como «Ley del tercer canal», pero Radio Televisión Española (RTVE) funcionó en régimen de monopolio a nivel estatal a lo largo de cuatro décadas, hasta que a finales de los años ochenta se aprobó la ley que permitía la aparición de las televisiones privadas.

En base a dicha ley se celebró un concurso público y fueron otorgadas tres licencias de ámbito estatal, dos de ellas en abierto y una de pago. Telecinco, Antena3 y Canal+ iniciaron así sus emisiones en 1990. Nadie antes había hecho ni visto televisión privada en España y los inicios fueron verdaderamente rompedores. Las tres eran televisiones generalistas, pero sus apuestas fueron bien diferentes.

Telecinco puso en marcha un modelo «a la italiana», que generó tanto éxito de público como rechazo entre la crítica. Era la época de las «mama-chichos» y de los concursos kilométricos salpicados de actuaciones musicales. Antena 3 trataba de ser una televisión más tradicional pero no conseguía tener una personalidad propia. Canal+ aplicaba un modelo «a la francesa», mucho más sofisticado y con programas bandera como «Lo + plus» o «Los guiñoles». En todo caso, se trataba de una televisión de pago y el enganche era, como no, el fútbol televisado.

Con la aparición de las televisiones privadas se acabó «el parte» y empezó la guerra de audiencias. Todos aprendimos conceptos como *share* o cuota de pantalla. Sin embargo, RTVE mantuvo siempre el liderazgo en la audiencia de los informativos, bien fuera por tradición, por imagen institucional o por los amplios recursos que le permitían una cobertura plena del territorio nacional y también internacional.

Pero liderazgo no es lo mismo que monopolio. Con las televisiones privadas se hacía mucho más difícil la manipulación informativa.

La televisión de pago era propiedad en España del Grupo PRISA y en coherencia con el diario *El País* y la Cadena SER mantuvo la línea editorial más progresista de las tres. Antena 3 aplicó la línea más conservadora, mientras que Telecinco se fue decantando por unos informativos mucho menos políticos y más de sucesos. Curiosamente, años después los

ciudadanos verían en Telecinco la televisión más progresista tras el tratamiento realizado a la crisis del *Prestige*, la guerra de Irak o los atentados del 11M en Madrid. De nuevo una paradoja en la historia: la televisión de Berlusconi en España era la que menos apoyaba al gobierno de la derecha española a través de su línea editorial.

Al calor de las televisiones privadas y el desarrollo tecnológico creció en España una industria audiovisual dedicada a la producción de contenidos al más puro estilo de las productoras estadounidenses y europeas.

Una de ellas, llamada Globomedia, modernizó con éxito los formatos españoles al estilo más americano: *sitcoms*, espectáculos de monólogos, *reality shows* y *late nights*. Telecinco fue su principal cliente y le valió para mantener el liderazgo en audiencias durante años, gracias a series con audiencias millonarias como «Aída».

Cuando Aznar llegó a la Moncloa inició su particular guerra contra el Grupo Prisa. Para hundir el buque necesitaba torpedear su línea de flotación, la que hacía viable la televisión de pago: los derechos del fútbol. Para ello llegó incluso a legislar sobre el establecimiento de «acontecimientos de interés general» entre los que incluyó el fútbol para que se retransmitiera en abierto. Se llegó a suscitar un fuerte debate social en España sobre si era un derecho de todos los españoles poder ver en televisión un Madrid-Barça sin tener que pagar por ello. Sólo faltó constitucionalizarlo: «Los españoles tienen derecho a un trabajo, una vivienda y a ver el fútbol gratis en televisión».

Poco tiempo después nacía la era de la televisión por satélite, que superaba las restricciones de la televisión analógica en cuanto a espacio radioeléctrico, repetidores... Prisa acordó con la plataforma del satélite Astra y con ello garantizaba su cobertura en el cien por cien del territorio nacional.

Los bloques de pisos se inundaron de «paellas» para recibir la señal satélite de televisión en toda España y en todo el mundo. Bastaba una antena parabólica orientada al satélite Astra, un decodificador y una tarjeta para ver cualquier canal en cualquier lugar del mundo. Con ello también se desarrolló la piratería de contenidos global.

El gobierno de Aznar volvió a la carga contra Prisa financiando a través de Telefónica la creación de una plataforma por satélite para hacer la competencia a Canal+. Los sectores más conservadores de la sociedad entendieron perfectamente la jugada del gobierno y se dieron de baja en Canal+ para darse de alta en Vía Digital. Pero más allá de filiaciones políticas, Canal+ seguía manteniendo los mejores contenidos gracias al fútbol y a su acuerdo con las *majors* norteamericanas, lo que le permitía ofrecer las mejores series y películas del momento.

Vía Digital fracasó como fracasan siempre todos los intentos de la política por influir en el negocio audiovisual, uno de los más caros, competitivos y exigentes de todos los mercados, que no se rige por reglas políticas sino estrictamente de mercado, dada la libre elección de unos telespectadores que habían aprendido a hacer *zapping* y que podían ver lo que les daba la gana dentro de lo que se les ofrecía, claro está.

Pero una vez más, las nuevas tecnologías iban a adelantar a la política y a los propios medios con la aparición de la Televisión Digital Terrestre (TDT). El casete acabó con el vinilo, el CD con el casete y el mp3 con todos ellos.

La televisión a través de la red y bajo demanda está acabando con el modelo de las televisiones generalistas tradicionales como la TDT acabó con el satélite o el satélite con el cable y con la televisión analógica.

Con la llegada de la TDT, el espacio radioeléctrico permitía albergar muchos más canales que con la televisión analógica. Los gobiernos de Aznar implantaron la TDT, pero concedieron la explotación digital a un solo operador de pago (Quiero TV), cuyo fracaso dejó vacío el espacio hasta que en 2005, y ya con gobierno socialista, se aprobó la ley de medidas urgentes para la transición a la TDT y con ello se puso fin al límite de tres televisiones privadas que había establecido el gobierno de González a finales de los ochenta.

Poco tiempo antes del reparto digital, el gobierno había levantado el límite de tres cadenas privadas analógicas realizando un concurso que ganó La Sexta y permitiendo a Prisa modificar las condiciones de su emisión para que dejara de ser de pago. España pasó entonces de tener una televisión

pública y tres televisiones privadas a tener una televisión pública y más de veinte cadenas privadas de ámbito estatal. Muchas de ellas eran temáticas por primera vez en la historia de la televisión en España.

Pero la burbuja estaba servida, también en televisión. Hemos de tener en cuenta varios factores para comprender dicha burbuja televisiva:

1. Telecinco y Antena3 fueron las cadenas más rentables de toda Europa en los primeros años del siglo XXI.
2. Las nuevas tecnologías abarataban costes y facilitaban la producción.
3. La buena marcha de la economía española en esos años y la gran inversión publicitaria.
4. La aparición de nuevos empresarios de la televisión en torno a un sector audiovisual privado que empezaba, por fin, a tener músculo propio en nuestro país. Productoras de éxito como Globomedia se preguntaban «¿si hacemos la mejor televisión para otros, por qué no hacerla para nosotros mismos?» La Sexta fue una apuesta por pasar de la producción de contenidos a la gestión de un continente con contenidos propios.

Cuando el gobierno de España salía a Bruselas para negociar nuestro espacio radioeléctrico, nuestros socios (empezando por los alemanes) nos miraban ojipláticos: ¿Cuántas televisiones queréis abrir en España? El gobierno de España tenía varios argumentos además de la demanda, la descentralización política, la diversidad de lenguas... todo eran razones para tener más espacio radioeléctrico que nuestros desconfiados vecinos.

La llegada de la crisis explotó la burbuja de las televisiones como explotó la de los ladrillos. No había mercado para tanta oferta, ni siquiera retirando la publicidad de RTVE como había legislado el gobierno socialista. En los años más duros de la crisis, los ingresos publicitarios en televisión descendieron entre un 25 por ciento y un 40 por ciento. Mucha menos tarta para muchos más comensales tiene como resultado que muchos se queden sin comer.

Llegó entonces la concentración en grandes grupos, básicamente dos. La opinión pública esperaba entonces la fusión en dos gigantes: uno en el centro-izquierda y otro en el centroderecha, pero una vez más la lógica era la

inversa, como sucede en política. Finalmente, Cuatro se fusionó con Telecinco entrando a formar parte de Mediaset y La Sexta se fusionó con Antena 3 dando lugar a Atresmedia. Lo cierto es que las «viejas y grandes» cadenas absorbían a sus «jóvenes y pequeños» competidores. Curiosamente, ésta es una paradoja muy parecida a la que pasó con los partidos políticos españoles. Parecía razonable que Podemos pactara con el PSOE desde la izquierda, mientras que Ciudadanos parecía el aliado natural del PP, pero Ciudadanos hizo mucho más porque gobernara el PSOE y Podemos a la inversa. Igual que PSOE y Podemos se disputaban el voto de izquierdas, La Sexta y Cuatro combatían por un público joven, urbano, progresista y con altos niveles de formación y renta. De la misma manera que PP y Ciudadanos se disputan el voto de la derecha, Antena 3 y Telecinco batallan por audiencias universales y masivas.

Los españoles contaban entonces con muchas más cadenas, pero de nuevo existían dos grandes grupos, al margen de la televisión pública, que copaban más del 80 por ciento de la audiencia televisiva: Mediaset y Atresmedia.

Fue entonces cuando Atresmedia puso en marcha su inteligente estrategia «atrapalotodo» a través de sus dos cadenas: Antena 3 servía para seguir atrayendo a su público tradicional y de mayorías en competencia con Telecinco, mientras que La Sexta podía atraer a un público más joven, urbano y politizado. Antena 3 para que nos vean «los de derechas» y La Sexta para que nos vean «los de izquierdas». El fichaje de Antonio García Ferreras fue clave en el éxito de La Sexta. Ferreras hizo televisión como si fuera radio: información permanente, hora a hora, boletín a boletín, las veinticuatro horas, todo en directo. Todo información y opinión. La fórmula funcionó a la perfección y La Sexta rellenó su parrilla de espacios políticos. Ana Pastor y Jordi Évole completaron el tridente de La Sexta para su nueva apuesta.

Antes de Ferreras, las mañanas eran «la maría» de las televisiones. Espacios sobre salud para jubilados, teleseries o telefilmes de bajo coste... A partir de Ferreras, las mañanas se convertirían en un escenario central de la batalla por las audiencias.



Antes de Ferreras y La Sexta, la política se reducía a los informativos y a programas tan escasos como legendarios: «La Clave», «Informe Semanal», «59 segundos». Sólo los programas de «desayunos» evitaban la ausencia de la política en la televisión.

Con La Sexta llegó la televisión política *non-stop*. Dos horas de información y debate por las mañanas en «Al Rojo Vivo». Una hora de informativos. Tres horas más con «Más Vale Tarde», de nuevo informativos y de ahí a «El Intermedio» entre semana; «La Sexta Noche» los sábados y «El Objetivo» seguido de «Salvados» los domingos. Sin tregua y sin respiro: «telepolítica» *non-stop*. Por si fuera poco, la cobertura completa y exhaustiva de acontecimientos como las negociaciones para formar gobierno en 2016 o el Procés de Cataluña en 2017 destrozaron parrillas y audímetros.

### Una semana tipo en La Sexta

(programas de información o actualidad política)

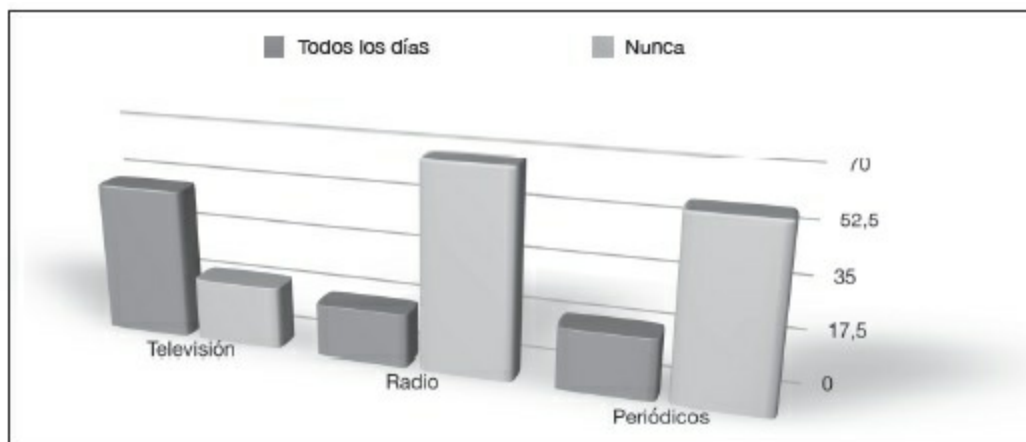
Horarios diario	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Horarios fin de semana	Sábado	Domingo
11.00-14.00	Al Rojo Vivo	Al Rojo Vivo	Al Rojo Vivo	Al Rojo Vivo	Al Rojo Vivo	14.00-14.55	Noticias	Noticias
14.00-14.55	Noticias	Noticias	Noticias	Noticias	Noticias	20.00-20.45	Noticias	Noticias
17.15-20.00	Más vale tarde	Más vale tarde	Más vale tarde	Más vale tarde	Más vale tarde	21.30-2.30	La Sexta Noche	
20.00-20.55	Noticias	Noticias	Noticias	Noticias	Noticias	21.20-22.30		Salvados
21.30-22.30	El Intermedio	El Intermedio	El Intermedio	El Intermedio	La Sexta Columna	22.30-23.35		El Objetivo

## Programación semanal de La Sexta.

Si restamos el horario comprendido entre las 00.00 y las 08.00 horas, una semana cuenta con 112 horas de programación televisiva y La Sexta dedica 56 horas semanales a la información política. Una de cada dos horas de televisión emitida por La Sexta tiene contenido político, y eso sin contar con las programaciones especiales que suele organizar cuando la actualidad lo requiere. Nada mal para una televisión generalista que también programa películas, concursos o series. La Sexta es la televisión política por excelencia y nunca antes nadie llegó tan lejos.

Pero ¿influye tanto la televisión en la política?

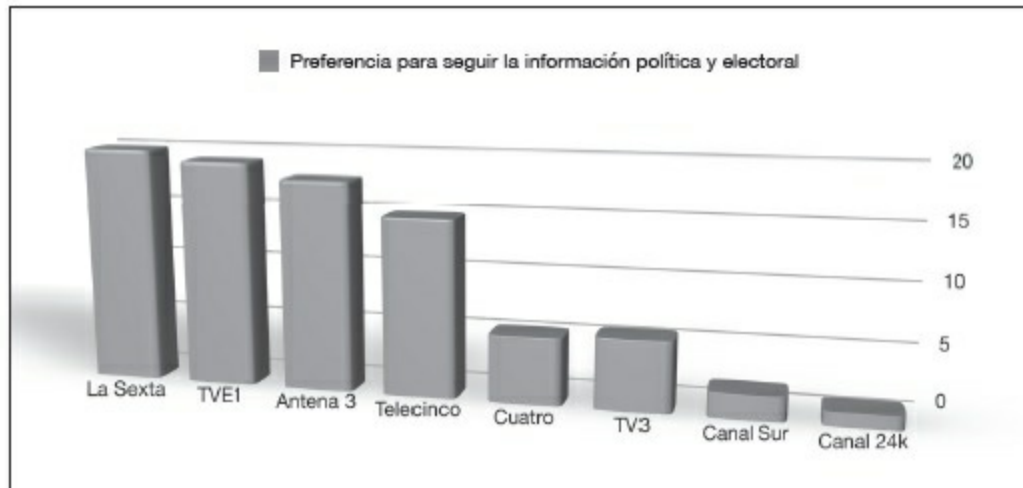
El estudio postelectoral realizado por el CIS tras las elecciones generales de 2016 no deja lugar a dudas. La televisión fue el medio más utilizado para seguir la campaña:



Medios utilizados para seguir la campaña según el CIS.

El 50,8 por ciento de los ciudadanos reconocen haber seguido la campaña a diario por televisión mientras que sólo un 21,1 por ciento declara no haberlo hecho nada a través de este medio. A cambio, sólo un 19,8 por ciento declara haberla seguido a diario a través de los periódicos (incluye los digitales) y un 17,5 por ciento a través de la radio. Es incluso más relevante constatar quienes declaran no haberlo hecho nunca a través de los periódicos (59,95 por ciento) ni de la radio (68,8 por ciento).

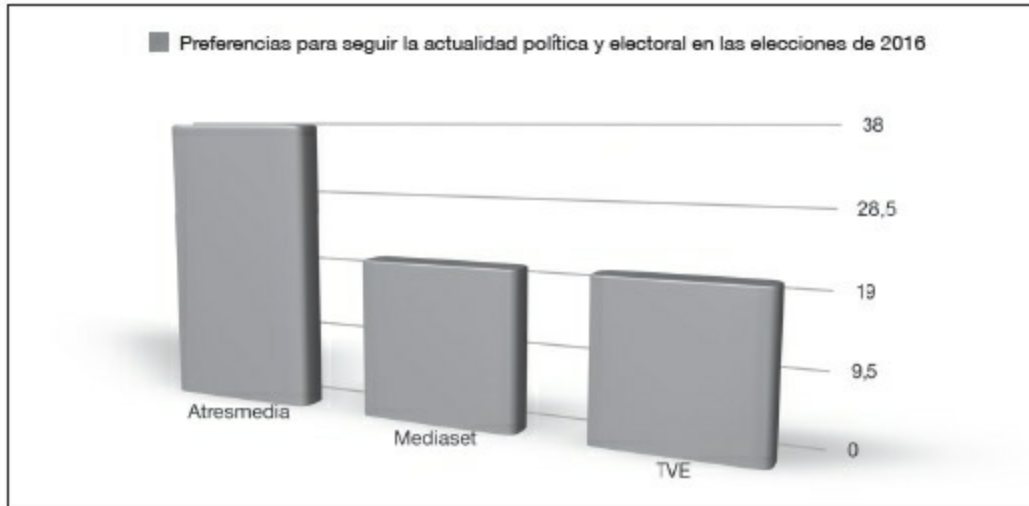
Parece claro pues que el medio de comunicación que más influyó sobre el estado de opinión de los ciudadanos durante la campaña electoral fue la televisión, pero ¿qué televisión?



Cadenas de tv preferidas por los españoles para la información política según el CIS.

Según las respuestas de los ciudadanos recogidas por el CIS, La Sexta fue la televisión más influyente en campaña, siendo la primera cadena privada en España que se situaba en el primer lugar entre las preferencias de los ciudadanos para seguir la información política y electoral. Una posición que siempre había ocupado TVE1 a lo largo de toda la historia de la televisión en nuestro país.

Con un espectacular 20 por ciento de respuestas, La Sexta fue la cadena preferida por los españoles para seguir la campaña de 2016. Por primera vez en la historia, una televisión privada adelantaba a la pública en este indicador. Pero si valoramos a los grupos de comunicación en su conjunto, el peso de Atresmedia en la campaña fue abrumador. Si además contrastamos estos datos con el liderazgo general que mantiene Mediaset gracias a Telecinco, no tendrían ningún sentido los datos obtenidos, salvo que constatemos que las mayorías han escogido a Mediaset para el ocio y a Atresmedia para la información.



Grupos de comunicación preferidos para la información política según el CIS.

Atresmedia duplica al resto de grupos como televisión de referencia sobre la información política en España según el CIS postelectoral de 2016. La Sexta y Antena 3 suman un 37,9 por ciento frente al 20,7 por ciento que obtiene Mediaset con Telecinco y Cuatro. La televisión pública empata con Mediaset gracias a sus tres canales con información (TVE1, TVE2 y Canal 24 horas), mientras que todas las televisiones autonómicas de España suman escasamente un 10 por ciento de las respuestas.

Lo cierto es que La Sexta derribó muros y mitos demostrando que la política no es un producto aburrido y minoritario, reservado al servicio público de televisión sino que puede ser un producto televisivo verdaderamente atractivo (y barato) con audiencias mayoritarias, porque la política sí importa (y mucho) a los españoles.

Iñaki Gabilondo fue el cronista de la España que se ilusionó con «el cambio» socialista en los años ochenta. Pedro J. Ramírez fue el narrador de la etapa de decadencia de los gobiernos de González y de la irrupción del nuevo PP de José María Aznar a principios de los noventa. Ferreras ha sido el gran relator de la España surgida del 15M.

Hoy sabemos que la «telepolítica» no es una mera comentarista de la actualidad política sino un verdadero actor político que genera parte de dicha actualidad. En la era de la «telepolítica», el medio no sólo retransmite la actualidad, también la genera, con la dificultad añadida que provoca la

diferencia entre los tiempos de la televisión y los de la política. En una negociación política pueden pasar dos semanas sin que haya un acuerdo concreto pero se estén fraguando las bases para dicho acuerdo. La «telepolítica» no soporta esos tiempos, necesita noticias en tiempo real para rellenar amplias coberturas.

Imaginemos la Transición española y las negociaciones de la Constitución en los tiempos de Twitter y de la «telepolítica»:

- Atención, tenemos una exclusiva. Damos paso al Congreso. Me dicen que Fraga aceptaría la legalización del Partido Comunista y que Carrillo renunciaría a la República aceptando una monarquía parlamentaria. ¿Es así?
- Así es. Se acaba de producir una reunión secreta que ha tenido lugar esta mañana en el hotel Palace de Madrid. Fuentes de la negociación nos confirman que el Partido Comunista podría ser finalmente legalizado y que los comunistas renuncian a defender la República.
- Ahí lo tienen. Noticia bomba en exclusiva obtenida por esta cadena: ¡¡¡REUNIÓN SECRETA!!! ¡¡¡Fraga acepta al Partido Comunista y Carrillo renuncia a la República!!!

A continuación entraría en escena Twitter con los hashtags #carrillotraidor o #fragatraidor así como las encuestas en Twitter: *«¿Quién crees que ha traicionado más sus principios? Haz RT si crees que ha sido Fraga y FAV si crees que ha sido Carrillo.»*

Sirva esta caricatura para demostrar que la política ya no se puede hacer como antes, para bien o para mal. Pero no hace falta remontarse atrás cuarenta años. No podemos esperar que la opinión pública reaccione igual que hace diez años ante cualquier acontecimiento político porque la sociedad y la información son hoy muy diferentes.

En los tiempos de la «telepolítica», la posición de un partido puede durar diez minutos, los mismos que tarda el resto de partidos en responder a ese posicionamiento en cualquier conexión en riguroso directo. Hoy los

periódicos impresos tienen la difícil misión de contar un día después los múltiples acontecimientos que se desarrollaron el día anterior en tiempo real ante todos los telespectadores.

Las negociaciones para formar gobierno y la crisis del PSOE en 2016, así como el Procés para la independencia de Cataluña en 2017 fueron la máxima expresión de la «telepolítica». Cientos de horas de televisión en directo con decenas de portavoces y opinadores comentando minuto a minuto una actualidad que se veía mediatizada por el propio formato.

La literatura estaría muerta si empezáramos los libros por el final y nada puede hacer más daño a una serie de televisión o a una película de cine que los odiosos *spoilers*, pero el periodismo consiste precisamente en contar el final antes de que se produzca y hacerlo antes que el resto de medios.

Los procesos de negociación para formar gobierno en 2016 se vieron claramente dificultados por la «telepolítica» que quería adelantar el final, lo que claramente dificultaba el camino. Durante meses, decenas de portavoces de los partidos políticos tuvieron que someterse a centenares de entrevistas y ruedas de prensa en las cuales las preguntas se repetían una y otra vez y enredaban en su madeja a dichos portavoces. Con carácter general, los socialistas soportaron toda la presión.

- Prometa usted que nunca pactará ni facilitará un gobierno de Rajoy ni del PP.
- Prometa usted que nunca pactará ni aceptará el apoyo de partidos nacionalistas.
- Prometa usted que no aceptará un referéndum de autodeterminación para Cataluña como le pide Podemos.
- Forme usted gobierno con todas estas condiciones y si no será su responsabilidad y su fracaso.
- ¿Cómo pretende contar con el apoyo de Podemos y Ciudadanos si ya se han vetado mutuamente?
- ¿Seguro que no acabará facilitando el gobierno de Rajoy?
- ¿Cuántas veces votará NO a Rajoy? ¿Sólo la primera pero no la segunda?

Se hacía verdaderamente difícil llevar a cabo un proceso de maduración donde ir convenciendo a los nuevos partidos de que no recibían ni la mitad de la presión que recibió el PSOE y con un Partido Popular exento de cualquier responsabilidad a pesar de ser el más votado. La decisión de Podemos de ir a unas terceras elecciones en las que intentar la «Operación sorpasso» tenía el terreno abonado.

Los socialistas se propusieron negociar sobre contenidos con los nuevos partidos y pusieron encima de la mesa un programa completo de gobierno y un equipo negociador, pero lamentablemente los medios no concedieron ni la más mínima atención al intento de discutir sobre el programa de gobierno. Resultaba muy aburrido cuando se podía discutir de nombres y carteras o del último cruce de declaraciones. Lo hicieron precisamente los mismos medios que se suelen lamentar de la falta de propuestas, del escaso nivel del debate político o de los debates nominalistas. Los mismos que se lamentan de que no haya un debate sobre proyecto en los partidos. Hablar sobre el reparto de carteras vende, pero hablar sobre la cuantía de la subida del salario mínimo, no.

El desenlace de una historia no se entiende si se omiten la presentación y el nudo del relato, pero el periodismo consiste en contar el desenlace cuanto antes y desde luego antes que los demás. Lo cierto es que los tiempos de la «telepolítica» son absolutamente incompatibles con cualquier negociación política seria que requiera de maduración y confianza entre las partes.

Aunque en esta negociación hubo una parte que nunca quiso acuerdo y por lo tanto todo el esfuerzo era en balde porque el plan era otro y se llamaba «sorpasso».

Las negociaciones para formar un gobierno alternativo al de Mariano Rajoy fracasaron en 2015 y 2016, pero la «telepolítica» arrasó en audiencias.

## Un café con Évole

HOMBRE: Yo ayer tuve un sentimiento bastante fuerte... estoy cansado de ver hace años... que si el PP se cabrea con el PSOE, que si el PSOE se cabrea con el PP... y el 90 por ciento de los diálogos son eso...

MUJER: Sí.

HOMBRE: Están con que si tú haces esto, con que tú lo haces peor... y no contribuyen a nada.

MUJER: Criticarse cuando uno dice una cosa y llevarse la contraria.

HOMBRE: Creo en la novedad, voto a la novedad, y resulta que ayer veo a Pablo Iglesias y a Albert Rivera entre los dos repitiendo un discurso exactamente igual... que el que repetía el PP contra el PSOE.

MUJER: Sí...

HOMBRE: «Tú más» y «tú más»... Yo te insulto y yo te insulto... Si se supone que sois la novedad, si se supone que sois los que vais a meter sangre fresca a esto... Me dan ganas de apagar la TV y ponerme a hacer cualquier otra cosa.

MUJER: Y más cuando poco antes de las elecciones hemos visto lo contrario... en programas como el de Jordi Évole y tal, que parecía que al final se iban a presentar juntos en las elecciones, ¿no? Porque efectivamente parece que queremos lo mismo... y ahora están totalmente posicionados como si fueran totalmente diferentes... Se están radicalizando una barbaridad.



MODERADOR: ¿Y eso?

MUJER: Por egoísmo. Por el ansia de poder.

GRUPO MIXTO, 25-35 años.  
Madrid, noviembre de 2015

En ocasiones un programa de televisión consigue encerrar la esencia de su tiempo. El programa «Salvados», dirigido por Jordi Évole, es uno de ellos.

La emisión de la tertulia que mantuvieron Albert Rivera y Pablo Iglesias en torno a un café ofrecido por Évole, obtuvo un 25,2 por ciento de *share* (cuota de pantalla) con 5.214.000 espectadores en octubre de 2015. Todo un récord que en realidad tuvo mucho más seguimiento e impacto que el que reflejan los métodos tradicionales de medición de audiencias, debido, entre otras cosas, a las redes sociales. El minuto inicial llegó al 27,6 por ciento con 5.822.000 espectadores, desde luego por encima del número de votos que tuvo Podemos.

Para entender la importancia cualitativa del programa no hay más que escuchar los argumentos expresados en los grupos de investigación celebrados en los meses posteriores al mismo, donde las alusiones al programa eran reiteradas y espontáneas.

El resumen de lo que la gente decía haber visto en dicho programa era el siguiente:

Pablo Iglesias y Albert Rivera tienen razón. Son dos tipos majos, sin mochila, que comparten una visión. Se podrían entender fácilmente. El problema es el PP y el PSOE. Ya no hay diferencias entre la izquierda y la derecha, todo es mentira. La verdadera diferencia es entre lo nuevo y lo viejo. El cambio es Podemos y es Ciudadanos.

Las opiniones más contundentes se daban en los grupos más jóvenes, urbanos y masculinos. Todos ellos estaban en la discusión sobre «la nueva y la vieja política». Los grupos rurales, los femeninos, los de menos renta y los

más mayores seguían reproduciendo un patrón más clásico de debate y más pegado a la realidad cotidiana: la educación y la sanidad, la izquierda y la derecha...

Los grupos jóvenes, urbanos, con más renta y masculinos habían cambiado de conversación. Estaban en la metapolítica: los partidos, la ley electoral, lo nuevo y lo viejo... En las dos elecciones generales que se dieron con posterioridad ésas fueron precisamente las plazas fuertes de Podemos y Ciudadanos. Son los mismos públicos objetivos que tiene La Sexta, una televisión urbana, joven, con mayor renta y masculina.



Primer programa de «Salvados» con Iglesias y Rivera. Octubre de 2015.

© Cortesía de La Sexta.

Precisamente, el voto identitario, el femenino, el voto rural, el de las rentas más bajas y el más mayor fueron el dique de contención del «sorpaso» al PSOE meses después.

En «Salvados» se pudo ver la punta de un gran iceberg contra el que iban a chocar los dos grandes transatlánticos de la política española y, muy especialmente, el PSOE.

Jordi Évole repitió el experimento meses después y una vez más fue un fiel reflejo del momento político que esta vez era distinto. Podemos había votado en contra de la investidura de un presidente socialista, lo que había hecho inviable un gobierno alternativo al de Mariano Rajoy y abocaba a

España a la primera repetición electoral de su historia democrática. En pleno proceso de negociación, Ciudadanos y Podemos se habían puesto un veto mutuo. Se acabó la transversalidad y uno y otro se situaron en las antípodas y en las trincheras, hasta el punto de expulsarse mutuamente del acuerdo a tres bandas que intentaba el PSOE con Pedro Sánchez a la cabeza.

La segunda parte del café con Évole perdió dos millones de espectadores respecto al primer programa y dejó un sabor bronco, muy alejado de la cordialidad del anterior. El propio Évole reflejaba en su actitud ante la cámara una incomodidad que no había tenido en la primera ocasión. Ahora eran «los nuevos» quienes practicaban el «y tú más». Podemos y Ciudadanos se habían declarado incompatibles: o con uno o con otro; con los dos, imposible.



Segundo programa de «Salvados» con Iglesias y Rivera. Junio de 2016.

© Cortesía de La Sexta.

«Salvados» inició su andadura en 2008. A lo largo de su trayectoria ha sido todo un éxito de crítica y público, como reflejan los premios otorgados y las audiencias obtenidas. Jordi Évole se había hecho un hueco en el panorama televisivo con su personaje El Follonero en TV3, pasando luego a La Sexta de la mano de Andreu Buenafuente. «Salvados» ocupó un hueco tan grande como inhabitado en la televisión española.

Con un formato técnico espectacular, más propio del cine que de la televisión, el espacio de La Sexta ha realizado programas monográficos sobre todas las cuestiones imaginables. De contenido muy social, con orientación siempre progresista y con tono de denuncia, ha sido un programa transmisor de valores y creador de opinión clave para entender la España del 15M.

Emitido los domingos por la noche, al final de una jornada de descanso y antes de la encarnizada batalla semanal que arranca los lunes, «Salvados» tiene un tono amable y aparentemente de ocio cuando en realidad es el programa más político de toda la parrilla.

Su potencia es comparable a «Los lunes al sol», que tiene más fuerza para denunciar el problema del paro que cien debates parlamentarios o televisados. Así como «Anillos de Oro» hizo más a favor del divorcio que cualquier artículo de prensa. De la misma manera que «Te doy mis ojos» conciencia más a cualquier espectador contra la violencia de género que ningún discurso. La fuerza del entretenimiento como transmisor de valores. La victoria garantizada de la emoción sobre la razón, como saben bien los expertos en comunicación.

Cualquier espectador ve un telediario o escucha una intervención de un político en un atril con una barrera delante: «*Es un político y me quiere convencer de lo suyo*». Además lo hace con un prejuicio partidista: «*Es del PP, del PSOE, de Podemos...*». Pero una película, una serie de televisión o un programa como «Salvados» se ven de forma diferente, con la relajación y la mente abierta de quien quiere escuchar una historia. Mucho más eficaz aún si cuenta con una buena fotografía, montaje, escenarios y música que ensalcen la narración y el relato.

A lo largo de su vida, «Salvados» ha tratado sobre la corrupción en las cajas de ahorros, el derroche en obras públicas tan faraónicas como inútiles, los casos de corrupción política, la manipulación política en las televisiones públicas, la inutilidad del Tribunal de Cuentas... En todos ellos ha habido un mínimo común denominador: la denuncia del sistema y la identificación de éste con el PP y el PSOE.

Si «La Clave» fue el programa político de televisión que condensaba el espíritu de la nueva democracia española, «Salvados» es el que ha acompañado a la España del 15M.

Política para las masas. Programas de consumo fácil y amable que se camuflan con el entretenimiento.

Quizás la pionera fuera «La Noria» de Telecinco. Por primera vez en pleno *prime time*, y en una televisión generalista y líder de audiencia, se introducía el debate político emparedado entre entrevistas y coloquios sobre corazón o sociedad. El experimento fue un éxito y devolvió el debate político a la pequeña pantalla tras años de ausencia, y lo hacía además frente a un público amplio y variado. Si «La Clave» era un programa para minorías hiperpolitizadas, «La Noria» lo era para grandes masas.

Nuevos formatos fueron apareciendo de la mano de las nuevas productoras y con ellas una televisión «a la española». A diferencia de la televisión «a la italiana» de los años noventa, se empezaron a producir programas de calidad, con contenido social y espíritu de denuncia. Todos ellos basados en la realidad al estilo «reporteros» en las nuevas televisiones: Cuatro y La Sexta.

La política volvía a televisión y lo hacía con formatos atractivos y en pleno *prime time*: «59 segundos» fue el mejor ejemplo.

Pero la verdadera revolución vino de la mano de una pareja de periodistas criados en la Cadena SER: Antonio García Ferreras y Ana Pastor. Como director de Informativos de la SER, Ferreras demostró ser un periodista de raza y de servicio 24 horas al día y 7 días a la semana. Era frecuente verle pegado a sus cascos para seguir la actualidad informativa durante todo el día y en cualquier sitio. Durante los atentados del 11M y los días siguientes, Ferreras consiguió que la SER mantuviera a millones de personas pegadas al transistor hora tras hora, ávidas del siguiente boletín informativo.

Tras un breve paso como director de Comunicación del Real Madrid, Ferreras recaló finalmente en La Sexta y transformó completamente una televisión nacida con vocación de entretenimiento en una de información política permanente.

En noviembre de 2016 el CIS reveló un dato espectacular: por primera vez una televisión privada era la primera en preferencia de los ciudadanos para mantenerse informados, por encima de la televisión pública. Una vez

más, un dato histórico. La Sexta ocupó el papel que debía ocupar una televisión pública y demostró que, lejos de la leyenda urbana, la política interesaba... y mucho.

Pero Ferreras y La Sexta sabían que cualquier contenido en la pequeña pantalla debía ser atractivo, y pusieron en marcha un modelo parecido al de los boletines informativos de radio: 24 horas al día y 7 días a la semana con la información fluyendo permanentemente.

Es cierto que estos años coincidieron con la explosión de la crisis y una catarata de acontecimientos desconocidos en la vida política española, que permitían mantener la tensión: los desahucios, las preferentes, las tarjetas «black» de Caja Madrid, el 15M, el nacimiento de Podemos y la extensión de Ciudadanos desde Cataluña hasta el resto de España, los casos de corrupción (Gürtel, Brugal, ERE, Púnica), la abdicación del rey Juan Carlos, la crisis del PSOE (cuyo Comité Federal del 1 de octubre de 2016 fue retransmitido en directo durante horas por La Sexta), las negociaciones para formar gobierno, la repetición de las elecciones y finalmente el Procés soberanista en Cataluña fueron retransmitidos en tiempo real con todo su suspense vivido al minuto.

Política televisada en tiempo real y sin tregua. Un éxito en toda regla.

Telecinco y Antena 3 mantuvieron sus informativos y añadían programas de primera hora con tertulias y entrevistas políticas. Cuatro programó sus «Mañanas» para competir (y algunos días superar) a Ferreras, a la misma hora y con el mismo formato. Jesús Cintora y Javier Ruiz se fueron alternando al frente de este programa.

Ferreras y La Sexta transformaron la televisión en España y se puede decir que también la política en gran medida, al menos sus tiempos y procedimientos.

Cuando se produjeron los primeros debates presidenciales a cuatro, el Grupo Atresmedia eligió a La Sexta y no a Antena3 para su celebración. Estaba todo dicho. La apuesta informativa de Atresmedia era La Sexta y el tándem Ferreras-Pastor estaba al mando de esa apuesta. Jordi Évole completaba el tridente con un programa que transformó los reportajes, las entrevistas y los debates políticos al realizar un viaje temático y geográfico por la España de la corrupción, los abusos y la indignación.

Este libro versa sobre la década comprendida entre el año 2008 y 2018. El programa de Jordi Évole cumplió diez años precisamente en 2018.

Si en el futuro alguien quiere estudiar el 15M y la aparición de los nuevos partidos, encontrará una enciclopedia audiovisual completa para comprender esta etapa histórica en «Salvados».

## Madrid y Barcelona

Lo que yo he observado en la gente, que me va a pasar a mí, es que ya no se va a votar al mismo partido en las locales, autonómicas y generales... Yo... [risas] votaré a un partido en la Comunidad [de Madrid], votaré a Gabilondo... y en Madrid votaré a Manuela Carmena... y a nivel estatal... no me atrevo porque pueden pasar tantas cosas...

GRUPO MIXTO, 45-55 años.  
Madrid, marzo de 2015

En el PSC, «la Colau» ha pescado en río revuelto (risas) entre la corrupción por un lado, la debacle del PSC por otro...

GRUPO MIXTO, 45-55 años.  
Barcelona, marzo de 2015

Carmena y Colau, Madrid y Barcelona.

Manuela Carmena. Una jurista independiente con un pasado de lucha en favor de la democracia, comprometida con causas sociales y hasta con un local en el legendario barrio de Malasaña.

Ada Colau. Una activista social, líder de la plataforma contra los desahucios.



Perfectas para el nuevo tiempo. Mujeres, progresistas, sin afiliación política, con militancia y reconocimiento en los movimientos sociales. Alcaldesas de las dos ciudades más importantes de España con vinculación de una u otra forma a Podemos. Otro éxito sin precedentes.

Si hubiéramos preguntado a los ciudadanos tan sólo un par de años antes sobre quién gobernaría Madrid o Barcelona, la respuesta habría sido PP o PSOE en el caso de Madrid, y PSC o CiU en el caso de Barcelona.

Pero poco tiempo después, el 15M había entrado hasta la alcaldía de las dos ciudades más importantes de España. El primer paso para el «asalto a los cielos» estaba servido.

Existen, sin embargo, diferencias notables entre ambos casos.

En Madrid operaba un ambiente de cambio progresista ante el hartazgo ciudadano frente a los escándalos del PP de una Esperanza Aguirre que se presentó como candidata tras un extraño período en el que Ana Botella había ejercido como alcaldesa sin haber pasado por las urnas (Gallardón había ganado las elecciones en 2011 y había renunciado al cargo para ser ministro de Justicia con Rajoy, y Botella ocupó su lugar).

El enfrentamiento de Carmena con Aguirre era perfecto y dejaba a los demás candidatos fuera del marco. Dos mujeres veteranas y experimentadas con trayectorias absolutamente opuestas. Blanco o negro. Binario perfecto. Carmena o Aguirre. La ética o la corrupción. La izquierda más abierta y menos partidista o la derecha más corrupta y reaccionaria.

Aguirre se tendió su propia trampa. Como aquel personaje de televisión que un día deja de hacer gracia al público, Aguirre no se dio cuenta de que había perdido sus «superpoderes», aquellos que le permitían esquivar el mayor escándalo imaginable con cualquier chascarrillo castizo, y aceptó la celebración de debates «a dos», cara a cara, todos contra todos.

El debate entre Aguirre y Carmena era la final de la Champions. El resto de debates habían perdido todo interés, como demuestran sus audiencias.

Un total de 344.000 espectadores siguieron el debate en Telemadrid, con un 12 por ciento de *share*, muy por encima de la media de una cadena cuya audiencia estaba en esos momentos por los suelos. Pero la cosa no había hecho más que empezar. Si realizamos una búsqueda en YouTube hoy

mismo, podemos comprobar que existen cientos de extractos en la red con cientos de miles de visionados. Incluso el debate completo tiene más espectadores en la red que en Telemadrid. Nuevos tiempos, pero de verdad.

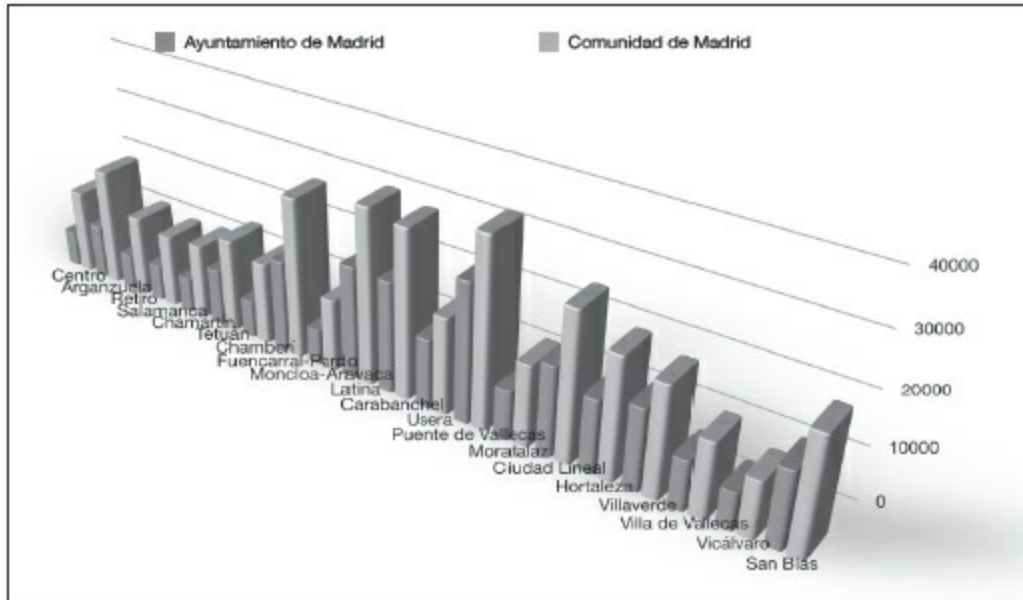
El resultado electoral en el ayuntamiento y la comunidad de Madrid merecen una mención especial. Deberían ser caso de estudio en las facultades de Ciencias Políticas.

Se intuía en el ambiente el voto dual de los progresistas madrileños. El dúo Carmena-Gabilondo operó en la mayoría de ellos. Dos senior asociados a la ética, dos independientes sin filiación política, dos referentes morales y sociales. Gabilondo le hizo tanto daño a Podemos en la Comunidad como Carmena le hizo al PSOE en el Ayuntamiento.

La suma era suficiente para el cambio en la ciudad pero faltó un solo escaño en la comunidad donde, además del voto de la capital, estaba el de todos los municipios que conforman la Comunidad de Madrid.

El resultado no tiene precedentes en democracia. Generalmente, los partidos políticos consideraban que tenían un «alcalde de éxito» en aquellos casos en que el candidato local obtenía un 5 por ciento, como mucho un 10 por ciento más de votos de los que recibía su partido en otras convocatorias electorales.

El caso de Madrid en 2015 fue espectacular. El PSOE duplicó e incluso triplicó el voto en las urnas autonómicas respecto al de municipales. Podemos se comportó precisamente en sentido inverso. El mismo día y a la misma hora.



Comparación por distritos entre los votos del candidato municipal y autonómico del PSOE en la ciudad de Madrid.

Claramente podemos afirmar que la mayoría de los votantes progresistas de la ciudad de Madrid votaron al PSOE con una mano y a Podemos con la otra. Los madrileños configuraron su propio ticket electoral al margen de la decisión de los partidos. La mayoría de votantes progresistas de Madrid escogieron a Ángel Gabilondo para la Comunidad y a Manuela Carmena para el Ayuntamiento.

Daba igual si se trataba del norte, del centro o del sur de Madrid. No importaba el nivel de renta de los barrios, ni su color político tradicional. En todos ellos se reprodujo el mismo comportamiento. Los resultados son tan espectaculares que daría para varias tesis doctorales. Una de las más claras, nos llevaría a sostener que cada vez importan más los candidatos, lo que nos situaría ante elecciones cada vez más «presidencialistas». Lo cierto es que nunca antes se dio una diferencia tan brutal entre el voto en dos urnas el mismo día y al mismo partido.

Nunca olvidemos que Podemos llegó al Parlamento Europeo con la cara de Iglesias impresa en las papeletas de voto. La gente buscaba en los colegios electorales «la papeleta del de la coleta». Para bien o para mal, la importancia del candidato es cada vez mayor en nuestra sociedad. Por encima de siglas:

muchos votantes socialistas votaron a Manuela Carmena y muchos votantes de Podemos votaron a Ángel Gabilondo. Incluso por encima de definiciones ideológicas en muchas ocasiones. Más adelante estudiaremos la inmensa brecha que existe entre la ubicación asignada al PP en la extrema derecha y sus votantes, que se sitúan a sí mismos en posiciones mucho más centradas.

Lo cierto es que muchos analistas políticos y expertos electorales se quedarían petrificados si fueran conscientes de la asombrosa movilidad que tiene el voto Hoy día, y muy especialmente en las zonas urbanas. Actualmente, decenas de miles de ciudadanos pueden intercambiar su voto entre PSOE, Podemos, Ciudadanos y PP con una facilidad asombrosa, y pueden hacerlo llevando una papeleta diferente en cada mano el mismo día.

Asumámoslo: se acabaron los tiempos del «yo soy del Partido X». Estamos en los de «esta vez, he votado al partido X para el ayuntamiento y al Y para la Comunidad». Cuarenta años de democracia y ochenta desde el fin de la guerra civil tienen estas cosas y sólo significan normalidad.

Lo cierto es que Carmena y Colau, Colau y Carmena, situaron a Podemos a las puertas del cielo que querían asaltar.

Hoy, Manuela Carmena aparenta mantener cierto idilio con la sociedad progresista de Madrid, mientras choca cada día con sus concejales de Podemos. Sin embargo, la figura de Ada Colau parece languidecer tras el fracaso de En Comú Podem en las elecciones catalanas.

## El pactómetro

Lo de la lista más votada está bien, pero al final los pactos son una forma de controlarse unos a otros... Es verdad que para el ciudadano que vota no es lógico, lo lógico es la lista más votada; no estamos votando a la izquierda para que se una con la derecha y sea un batiburrillo...pero es cierto que es una forma de controlar.

GRUPO MIXTO, 25-35 años.  
Madrid

Cualquier cosa antes del PP, un pacto PSOE-CiudadanosPodemos antes que el PP solo otra vez. Yo es lo que no quiero es que salga el PP, o que salga el PSOE solo o la mezcla de los dos... Un pacto, ya se ha visto, es una cosa que de una manera u otra va a tener que suceder... y me parece bien que nadie salga solo y que se moderen entre ellos.

GRUPO MIXTO, 25-35 años.  
Zaragoza

Y encima llegan las elecciones y tus votos van a parar a unos que [...]. Por ejemplo, yo voté PSOE y me cae mal Pablo Iglesias... Y me da igual, porque al final se juntan en un despacho y van los dos juntos. ¿Para qué vale mi voto entonces? ¿Entiendes lo que te quiero decir? A mí eso de los pactos, que pacten antes de las elecciones, que me digan, si gano a lo mejor pacto con éste... Lo de los pactos me parece un poco más de lo mismo.

GRUPO MIXTO, 25-35 años.

Los seres humanos somos contradictorios. Cualquier encuestador sabe que el orden o la formulación de las preguntas condiciona las respuestas. De la misma manera, podemos defender opiniones que son aparentemente contrarias con la misma pasión. No debemos extrañarnos que la misma persona en una misma conversación pueda defender que los partidos deban pactar y criticar que pacten:

- «Yo no quiero mayorías absolutas, lo mejor es que tengan que pactar.»
- «No hay altura de miras, deberían unirse por el bien del país.»
- «No se ponen de acuerdo porque están a lo suyo y se olvidan de nosotros.»
- «Se critican pero luego se ponen de acuerdo para defender lo suyo.»

La política española afrontó (una vez más) una situación desconocida tras las elecciones celebradas en diciembre del año 2015. El avión había pasado de tener dos motores a tener cuatro, y no había manual de instrucciones. Ni Partido Popular ni PSOE tenían escaños suficientes para intentar formar gobierno sin contar con Podemos, con Ciudadanos o con los dos.

Cegada la vía del apoyo de Ciudadanos a Rajoy (lo que habría supuesto la defunción política del partido naranja tras haberse presentado como el cambio) y con el resto de formaciones diciendo que nunca pactarían con el PP, sólo el PSOE podía intentarlo.

Toda España se aprendió el procedimiento y el calendario. Aparentemente nadie había reparado en que el Rey proponía candidato hasta aquel momento, ni en que de cumplirse el plazo sin lograr la investidura se tenían que repetir las elecciones.

La Constitución Española establece en su artículo 99 el siguiente procedimiento:

1. Después de cada renovación del Congreso de los Diputados, y en los demás supuestos constitucionales en que así proceda, el Rey, previa consulta con los representantes designados por los grupos políticos con representación parlamentaria, y a través del Presidente del Congreso, propondrá un candidato a la Presidencia del Gobierno.
2. El candidato propuesto conforme a lo previsto en el apartado anterior expondrá ante el Congreso de los Diputados el programa político del Gobierno que pretenda formar y solicitará la confianza de la Cámara.
3. Si el Congreso de los Diputados, por el voto de la mayoría absoluta de sus miembros, otorgare su confianza a dicho candidato, el Rey le nombrará Presidente. De no alcanzarse dicha mayoría, se someterá la misma propuesta a nueva votación cuarenta y ocho horas después de la anterior, y la confianza se entenderá otorgada si obtuviere la mayoría simple.
4. Si efectuadas las citadas votaciones no se otorgase la confianza para la investidura, se tramitarán sucesivas propuestas en la forma prevista en los apartados anteriores.
5. Si transcurrido el plazo de dos meses, a partir de la primera votación de investidura, ningún candidato hubiere obtenido la confianza del Congreso, el Rey disolverá ambas Cámaras y convocará nuevas elecciones con el refrendo del Presidente del Congreso.

El primer problema se daba si nadie se proponía, porque se producía un bloqueo para el cual Hoy día no hay respuesta en la Constitución. ¿Qué debe hacer el Rey si nadie se propone? ¿Elegir al más votado? ¿No proponer a nadie? El viejo y claramente caduco procedimiento establece que los plazos para convocar nuevas elecciones no comienzan salvo que haya un candidato, y de no haberlo la situación queda en un ridículo limbo.

El PP actuó de forma absolutamente desleal con el país y con la propia Casa Real, y Mariano Rajoy puso en marcha una estrategia muy de su gusto: quedarse quieto. Rajoy había sostenido en todo momento que solicitaría al rey su propuesta para intentar la investidura, hasta el mismo día de la recepción. Esa misma mañana, la prensa se hacía eco de la intención de Rajoy de acudir a la investidura. Pero la audiencia con el rey fue bien distinta

porque Rajoy «declinó» después de conocer la «oferta» sorpresa de Iglesias al PSOE. Tan novedosa fue la situación en España que se montó todo un debate en torno a si Rajoy había rechazado o no. El desconcierto fue generalizado.

Todos los focos se giraron al PSOE y a su candidato, Pedro Sánchez.

El artículo 99 establece que el requisito final para ser presidente consiste en obtener más síes que noes entre los votos de los diputados y no existe ningún factor de corrección como recogen otros modelos. Este procedimiento premia claramente las coaliciones negativas y no tiene en cuenta que puede no haber mayorías alternativas para gobernar.

Al contrario que la moción de censura, que debe ser «constructiva», la investidura en España cuenta hoy con un modelo absolutamente «destrutivo» que exige una revisión. Este modelo, perfectamente válido en una España bipartidista, es claramente inoperante para un Parlamento mucho más fragmentado. Es muy fácil votar NO al candidato de otro partido, pero es mucho más difícil ponerse de acuerdo para construir una alternativa. Es muy fácil conseguir más noes que síes en un Parlamento con tantas fuerzas políticas, pero la consecuencia es la repetición electoral sin que nadie pague un precio concreto puesto que las culpas se reparten entre todos. El modelo debería favorecer la investidura y no la repetición, en un Parlamento como el que parece que va a tener España durante mucho tiempo.

La Constitución debería interpelar a los partidos políticos: *«Vale, ya sabemos que no votarás a ese candidato, al fin y al cabo no es de tu partido, pero entonces ¿qué propones?»*

Existen modelos que valoran que no haya un candidato alternativo con más votos que el propuesto, y deberían ser tenidos en cuenta. Ya que no somos italianos, debemos al menos mejorar los procedimientos que nos sirvan para administrar mejor una España «a la italiana».

Lo cierto es que el artículo 99 de la Constitución está pidiendo a gritos su reforma en la España del siglo XXI, salvo que pretendamos el bloqueo permanente del sistema político español.

El PSOE podría haber eludido su responsabilidad como hizo el PP de Rajoy, y la situación habría girado hacia un callejón sin salida. Sin un candidato propuesto por el Rey, los plazos establecidos por la Constitución



no empezaban a correr y, por lo tanto, la situación podría eternizarse sin solución. Con el artículo 99 en la mano, España podría estar sin gobierno *sine die*, salvo que el Rey propusiera a un candidato contra su voluntad. Lo cual es absolutamente ridículo.

El PSOE se puso manos a la obra y siempre tuvo clara su opción. Se han escrito y dicho muchas cosas, pero lo cierto es que el PSOE siempre intentó lo mismo: una investidura a tres bandas que evitara el doble NO de Podemos y Ciudadanos, esquivando así la necesidad de apoyo de los partidos nacionalistas.

Había sido Errejón quien había hecho célebre la transversalidad que ahora quería aplicar el PSOE. Se trataba de hacer un gobierno de cambio frente a Rajoy y al PP con dos partidos que se presentaban como el cambio. Tan lógico como imposible.

El PSOE designó un equipo negociador que inició sus trabajos con un mandato claro: pactar con Podemos, Ciudadanos e IU en paralelo, llegar a un acuerdo con todos ellos, sin prefijar prioridades de relación ni quién debía estar dentro del gobierno o abstenerse y, sobre todo, negociar sobre contenidos, con un verdadero programa de gobierno para el cambio.

Podemos nunca quiso investir a un presidente socialista y desde el primer momento dedicó todos sus esfuerzos a poner trabas y buscar excusas. Nunca tuvo la voluntad de llegar a acuerdos y por eso no dedicó ni un minuto a dicha tarea. Tan obvia era su estrategia que se negó incluso a nombrar un equipo negociador que se sentara con el PSOE.

El PSOE fue consciente en todo momento de esta situación, pero debía intentarlo a pesar de todo. Entendía que era su obligación y su responsabilidad tras la «espantada» de Rajoy y en todo caso era un *win-win*: o bien formaba gobierno o bien se repetían las elecciones por culpa de un PP incapaz de llegar a acuerdos con otras formaciones, o de Podemos, que se negaba a sacar del gobierno a Rajoy y al PP.

Recordemos que meses atrás el PSOE se había abstenido para que gobernara Carmena en Madrid sin negociación alguna e incluso rechazando una estrambótica propuesta de Aguirre para que hubiera alcalde del PSOE con apoyo del PP. No es que el PSOE lo hiciera a cambio de nada: lo hizo a cambio de que no siguiera gobernando Aguirre, nada más y nada menos. Si el

PSOE hubiera votado contra Carmena en el Ayuntamiento de Madrid alegando que no se cumplía cualquier condición o exigencia, la opinión pública madrileña hubiera desconectado definitivamente del PSOE quizás para siempre. En Madrid había un sentimiento (y un voto) mayoritario de cambio frente a Esperanza Aguirre, y el PSOE actuó en consecuencia sin exigir nada a cambio a Podemos.

En España también hubo un deseo y un voto mayoritario de cambio frente a Rajoy y al PP, pero Pablo Iglesias y, por lo tanto, Podemos estaban en otra cosa.

Podemos encontró en Ciudadanos la excusa perfecta para no acordar con el PSOE, negándose a discutir contenidos y alegando que contar con la formación naranja era pactar con la derecha.

Existió otro factor principal para evitar que hubiera un gobierno de cambio y no fue ni Pablo Iglesias ni Albert Rivera.

Alberto Garzón se había hecho con las riendas de IU pocos meses atrás, provocando un acercamiento de la coalición al nuevo partido fundado por sus viejos y buenos amigos.

El PSOE estaba sentado en dos mesas (Ciudadanos e IU) y trataba que fueran tres (Podemos, Ciudadanos e IU) para que acabara siendo una (con todos). Las negociaciones comenzaron con IU y Ciudadanos mientras el PSOE trataba de convencer a Podemos, y Podemos se dedicaba a convencer a IU de la coalición que haría posible el «sorpasso» mientras buscaba excusas para no sentarse a negociar con los socialistas.

Recordemos que IU había obtenido tan sólo dos escaños, pero Garzón tenía algo mucho más poderoso que eso: guardaba el sello de la izquierda como si fuera el anillo de Tolkien. El sí de Garzón al PSOE habría sido el fin de la estrategia de Iglesias, quien precisamente por eso tenía que impedir el acuerdo entre IU y los socialistas a cualquier precio.

El único y verdadero plan de Pablo Iglesias siempre fue el «sorpasso». Consciente de que era imposible derrotar al PP, Iglesias pretendía ganar al PSOE para convertirse en la alternativa al PP al más puro estilo griego. Nunca olvidemos que Pablo Iglesias había sido siempre crítico con los apoyos que IU había dado a los socialistas, quienes habían acabado por fagocitar al propio partido, según él.

Una de las mayores obsesiones de Pablo Iglesias fue siempre tratar al PSOE de tú a tú en las negociaciones, no ser siempre una muleta al estilo IU que acaba siendo anulada por el PSOE cuando gobierna.

Lo cierto es que el PSOE alcanzó un acuerdo total con IU, documento incluido, pero Garzón no puso el sello que habría devastado la estrategia de Iglesias. Podemos argumentaba que un acuerdo con Ciudadanos era un acuerdo con la derecha, pero si Garzón hubiera puesto el sello de la izquierda en dicho pacto, las excusas de Iglesias se hubieran derribado como un castillo de naipes.

Garzón engañó al Partido Socialista. Una vez finalizado el acuerdo, se negó a firmar y convenció al PSOE para que montase una mesa a tres donde estuviera también Podemos, con el argumento de que éste sería el camino para sumar a Iglesias. El PSOE aceptó conteniendo las críticas y los celos de Ciudadanos, que sí había trabajado y avanzado de manera leal con el PSOE hacia un acuerdo de investidura.

Pero la mesa que Garzón había montado no tenía como objetivo sumar a Iglesias sino restar a Garzón. Para entonces, Garzón ya había acordado con Iglesias la fusión electoral cara a la repetición que tendría como resultado el «sorpasso». Garzón necesitaba salirse del acuerdo con el PSOE pero existía un acuerdo integral, redactado y a falta de firma. La mesa a tres fue un mero paripé de Garzón e Iglesias, que acabaron rompiendo con el PSOE mientras éste avanzaba con Ciudadanos.

Iglesias sabía perfectamente que el PSOE no podía gobernar sin contar (de una u otra forma) con Ciudadanos, porque hubiera necesitado entonces el apoyo de partidos no sólo nacionalistas sino ahora también independentistas. Lo cierto es que el PSOE no podía acordar ni siquiera con Podemos si entre las condiciones se incluía la celebración de un referéndum para la independencia de Cataluña. El propio Pablo Iglesias tendría serias dificultades para retirar ese punto debido a su coalición en Cataluña, cuyas caras visibles defendían dicho referéndum. Ada Colau y Xavier Domènech acababan de ser la candidatura con más votos en las elecciones generales en Cataluña, y lo habían hecho con la bandera del referéndum.



El «pactómetro» de Ferreras en «Al Rojo Vivo».

© Cortesía de La Sexta.

El término «pactómetro», inexistente para la Real Academia Española, fue un nuevo hallazgo comunicativo de Antonio García Ferreras. Durante los meses que duró la negociación fracasada de las elecciones de 2015 y la inexistente de 2016, el programa de La Sexta «Al Rojo Vivo» hacía cábalas diarias sobre las posibles alianzas utilizando una pantalla múltiple sobreimpresionada. Los comentarios del presentador se iban intercalando con declaraciones en directo de los distintos partidos y con las opiniones de los colaboradores del programa.

Las televisiones temáticas sobre economía como Bloomberg utilizaban originalmente este formato para ver las cotizaciones de los distintos valores de la bolsa en tiempo real. Ferreras se lo aplicó a la política y, desde el punto de vista televisivo, fue un nuevo acierto. Todas las posibles alianzas se iban moviendo en la pantalla ante los ojos de los espectadores, aunque las verdaderas negociaciones no se movieron apenas.

Finalmente, el PSOE logró sumar a Ciudadanos a un acuerdo de investidura con un programa completo de gobierno, pero Pablo Iglesias hizo inviable la investidura al mantener hasta el final su verdadera voluntad: el voto negativo al candidato socialista para lograr la repetición electoral que hiciera posible el «sorpaso».

Mariano Rajoy no debió ser presidente en 2016, pero la cerrazón de Iglesias y la dificultad del procedimiento de investidura recogido en el artículo 99 de la Constitución, hacían imposible que ninguna otra candidatura obtuviera más síes que noes.

Los nuevos partidos habían llegado por fin al Parlamento.

España se quedó sin gobierno y tuvo que repetir elecciones.

Rajoy e Iglesias salieron ganando.

La «telepolítica» contaría con nuevos episodios que ofrecer a sus telespectadores.

## Operación «sorpasso»

A lo mejor voy a votar a Podemos en las generales, pero si veo que no va a llegar, optaré por el PSOE; a lo mejor eso sí puede pasar.

GRUPO MIXTO, 25-35 años.  
La Coruña, junio de 2015

Él se ha subido... Quiero esto, esto y esto... No me lo das, pues me quito... Por eso la gente está [...]. Pidió demasiado y no ha hecho por negociar... Por ejemplo, mi hijo era la primera vez que votaba y era «Podemos, Podemos, Podemos...». Y ahora dice: «¡Es que me ha defraudado totalmente!», «¡Es que yo no vuelvo a votar a Podemos!».

GRUPO MIXTO, 35-45 años.  
Zaragoza, abril de 2016

El cabo de Hornos constituye el punto más meridional del continente americano y su nombre se hizo leyenda a partir de que Magallanes abriera la primera gran ruta transoceánica entre el Atlántico y el Pacífico. Sin la existencia del canal de Panamá, este cabo era paso obligado para cualquier navegante que quisiera cruzar de un océano a otro. El clima extremo, la multitud de icebergs existentes y las corrientes de la zona propiciaban que muchos de esos barcos acabaran en el fondo del mar. Pero aquellos que conseguían doblarlo se encontraban con todo el océano Pacífico a su

disposición y las condiciones de navegación a su favor. Durante siglos, el cabo de Hornos ha sido uno de los mayores mitos marítimos. La expresión «doblar el cabo de Hornos» resume gráficamente en castellano la existencia de un gran reto, tan difícil de obtener como gratificante de hacerlo. Si se dobla, se navega placenteramente con todo a favor y se dispone de todo un océano que conquistar, pero es muy difícil de cruzar y alberga muchas posibilidades de acabar hundido en el fondo.

Pablo Iglesias dirigía el timón de Podemos e intentó doblar su particular cabo de Hornos en las elecciones de 2015, y muy especialmente en las de 2016 con la «Operación sorpasso». De haberse producido, el barco de Podemos navegaría hoy plácidamente por aguas calmas y con viento a favor. La realidad es que quedó varado, con varias vías de agua abiertas y sin posibilidad ya de navegar por el Pacífico, como le sucedió a muchos barcos que intentaron doblar el cabo de Hornos y fracasaron en el intento.

Paradójicamente, el resultado de 2015 fue a la vez el mejor y el peor posible para Podemos. Había tenido un éxito sin precedentes en España, pero tenía que escoger entre permitir que siguiera gobernando Rajoy o apoyar a un presidente socialista. Sin embargo, encontró una vía de escape. La necesidad que tenía el PSOE de sumar a otros partidos ofrecía la solución que necesitaban Iglesias y los suyos para evitar dar su apoyo a un presidente socialista. Si la suma de PSOE y Podemos hubiera sido suficiente, hoy habría un presidente socialista, incluso contra la voluntad de Iglesias que no habría podido evitarlo. Pero además de contar con Podemos, los socialistas necesitaban sumar a otros y sólo había dos caminos posibles.

El primero consistía en hacer un «gobierno de cambio», en el que además de Podemos estuviera Ciudadanos. Ésta era la vía elegida por los socialistas. Podría haber sido un tripartito, un bipartito, un gobierno del PSOE en solitario o con la incorporación de independientes. Podría haber contado con el sí de ambos o el de unos y la abstención de los otros. Pero nada de eso fue posible, porque los nuevos partidos habían tomado ya la decisión de vetarse entre sí. En todo caso, Ciudadanos fue la excusa perfecta de Pablo Iglesias para poner en marcha su verdadero plan: «repetición y sorpasso».

El segundo camino conducía a un «gobierno de izquierdas y nacionalistas». Esta vía hubiera sido posible en la España anterior al «derecho a decidir» y al Procés independentista. El PSOE hubiera podido sumar a Podemos junto al PNV y CiU y habría formado gobierno, pero era absolutamente imposible con los partidos catalanes apoyando la independencia (Junts pel Sí) y Podemos exigiendo un referéndum de autodeterminación para Cataluña.

Durante el tiempo que duró el proceso de investidura, Iglesias se vio obligado a actuar como Jekyll y Hide: repetir en todas las televisiones una y otra vez que quería pactar con el PSOE pero hacer todo lo posible para que éste no gobernara y conseguir que hubiera una repetición electoral que hiciera realidad su verdadero objetivo.

Hubo dos momentos clave en el proceso que quedaron grabados en la retina de todos los españoles.

El viernes 22 de enero de 2016, el rey hacía consultas a los líderes políticos para la investidura. Felipe VI recibiría, por este orden, a Pablo Iglesias, Pedro Sánchez y Mariano Rajoy. El resto de partidos habían pasado antes por su despacho desde el día 18 de enero. El proceso estaba bastante paralizado y las reuniones se iban a celebrar sin mucha esperanza por parte de nadie en que hubiera una solución. El Partido Popular tenía asumido que Mariano Rajoy acudiría a una sesión de investidura fallida y atravesaría a partir de ahí un calvario con final incierto. Las portadas de los periódicos de ese día son muy reveladoras

Todos los españoles, incluido el rey, desayunaban con unas declaraciones entrecomilladas del candidato del Partido Popular: «*Presentaré mi candidatura porque me veo con fuerzas*». Pero Pablo Iglesias tenía una sorpresa preparada que acabaría por provocar la salvación de Rajoy, la repetición electoral y una gran crisis en el PSOE.

El primer citado era, precisamente, Iglesias. Pedro Sánchez era el segundo y se encontraba reunido con el rey cuando Iglesias hizo una de las ruedas de prensa más recordadas de la historia de España. Una comparecencia que sería una ruina en el corto plazo para el PSOE y en el



medio plazo para el propio Iglesias y Podemos. Una comparecencia que en definitiva fue un desastre para la izquierda y un regalo caído del cielo para Mariano Rajoy.

Pedro Sánchez repasaba en su despacho con el rey, mientras Pablo Iglesias comparecía ante todos los españoles para hacer una oferta al PSOE, tan falsa que no se la había hecho previamente al Partido Socialista sino que la comunicaba directamente ante los medios de comunicación. En ella, Iglesias ofrecía apoyo a la investidura de Sánchez a cambio de un gobierno de coalición en el que Podemos se reservaba una vicepresidencia plenipotenciaria para el propio Iglesias que controlaría así el CNI (Centro Nacional de Inteligencia) o RTVE. Las palabras de Iglesias dejaban claro su concepción del poder político, empezando por el control de los medios de comunicación de titularidad estatal por parte del gobierno y no del Parlamento, así como el resto de resortes de poder del Estado que habrían de quedar en manos de Podemos.



Rueda de prensa de Pablo Iglesias «ofreciendo» un gobierno de coalición al PSOE.

© Sergio Barrenechea - EFE.

La periodista Marisa Cruz resumía lo acontecido con un gran titular en el diario *El Mundo*: «Rajoy evita la investidura tras el órdago de Iglesias a Sánchez». Así fue, Rajoy «evitó» una investidura que podría haber resultado su fin político e Iglesias había echado un órdago al PSOE, que no al PP. Lo

mejor del caso es que los periódicos del día nos recuerdan también que después de la tormenta política montada, Iglesias envió un mensaje de WhatsApp a Pedro Sánchez: «*Pedro, tenemos que hablar*». Gran parte de los medios corrieron a alabar la agilidad de Iglesias y su capacidad de «marcar la agenda política», pero un día después los mismos medios criticaban lo que había hecho.

Ocurre algunas veces en política y es un proceso fascinante. Se establecen corrientes de fondo en la opinión pública que varían en función de elementos que parecen mágicos y seguramente no lo son. El viernes 22 y el sábado 23 de enero, Iglesias era el mejor estratega de la historia de la política, pero el domingo 23 ya no. Lo cierto es que la comparecencia de Iglesias le dio una nueva vida a Mariano Rajoy y metió al PSOE (y al país) en una encrucijada endiablada.

Los periódicos del día siguiente se hacían eco del nuevo y sorprendente giro de Iglesias. Tome nota el lector de que el mismo día en que Iglesias ofreció la escapatoria a Rajoy, metiendo a la izquierda y al país en un callejón sin salida, era noticia que el PP había sido imputado por destruir las pruebas que le había solicitado la justicia para investigar su financiación ilegal.

El PP y Rajoy estaban aislados en el Parlamento, destinados a una investidura fallida, acusados por la Justicia de destruir pruebas de su financiación irregular, pero salvados por un Pablo Iglesias obsesionado con destrozarse al PSOE y conseguir su ansiado «sorpaso».

La opinión pública también tomó buena nota de esa comparecencia, que tuvo una importancia mucho mayor de la que el propio Pablo Iglesias podía imaginar sobre su propia imagen y la de su partido. El 22 de enero de 2016, Iglesias dio el primer paso hacia su fracaso político, arrastrando con él a la formación morada. Los estudios cualitativos realizados en la fecha lo recogían perfectamente:

A Pablo Iglesias le veo como un político con doble cara. La cara que quiere vender para meternos en el bolsillo y la cara de lo que él quiere obtener realmente de todo esto... Lo veo con ansias de poder, sinceramente, por mucho que él quiera vender a un partido en el que todos son iguales, le veo el cabecilla de una nueva banda que ha salido y ya está... y lo mejor que tiene es la motivación, las ganas de llegar.

Es que, para empezar, lo que no se puede pretender es que si tú quieres pactar y estar dentro del gobierno, pidas sillones. Y precisamente, además, no los sillones sociales, los de Sanidad, de Educación... «Queremos el CNI, queremos Hacienda...» . Entonces primero entra en el gobierno y ahora... a esperar que haya un reparto... y ahora ya...

GRUPO MIXTO, 25-35 años.  
Cáceres

Conscientes del coste que empezaba a tener en la imagen de su líder, todos los portavoces de Podemos, Iglesias incluido, se multiplicaron en todas las televisiones del país para tratar de lavar su imagen. Si alguna expresión utilizó Podemos en todo este tiempo fue: «Tenemos la mano tendida al PSOE». El doctor Jekyll volvía a escena, aunque Hyde todavía nos reservaba otro momento para el recuerdo.

El 4 de marzo de 2016 se celebraba, por fin, la sesión de investidura en la que el candidato socialista, Pedro Sánchez, trataba de obtener la confianza de la cámara. Las negociaciones (siendo generoso, porque Iglesias nunca negoció nada en serio) habían fracasado con Podemos e IU, y el candidato socialista aprovechaba la tribuna del Congreso para desplegar el programa de gobierno que hubiera sido posible poner en práctica de no contar con el voto negativo de la formación morada.

Según la expresión castiza, hay personas que necesitan ser «el muerto en el entierro y el niño en el bautizo». Iglesias quería el foco para sí mismo en la investidura de Pedro Sánchez. En una de sus intervenciones desde el escaño, acusó a los socialistas de «*tener las manos manchadas de cal viva*» en alusión a los crímenes cometidos en el pasado por los Grupos Antiterroristas de Liberación, conocidos como los GAL. La acusación provocó la indignación de la bancada socialista, el regocijo de los populares y el bochorno de Íñigo Errejón, como demostraron las imágenes del momento que, por supuesto, se hicieron virales.



Pablo Iglesias ataca duramente al PSOE en la investidura de Pedro Sánchez ante la atónita mirada de Íñigo Errejón.  
© Javier Lizón/EPA/EFE.

Unas horas después se producía la votación, los diputados de Podemos junto a todas sus confluencias y con Pablo Iglesias a la cabeza votaron en contra de la investidura del presidente socialista. De nuevo, Hyde en escena, pasando de la «mano tendida los socialistas» a «los socialistas que tenían las manos manchadas de cal viva».

Podemos llegó al Parlamento español en 2016. Su primera votación fue para apoyar la elección de Carolina Bescansa como presidenta del Congreso, excluyéndose de todos los acuerdos posibles para elegir una mesa que pudiera poner en marcha al Congreso y negándose a apoyar la candidatura de Patxi López presentada por los socialistas. Su candidata obtuvo los 71 votos que sumaban Podemos e IU, sin sumar ni uno solo más de ningún otro partido. La segunda votación que tuvo que abordar la formación morada en el Congreso era la investidura y votaron en contra de un presidente de gobierno socialista. Patxi López consiguió ser presidente del Congreso gracias al procedimiento de elección de la mesa, y los acuerdos alcanzados con otras formaciones para formar dicho órgano, pero Pedro Sánchez no obtuvo la mayoría requerida de síes, y España se encaminaba a repetir elecciones por primera vez en su historia.

La democracia española ha contado con doce legislaturas. La decimoprimeras fue la única que no llegó a nacer, convocándose de nuevo elecciones que tendrían lugar el domingo 26 de junio de 2016, fecha que Iglesias tenía señalada para conseguir el «sorpasso» que habría cambiado para siempre el modelo español, hundiendo al PSOE y consiguiendo que Podemos ocupara su espacio como alternativa al Partido Popular.

La campaña se convirtió primero en un cruce de reproches entre los partidos sobre quién tenía la culpa de la repetición, luego pasó a ser una pregunta constante sobre los pactos para el futuro y acabó poniendo todo el foco en la «polarización del voto» entre PP y Podemos y el ansiado «sorpasso» al PSOE.

El Partido Socialista afrontó en 2016 una de las campañas más difíciles de su historia en democracia, junto a las de 1993, 1996 y 2011, con la diferencia de que en ninguna de las anteriores se le discutió la condición de ser la alternativa al PP.

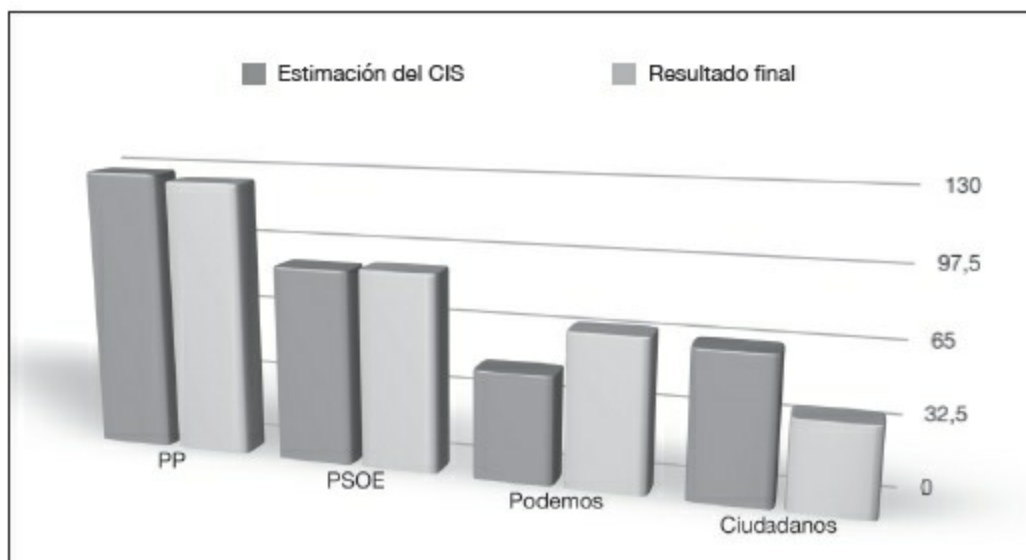
El resultado que obtuvo el PSOE en junio de 2016 encierra una gran paradoja. Por un lado había bajado a 85 escaños siendo así el peor de su historia, pero por otro lado había salvado la mayor amenaza de su historia en democracia: el «sorpasso».

La campaña fue un infierno para los socialistas y una fiesta para Podemos, pero algo muy profundo había cambiado tras todo lo acontecido en el fallido proceso de negociación. Los votantes socialistas se vieron reforzados en sus argumentos y por primera vez desde 2010 defendían sus argumentos con pasión. A ello hay que añadir que muchos viejos comunistas no estaban dispuestos a votar a Podemos tras la «OPA hostil» lanzada a su querida Izquierda Unida. Por otra parte, muchos votantes de Podemos en 2015 habían votado al PSOE en el pasado. Estaban desencantados con los socialistas, pero no les gustaba nada que Rajoy tuviera una segunda oportunidad por el empecinamiento de Iglesias y los suyos.

El CIS había subestimado a Podemos y sobreestimado a Ciudadanos en su estudio preelectoral de diciembre de 2015. A pocos días para que los españoles votaran en las elecciones generales, el Centro de Investigaciones Sociológicas estimó que el PP obtendría entre 120 y 128 escaños (obtuvo 125) y pronosticó entre 77 y 89 para el PSOE, que sumó 90 (13 escaños por

encima de la parte baja de la horquilla). Al menos acertó al decir que el PP sería el más votado y el PSOE, el segundo. Pero intercambió las posiciones de Podemos y Ciudadanos.

El estudio estimaba que la suma de partidos que formaban la coalición morada obtendría entre 45 y 49 escaños, y obtuvo 69 (20 más que la parte más alta de la horquilla), mientras que estimó que Ciudadanos obtendría entre 63 y 66 escaños cuando en realidad consiguió 40 (23 menos del peor resultado pronosticado por el CIS).



El CIS que sobrevaloró a Ciudadanos e infravaloró a Podemos en 2015.

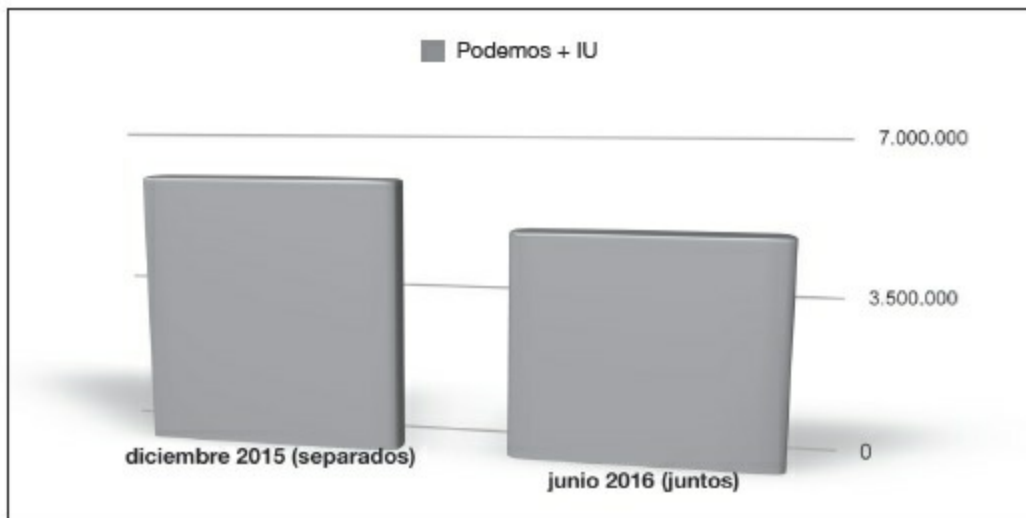
Siendo generosos, podríamos concluir que el CIS le tenía mejor cogido el truco a los viejos partidos, aunque fuera subestimando un poco al PSOE, mientras que no sabía cómo medir bien a los nuevos. En todo caso, el sesgo favorable a Ciudadanos fue brutal. Era la segunda vez, tras las elecciones europeas, que el CIS infravaloraba a Podemos y quizás por eso corrigió en exceso en la repetición de las elecciones que tuvo lugar en 2016.

El CIS preelectoral de junio de 2016 fue demoledor para el PSOE y exageradamente sesgado en favor de Podemos. Las predicciones del Centro de Investigaciones Sociológicas fijaban una victoria del PP que obtendría entre 118 y 121 escaños, pero el PP finalmente obtuvo 137 asientos en el

Congreso, dieciséis escaños por encima de la mejor previsión del CIS. El PSOE obtendría, según el CIS, entre 78 y 80, perdiendo 10 escaños, pero finalmente obtuvo 85, cinco más que la mejor previsión del CIS.

Lo más sorprendente de todo fue la previsión desmesurada que hizo el CIS sobre el voto a Podemos (ahora con IU incluida). Según éste, habría «sorpaso» en escaños, pero también en votos porque Podemos podría obtener entre 88 y 92 escaños gracias a un sorprendente 25,6 por ciento de los votos. La realidad es que Podemos (ahora con IU incluida) obtuvo 71 escaños, nada más y nada menos que 17 menos que la peor estimación del CIS y 21 menos que la mejor previsión. Contra todas las encuestas y las opiniones de expertos y «opinadores», no hubo «sorpaso». Ni en votos ni en escaños.

La verdad es que el barómetro preelectoral del CIS fue muy sorprendente porque el mismo instituto había previsto la caída de la coalición de Podemos con IU tan sólo un mes antes. En un barómetro anterior, el CIS estimaba que la coalición de izquierdas perdía en torno a un 20 por ciento del voto que obtuvo en 2015, y eso fue lo que pasó en realidad. En diciembre de 2015, Podemos e IU habrían sumado más de seis millones de votos, concretamente 6.112.438 votos, pero pocos meses después se habían quedado en poco más de cinco millones (5.049.734). Por el camino se había perdido un millón de votos y una vez más se demostraba que, como siempre en política, uno más uno no eran dos.



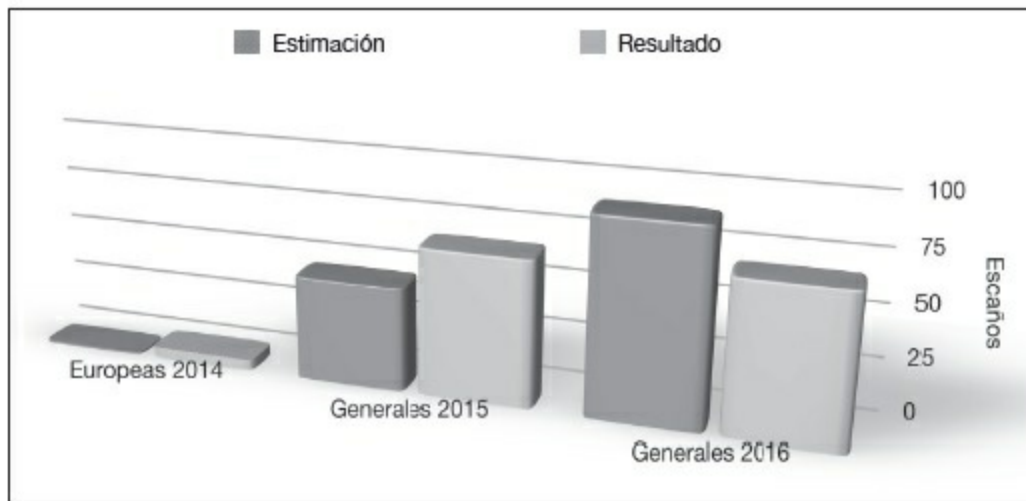
Suma de los votos recibidos por Podemos e IU en 2015 y en la repetición de 2016.

Lo cierto es que las casas de encuestas parecían haberse dedicado a sumar sin más los votos que Podemos e IU habían obtenido por separado en diciembre de 2015, pero lo más sorprendente de todo es el salto que se produjo en el CIS en sólo un mes —y sin que hubiera nada nuevo en el panorama ni ninguna noticia especialmente positiva para Podemos, que empezaba a sufrir el desgaste del voto negativo al candidato socialista en la sesión de investidura—. Salvo la aparición de otras encuestas que pronosticaban el «sorpaso», nada hacía prever que Podemos estuviera al alza, más bien al contrario. O quizás fueron esas encuestas las que crearon el nuevo clima que acabó por «impregnar» a los responsables del CIS.

Es completamente cierto que el bombardeo sistemático de encuestas que anunciaban el «sorpaso» acabó beneficiando al PP y perjudicando a Podemos y a Ciudadanos. Podemos perdió votos porque muchos descontentos con el PSOE querían castigar al partido socialista, pero en ningún caso que Podemos adelantara al PSOE ni que hubiera una repetición electoral que favorecía a Rajoy. Del mismo modo, muchos votantes de IU se iban a quedar en casa porque no estaban dispuestos a votar a Iglesias. Por otra parte, sólo la posibilidad de que Podemos estuviera tan fuerte, movilizó el voto de muchos conservadores descontentos con el PP que finalmente votaron al PP para frenar la «podemización» del país, provocando un efecto de voto útil conservador a los populares que destrozó las expectativas de Ciudadanos. Votaron al PP para que no gobernara Podemos, y Ciudadanos sufrió las consecuencias de ello.

Mucho se ha teorizado sobre la utilidad de las encuestas. Es cierto que generalmente se usan como elemento de medición, pero existen casos en que son elementos de creación de opinión. Encuestas para saber qué puede pasar o encuestas para ayudar a que pase, quién sabe. Pero lo cierto es que muchas veces operan en sentido contrario al deseado por quienes tratan de utilizarlas como factor generador de opinión, y las elecciones generales de 2016 fueron el mejor ejemplo. El mero anuncio del «sorpaso» perjudicó al propio «sorpaso», y los nuevos partidos se vieron frenados ante la visibilidad de un resultado desmedido de Podemos.





El CIS y Podemos. De subestimar a sobrevalorar.

Podemos obtuvo cinco veces los escaños que estimó el CIS en las elecciones europeas y un 20 por ciento más de los que estimó el mismo instituto para las elecciones de 2015, pero una cuarta parte menos de los que le fueron atribuidos en las elecciones de junio de 2016. Toda una montaña rusa demoscópica donde el organismo oficial había pasado de menospreciar a sobrevalorar a la formación morada.

De una u otra forma, la legión de pregoneros del «sorpasso» se tuvieron que meter en la cueva en junio de 2016. Sus pronósticos no habían servido más que para perjudicar a Ciudadanos y a la izquierda, favoreciendo a Rajoy, que pasaba de 123 a 137 escaños, lo que dificultaba aún más la constitución de una alternativa al gobierno de la derecha.

De nuevo, todo el peso recayó sobre los hombros de los socialistas frente a un Rajoy que, una vez más, se sentaba a ver pasar el cadáver de sus rivales. La división interna del Partido Socialista hizo el resto.

Muy pocos españoles sabían lo que era el Comité Federal del PSOE hasta el 1 de octubre de 2016. Aquel día, la reunión del máximo órgano de los socialistas se retransmitió en directo, minuto a minuto, en cadenas como La Sexta, que dedicaron aquel sábado con carácter monográfico al evento. Mesas repletas de analistas y tertulios comentaban desde primera hora la

llegada de los protagonistas hasta el nocturno desenlace final. El resto de medios también dieron una cobertura excepcional, y las redes sociales hicieron el resto.

Tras el voto negativo a la investidura de Pedro Sánchez y la repetición electoral de junio, los resultados habían hecho más difícil aún que hubiera una alternativa al Partido Popular de Mariano Rajoy debido a varios factores:

1. El PP había aumentado sus escaños, pasando de 123 a 137.
2. El PSOE contaba ahora con menos escaños que en 2015, habiendo pasado de 90 a 85.
3. La posición no sólo de ERC sino también de CiU, impedía que el PSOE pudiera negociar con quien estaba planteando la independencia de Cataluña.
4. Podemos y Ciudadanos habían dejado muy claro su veto mutuo en los últimos meses.

La división interna del PSOE no sólo no había remitido, sino que algunos dirigentes habían llegado ya a la determinación de relevar a Pedro Sánchez al frente del partido.

Una vez más, Rajoy y los suyos ejercieron de espectadores mientras toda la presión caía sobre el PSOE. Ciudadanos no tenía nada que hacer y Podemos tenía que digerir la mayor decepción de su corta historia: el fracaso del «sorpaso». El PSOE hizo tímidos intentos, pero Pedro Sánchez aclaró que no volvería a una sesión de investidura si no tenía suficientes apoyos. Rajoy sólo tenía que esperar a que se quebrara el PSOE, y se quebró.

Finalmente, la comisión gestora que dirigió el PSOE tras la dimisión de Sánchez propuso al Comité Federal (máximo órgano de los socialistas) que aprobara la abstención a la investidura de Rajoy para evitar unas terceras elecciones. Tras un tenso debate, el mencionado comité aprobó la nueva posición con un 60 por ciento de votos a favor y un 40 por ciento en contra.

Ya no hacía falta repetir elecciones. Con la abstención del PSOE y el voto a favor de Ciudadanos, Rajoy tendría más síes que noes en el Congreso.

España tuvo gobierno casi un año después de las elecciones del 20 de diciembre de 2015. El gobierno de Rajoy había estado en funciones todo ese tiempo. Ciudadanos quedó relegado a un segundo plano. Podemos comenzaba su decadencia tras el fracaso del «sorpasso».

El PSOE se fracturaba y atravesaba su enésima crisis interna.

Rajoy vivía una segunda juventud y el PP volvía a gobernar España.

## Guerrilla

Hay pocos términos en castellano que hayan sufrido un deterioro tan grande como «histórico». En la mayoría de las ocasiones, cuando esta palabra se utiliza no encaja en ninguna de las cuatro acepciones que la RAE le atribuye. Este libro trata sobre un período de la historia que nace con la crisis internacional del año 2008, la universalización del uso de internet y, más concretamente, de las redes sociales. A lo largo de esta obra, encontrará el lector decenas de expresiones como «por primera vez» o «nunca antes». Es normal, pues se trata de una serie de cambios que provocaron transformaciones profundas, nacionales e internacionales, en la economía, la sociedad y la política.

Pero si el ser humano es un ser social, e «histórico» es «algo digno de entrar en la historia», entonces las redes sociales han significado un «cambio histórico» en la evolución del ser humano.

Primero fue el lenguaje, luego la imprenta, el telégrafo y el teléfono, más tarde, la radio y, finalmente, la televisión. Todos marcaron hitos que transformaron la historia, pero ninguno de ellos tenía las características de internet y las redes sociales.

La inmediatez, su audiencia global y la democratización de la emisión de opiniones y contenidos es propia de la red y no la comparte con ningún otro medio de comunicación previo.

Twitter inició su andadura en julio de 2006, Facebook lanzó su versión en español a mediados de 2007, WhatsApp fue fundada en 2009, Instagram, en octubre de 2010 y Telegram en 2013. Hasta la segunda década del siglo XXI vivimos sin todas ellas, aunque a un adolescente de Hoy día le pueda parecer inviable.

El primer mensaje SMS fue enviado en diciembre de 1992. Desde entonces, todos los años la red telefónica se bloqueaba en Nochevieja con los millones de mensajes que enviaba la gente deseando un feliz año a familiares y amigos. Con la llegada de WhatsApp murió el SMS, y también los pingües beneficios obtenidos a través de dicha mensajería instantánea por las compañías telefónicas.

Los teléfonos móviles se universalizaron en la década de los noventa del siglo pasado. Internet lo hizo en paralelo. Hasta principios de los años noventa, en España había sólo dos canales de televisión de la misma cadena, la pública. La Transición se hizo sin teléfonos móviles ni redes sociales, y con una sola televisión. Las victorias socialistas de los ochenta y la entrada de España en Europa, también.

Los primeros debates presidenciales televisados en España se produjeron en las televisiones privadas a principios de los años noventa. Las manifestaciones contra la guerra de Irak o contra las mentiras del 11M contaban con información internacional gracias a internet y se convocaban por SMS (lo que fue utilizado contra el PSOE, que fue acusado falaz e, injustamente, de haber hecho convocatorias frente a las sedes del PP).

El 15M se informó, se organizó y fue convocado a través de las redes sociales. La Primavera Árabe o las concurridas manifestaciones de mujeres contra Trump también lo fueron.

Como hemos recordado, hasta mediados de la primera década del siglo XXI no existían las redes sociales, pero hoy, diez años después, el mundo es muy diferente.

El cambio de siglo y de milenio no tuvo lugar con el comienzo del 2000, sino unos pocos años después, concretamente en los últimos de la primera década del siglo y del milenio. La crisis financiera internacional de 2008 y la irrupción masiva de las redes sociales coincidieron en el tiempo y provocaron una transformación profunda de la vida individual y colectiva.

El siglo XX no acabó con la caída del muro de Berlín sino con la caída de Lehman Brothers y el auge de Twitter y Facebook.

Según el estudio Global Digital Statshot, realizado por Hootsuite y We Are Social, el 40 por ciento de la población mundial es usuaria de redes sociales en el año 2017. De esta forma, más de 3.000 millones de personas en

el mundo participan hoy en las redes sociales.

En 2017, Facebook contaba con 24 millones de usuarios en España y 2.046 millones de usuarios activos mensuales en el mundo, constituyéndose como líder mundial de las redes sociales. Twitter contaba en el mismo año con 11 millones de usuarios en España y 328 millones en el mundo. Curiosamente, Facebook tenía más perfiles femeninos que masculinos, a la inversa que Twitter.

Las redes ganan peso cada año como medio de información. Según un estudio publicado por el Pew Research Center en el año 2017, dos tercios (el 67 por ciento) de los ciudadanos norteamericanos aseguran informarse a través de las redes sociales.

España lleva muchos años liderando la clasificación de teléfonos móviles por habitante (más del 96 por ciento de los españoles tiene uno) y ahora también la de *smartphones* (más del 91 por ciento posee uno). Ya en el año 2015 existían 52 millones de líneas de teléfono móvil en España, muy por encima del número de habitantes.

Según los datos que publica el Instituto Nacional de Estadística (INE), en el año 2017, el 91,7 por ciento de los ciudadanos españoles entre 16 y 74 años accedía a internet a través de algún dispositivo móvil y el 83,4 por ciento de los hogares contaban con conexión a Internet. Del mismo modo, el 82,7 por ciento de ellos contaba con conexión por banda ancha.

Las relaciones personales, las organización del trabajo, los medios de transporte o de comunicación, los viajes, el comercio... todo es diferente tras la universalización del uso de la red. La política y los partidos también lo son. El cambio es demasiado grande como para estar al margen. La revolución tecnológica, digital o de las redes (como queramos llamarla) es mayor que cualquier otra anterior.

La inmediatez, la sencillez, la apariencia de gratuidad, la piratería, la comunicación instantánea por videoconferencia gratuita con cualquier rincón del planeta, la compra *online*, los grupos de WhatsApp en el trabajo, en el colegio o con los amigos...

El siglo XXI es más rápido, está abierto veinticuatro horas al día y siete días a la semana, no conoce fronteras ni barreras idiomáticas, aparenta funcionar de manera horizontal, funciona en tiempo real y es hedonista,

presumido, descreído, algo egoísta o, como se dice hoy, «yoísta».

Los partidos políticos abrieron sus primeras páginas web a partir del año 2000. Actualmente resulta cómico recordar que se hacían ruedas de prensa para su presentación como si fueran algo revolucionario. A partir de ahí comenzó la espiral: Yahoo, Messenger, SMS, emails, blogs, boletines electrónicos, retransmisiones vía web... hasta llegar a los reyes de las redes sociales: Facebook, Twitter, Instagram y WhatsApp, todas ellas con sus aplicaciones incluidas.

Utilizando la analogía con los medios de comunicación, podríamos decir que los partidos tradicionales como el PP, el PSOE o el PNV fueron «inmigrantes digitales» mientras que los nuevos partidos, y especialmente Podemos, eran «nativos digitales».

La fortaleza orgánica del PSOE y del PP ha estado siempre en su militancia tradicional y en su implantación territorial. En un país grande, montañoso y disperso, se pueden encontrar sedes y militantes de ambos partidos en la mayoría de los 8.000 municipios que componen España.

Podemos nació en la red o, al menos, con ella. Los camerinos de los medios de comunicación fueron los mejores testigos. Los platós de televisión estaban acostumbrados a recibir a los portavoces de los partidos tradicionales, que solían ir acompañados de un responsable de prensa. Su misión era concretar la entrevista con el medio, repasar con el entrevistado la prensa del día de camino al estudio, analizar posteriormente los errores cometidos, hacer una nota de prensa... Cuando los primeros portavoces de Podemos llegaron a los platós lo hacían acompañados de un séquito de cinco o seis colaboradores jóvenes que se pasaban toda la entrevista o el debate tuiteando todo lo que decía su portavoz y desmintiendo, cuando no desacreditando, a su rival en el debate.

Cualquiera que haya coincidido en un plató con Iglesias, Errejón, Bescansa o cualquier otro representante de Podemos ha podido ver a esa comitiva en los camerinos pegada al móvil, antes, durante y después del programa televisivo.

Nada extraño en una sociedad en la que el presidente del país más poderoso del mundo vive obsesionado con Twitter, lo que ha causado ya más de una protesta social e incluso alguna crisis diplomática internacional.

Podemos escogió Telegram como método de comunicación interna entre sus dirigentes. Nacida en 2013 de la mano de los hermanos Nikolai y Pável Dúrov, administrada desde Berlín por una organización sin ánimo de lucro, el servicio de mensajería instantánea llamado Telegram permitía la organización de chats secretos, lo que le supuso más de un quebradero de cabeza a sus creadores al convertirse en el medio de comunicación interna entre varios miembros del Ejército Islámico de Liberación (ISIS) que apreciaban como nadie la confidencialidad y las características del servicio.

Los dirigentes de Podemos crearon un grupo en Telegram llamado «Guerrilla» y se coordinaron a través de éste desde su creación. Los argumentarios de Podemos corrieron a la velocidad de la luz a través de esta aplicación. Todos los debates y entrevistas en los que participaban los portavoces de Podemos eran coordinados a través de Telegram, donde se reproducían sus argumentos y los de sus rivales políticos, que subían inmediatamente a Twitter o Facebook a través de cuentas de miles de simpatizantes de la formación morada.

Las encuestas instantáneas elaboradas por los medios digitales tampoco fueron ajenas a la acción de «Guerrilla», que avisaba a los simpatizantes de la formación morada para que participaran inmediatamente en cada una de las consultas que se abrían en la red. Además de ello, Podemos empleó bots (programas informáticos que efectúan automáticamente tareas asignadas) para su acción en redes. Por cada voto individual y real en una encuesta digital, aparecían cientos de votos automáticos generados por un bot. Lo cierto es que Podemos fue el partido más eficaz en las redes sociales desde el principio, consiguiendo generar o modificar estados de opinión a través de masivas campañas en las redes sociales.

## **Las redes sociales han cambiado el mundo**

Parece que hoy todavía estamos lejos del «mundo feliz» que describe Aldous Huxley en su celebre novela escrita en 1932, o del terrible régimen que dibuja Ray Bradbury en su obra *Fahrenheit 451* publicada en 1953. Incluso de la sociedad «orwelliana» narrada de manera brillante en la novela *1984*



publicada en el año 1949. A partir de esta trilogía se han escrito cientos de obras de ciencia ficción teorizando sobre un futuro aterrador repleto de cyborgs y robots que sometían al ser humano gracias a la inteligencia artificial. La mayoría de estas distopías aparentan poca verosimilitud, pero la nueva religión dataísta que describe Harari en *Homo Deus*, basada en una sociedad donde reina al algoritmo y donde lo importante es «estar en la red» y, sobre todo, «subir a la red», nos acercan un poco más al famoso mundo del «Gran Hermano».

Hoy se escriben relatos de ficción que parecen aterradoramente y lamentablemente más creíbles, como la serie británica de televisión «Black Mirror», que fantasea de forma espeluznante sobre el futuro inmediato de una sociedad absolutamente enganchada a la red y a las nuevas tecnologías. La serie elabora magistralmente sobre un mañana cercano que resulta terroríficamente creíble en lo que respecta a nuestras vidas y más concretamente a la política y a la sociedad. En su primer capítulo titulado «The national anthem», el primer ministro del Reino Unido es forzado por un anónimo a mantener relaciones sexuales con un cerdo ante las cámaras de televisión, y las redes sociales cobran un papel esencial en la conformación de la opinión pública. En otro capítulo titulado «The Waldo moment», un personaje satírico virtual acaba ganando las elecciones a los candidatos del partido *torie* y laborista. En «Nosedive» vemos un futuro donde el número de *likes* determina todo en la vida de una persona hasta el punto de mostrar una sociedad absolutamente hipócrita y basada en las apariencias.

Todavía no hemos llegado a *Black Mirror*, pero internet y las redes sociales juegan ya un papel fundamental en la política en España y fuera de ella.

Movimientos como Anonymous y nombres como el de Julian Assange o Edward Snowden son conocidos mundialmente. Como buenos personajes del nuevo mundo surgido de la crisis de 2008, comparten con el 15M su denuncia del sistema, la exigencia de una transparencia absoluta, el uso de la red como algo más que una herramienta y el cuestionamiento de las organizaciones tradicionales. Lo cierto es que la propia diplomacia o los tradicionales servicios nacionales de inteligencia se han visto seriamente comprometidos con la nueva realidad.

Es evidente que la transparencia es un requisito imprescindible para el buen funcionamiento de la democracia y del mercado, pero en la era del «dataísmo y el algoritmo», de las que habla Harari, se hace cada vez más difícil diferenciar a héroes de villanos y a justicieros de piratas.

Cuando se filtran los papeles de «Panama Leaks» se hace un gran servicio a la sociedad, puesto que todos podemos conocer a los delincuentes que pueden así ser juzgados y pagar por sus delitos.

Cuando se mercadea con los datos oficiales de cualquier nación, empresa o individuo vendiéndola al mejor postor entre el resto de naciones, empresas o individuos se está delinquiendo sin prestar ningún buen servicio a la sociedad.

Cuando se utiliza la red para desestabilizar naciones siguiendo la política de otras naciones no es más que una nueva forma de guerra llamada ciberguerra.

Al fin y al cabo ya tenemos *criptomonedas* y se podrían crear perfectamente *cripto-Estados*. ¿Quién y cómo podría evitar que miles de ciudadanos se pusieran de acuerdo en formar una nación propia a través de la red? Al fin y al cabo, las naciones, como las monedas o las religiones, no son más que convenciones sociales basadas en la confianza entre un grupo de seres humanos. ¿Quién puede impedir que en la sociedad digital existan monedas, países o religiones digitales? Basta con que un número suficiente de personas se pongan de acuerdo en su existencia y establezcan unas reglas básicas de funcionamiento para que existan.

El Senado de Estados Unidos elaboró un informe en 2018 sobre la injerencia de Rusia en los asuntos de terceros países. En él se citan las elecciones en Francia y en Alemania, pero también el proceso independentista de Cataluña, como ejemplos de dicha injerencia rusa a través de la red. Todo ello junto al asunto central del informe, que es la influencia de Rusia en las elecciones norteamericanas.

Según otro informe de los servicios de inteligencia norteamericana (CIA, NSA y FBI), «*Moscú orquestó una operación encubierta con apoyo de agencias gubernamentales, medios públicos, intermediarios, usuarios de redes y trolls digitales para socavar la fe pública en el proceso democrático, denigrar a Hillary Clinton y dañar su elegibilidad y potencial presidencia*».

Sea cierto o no, la verdad es que Hillary Clinton estaba claramente por delante de Trump en todos los sondeos gracias al éxito de la convención demócrata y a varias salidas de tono del candidato republicano, incluido un inefable debate electoral entre ambos. Hasta que en septiembre de 2016 se hicieron públicos varios e-mail de la candidata demócrata que estaban siendo investigados por el FBI. Trump se situó por delante en la primera encuesta realizada tras la filtración. Según la empresa Reuters/ Ipsos, Trump había aumentado su apoyo hasta un espectacular 40 por ciento frente al 39 por ciento de Clinton tras la publicación de los correos electrónicos de la candidata, que supusieron un vuelco inesperado de una campaña en la que el candidato republicano no hacía más que perder apoyos y la victoria de Clinton parecía asegurada. La mano de Rusia estuvo claramente detrás de esa filtración que cambió la campaña en Estados Unidos y fue absolutamente decisiva para la elección de Trump.

El 1 de octubre de 2017 se produjo un simulacro de referéndum fallido en Cataluña. Las cargas policiales para evitarlo dieron la vuelta al mundo. El diario *El País* se hacía eco de un informe elaborado con una herramienta denominada Hamilton68 en el que se demostraba que Rusia tenía mucho que ver con el incremento de la conversación en redes sobre el Procés. Según dicha herramienta, el hashtag (etiqueta) «catalán» había incrementado su presencia en redes un dos mil por ciento en una sola semana, y la mayor parte de esas menciones se habían hecho desde perfiles afines al Kremlin. A Julian Assange le faltó tiempo para ponerse del lado de los independentistas y agitar la red con comentarios contra el gobierno español y a favor de la independencia catalana.

Para entender mejor la magnitud del problema y el cambio absoluto provocado por las redes sociales citaré una conversación privada mantenida con una embajadora en España. Ella me contaba cómo se pasó más de una hora al teléfono la noche del domingo 1 de octubre de 2017. Al otro lado de la línea estaba su ministro, que seguía con gran preocupación lo que estaba sucediendo en Cataluña a través de Twitter y Facebook. El ministro (de un país socio de España en la Unión Europea) estaba recibiendo toda la presión de los ciudadanos de su país a través de las redes para que denunciara la situación contraria a la democracia que estaba viviendo España. La

embajadora necesitó más de una hora para explicar por teléfono al ministro que España seguía siendo un país democrático y que los independentistas se estaban saltando la ley democrática de un país tan democrático como el suyo.

En efecto, la red actúa en tiempo real, es inmediata y global. Se han universalizado los emisores de información y también de intoxicación, lo que a su vez ha hecho posible el fenómeno de las *fake news*.

La intoxicación en la red y las *fake news* no son leyendas urbanas, y las acusaciones a Rusia de estar detrás de gran parte de ellas tampoco. El fiscal especial de la trama rusa en Estados Unidos, Robert Mueller, puso nombres y apellidos en una acusación formal que fue presentada en febrero de 2018. También explicó su *modus operandi*.

El fiscal Mueller acusó a trece personas de nacionalidad rusa y a tres empresas concretas de estar detrás de la campaña de intoxicación rusa sobre la campaña norteamericana. Las empresas acusadas contaban con presupuestos millonarios, lo que les permitía contratar a cientos de personas que creaban miles de cuentas bajo nombres falsos en las redes sociales (básicamente en Facebook, Twitter e Instagram). La red llegó a contratar a varios ciudadanos estadounidenses que trabajaban distribuyendo la propaganda rusa sin saber que lo hacían para los rusos. Los mensajes distribuidos eran del tipo: «*Hillary es Satán, y sus crímenes y mentiras muestran su maldad*». Según la información recogida en el diario *El País* sobre este asunto, los cerebros de la trama se asustaron al conocer que estaban siendo investigados y se cruzaron mensajes como éste: «*Hemos tenido una pequeña crisis aquí, el FBI ha reventado nuestra actividad, así que estamos borrando huellas*».

Las *fake news* son una realidad. Está claro que Rusia está detrás de una campaña de desestabilización de todo Occidente que va desde las elecciones norteamericanas hasta el proceso independentista de Cataluña, pasando por el *brexit*. La máxima parece clara: «*Todo lo que desestabilice a Europa o a Estados Unidos es bueno para Rusia*». Pero no podemos olvidar que las redes sociales y las *fake news* están al alcance de todos y no sólo de Rusia, lo que hace viable que vuelvan a surgir nuevas campañas o que, incluso, ya existan.

La hostilidad desmesurada de la red seguramente también tenga algo que ver con estas campañas organizadas y no sólo con el cobarde anonimato que ampara para difamar a personas, organizaciones, empresas o países.

La política —y la diplomacia— camina lentamente detrás de una red que corre a toda velocidad.

Claro que el cambio es histórico y afecta a todo y a todos. A día de hoy, es todavía la televisión la que más opinión genera en nuestra sociedad, pero las redes sociales son quienes más terreno ganan, año tras año.

Los nuevos partidos, y muy especialmente Podemos, multiplicaron su eficacia en la red.

## Vistalegre, segundas partes...

Lo que pasa es que se quemaron, o se están quemando antes de hora, porque, como que están derivando en algo que en el origen no eran...

Su origen era defender a la sociedad, a la gente de la calle, los derechos sociales ... y ahora... con el tema de Barcelona y de Madrid, con «la Carmena» y «la Colau», se centran en cosas estúpidas que no van a ninguna parte.

Yo creo que por esas cosas Podemos está quemándose y perdiendo posibilidades... porque realmente podría hacer mucho y ayudar a mejorar.

GRUPO MIXTO, 25-35 años.  
Zaragoza, febrero de 2016

Los miembros de la cúpula de Podemos no han podido confluir entre ellos... y para mí era lo más importante; si hubieran conseguido llegar a un acuerdo...

Es que no se ponen de acuerdo entre ellos.

Yo, por ejemplo, tengo afinidad con Errejón, y acabo no teniéndola con Pablo.

Realmente, creo que Pablo es un niño de cuatro años.

GRUPO MIXTO, 25-35 años.  
Madrid, febrero de 2016

Podemos no eligió por casualidad la madrileña plaza de Vistalegre para celebrar su asamblea fundacional. El partido socialista había utilizado dicha plaza en varias ocasiones desde que José Luis Rodríguez Zapatero llegó a la secretaría general del PSOE, trasladando una imagen de fortaleza y movilización que fue clave en las victorias socialistas. Una década después, las imágenes de los actos socialistas en Vistalegre siguen pareciendo espectaculares gracias a la masiva afluencia de simpatizantes y las impactantes imágenes con miles de banderas socialistas ondeando.



Mitin del PSOE en la plaza de Vistalegre.  
© PSOE.

La remodelada plaza de Vistalegre no se había utilizado nunca para celebrar actos políticos y los socialistas descubrieron que se trataba del mejor recinto existente en todo el país gracias a su configuración circular, vertical y cubierta. Otros aforos son más abiertos, menos verticales, en definitiva, más deslucidos. La plaza de Vistalegre parece una olla a presión, siempre y cuando se logre convocar a 20.000 simpatizantes. El departamento de actos

públicos del PSOE hizo el resto montando un escenario sin fondo en el centro de la plaza y utilizando un par de «cabezas calientes» (cámaras con grúa) que realizaban planos aéreos de barridos abrumadores entre el público.

Al PSOE le funcionó muy bien el «espíritu de Vistalegre», y Podemos trató de arrebatárselo como tantas otras cosas.

La movilización de Podemos en su primera asamblea no llegó a ser nunca la del PSOE, donde miles de simpatizantes se quedaron a las puertas por aforo completo. Lo cierto es que no hay ninguna imagen relevante del evento «sin cemento», pero como tarjeta de presentación de un partido nuevo fue todo un éxito.

Lo más importante del primer Vistalegre de Podemos es que el nuevo partido consiguió trasladar fortaleza, capacidad de movilización y también un equipo, más allá de la conocida figura de Pablo Iglesias.

Juan Carlos Monedero, Luis Alegre, Carolina Bescansa, Iñigo Errejón y el propio Pablo Iglesias aparecían juntos, hombro con hombro, en una foto que era la presentación pública de Podemos como un proyecto coral, más allá de su líder.



Asamblea fundacional de Podemos en la plaza de Vistalegre. Octubre de 2014.  
© Claudio Alvarez, Ediciones El País, S.L. 2014. Todos los derechos reservados.



Corría el mes de octubre de 2014, «días de vino y rosas» en Podemos. Las elecciones al Parlamento Europeo se habían celebrado en junio y Podemos no hacía más que subir como la espuma en todos los sondeos.

Las elecciones al Parlamento Europeo de junio de 2014 y la asamblea fundacional de Podemos que tuvo lugar en Vistalegre en octubre de 2014 inauguraron la época dorada del partido morado, que tuvo su reflejo electoral en las elecciones autonómicas y municipales de 2015 y en las elecciones generales del mismo año.

El resultado: las alcaldías de Madrid, Barcelona y muchas otras capitales de provincia y ciudades importantes, a lo que había que añadir 69 escaños en el Congreso de los Diputados. De cero a sesenta y nueve en una sola tirada.

Podemos repitió la experiencia de Vistalegre tres años después, en octubre de 2017, pero ya nada era igual. Entonces descubrimos que los tiempos de los partidos nuevos no tenían nada que ver con los de larga tradición. Más tarde descubriríamos que sus tiempos eran mucho más rápidos para bien, pero también para mal.

La gestión del resultado de las elecciones generales, las tensiones políticas y personales entre sus dirigentes, los procesos de depuración interna...

Iglesias y Errejón subieron juntos al escenario en Vistalegre 2 y fueron recibidos por la multitud al esclarecedor grito de «unidad». Errejón había osado presentar una candidatura propia al órgano de dirección del partido, al margen de la de Iglesias, y había perdido en un tenso proceso que cambiaría las cosas para siempre en el nuevo partido.



Segunda Asamblea de Podemos en la plaza de Vistalegre. Octubre de 2017  
Ballesteros - EFE.

El problema había comenzado tiempo atrás. El primer tropiezo serio de Podemos provocó la caída de uno de sus fundadores, Juan Carlos Monedero. Asesor político de Izquierda Unida entre el año 2000 y el 2005, asesor del gobierno bolivariano de Hugo Chávez en Venezuela entre 2005 y 2011. Compañero de tertulias televisivas en «La Tuerka» y «Fort Apache», ambas presentadas por el propio Iglesias entre 2011 y 2013. Cofundador (junto a Iglesias) de Podemos en 2014 y dirigente del mismo hasta 2015.

Monedero anunció su dimisión de la dirección de Podemos el 30 de abril de 2015 y lo hizo criticando al partido por el giro «blando» que, según él, tomaba la formación morada bajo la batuta de Errejón, que dirigía la estrategia para la campaña electoral.

Sin embargo, poco tiempo después, Podemos consolidaba su ascenso en las elecciones municipales de 2015. Las alcaldías de Madrid y Barcelona servían para calificar su apuesta como un éxito. Podemos había obtenido el gobierno de las dos principales ciudades de España en su primer intento.

Los meses transcurridos hasta las elecciones generales de 2015 supusieron el mejor momento de Podemos. Acaparadores del mayor espacio mediático y en un ambiente en el que su relato fijaba el marco del debate público en España.

Caído Monedero, Errejón ocupó el «núcleo irradiador» y puso en marcha su estrategia en favor de la «transversalidad» distanciándose de la «radicalidad» de Pablo Iglesias, Juan Carlos Monedero y la corriente «izquierda anticapitalista».

La estrategia de Errejón aupó a Podemos hasta disputar con el PSOE la segunda plaza. Los socialistas experimentaron una fuga de votos extraordinaria hacia la formación morada con el agravante de que en realidad existían dos vías de escape según todas las encuestas. Hasta ese momento, los socialistas descontentos se fugaban a la abstención, pero ahora tenían a Podemos y a Ciudadanos. Alertados por varias encuestas sesgadas que situaban a Ciudadanos en un triple empate con el PSOE y el PP, los socialistas se dedicaron en la campaña a situar a Ciudadanos en la derecha y la estrategia funcionó. La apuesta de Ciudadanos por el contrato único o sus propuestas de copago sirvieron al PSOE para explicar a los votantes que Ciudadanos era un partido de derechas. El PSOE consiguió tapar la vía de agua que tenía en el centro derecha, pero no era posible tapar a la vez la vía creciente de agua en el flanco izquierdo hacia Podemos.

Ahora sabemos que Ciudadanos tuvo un problema añadido: la fortaleza de Podemos en las encuestas provocó un voto útil del centro derecha hacia el Partido Popular para frenar a Iglesias y a los suyos. Una gran cantidad de votantes descontentos con el PP votaron a la formación conservadora a pesar de todo, ante la posibilidad de un gobierno de Podemos o de un gobierno socialista dependiente del apoyo de Podemos. Lo cierto es que la aparente fuerza de la formación morada atrajo voto útil al Partido Popular y perjudicó seriamente a Ciudadanos.

El resultado de Podemos fue un éxito, pero no consiguió su principal objetivo: desbancar al PSOE; y afrontaba ahora el peor escenario posible: ¿apoyar a un presidente socialista o permitir que Rajoy siga gobernando?

A pesar de la pugna creada por Podemos contra el PSOE, parecía estar claro que en el caso de que no hubiera mayorías absolutas del PP, gobernaría siempre quien tuviera más fuerza en la izquierda con el apoyo del otro. Así fue en todas las plazas, empezando por Madrid, donde los socialistas apoyaron a Carmena a cambio sencillamente de que no siguiera gobernando Aguirre.

Pero no eran esos los planes de un Iglesias que habría asfixiado al PSOE para recibir su apoyo de haber quedado segundo, y que nunca apoyaría al PSOE si era tercero. Lo malo era el coste que debería asumir por permitir que Rajoy y el PP siguieran gobernando; pero Iglesias tenía una vía de escape: ¡repetición electoral! Dicha repetición serviría de paso para conseguir el ansiado «sorpaso» y para ello ya tenían decidido poner toda la carne en el asador, incluida la absorción de la antes denostada y ahora cortejada Izquierda Unida. Sólo había que aguantar el tipo unos meses para llegar a la tierra prometida y poder así asaltar los cielos.

La repetición electoral tuvo lugar finalmente el 26 de junio de 2016. Fracasado el intento de «sorpaso» y constituido el gobierno de Rajoy tras la traumática abstención del PSOE, era el turno de los congresos de cada partido. Los del PP y Ciudadanos consistieron en aburridos trámites para la reelección de Rajoy y Rivera. El congreso del PSOE vino precedido de varios meses bajo la dirección de una gestora y acaparó (una vez más) toda la atención mediática en una disputada cita donde se polarizó el voto entre los partidarios de Pedro Sánchez y de Susana Díaz, que dejaron sin espacio al tercer candidato, Patxi López.

La segunda asamblea de Podemos tampoco iba a ser aburrida. La pugna entre Iglesias y Errejón fue *in crescendo* y tuvo un primer momento de choque frontal en la elección de la dirección del partido para la Comunidad de Madrid. Los partidarios de Iglesias iban a ganar la batalla de Madrid gracias a un acuerdo con el ala más dura de Podemos (Izquierda Anticapitalista), que se repetiría meses después en la batalla nacional.

En febrero de 2017, el Congreso de los Diputados sirvió de nuevo de escenario para la imagen de enfrentamiento entre ambos, tras una dura discusión en el escaño. Todos los medios se hicieron eco de la escena.

Errejón había decidido no presentar su candidatura para disputar a Iglesias la secretaría general del partido, pero sí para el Consejo Ciudadano (el órgano de dirección política de Podemos). La respuesta de Iglesias no se hizo esperar: planteó una innecesaria candidatura a este órgano, ya que él, como secretario general, ya formaba parte del mismo. El mensaje estaba claro: todo o nada, o Errejón o yo.

Las palabras de Iglesias fueron suficientemente contundentes y no dejaban margen para el equívoco, tampoco para ningún tipo de acuerdo: «*La democracia es elegir. Si tenemos equipos diferentes y proyectos diferentes la gente tendrá que escoger [...] estamos eligiendo entre liderazgos distintos*».

El periodista Álvaro Carvajal sintetizó perfectamente en el diario *El Mundo* el proceso que estaba viviendo la formación morada. Al pie de la icónica foto del primer Vistalegre con los cinco fundadores, el periodista resumía la situación:

#### LA QUIEBRA DEL NÚCLEO DE LOS «CINCO FUNDADORES»

La abrupta salida de Carolina Bescansa de la dirección de Podemos y su negativa a repetir en la futura ejecutiva, quiebra definitivamente el núcleo de los fundadores de Podemos salidos de Universidad Complutense. La imagen de los cinco, Carolina Bescansa, Luis Alegre, Juan Carlos Monedero, Pablo Iglesias e Íñigo Errejón abrazados en el congreso fundacional es una de las estampas más icónicas de Podemos y que dio pie a que fueran conocidos oficialmente como «los cinco de Vistalegre».

Sin embargo, el paso de estos tres años ha sido implacable y los distanciamientos políticos y personales son un hecho. Tres de ellos han acabado fuera de la dirección. Monedero dimitió, Alegre está oficiosamente fuera y Bescansa renunció el miércoles y no repetirá. Sólo quedan Iglesias y Errejón en puestos de responsabilidad, y los dos llegan a Vistalegre 2 absolutamente enfrentados y distanciados.

El primer Vistalegre tuvo lugar en 2012. Podemos arrancaba entonces sus mejores años en los que llegó a conseguir las alcaldías de Madrid y Barcelona y acarició el «sorpaso» al PSOE en el año 2016.

Vistalegre 2 tuvo lugar en el año 2017. Cuatro años habían bastado para que el grupo de amigos que fundó un nuevo partido político que llegó a poner en jaque al sistema acabaran divididos y enfrentados. Por delante sólo quedaba la decadencia de Podemos.

Podemos nunca tuvo un plan alternativo al «sorpasso». Su apuesta constituía un «todo o nada» y salió «nada». El Procés de Cataluña sólo sirvió para empeorar las cosas dentro de la formación morada que desciende hoy de la montaña tan rápido como ascendió, con una expedición dividida y desmoralizada tras no haber tocado la cima.

Por delante, la formación morada no tiene grandes elementos para el optimismo. Al mal ambiente interno se le suman la pésima valoración de su líder y el cambio profundo en la conversación pública, en la que los argumentos de Podemos se han desgastado a la velocidad que se hicieron hegemónicos. Por si fuera poco, la formación morada tendrá que afrontar viejos problemas de los viejos partidos como la elaboración de listas que no harán sino aumentar el descontento y la división interna en un partido que nunca ha abordado antes este proceso.

El sistema electoral tampoco traerá buenas noticias para una formación que llegó a 71 escaños gracias a que se situó por encima del 15 por ciento de voto en todas las provincias, pero que perderá de golpe decenas de escaños aunque mantenga más de tres millones de votos porque no llegará al porcentaje necesario para obtener escaño en las provincias medias o pequeñas.

El remate final podría venir con los resultados de las elecciones municipales y autonómicas, en las cuales Podemos tendrá que optar allí donde la izquierda sume entre gobiernos socialistas o gobiernos de la derecha.

La peor pesadilla de Iglesias, aquella que impidió que la izquierda gobernara España en 2016, está a la vuelta de la esquina.

Corregida y aumentada.

## **El camino que va del 135 al 155**

Hay un antes y un después del Procés independentista en Cataluña, tal y como hubo un antes y un después del 15M. Si el 15M acabó con el bipartidismo y modificó opiniones y conductas, el Procés fracturó a la sociedad catalana por la mitad y generó una reacción colectiva desconocida entre el resto de los españoles en torno a su identidad y sus símbolos nacionales.

Nunca antes ningún asunto político había ocupado tantas horas de radio y televisión, tantos litros de tinta impresa ni tantos caracteres en las redes sociales o impactos en la web. Nunca tanta gente, incluida la que no suele hablar de política, habló tanto de política como en los meses posteriores al verano de 2017.

Son muchos «nunca antes» los que hacen que el abortado Procés independentista merezca ser calificado como histórico con todas las consecuencias. Hasta el punto de que por primera vez en la historia el Senado de España otorgó al Gobierno la capacidad de cesar al president y al gobierno de Cataluña.

La todavía joven Constitución española ha experimentado pocas y leves reformas en sus cuarenta años de historia. Cuatro décadas desde su aprobación parece un plazo más que suficiente para abordar una reforma constitucional que adapte la norma fundamental a una España plenamente integrada en Europa y a una sociedad muy diferente a la de 1978.

El Partido Socialista viene planteando su reforma desde hace más de una década, pero nunca ha sido posible iniciar siquiera su debate por la cerrazón del Partido Popular y por las mayorías agravadas que exige para las reformas de calado. En todo caso, la reforma no debería contar con un apoyo menor

que el que tuvo el texto original, y eso parece complicado en una España mucho más plural y diversa que la de hace cuarenta años. Se suele afirmar que no debería ser hoy más difícil que cuando se estaba saliendo de una dictadura, pero lo cierto es que sí lo es. Sería un error llevar a cabo una reforma en la que no estuvieran al menos los cuatro partidos que suman el 80 por ciento de los escaños de la cámara, y debería intentar sumar a algunos más. Pero ¿es posible que Podemos, PP y Ciudadanos aprueben la misma reforma? ¿Es viable sumar algún partido nacionalista a la misma? Puede parecer paradójico, pero puede ser más difícil reformar la Constitución en la España post-15M y post-Procés que redactar la Constitución completa en la España de la Transición.

En todo caso, es una obligación de los partidos. Los últimos cuarenta años han sido los mejores de la historia de España en términos de paz, libertad, convivencia, solidaridad y prosperidad. Los próximos cuarenta no deberían ser peores y para ello es imprescindible modernizar nuestra Constitución, para adaptarla a la nueva realidad.

Todo el mundo parece haberlo olvidado, pero España fue el primer país en someter a referéndum la Constitución Europea y fue ampliamente aprobada por los españoles.

Sin embargo, en 2011 se produjo una reforma importante de la Constitución española.

En plena campaña electoral, y acosado por la amenaza de intervención de la economía española, el presidente Zapatero acordó con el líder de la oposición, Mariano Rajoy, la reforma del artículo 135 de la Constitución.

En dicha reforma se constitucionalizaba el principio de estabilidad presupuestaria exigido por la troika tras una preocupante escalada del déficit y la deuda, provocados por la caída más brutal de ingresos públicos que causó la crisis financiera internacional de 2008.

Tramitada de urgencia y sin que fuera necesario celebrar un referéndum, la reforma del artículo 135 se erigió en el blanco de toda la ira popular tras los recortes y el sufrimiento causado por la crisis en España.

El gobierno socialista, que había alcanzado las mayores cotas de protección social con la aprobación de la conocida como ley de dependencia, la subida sostenida del salario mínimo o de las pensiones mínimas durante



siete años consecutivos, se convertía así en un gobierno «de recortes» debido a la reforma del artículo 135, la congelación de pensiones (nunca de las mínimas) y el recorte del sueldo de los funcionarios.

Si a la mezcla le añadimos la subida del IVA y, sobre todo, el aumento del paro, tenemos la pócima mágica para perder elecciones.

Y todo ello, recordemos, en pleno período electoral.

El famoso «cueste lo que cueste» del presidente Zapatero costó y mucho al Partido Socialista en término de votos. Se evitó un rescate, se perdieron unas elecciones.

El Partido Socialista tuvo un coste mayor que el de los votos perdidos en 2011. Tras siete años de gestión claramente progresista, con superávit en las cuentas públicas, con recorte de la deuda, con fuertes políticas sociales y en favor de la igualdad acababa su mandato adelantando elecciones en el peor momento de la crisis y asociado a la derecha con la que había pactado la reforma del artículo 135.

La semilla estaba plantada y germinó, primero en las movilizaciones del 15M y luego en la aparición de un nuevo partido que negaba al PSOE su condición de alternativa a la derecha: Podemos.

Entrábamos en un terreno desconocido en la democracia española. Por primera vez, PP y PSOE se visualizaban como socios y no como rivales. Al PSOE se le negó la condición de izquierdas e incluso la de oposición.

Mientras, el Partido Popular castigaba el otro flanco con «la herencia recibida».

A partir de 2011, para los españoles de izquierdas gobernaban el PP y el PSOE a la órdenes de la canciller de Alemania, quien, por cierto, tenía una gran coalición con el SPD. Pero para los españoles de centro-derecha gobernaba «la herencia socialista».

El PSOE sufría el ataque en ambos flancos. Para los electores más progresistas, el PSOE había traicionado sus principios y su programa al aplicar políticas de derechas. Para los electores más conservadores, pero también para los más centrados, la gestión económica del gobierno socialista había sido un desastre de proporciones bíblicas.

Algo tan absurdo como la tardanza y la resistencia a utilizar el término «crisis» en boca de los dirigentes socialistas, se convirtió en la etiqueta perfecta para demostrar su mala gestión económica.

Podemos conectó perfectamente con el sentimiento contra la reforma del artículo 135 y utilizó el argumento hasta la náusea, no sólo como prueba de los recortes, también del «no nos representan». Se abrió paso la necesidad de reformar una democracia elitista, envejecida y alejada de los ciudadanos, según sus postulados.

Si la reforma del artículo 135 de la Constitución fue la gasolina perfecta para Podemos, la aplicación del artículo 155 fue el agua que apagó su fuego y encendió los motores de Ciudadanos.

Podemos comprendió perfectamente la frustración y la ira social provocadas por la crisis, el paro y los recortes. Sintonizaba plenamente con esa sociedad indignada.

Sin embargo, Podemos no entendió la transformación social que había experimentado España tras cuarenta años de democracia y el proceso rupturista en Cataluña.

Una de las fundadoras de Podemos, la que más encuestas lee en la formación morada, sabía que el sentimiento en contra de la reforma del artículo 135 era tan abrumadora como la mayoría a favor de la aplicación del artículo 155 tras todo lo vivido en Cataluña.

Carolina Bescansa lo resumió magistralmente en una frase: «Nos hemos olvidado de hablar a todos los españoles». La sociedad española de la segunda década del siglo XXI no es igual que la de las últimas décadas del siglo XX. Tampoco en su sentimiento nacional.

Cuarenta años de dictadura habían logrado que la descentralización política y la diversidad lingüística y cultural fueran una parte esencial de las ansias de democracia contenidas en el grito: libertad, amnistía y estatuto de autonomía.

El rechazo hacia los símbolos nacionales se había extendido desde los símbolos franquistas hasta los propios de la democracia entre algunos sectores progresistas. Se decía que portar banderas era progre cuando se trataba de la catalana, la gallega o la vasca, pero era «facha» cuando se trataba de la bandera española, aunque fuera la constitucional.

Tenía todo el sentido del mundo en una sociedad que había vivido la represión franquista y el derrocamiento de la República en 1939. Para muchos españoles de izquierdas, republicanos o no, la bandera republicana tenía un peso muy importante en sus conciencias. En el imaginario colectivo de los españoles un partido nacionalista español era facha, pero uno vasco o catalán era progre y tenía todo el sentido del mundo tras cuarenta años de dictadura.

En todo caso, la izquierda española surgida tras la Transición evitó siempre la identificación con patrias, himnos y banderas, lo que por otra parte es lógico hablando de la izquierda. Pero se entendía que el nacionalismo vasco o catalán sí eran políticamente correctos, no en vano habían sido reprimidos durante el franquismo y eran una de las señas de identidad de la nueva democracia española.

El PNV y CiU encarnaron ese sentimiento hasta el punto de identificarse tanto con sus respectivos territorios que en Euskadi siempre gobernaría el PNV y en Cataluña siempre lo haría CiU.

De hecho, a lo largo de cuarenta años sólo el Partido Socialista había logrado alterar esa realidad de manera puntual, y siempre con pactos con otras formaciones políticas. De esta forma, sólo Maragall y luego Montilla en Cataluña y Patxi López en Euskadi, lograron interrumpir la larga lista de *lehendakaris* y *molt honorables presidents* del PNV y de CiU.

A cambio, el PNV y CiU siempre apoyaron al partido que ganaba las elecciones generales. Si PP o PSOE ganaban sin alcanzar una mayoría absoluta, PNV y/o CiU acudían al rescate de la gobernabilidad de España, lógicamente siempre a cambio de algo. No podemos olvidar que ese «algo» provocó en muchas ocasiones grandes beneficios para el conjunto de los españoles.

La cesión parcial del IRPF, la supresión del servicio militar obligatorio, la cesión de competencias esenciales del Estado, las televisiones públicas autonómicas, la revisión del cupo vasco, las políticas educativas o lingüísticas, las inversiones del Estado en Cataluña y Euskadi o la propia financiación autonómica formaron parte siempre de dichas exigencias para garantizar la gobernabilidad.

La derecha necesitó de los nacionalistas en 1996. José María Aznar fue objeto de la burla colectiva: los populares habían pasado de gritar: «Pujol, enano, habla castellano» a afirmar sin ningún pudor que «hablaban catalán en la intimidad».

Las transferencias en Sanidad y Educación o la supresión del servicio militar obligatorio fueron obra del gobierno de José María Aznar a cambio de lograr una transformación política que se había antojado imposible desde 1982 y muy especialmente tras la inesperada derrota del PP en 1993.

Es cierto que Alianza Popular tuvo muchos reparos con el modelo de descentralización política que supuso la España de las autonomías. No en vano, el partido conservador se había abstenido en la votación sobre el Título VIII de la Constitución que lo desarrolla. Pero a diferencia de Ciudadanos, el Partido Popular ha gobernado durante décadas en muchas comunidades autónomas y ha defendido el modelo desde dichos gobiernos ejerciendo plenamente sus competencias. Ningún presidente autonómico popular ha reivindicado nunca la devolución de competencias al gobierno central. Más bien al contrario, todos ellos reivindicaron siempre más competencias y más financiación para las mismas a lo largo de estos cuarenta años. El proceso de reforma de los estatutos de autonomía y las negociaciones para la reforma del modelo de financiación (siempre y cuando el gobierno central fuera socialista) son buena prueba de ello.

Hoy existe un nuevo partido que nunca ha gobernado en ninguna comunidad autónoma y que no se comprometió en la elaboración del Estado de las autonomías porque no existía cuando se creó. De hecho, el motivo fundacional de Ciudadanos y su propia razón de ser destila un mensaje subliminal permanente contra la descentralización política de España. Lamentablemente, el «españómetro» está en marcha y PP y Ciudadanos van a competir a brazo partido por ver quién llega más lejos en la competición.

Antes vimos que sin la crisis y, sobre todo, sin el 15M, Podemos no podría haber hecho su discurso contra el PPSOE. Con el Procés de Cataluña se ha abierto en España un espacio social contra la descentralización política que Ciudadanos va a jugar hasta el final. El Partido Popular, asustado tras su resultado en Cataluña y con cada encuesta que conoce, está cometiendo el grave error de querer competir con Ciudadanos en ese terreno. Lo cierto es

que la formación naranja sólo tiene que ganar mientras que el PP tiene mucho que perder en esa batalla. En todo caso, quienes van a perder seguro, van a ser las mayorías, que verán la agenda política volcada en este asunto mientras se desatienden los verdaderos retos que tiene la sociedad española. La convivencia de los españoles tampoco tendrá nada que agradecer a esta alocada carrera entre PP y Ciudadanos.

Pero España vive un nuevo tiempo en relación con el debate territorial. La España de 2018 no es la de 1978, ni siquiera la de 1998. España es hoy una democracia plena y un país moderno donde sus ciudadanos son libres y ejercen plenamente sus derechos. La España de Franco provocaba repulsa y vergüenza ajena en la comunidad internacional, pero la España del siglo xx provoca respeto y atracción. Los españoles no son ajenos al cambio de opinión de la comunidad internacional.

Con todos los errores cometidos, con los abominables casos de corrupción y el estallido de la burbuja inmobiliaria y con el eterno problema del paro siempre por delante, la sociedad española ha hecho muchas cosas muy bien. Ningún país del mundo ha conseguido montar un sistema de sanidad público como el español. No existen infraestructuras ni transportes públicos como los españoles en ningún otro lugar. Cientos de empresas españolas se han internacionalizado y operan fuera de nuestras fronteras, muchas de ellas son sinónimo de prestigio, calidad y seriedad en los países donde operan. Los deportistas españoles son conocidos y admirados en los rincones más recónditos del planeta. La seguridad ciudadana de los españoles es envidiada por los ciudadanos de la mayoría del resto de países donde millones de personas no pueden disfrutar de sus vidas cotidianas con libertad debido a la violencia creciente y la delincuencia generalizada.

No en vano, España es el segundo país más visitado del mundo y cientos de miles de europeos sueñan con pasar en él su jubilación, porque cuando pueden elegir, eligen nuestro país.

Claro que tenemos problemas, empezando por el paro y la desigualdad, pero España es un modelo de éxito en el mundo y los españoles lo siguen valorando a pesar de la dureza de los últimos años. Es normal que la sociedad española dudara acerca de todo en lo más duro de la crisis, y es exigible un espíritu autocrítico que nos impulse siempre a mejorar, pero los españoles se

sienten orgullosos de su país, de sus tradiciones, de su cultura, de su historia, de sus deportistas, de sus cuerpos y fuerzas de seguridad, de su sanidad pública, de sus pueblos y ciudades, de sus lenguas, de su gastronomía, de sus paisajes, de su diversidad...

Desde el punto de vista más partidista, la situación política española tras el Procés constituye un problema grave para Podemos y una gran oportunidad para Ciudadanos, pero los grandes partidos están todavía a tiempo de acertar y estar en su sitio, que es a la vez el sitio que más le conviene a España.

Torpedear el modelo autonómico y apostar por un modelo recentralizador y uniformador es un grave error que están cometiendo quienes compiten burdamente por ser más español que los demás, poniendo en riesgo un modelo de éxito para la convivencia y la prosperidad de todos.

Apostar por el nacionalismo, el independentismo o la autodeterminación son errores históricos cometidos por nacionalistas, independentistas o izquierdas malentendidas y minoritarias. En el caso de quienes se consideran de izquierdas constituye además una grave confusión ideológica y una contradicción en los términos que resulta irresoluble.

No identificarse plenamente con la España actual, con sus símbolos, su cultura, su historia y también su integridad territorial sería también un grave error para una izquierda democrática y con vocación de mayoría. No sólo porque esa España moderna es en gran parte obra de esa izquierda democrática y mayoritaria, sobre todo porque la mayoría de los españoles ama a su país y se siente español sin ser nacionalista, ni franquista, ni recentralizador.

Ahí están los datos.

## El Procés en Cataluña

—La política del gobierno con Cataluña es negativa totalmente... Yo creo que incluso nos están retando... Yo me siento amenazada. —Yo amenazado no me siento... —Yo estoy a favor de la consulta, totalmente, porque creo que soy demócrata, aunque no sea independentista...

—Entonces yo creo que ahí se está equivocando el gobierno totalmente...

—Exactamente.

—O sea, la consulta debería darse por hecho y luego democráticamente que decidamos aquí en Cataluña si quieres ser independiente...

—Y yo acataré, aunque no esté a favor del no, si sale un sí lo acatarás perfectamente, como acato otras muchas cosas.

—Aparte de que es una consulta, no porque gane el sí, si Cataluña va a ser un Estado independiente, ¿no?

—No, lo tendremos que decidir nosotros, los ciudadanos.

—Exactamente... pero es que es una consulta y todo el mundo tiene derecho a hacer consultas...

GRUPO DE PROFESORES DE ENSEÑANZA MEDIA. MIXTO.

Barcelona, octubre de 2014

Cataluña es el mejor ejemplo de la profunda transformación vivida en los últimos 10 años. El «ecosistema» político catalán ha sufrido una mutación completa y no se parece en nada al de hace una década. Para entenderlo, hay que tener en cuenta varios factores:

1. La sentencia del Tribunal Constitucional modificando el Estatuto de Cataluña que había sido aprobado en el Congreso, en el Parlamento de Cataluña y en las urnas por los ciudadanos. Todo ello con una campaña desbocada del Partido Popular contra el Estatut con recogida de firmas por toda España incluida para la presentación de un recurso al Tribunal Constitucional. Una campaña que despertó la «catalanofobia» en el resto de España y el agravio en Cataluña.
2. La crisis y la indignación contra la política en toda España se canalizó hacia la independencia en el caso de Cataluña. Las movilizaciones contra la casta en el resto de España se convirtieron en movilizaciones a favor de la independencia en Cataluña. La Diada se contagió en Cataluña por la indignación que en el resto de España expresaban las plazas del 15M o las convocatorias para «rodear» el Congreso. El enemigo en España era la casta y su lema: «No nos representan». En Cataluña el enemigo era «Madrid» y su lema: «España nos roba». El espíritu del 15M se pasó por la Diada y salió transformado en el Procés.
3. La salida a la luz pública de los casos de corrupción en CiU empezando por su referente histórico: Jordi Pujol. Éste es un tema esencial para entender el cambio de posición de quienes representaban hasta entonces un nacionalismo moderado y pasaron a encabezar el independentismo más contundente. La extinta coalición Convergència i Unió gobernó siempre en Cataluña salvo dos legislaturas en que los socialistas lo hicieron con un gobierno tripartito, primero con Pasqual Maragall y luego con José Montilla. Cuando CiU volvió al gobierno de la mano de Artur Mas, sus dirigentes comenzaron a sufrir los mismos «escraches» que el movimiento de indignados realizaba en el resto de España y decidió saltar la valla, ponerse al otro lado de la manifestación y apuntar el dedo hacia Madrid. *«El problema no soy yo (ni mi corrupción), el problema es España que nos roba»*. Los dirigentes de CiU decidieron que la mejor defensa era un buen ataque y que se vivía mucho mejor portando las pancartas que siendo rodeados por ellas.
4. La aparición del «derecho a decidir». Como vimos anteriormente, existen conceptos mágicos en comunicación que generan una adhesión espontánea y una movilización absoluta, el «derecho a decidir» es uno



de ellos. Durante décadas, Cataluña se dividía entre independentistas (minoría) y no independentistas (mayoría). El debate sobre la independencia era un debate claramente perdedor para sus promotores hasta el punto de que el término en sí contiene un cierto aspecto peyorativo, de ahí que los independentistas encontrarán un filón en él:

—Tú eres independentista.

—¿Yo? ¡No!

—¡Pero tú quieres la independencia de Cataluña!

—No, yo lo que quiero es poder votar. Yo tengo derecho a decidir mi futuro y nadie me puede imponer lo que yo no quiero.

—Pero tú quieres votar para que Cataluña sea independiente y, de hecho, votarías sí a la independencia, ¿no?

—Mira, el problema es que yo soy un demócrata y tú no. Yo quiero que podamos decidir libremente con nuestro voto y tú quieres negar el derecho de la gente a votar.

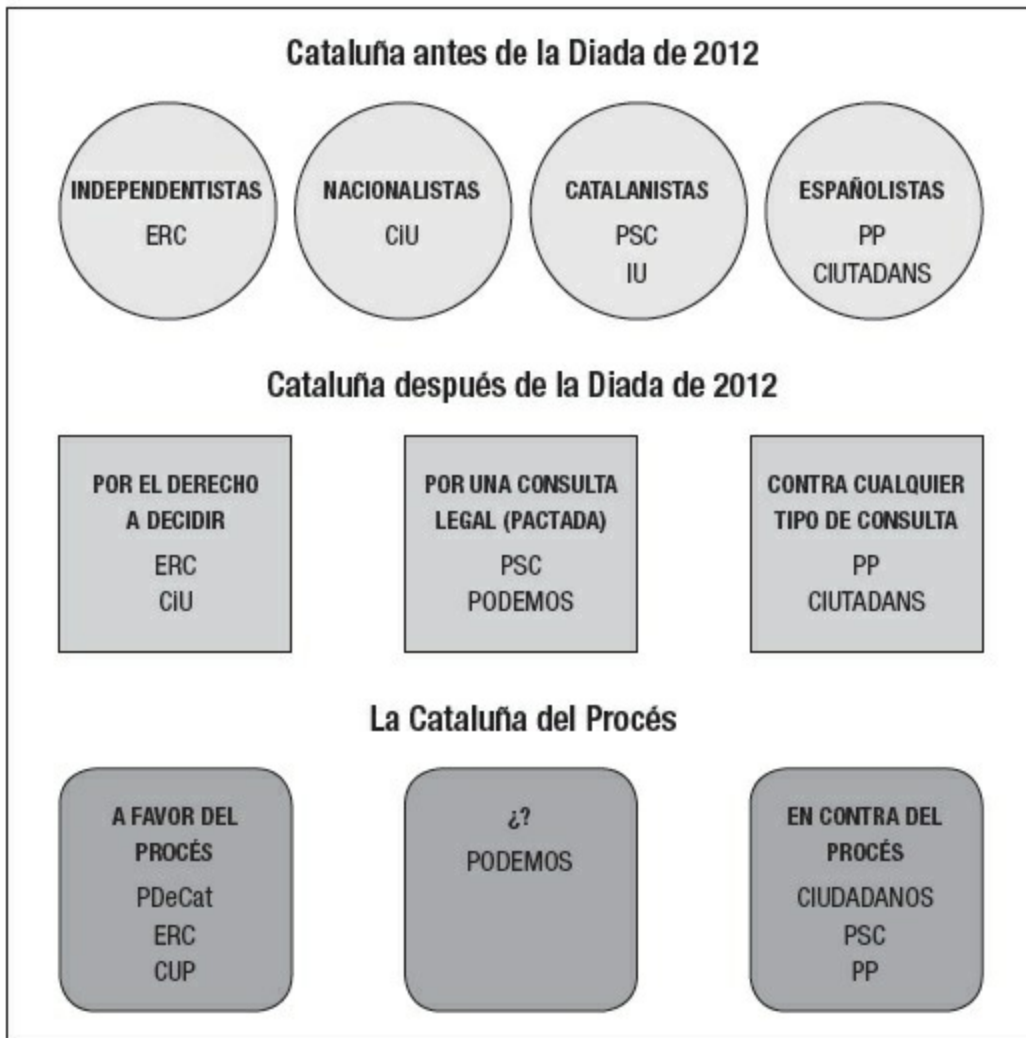
¡Magia! El independentista conseguía con el cambio de discusión pasar de la defensiva a la ofensiva y, sobre todo, pasar de la minoría a la mayoría. El «derecho a decidir» fue la gasolina del Procés. Algunas formaciones como Podemos impulsaron con fuerza el debate para salirse del marco independentista y tratar de mantener un pie en cada lado. A tal punto llegó la cosa que la propia Ada Colau reconoció públicamente haber votado sí en la consulta realizada el 9 de noviembre de 2014 para a continuación afirmar no ser independentista. Las preguntas de dicha consulta eran: «¿Quiere que Cataluña sea un Estado? Y, en caso afirmativo, ¿quiere que este Estado sea independiente?». Ada Colau había votado sí a que Cataluña fuera un Estado independiente, pero el lector debe entender que la pregunta era poco clara o que Colau estaba pensando en otra cosa cuando votó. ¿Se puede votar sí a la independencia sin querer la independencia? En el maravilloso mundo de Colau y de Catalunya en Comú-Podem sí, aunque nadie en su sano juicio lo pueda comprender.

Lo cierto es que el bienintencionado intento de Zapatero había resultado fallido debido al recurso al Tribunal Constitucional planteado por el PP de Rajoy, y sólo provoca melancolía recordar ahora que dicho Estatuto había recibido un 73,9 por ciento de votos a favor en Cataluña.

El 15M salió a la calle en 2011 y no es coincidencia que haya un antes y un después de 2012 en la historia de la Diada que en 2008 había reunido a 12.000 personas pero empezó a concentrar a cientos de miles a partir de 2012. La celebración se convirtió a partir de ese año en un grito masivo a favor del «derecho a decidir» o de la independencia directamente.

En el resto de España el culpable de todo era «la casta», pero en Cataluña era la propia España.

El «ecosistema» político catalán había cambiado profundamente:



Evolución de los espacios políticos en Cataluña.

Lamentablemente, en la Cataluña del Procés no existen ya espacios matizados como eran el nacionalismo de CiU o el catalanismo tradicional del PSC. O estás a favor o estás en contra. Es un ejemplo más de la polarización de las opiniones públicas experimentado en los últimos diez años en todo el mundo y que forman parte de la explicación de fenómenos como el *brexit* o la elección de Donald Trump en Estados Unidos. El marco de la discusión ha cambiado drásticamente:

- «¡O estás conmigo o estás contra mí!»
- «Yo estoy de acuerdo con algunas cosas que dices, pero...»
- «No valen “peros”. Sí o No. Al pan, pan y al vino, vino. ¿Estás aquí o estás allí?»

Vivimos los tiempos del mensaje rápido, directo, emotivo, identitario, simple y movilizador. La mediatización de la política no es ajena a este fenómeno:

- «Make America great again»
- «Let's put America first»
- «Brexit means Brexit»
- «Have our cake and eat it»
- «Espanya ens roba»

El patrón es claro y lamentablemente ha funcionado. El nacionalismo ha salido claramente fortalecido de estos 10 años de crisis. Los mensajes egoístas y sectarios han triunfado en la era de la indignación. Replegarse en la secta, culpar al extraño, ha sido la solución más repetida por el populismo y ha tenido un éxito contrastado en las urnas a lo largo de los últimos años.

El independentismo siempre tuvo arraigo en Cataluña, pero nunca a los niveles actuales. Vivimos en una sociedad más formada y mejor informada, pero las mayorías llegaron a creer en Cataluña que la independencia sería rápida, sencilla y sin coste. Es asombroso comprobar las cifras que en todas las encuestas afirman la cantidad de catalanes que llegaron a pensar que salir de España no suponía salir de Europa, o aquellos que llegaron a creer que bastaría con proclamar la independencia para que llovieran empresas y

puestos de trabajo del cielo. Es verdaderamente asombroso comprobar las respuestas de una sociedad libre y culta como la catalana en pleno siglo XXI sobre las afirmaciones mágicas del Procés.

En su libro, *Las cuentas y los cuentos de la independencia*, Josep Borrell se empleó a fondo en desmontar todos los falsos mitos del relato independentista. Lo hizo a través de cientos de datos y argumentos que desmontaban, una por una, todas las mentiras de los impulsores del Procés. Tras la publicación del libro, Borrell se prodigó en todas las televisiones habidas y por haber realizando entrevistas e incluso debates, como el que mantuvo con Oriol Junqueras, en el que destrozó argumentalmente a su rival. Las entrevistas y debates de Borrell cobraron aún más fuerza en las redes y muy especialmente en WhatsApp, donde fueron reenviados una y otra vez llegando a cientos de miles de ciudadanos.

Todo el razonamiento del independentismo había sido rebatido, una y otra vez, con datos y argumentos racionales.

Pero una vez más, la emoción triunfaba sobre la razón.

Ni el 15M ni el Procés eran desmontables en términos racionales porque ambos manejaban emociones y sentimientos basados en la frustración y el dolor provocados por la crisis, la injusticia y la corrupción. La propuesta del 15M era que pagaran los culpables: la casta. La propuesta del Procés era marcharse de España para arreglar todos los problemas de los catalanes. Ambos tenían argumentos ciertos y razón para su existencia, y ambos tuvieron éxito gracias a la televisión y a las redes sociales.

Porque la política y la televisión son absolutamente emocionales. Ambas operan sobre algo tan emocional como las opiniones o los estados de ánimo. Tan ridículo es culpar a la televisión del 15M o del Procés como desconocer que ambos no hubieran llegado tan lejos sin ella. Las causas de movimientos sociales o políticos como el 15M o el Procés tienen que ver con la corrupción, los recortes, la injusticia o la identidad, y la televisión es la herramienta que hace posible su máxima difusión social. Sin ella muchos debates no podrían nunca convertirse en grandes movimientos de masas.

La publicidad comercial lo descubrió hace muchos años. Imaginemos dos anuncios de automóviles. En el primero se publicita el coche «razón». Una voz en off enumera diez razones reales para comprar el vehículo: es más

barato que el otro, consume menos, contamina menos, tiene más espacio, es blanco y la pintura es más barata en caso de cualquier roce, tiene menos mantenimiento porque tiene menos elementos... Mientras escuchamos la voz en off podemos ver imágenes de diferentes componentes del coche perfectamente acompasadas con los argumentos. El anuncio del segundo coche, «emoción», arranca con un maravilloso riff de guitarra de una de las canciones comerciales del momento, el coche avanza a toda velocidad por una carretera llena de curvas y un paisaje verde con mar al fondo. Al volante podemos ver a uno de los deportistas más admirados que sonríe mientras disfruta de la conducción y de la música del anuncio. Ninguna voz en off dice nada y la música sólo se ve interrumpida al final del anuncio por un slogan rotundo pronunciado por una voz grave y envolvente: «Emoción. Disfruta al volante» o «Emoción. ¿Te gusta conducir?» o «Emoción. Sé libre».

Salvo que el precio del vehículo «emoción» sea prohibitivo, adivinad cuál de los dos tendrá más ventas. Una vez sabido que «emoción» venderá más unidades que «razón», sería muy curioso interrogar a sus compradores. ¿Por qué has comprado un coche más caro, que contamina más, con más mantenimiento y con menos espacio? Encontraremos muchas respuestas en el comprador y todas ellas tratarán de estar revestidas de argumentos racionales, porque le será muy duro reconocer que la decisión se basó en puro deseo y no en razones objetivas que habrían aconsejado la compra de «razón» sin ninguna duda.

Con la llegada de la televisión, los partidos políticos norteamericanos empezaron a contratar agencias publicitarias en la década de los años cincuenta del pasado siglo. Los discursos televisados empezaron a ser suplantados con anuncios repletos de imaginación y humor o directamente negativos hacia el rival. Absolutamente desprovistos de razones, pero repletos de emoción. Los largos discursos televisados quedaron relegados para personajes como Fidel Castro o Hugo Chávez, las democracias occidentales escogieron nuevos formatos mucho más eficaces para persuadir que aburridas e interminables arengas.

Según todos los expertos, Kennedy fue el primer candidato de la historia en ganar unas elecciones gracias a la televisión. El éxito de Donald Trump tampoco ha sido ajeno a una televisión que hechizada por sus excentricidades

dio máxima cobertura a todo lo que hacía y decía el candidato. Muchas veces para criticarlo, pero siempre dándole la máxima difusión. Varios medios estadounidenses hicieron serias autocríticas al respecto una vez conocida la victoria de Trump.

De hecho, parece que la telepolítica ha generado «telepresidentes» o, al menos, presidentes teleadictos. En pleno año 2018, el presidente de Estados Unidos, la persona más poderosa del planeta, dedica gran parte de su tiempo a ver televisión (y a escribir tuits). Concretamente, según *The New York Times*, entre cuatro y ocho horas al día.

José Miguel Contreras publicó *Vida política y televisión* en 1990. Hace treinta años y con un panorama audiovisual bien diferente al actual, el autor citaba a Carroll Newton, asesor de las campañas presidenciales de Eisenhower y Nixon:

En una retransmisión televisiva de un discurso político se pierde la tercera parte de la audiencia habitual. En una retransmisión de quince minutos se pierde una cuarta parte. En una de cinco minutos entre el cinco y el diez por ciento. Y en un spot de treinta o sesenta segundos no se pierde nada.

Son muchos los autores que han disertado sobre la «telepolítica», empezando por el propio Sartori que explicó perfectamente la transformación sufrida por la política con la llegada de la televisión.

El Procés de Cataluña tampoco fue ajeno a la «telepolítica».

El gobierno de Rajoy trató de tomar el control de TV3 mediante la aplicación del artículo 155 de la Constitución y una enmienda socialista lo impidió. Esta decisión hubiera sido un desastre por varios motivos:

1. En una democracia plena las televisiones públicas no deben depender del gobierno de turno, sino de los ciudadanos a través del Parlamento, que recoge la pluralidad de la sociedad y ostenta la soberanía popular.
2. La soledad de los independentistas en el exterior se habría tornado en apoyo, y el apoyo al gobierno de España hubiera hecho aguas mediante una campaña de amparo masivo del resto de televisiones públicas europeas, asentando una imagen de democracia secuestrada en nuestro país entre las opiniones públicas europeas.

3. La herramienta para ganar los debates en democracia es la seducción y no la imposición y cualquier imposición desmedida genera el efecto contrario al deseado. Desde que la iglesia católica acuñara el concepto de mártir, toda revolución necesita alguno para ser viable. En la sociedad del siglo XXI la mejor manera de generar adhesión es la victimización de personas y causas, lo que ha hecho un terrible daño a las verdaderas víctimas y a muchas causas justas.

En una entrevista realizada por Antonio García Ferreras, el director de TV3 acabó confesando (con mucho esfuerzo) que era independentista tras varias preguntas del presentador. Habrá quien piense que el director tiene derecho a pensar como quiera sin que eso le impida dirigir una cadena pública. Otros en cambio pensarán que una cadena autonómica tiene su razón en una autonomía que es Estado y que el Estado español tiene un principio básico llamado Constitución que no se puede incumplir. Éste es un debate apasionante porque dentro de la Constitución se puede defender cualquier idea pero no promover valores que van contra ella. ¿Qué pasaría si el presidente de RTVE se declarara contrario a la Constitución? ¿Está obligado un cargo de elección parlamentaria no sólo a acatar la Constitución sino a promover los valores constitucionales?

Sea cual sea la respuesta que tenga el lector, lo cierto es que hubiera sido un error garrafal haber intervenido TV3, que, como todas las televisiones públicas, debe respetar el pluralismo de la sociedad catalana. Pero defender la independencia de TV3 incluye también denunciar que durante años ha promovido el independentismo («*Espanya ens roba*») y que su cobertura del Procés estuvo claramente desequilibrada en favor de los partidarios del mismo.

El debate del Procés nos recuerda una vez más que los debates identitarios no tienen solución. No se pueden imponer identidades y es un desastre enarbolar la propia contra la de los demás. Los debates identitarios sólo provocan agravios y se retroalimentan sin solución. En el pasado acababan en guerras tan absurdas como sangrientas y en el presente sólo provocan parálisis y frustración.

Siempre es posible discutir de competencias o de financiación, pero es imposible discutir sobre identidades. No vale para nada y suele acabar mal.

Éste tampoco es un problema español, sino europeo. Muchos en Europa seguirán esgrimiendo viejos reinos y condados, reales o ficticios, para defender la partición de la soberanía de los actuales países que la componen. Otros deberíamos alzar nuestra voz para tener un verdadero gobierno europeo que haga posible nuestro modelo social y democrático de derecho en un mundo globalizado que acabará siendo gobernado por corporaciones multinacionales si la economía se globaliza mientras la política se encierra en el terruño.

Sea como sea, lo cierto es que los seres humanos necesitamos sentirnos seres racionales para diferenciarnos del resto de animales, y por eso necesitamos revestir con la razón muchas decisiones que en realidad tomamos con la emoción. Es un proceso a posteriori: decidimos con nuestros sentimientos y luego elaboramos los argumentos racionales por los que supuestamente habíamos tomado esa decisión.

El escritor y médico Oliver Wendell Holmes fue uno de los más célebres jueces del Tribunal Supremo de Estados Unidos, y en una de sus citas más célebres lo resumía perfectamente:

Conforme voy envejeciendo me doy cuenta de cuán limitada participación tiene la razón en la conducta de los hombres. Estos creen lo que desean creer. Las creencias rara vez son el resultado del razonamiento. Tendemos a creer aquello que despierta nuestros deseos, nuestros miedos y nuestras emociones.



## El Procés en el resto de España (y de Europa)

A mí me gustaría un Podemos que hablase más de España y que se dirigiese a los españoles, y no solamente a los independentistas.

CAROLINA BESCANSA.  
Madrid, octubre de 2017

Una parte de la izquierda española ha tenido siempre un prejuicio con la propia idea de España que debe superar ya en el siglo XXI. Confundir la España franquista con la actual es un error que cometen algunas élites de la izquierda y que sólo sirve para distanciar aún más a esas élites de su amplia base social.

España tuvo muchos motivos para la negatividad a lo largo de su historia, empezando por el rechazo a la Reforma que impregnó la política española durante siglos. Pero en pleno siglo XXI y tras cuarenta años de democracia, España cuenta con las condiciones para superar su más que justificada negatividad histórica.

El escritor Sergio del Molino publicó en el año 2016 un libro tan maravilloso como necesario, *La España vacía*. En él, el autor se adentra en muchos de los elementos que componen la identidad de los españoles a principios del siglo XXI. Desde su origen rural hasta su presente urbano, Del Molino repasa brevemente muchos de los acontecimientos que conforman la identidad cultural de los españoles así como hechos más recientes que tuvieron gran difusión gracias a los medios de comunicación. El autor utiliza *El Quijote* para reflexionar acerca del maltrato que recibe el protagonista de

la obra por parte de Cervantes. El personaje más universal de la cultura española es un antihéroe y su epopeya una caricatura grotesca que va desde su amada hasta sus enemigos, su ayudante o su caballo.

Es cierto que uno de los mayores rasgos de inteligencia consiste en saber reírse de uno mismo y también es cierto que suele ser bueno tener los pies en la tierra. Pero las sociedades humanas necesitan también héroes y aventuras, fantasía y emoción. En un extremo están las dictaduras, que suelen utilizar relatos tan infantiles como carentes de valor. En el otro extremo, el realismo más crudo, sin ningún atisbo de esperanza, necesario en cualquier sociedad avanzada para no repetir los errores del pasado o corregir las desigualdades del presente. Pero cualquier sociedad, por muy avanzada que sea, necesita héroes que admirar y leyendas que recordar, la española también. Por mucho prestigio que hayan acumulado el pesimismo y el descreimiento en España, existe también una España optimista, emprendedora y divertida que gana terreno a medida que se alejan la pérdida definitiva del imperio en Cuba y Filipinas, la guerra con Marruecos, la guerra civil o la dictadura de Franco.

España es el país del Quijote de Cervantes, del Buscón de Quevedo y de los sainetes de Carlos Arniches; del refranero castellano y de la Generación del 98; de Machado y de Lorca; de Unamuno, Delibes y Galdós; de Goya, Velázquez y Picasso; de Luis Buñuel, de Mario Camus o de Carlos Saura. Todos ellos hacen que tengamos los pies en la tierra y nos recuerdan la peor parte del ser humano. Todos ellos vivieron la pobreza, el hambre, la persecución o la cárcel; o bien conocieron dictaduras, despotismos ilustrados o monarquías autoritarias. Todos ellos retrataron guerras y miserias humanas que van desde la picaresca hasta el bombardeo de Guernica y forman una parte esencial de la identidad española.

Pero las generaciones de españoles nacidos en democracia van suplantando a las anteriores y sólo conocen las guerras y las dictaduras, las hambrunas y las pestes, los fusilamientos o los campos de refugiados a través de los libros, cuadros o películas de los artistas citados anteriormente o en terceros países a los que han viajado como trabajadores, cooperantes o turistas. Hoy en España crece una generación que ha viajado, habla otros

idiomas y conoce otras culturas. Una generación de españoles libre de agravios y ataduras históricas, con ganas de hacer cosas y conocer mundo, que se siente orgullosa de su país y no entiende el rechazo hacia su identidad.

Una y otra generación se parecen tanto como un paisano con maleta de madera que va a recoger la fresa a Francia y un estudiante de Erasmus en París. Tanto como un gallego que marchó a Argentina hace medio siglo, que nunca pudo volver a España y un comercial o ejecutivo de Repsol, Telefónica o ACS destinado en Argentina, México o Panamá.

Es cierto que la crisis ha provocado nuevas salidas de jóvenes a Europa en busca de un trabajo adecuado a su capacitación, como también es cierto que investigar en España sigue siendo lamentable en comparación con Francia, Alemania o el Reino Unido. Pero la sociedad española del siglo XXI no tiene nada que ver con la que sufrió los rigores del siglo XX español. De ahí que muchos se pregunten por qué no pueden estar orgullosos de su identidad y no acepten ser calificados como «fachas» por sentirse españoles.

No ocurre así en otros países, y cada vez menos gente lo entiende en el nuestro cuando han pasado cuarenta años desde el fin de la dictadura. Nadie duda de la defensa de la identidad francesa, italiana, canadiense, británica, alemana o norteamericana por parte de los partidos más progresistas de esos países. Tampoco de la defensa de su bandera ni de su integridad territorial, a pesar de que en todos ellos existen o han existido tensiones e incluso procesos secesionistas.

Es cierto que el debate territorial ha estado siempre y estará presente en España, pero no debemos menospreciar las tensiones que se han producido en todos los países citados con anterioridad.

No se trata de que la izquierda se convierta al nacionalismo, ni de que se haga patriota (como dicen los dirigentes de Podemos), pero sí de reconciliarse con la identidad, los símbolos y la historia de su propio país. El nacionalismo no es más que un anacronismo que se retroalimenta. Ha pasado mucho tiempo ya desde que aprendimos que los gobiernos de la derecha en España constituían verdaderas máquinas de fabricación de independentistas en Cataluña, pero ahora sabemos también que un gobierno independentista en Cataluña es una máquina de fabricar nacionalismo español.

Los prejuicios de una parte de la izquierda española tienen, claro está, su fundamento. Un levantamiento militar, una guerra civil, y cuarenta años de dictadura caracterizada por la represión y la falta de libertades, son motivos más que suficientes para tener un recelo histórico. El hecho cierto es que nunca han dejado de aparecer banderas republicanas en cuantas manifestaciones y mítines ha convocado la izquierda en los últimos cuarenta años.

La apropiación que hizo Franco de la historia y de los símbolos nacionales expulsaron del reconocimiento común de los mismos a la mayoría de la población española.

El imaginario colectivo de la sociedad más progresista española se construyó contra una caricatura clásica compuesta por el ejército, la Guardia Civil, los Reyes Católicos, el Real Madrid, el centralismo, la bandera o el himno nacional.

La propia banda terrorista ETA llegó a contar con ciertas simpatías cuando combatía contra una dictadura y asesinaba nada más y nada menos que al sucesor del dictador.

Pero han pasado cuarenta años y todo se ha resituado en el imaginario colectivo de los españoles.

El ejército español ha pasado del temido «ruido de sables» a participar con éxito en misiones humanitarias o en tareas de rescate ante catástrofes naturales, como hace la Unidad Militar de Emergencias.

La Guardia Civil, que obviamente ejerció como fuerza represora durante el franquismo, es hoy un cuerpo de prestigio y reconocimiento internacional en la lucha contra el terrorismo, el narcotráfico, las mafias, el tráfico de personas o por su papel en misiones internacionales. Por primera vez, intelectuales progresistas han empezado a atreverse a romper tabúes contando la verdadera historia de un cuerpo creado mucho antes de la dictadura, que de hecho fue leal a la República y que hoy presta un servicio ejemplar en un país que siente admiración y reconocimiento hacia éste.

El gran escritor Lorenzo Silva nos recuerda en su obra *Recordarán tu nombre* cómo el gobierno de Cataluña sucumbió rápidamente ante el alzamiento militar, mientras que la Guardia Civil se mantuvo leal a las

órdenes del gobierno legítimo de la República, lo que costó la vida a su máximo responsable, el general Aranguren.

La distancia permite obviamente hacer relatos más exactos y menos desproporcionados (que no injustos ni equidistantes) que la cercanía a hechos tan dolorosos. Ha ocurrido en todos los países que los han sufrido.

El terrorismo era la última, anacrónica y dolorosa realidad heredada del franquismo. La sociedad española logró el ansiado final de la banda terrorista ETA en el año 2011. Se consiguió gracias a la eficacia de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, pero también a la unidad social y política que llegó a asfixiar a quienes habían pasado de combatir contra una dictadura a asesinar vilmente a cientos de civiles sin motivo alguno en una democracia plena.

El deporte también ha tratado de despolitizarse en España. Sólo el Fútbol Club Barcelona mantiene su conocido lema «*més que un club*», lo que supuestamente le ampara para posicionarse en primera línea del debate secesionista, mientras que el resto de clubes deportivos han tratado de eliminar cualquier identificación política. Hoy existen canales de expresión democráticos que hacen que actitudes loables para garantizar expresiones prohibidas durante una dictadura sean nostálgicos y anacrónicos en una democracia.

La bandera constitucional (recordemos, no franquista) inundó edificios de apartamentos, calles y plazas tras la victoria de la selección española de fútbol en el mundial de Sudáfrica de 2010. Volvió a suceder a finales de 2017 como reacción al proceso independentista de Cataluña. Algo que en España había quedado reservado para los más reaccionarios que se habían apropiado así de un símbolo común, mientras que en países de larga tradición democrática como Estados Unidos, Reino Unido o Francia era común lucir la bandera nacional. Lo cierto es que cada vez más gente se venía cuestionando desde hace tiempo en España «¿porqué un francés o un alemán sí pueden y yo no?» Finalmente, los éxitos deportivos internacionales y el Procés independentista de Cataluña quitaron el tapón y las mayorías sociales parecían haber recuperado su bandera nacional.



Banderas de España en los balcones de bloques de viviendas.

Antes del Procés era raro ver una bandera española en los bloques de edificios que componen los barrios de clase media o trabajadora, salvo que se tratara de celebrar una victoria futbolística, pero a partir del otoño de 2017 aparecieron repletos de ellas y se mantuvieron así durante muchos meses más.

Es cierto que países como Alemania han hecho mucho mejor que España su proceso de reconciliación nacional y de recuperación de la memoria histórica. Es cierto también que faltan muchas cosas por hacer en relación con las víctimas del franquismo o con símbolos como el Valle de los Caídos, pero la transición política y la propia evolución de la sociedad española han procurado cuarenta años de convivencia y de superación verdaderamente positivos para España.

No podemos olvidar que el lema de la transición fue «libertad, amnistía y estatuto de autonomía». He ahí nuestro verdadero hecho diferencial. En cualquier país que estuviera poniendo fin a una dictadura se entenderían los dos primeros, en España también se entendía el tercero.

Pocos países (homologables a España en historia, economía, tamaño o población) cuentan con la diversidad histórica, cultural y lingüística que tiene España, donde existen cuatro idiomas oficiales para algo menos de cincuenta millones de habitantes.

Olvidamos, sin embargo, que nunca existió en el pasado la diversidad étnica o religiosa propia de otros países. Los norteamericanos siguen discutiendo sobre asuntos raciales, décadas después de la aprobación de los derechos civiles. Los franceses lo hacen sobre multiculturalidad y la República de los «nuevos franceses» tras tres generaciones desde la llegada de los primeros inmigrantes.

Los españoles lo hacemos sobre naciones y nacionalidades.

Para los norteamericanos la diversidad es racial, para los franceses es religiosa o cultural, para los españoles es la lengua y la nación.

El régimen franquista reprimió con dureza dicha diversidad cultural, lingüística y, por lo tanto, política en España. De ahí que los «estatutos de autonomía» estuvieran incluidos en el grito a favor a la democracia.

De ahí también el modelo autonómico español, único, propio e incomparable. Se sabe que hay tantos modelos federales como Estados federales existen. Lo mismo ocurre con el modelo autonómico español: está hecho a la carta. Es un traje a medida de la realidad española y no valdría para ningún otro país.

Un modelo basado en la descentralización y la autonomía política que ha tenido como resultado el crecimiento económico, la mejora de los servicios públicos, el aumento de la competitividad y, sobre todo, el reequilibrio y la convergencia territorial a través de políticas de solidaridad. El mismo modelo que ha regido en Europa para conseguir la convergencia entre el norte y el sur y que tantos éxitos ha obtenido, se lleva a cabo en España entre comunidades autónomas.

La sanidad, la educación y los servicios sociales están en manos hoy de las comunidades autónomas en España. Nuestro país decidió constituirse hace cuarenta años como un «Estado social, democrático y de derecho» y lo cierto es que cuarenta años después, y a pesar de todo, lo ha conseguido. Gran parte del éxito es atribuible a las propias comunidades autónomas que han prestado mejores servicios desde la cercanía al territorio y al ciudadano.

En los últimos cuarenta años, España ha cambiado y mucho. España es diferente, sí, pero sobre todo es muy diferente a la propia España de hace cuarenta años y mucho más parecida hoy a los países de su entorno.

El verdadero lastre de España a lo largo de cinco siglos fue su rechazo a la Reforma que, mucho más allá de la cuestión religiosa, propició toda la revolución humanista y científica que tuvo como consecuencia el desarrollo del norte de Europa. España permaneció encerrada en sí misma, enfadada, triste, envidiosa y deprimida durante siglos. Países que partían con peores condiciones corrieron mucho más que una España que se quedó inmóvil mirando al pasado. Sin embargo, en los últimos cuarenta años, nuestro país ha hecho vueltas rápidas una tras otra para alcanzar a quienes se habían distanciado tanto. Cuarenta años de democracia han conseguido que España se libere del pesimismo y la negatividad que arrastró durante siglos y que reflejó magistralmente la Generación del 98. Con la muerte del dictador y la llegada de la democracia, España se quitó el freno de mano y se lanzó (por fin) al futuro.

Por eso se puede afirmar, sin ningún temor, que éstos han sido los mejores cuarenta años de nuestra historia. España ha vivido en paz, con libertad, conquistando derechos sociales y civiles, modernizando sus infraestructuras, emprendiendo, internacionalizando su economía, abriendo puertas y recibiendo el frescor de su entorno.

En 2017, España recibió la visita de 82 millones de turistas (el segundo puesto mundial, por delante de Estados Unidos y sólo superado por Francia). Hoy es visitada cada año por el doble de personas de las que habitan el país. Muy lejos de aquella España en la que una turista sueca valía para establecer todo un cliché e incluso un subgénero cinematográfico. Definitivamente, ha



cambiado mucho. Hace cuarenta años, y tras cuarenta de censura, el cine del destape podía parecer progre, pero hoy resulta machista, retrógrado y hasta casoso.

A pesar de que sigue habiendo muchos en la izquierda española que continúan viviendo en el cliché y el estereotipo, las mayorías sociales han cambiado. Como si de una izquierda clásica de salón se tratase, obvian el sentimiento de las mayorías sociales, incluidos los trabajadores.

Si analizamos el estudio publicado por el CIS en diciembre de 2017 encontraremos algunas respuestas.

El 54 por ciento de los españoles se siente tan español como del territorio correspondiente, un 15,2 por ciento se siente sólo español y un 6,3 por ciento se siente más español que de su territorio.

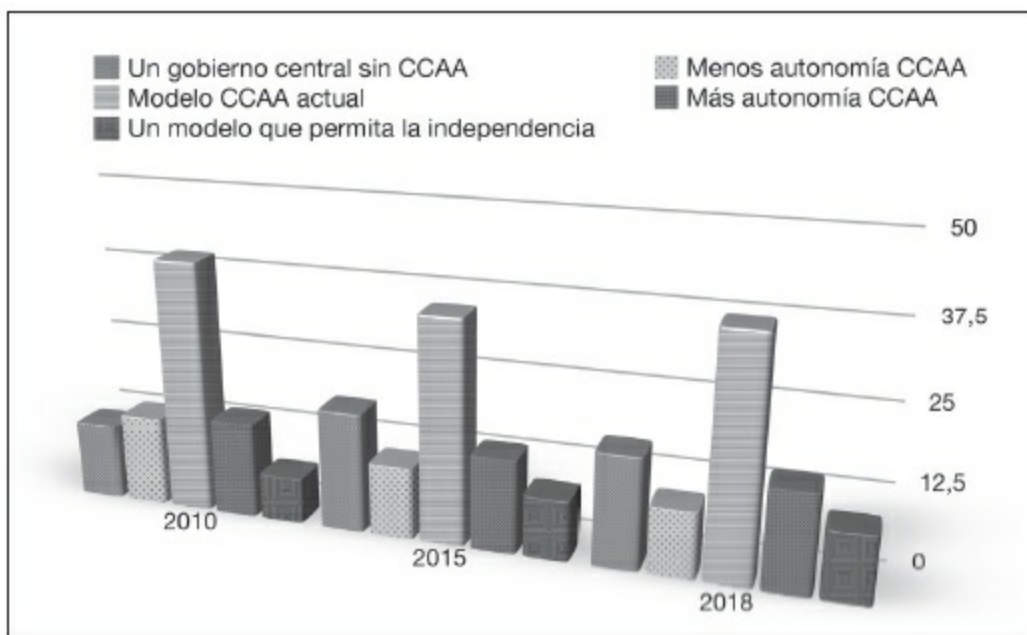
Frente a ello, sólo un 6 por ciento se siente sólo de su territorio (sin sentirse español) y un 11 por ciento más del territorio que español (sin renunciar a esta condición).

O lo que es lo mismo, un 75,5 por ciento de los españoles se siente igual o más español que de su territorio frente a un 6 por ciento que no se siente español y un 11 por ciento que sintiéndose español se siente menos que de su territorio.

La verdad es que tres de cada cuatro españoles se sienten bastante españoles según el CIS. Olvidad pues el mito del fascista, el millonario o el empresario que se sienten españoles frente al obrero que no lo hace. Olvidad también el mito de que los de izquierdas se sienten menos españoles que los de derechas, salvo que consideremos que el 75 por ciento de los españoles son de derechas.

Por otra parte, los españoles parecen estar bastante cómodos en el modelo autonómico. La mayoría lo prefiere tal y como está, concretamente un 37 por ciento. En segunda posición se encuentran quienes quieren un gobierno central sin autonomías (un 17,9 por ciento) y en tercer lugar quienes quieren el modelo actual con más descentralización (un 16 por ciento). Los que prefieren el modelo autonómico pero recentralizando competencias suman un 9,5 por ciento y en último lugar están quienes prefieren un modelo donde las autonomías puedan decidir su independencia (un 9,4 por ciento).

De hecho, la preferencia de los españoles por el modelo autonómico actual parece bastante asentado entre los ciudadanos españoles y no ha sufrido grandes variaciones en los últimos años. Ni la crisis de 2008 ni el Procés de 2017 han supuesto un vuelco significativo en dicha preferencia. Vayamos de nuevo al CIS.



Preferencias de los españoles sobre el modelo territorial según el CIS.

La preferencia por el modelo autonómico se ha mantenido en primera posición a lo largo de los últimos años. Es especialmente relevante observar que después de haber perdido terreno entre 2010 y 2015 (casi 5 puntos pasando del 40,5 por ciento de 2010 al 35,7 por ciento de 2015) vuelve a recuperarlo en 2018 al aumentar más de dos puntos hasta el 37,9 por ciento.

A la vista de la evolución, parece que las mayorías prefieren el modelo actual. Del mismo modo, parece que la crisis fue negativa para la percepción del modelo autonómico, mientras que el Procés no sólo no le ha dañado, sino que le ha hecho recuperar espacio.

Sin embargo, debemos tener en cuenta que el Procés también ha servido para fortalecer a los extremos. Los partidarios de un gobierno central sin autonomías han pasado del 12,1 por ciento en 2010 al 17,9 por ciento en

2018, mientras que los partidarios de un modelo donde los territorios puedan decidir su independencia han pasado del 7,3 por ciento al 10,6 por ciento.

Las encuestas siempre dejan datos sorprendentes y debemos tener en cuenta que según el CIS, cuatro de cada diez españoles piensan que la sanidad y la educación son competencias compartidas entre el gobierno central y las comunidades autónomas, desconociendo que son competencias de las comunidades autónomas. No sabemos lo que pensaría ese 40 por ciento de la población si conociera la realidad.

Podríamos concluir, pues, que la mayoría social se siente española y prefiere el modelo autonómico a otros.

Pero debemos reconocer también que la mala valoración de la política y de los políticos está lastrando la valoración de las comunidades autónomas (como la del resto de instituciones) al grito de «sobran políticos y asesores», lo cual puede estar ayudando a aumentar el porcentaje de quienes apuestan por la recentralización.

En todo caso, nunca olvidemos que cuarenta años después de su puesta en marcha, los españoles apoyan mayoritariamente el modelo de las autonomías y lo hacen a pesar del desgaste de la política y las instituciones provocado por la crisis, y a pesar también de las tensiones provocadas por el Procés independentista de Cataluña.

Si analizamos la valoración que los ciudadanos hacen de los servicios públicos que reciben, desmontaremos también algunos viejos y caducos mitos sobre la sociedad española.

El CIS estudió dicha valoración en verano de 2017. Según el mismo, el transporte público (con un 8,2 por ciento) y la sanidad (con un 8,1 por ciento) encabezan el ranking de los servicios públicos que se valoran «muy satisfactoriamente». El tercero es la seguridad ciudadana, que obtiene un 7 por ciento.

La escala se compone de cuatro grados: muy, bastante, poco o nada, y obviamente las mayorías se encuentran en las posiciones centrales (bastante y poco). No olvidemos que en todas las respuestas a todas las preguntas de todas las encuestas las mayorías se sitúan en las posiciones más centradas. No es difícil intuir que a las mayorías no le gustan los extremos.

Pero sigamos con el estudio: el ranking de los servicios que son valorados como «bastante satisfactorios» lo encabeza la seguridad ciudadana con un contundente 51,2 por ciento, seguido del transporte público (un 48,2 por ciento) y la sanidad (un 44,6 por ciento), lo que supone que si sumamos los que responden «muy o bastante satisfactorio» descubriremos que la seguridad ciudadana es el servicio público mejor valorado por los españoles con un 58,2 por ciento, frente a un 38,6 por ciento que lo consideran «poco o nada satisfactorio» siendo así también el servicio con menos rechazo.

Como recordatorio apuntemos que la Justicia es el servicio público peor valorado por los españoles.

Así pues, la seguridad ciudadana es el servicio público que mejor valoran los españoles, seguido por el transporte público y la sanidad pública. No parece que policías y guardias civiles tengan mucho rechazo entre la población española, pero profundicemos en la cuestión.

Este mismo estudio (realizado en período de presentación de la declaración de la renta) preguntaba a los españoles sobre el uso de sus impuestos. La pregunta era si se dedicaban «demasiados, los necesarios o muy pocos recursos» a financiar cada uno de los servicios públicos.

Adivinad qué encabeza el ranking de «los necesarios» con un 56,5 por ciento... justo, la seguridad ciudadana, seguido de nuevo del transporte público, aunque en este caso debemos recordar que son la atención a la dependencia (69,8 por ciento) y la sanidad pública (67,8 por ciento) los servicios que según los ciudadanos están peor financiados y requieren de una mayor dotación presupuestaria.

No es pues casualidad que la Guardia Civil haya sido no sólo el cuerpo de seguridad mejor valorado, sino la institución mejor valorada sólo superada (en ocasiones) por la Casa Real y, desde luego, muy por encima de los partidos políticos, que suelen salir entre los peor valorados.

¿Empezamos ya a tirar algunos clichés caducados a la basura? ¿Entendemos que no se puede pretender gobernar un país sobre cuya defensa se es sospechoso? En definitiva, ¿enterramos ya el franquismo y nos homologamos a nuestros principales referentes en Europa y en el mundo?

No es necesario convertirse al nacionalismo. Por mucho que se empeñen algunos, el nacionalismo es de derechas por definición. Basta con entender y defender una España moderna, culta, plural y diversa, pero unida y con igualdad de derechos entre todos los españoles.

El PSOE tuvo siempre un alto coste electoral cuando se mostró más ambiguo en esta cuestión. Podemos se ha estrellado de lleno contra una piedra en la que ya tropezó el PSOE, pero su error es una versión corregida y aumentada. El PSOE nunca defendió, ni defenderá, el derecho de autodeterminación de una parte del territorio español como ha hecho Podemos.

No olvidemos que los dirigentes de Podemos habían llegado a calificarse a sí mismos como «patriotas». En un ejercicio tan inverosímil como anticuado y rancio, Podemos trató de rescatar el concepto de patria. También lo hicieron con «el pueblo», lo que supone un claro retroceso frente al concepto de ciudadanía.

Pablo Iglesias confunde un país con un aula de la Facultad de Ciencias Políticas de Somosaguas, donde puede disertar ante veinte jóvenes ansiosos de conocimiento sobre la Ciencia Política (si es que eso existe). Pero es absolutamente imposible convencer a nadie de ser un patriota cuando se cuestiona la integridad territorial a la vez se defiende la autodeterminación de una parte del país.

Podemos ha intentado un ejercicio imposible de equilibrismo. Las mayorías no pueden entender (lógicamente) que se pueda defender un referéndum de autodeterminación y a la vez la unidad de España.

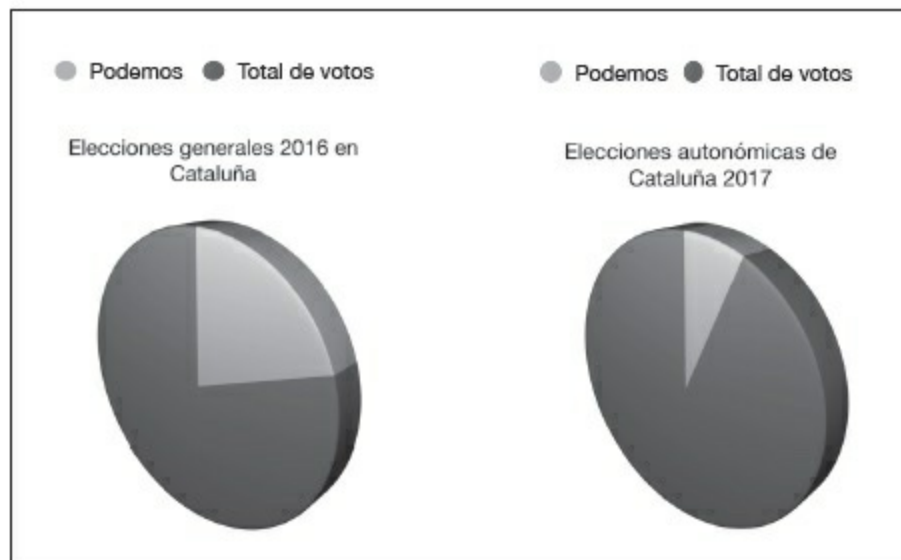
Nadie comprende que se pueda votar sí a la independencia, como hizo Ada Colau en el anterior referéndum, y a continuación afirmar que no se es independentista.

El Procés ha sido letal para Podemos. Es cierto que todos los españoles conocían desde el principio la ambigüedad de la formación morada al respecto, pero el alejamiento de la crisis y la cercanía del referéndum cambiaron la percepción social en 2018:

- a) En los orígenes de Podemos el mensaje central estaba por encima de todo lo demás: *que paguen los responsables de la crisis y la corrupción.*

b) El Procés independentista en Cataluña ha sido uno de los fenómenos políticos más comentado y sentido por la población española desde la Transición. Durante muchos meses no ha habido otro punto en la agenda pública y la discusión ha llegado hasta el último rincón del país. Incluso los sectores más despolitizados de la población se involucraron en el asunto y polarizaron sus opiniones.

El resultado fue demoledor: Podemos había sido la primera fuerza política en Cataluña en las elecciones generales que tuvieron lugar en 2016. El Partido de Pablo Iglesias obtuvo un brillante 24,51 por ciento de los votos. Un año y unos meses después, en las elecciones autonómicas al Parlamento de Cataluña, Podemos pasó de primero a cuarto y de un 24,51 por ciento a un 7,45 por ciento, menos de una tercera parte del resultado obtenido en las generales.



Voto a Podemos en Cataluña respecto al total de votos emitidos.

Las imágenes permiten visualizar claramente el peso de los votos a Podemos en relación con el total de votos.

En términos de voto es aún más revelador. Sólo el 65,61 por ciento de los catalanes votó en las elecciones generales de 2016, concretamente 3.486.069 personas ejercieron su derecho a voto, pero en las autonómicas lo

hizo el 81,9 por ciento de los catalanes, hasta sumar 4.360.843. Con tan sólo año y medio de diferencia, Podemos había pasado de tener 848.526 votos sobre un total de 3.486.069 votantes a tener 323.695 votos sobre 4.360.843. Casi un millón de catalanes más votando y medio millón de votos menos para Podemos.

Parece que las malas noticias para Podemos no han hecho más que empezar. Las encuestas pronostican la caída a nivel estatal como bien saben Carolina Bescansa e Íñigo Errejón.

Para muchos millones de españoles, el PSOE era sospechoso en materia de defensa de la unidad de España; Podemos es directamente culpable.

Todos sabemos que los padres de la Constitución española utilizaron un eufemismo (nacionalidades) para no utilizar el término nación, tratando así de evitar cualquier sensación de desigualdad que hubiera sido letal para el proceso constituyente.

Navarra es un reino; Euskadi, un país; Valencia, una comunidad que algunos llaman también país; Murcia, una región. Existen incluso dos ciudades autónomas.

Pero a día de hoy, la discusión semántica no tiene solución científica, académica ni racional. Y además no se puede explicar a la opinión pública. Ningún ciudadano corriente entenderá por qué nación es más que país, ¿es más o menos que reino?

Olvidadlo, no existe manual, diccionario ni norma que pueda solventar la cuestión:

1. Cuando un nacionalista utiliza el término «nación» se refiere siempre a «Estado-nación», lo que el común de los mortales entiende por «país». Es decir: un Estado soberano.
2. En términos de comunicación y, por lo tanto, políticos, porque conforman la opinión pública, la mayoría de los ciudadanos entienden que detrás del concepto «nación» no hay sino la concesión de unos privilegios que impiden la igualdad entre españoles. En consecuencia no lo van a aceptar, salvo que «todos seamos nación».

En todo caso, el problema es europeo. La solución (una vez más) también.

Más allá de la cuestión judicial, el revés más duro para el Procés vino de fuera de España. Toda la comunidad internacional rechazó dar cualquier apoyo al referéndum y respaldó sin fisuras la posición del gobierno español. Esto fue especialmente doloroso para los independentistas en el caso europeo.

Ningún país europeo dio el más mínimo apoyo al Procés, restándole así cualquier tipo de legitimidad y destrozando la base de su relato victimista frente a una España autoritaria y antidemocrática. Constatada la obviedad del rechazo jurídico al referéndum catalán, sus promotores intentaron obtener legitimidad política en la comunidad internacional, pero ésta les dio la espalda, lógicamente.

Sin embargo, el éxito de la posición española no es atribuible al gobierno español, que anduvo lento y torpe, especialmente en la gestión del referéndum del 1 de octubre, cuyas imágenes supusieron la única fuente de justificación de unos independentistas desesperados por aparecer como mártires. Tras la bochornosa imagen de los plenos celebrados en el Parlamento de Cataluña, los independentistas consiguieron recuperar algo de discurso con la pésima gestión del gobierno de España, que había mandado a los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado a la boca del lobo en una misión imposible. La profesionalidad de la policía y de la Guardia Civil evitó que la cosa acabara peor, lo cual no era tan difícil dada la exaltación en las calles y la magnitud social del problema.

Con su defensa del derecho a decidir, los independentistas pretendían que se les asociara al diálogo y, sobre todo, al concepto de democracia, pero se llevaron por delante cualquier atisbo de diálogo o de demócratas cuando se saltaron todas las leyes y normas conocidas, desde la Constitución Española hasta el reglamento del Parlamento de Cataluña. Su desprecio al resto de grupos parlamentarios, contrarios al Procés, tampoco ayudó a su pretendida imagen de demócratas. El 1 de octubre fue el único momento en el que consiguieron recuperar una cierta iniciativa al amparo de una estrategia victimista para trasladar fuera de España las imágenes de un Estado policial y poco democrático.



Las redes sociales fueron una vez más la mejor forma de crear estado de opinión. Julian Assange y Rusia se sumaron a la campaña de intoxicación masiva difundiendo imágenes y eslóganes que trataban de reflejar una España franquista y autoritaria.

Pero la comunidad internacional aguantó el tipo. Varias fueron las razones que lo permitieron, a pesar de la torpeza del gobierno español:

1. La lógica solidaridad de los miembros del club con uno de ellos. España es miembro de la Unión Europea y, por lo tanto, todos sus socios estaban obligados a defender a uno de sus miembros.
2. La legitimidad de una España que había abandonado el franquismo cuarenta años atrás. Toda la comunidad internacional conoce los avances realizados en España para dejar atrás el franquismo y homologarse con sus socios europeos, y nadie en su sano juicio iba a dudar de la democracia española en pleno año 2017.
3. Cada uno tiene lo suyo. El problema catalán es europeo y no sólo porque forme parte de España. El independentismo está presente en prácticamente todos los países de Europa y desde luego en los más importantes. Flandes en Bélgica, Escocia en el Reino Unido, Córcega en Francia, Padania en Italia y, en menor medida, Baviera en Alemania estaban muy pendientes de todo lo que ocurría en Cataluña porque en todas ellas existen movimientos independentistas.

El Procés de Cataluña no ha encontrado y no va a encontrar ningún apoyo en la comunidad internacional. Desde luego, no en la Unión Europea.

Hace treinta años, miembros de la banda terrorista ETA se movían libremente por Bélgica, donde encontraban amparo y refugio porque España seguía siendo sospechosa de ser poco democrática. No en vano, España sufrió un golpe de Estado en 1981. Hoy sería impensable que fuera así.

Ni siquiera políticos tan alejados del terrorismo como los impulsores del Procés van a encontrar el apoyo de Bélgica ni de ningún Estado europeo, por mucho que cuenten con la simpatía de algún partido de ideología extremista como el de los nacionalistas flamencos.

El 22 de enero de 2017, el expresidente de Cataluña, Carles Puigdemont, daba una conferencia en la Universidad de Copenhague. Ante el vacío político e institucional encontrado en toda Europa, Puigdemont y los suyos encontraron este espacio desde el que hacer su discurso victimista en el que acusar a España de ser poco democrática y en un intento desesperado de internacionalizar el conflicto. La profesora Wind de la Universidad de Copenhague ejercía de presentadora/moderadora. Sus preguntas fueron verdaderas sentencias:

- ¿La democracia es sólo votar o también respetar la ley?
- ¿Le gustaría que en Europa hubiese 200 o 300 naciones con sólo una identidad?
- ¿Cree que ésa es la solución en el siglo XXI?
- Cataluña es la región más rica de España y España es un país más descentralizado, incluso, que Alemania. ¿De dónde viene este ansia separatista?

La profesora Wind es experta en democracia y dirige el Centro de Política Europea de la Universidad de Copenhague. Sus preguntas tienen respuestas muy claras en el terreno de la razón y ninguna de ellas es favorable al Procés.

El Procés no encuentra espacio alguno en el terreno de la razón.

A Puigdemont y los suyos les queda la emoción, pero cada vez menos.

## ¿Tsunami también en la derecha?

Y lo peor es que las encuestas dicen que van a seguir ganando... El PP está unido y la izquierda no.

GRUPO DE JUBILADOS.  
Sevilla, marzo de 2015

El problema de la derecha y de las izquierdas es que de izquierdas hay 17 partidos y de derecha sólo hay uno, con lo cual toda la izquierda se reparte mientras que toda la derecha vota al mismo, así que es muy difícil...

GRUPO MIXTO, 25-35 años.  
Madrid, noviembre de 2015.

Buenas noches a todos los españoles [...]. Gracias a los millones de españoles que no están aquí y sienten esta victoria como si fuera propia. Yo quiero dar las gracias a 47 millones de españoles porque la victoria de hoy no es de Ciudadanos [...] es de una España unida [...].

ALBERT RIVERA, Plaza de España de Barcelona.  
Noche electoral del 21 de diciembre de 2017

Ninguna organización política ha demostrado hasta la fecha la capacidad de resistencia del Partido Popular que levantó José María Aznar. Desde que en 1996 obtuvo 9,7 millones de votos han tenido que pasar 20 años y seis elecciones generales para que el Partido Popular bajara a 7,9 millones, habiéndose mantenido en el entorno de los 10 millones de votos durante 20 años.

Es cierto que el PSOE llegó a aparentar ser imbatible desde 1982 hasta su derrota en 1996, y la mejor prueba de ello es la frustración de una derecha que vivió la noche electoral de 1993 como la mayor decepción de su historia reciente, cuando desde el balcón de su sede en la calle Génova se llegó incluso a cuestionar la limpieza del resultado. Parecía increíble que el PSOE hubiera resistido ante el cúmulo de escándalos vividos a principios de los años 90, pero aguantó y de hecho perdió finalmente en 1996 por tan sólo 300.000 votos.

Es cierto también que el PSOE volvió a ganar en 2004 y 2008, pero lo hizo movilizándolo hasta once millones de votos, porque ni la actuación de Aznar en la guerra de Irak, ni la catástrofe del *Prestige*, ni las huelgas generales, ni las reformas educativas, ni las mentiras del 11M supusieron que el PP bajara de los diez millones de votos.

Lo cierto es que en las dos décadas que van desde 1996 hasta 2016, el Partido Popular se mantuvo siempre en diez millones de votos, contra viento y marea. Era el PSOE el que ganaba, subiendo hasta once, y perdía, bajando hasta siete.

El PSOE tenía razones para envidiar el suelo electoral del PP; y el PP, el techo del PSOE. El mayor enemigo del PSOE era la abstención, y su mejor aliado, la movilización, mientras que la clave de las victorias populares siempre estuvo en la fidelidad de sus votantes.

¿Podríamos estar ante el fin de esta realidad que parecía inamovible?

Ya hemos visto que por el lado del PSOE es así. Los votantes desencantados pasaban a la abstención hasta que en 2015 y 2016 «mordieron la manzana» de Podemos y aunque el desencanto con la formación morada va en aumento, no es tan fácil el retorno a casa desde la abstención como desde otra formación. Más difícil aún en el caso de los nuevos votantes.

Es verdad que el PP volvió a ganar en 2015 y 2016, pero la irrupción de la nueva política, la visibilidad de la división y la derrota de un siempre más mediático PSOE o la imposibilidad de formar gobierno entre los socialistas y los nuevos partidos ocultaron el hecho de que el PP ya no mantenía sus diez millones de votos, sino que estaba por debajo de los ocho millones por primera vez en veinte años.

Entre la repetición de las elecciones generales de 2016 y las elecciones en Cataluña de diciembre de 2017 sólo se votó en Galicia (feudo histórico del PP) y el resultado pareció devolver la tranquilidad a una derecha que volvía a revalidar su mayoría absoluta con Alberto Núñez Feijoo al frente.

Sin embargo, las elecciones catalanas de diciembre de 2017 han encendido todas las alarmas en el Partido Popular ante su peor resultado en cualquier convocatoria en los últimos 20 años.

Es cierto que Podemos y Ciudadanos no han cristalizado todavía y son verdaderas montañas rusas electorales, pero las elecciones catalanas cambiaron las tornas entre los nuevos partidos. La decepción de Ciudadanos en las elecciones generales se convirtió en euforia tras las elecciones catalanas; en Podemos ha ocurrido a la inversa. De hecho, Podemos había ganado las elecciones generales en Cataluña pero quedó en quinta posición en el mismo territorio y con sólo dieciséis meses de diferencia.

La solidez del voto de la derecha no es patrimonio nacional. En toda Europa ocurría lo mismo, la izquierda ganaba gracias a su capacidad de movilización y perdía a base de abstención o de división en todos los países.

De nada sirvió que los Monty Python se lo explicaran a todo el mundo en *La vida de Bryan* con el Frente de Liberación de Judea y el Frente Judaico de Liberación. La izquierda siguió con sus disputas internas y sus divisiones a lo largo y ancho de toda Europa, y la derecha siguió gobernando con su fidelidad de voto y con el viejo principio de «divide y vencerás».

La pérdida por parte del PP de tres millones de votos en las elecciones generales de 2015 y 2016, la humillante derrota electoral en una Cataluña — más movilizada que nunca frente a un partido con el discurso del PP corregido y aumentado— y las encuestas conocidas a lo largo de 2018, hacen que al menos tengamos que plantearnos la cuestión:

¿Ha llegado el tsunami también a la derecha?

¿Se tambalea la última frontera?

La victoria de Trump en las primarias se produjo contra el propio aparato del Partido Republicano. En Francia, la victoria de un liberal, supuestamente europeísta y apartidista como Macron ha destrozado la vieja solidez del partido republicano francés. En España, Rivera juega a ser su espejo.

Pablo Iglesias y Podemos no consiguieron helenizar la política española y se quedaron lejos de ser Tsipras y Syriza.

¿Conseguirá Rivera afrancesar la política española y ser el Macron hispano?

Ciudadanos pasa por ser una formación nueva, pero en realidad se fundó en Barcelona en el año 2006 como consecuencia de la plataforma denominada Ciutadans per Catalunya, cuyo objetivo era «combatir las imposiciones del nacionalismo catalán».

El primer manifiesto de dicha plataforma se presentó en la ciudad de Barcelona el 7 de junio de 2005 y defendía la creación de un partido político en Cataluña para combatir las ideas del nacionalismo catalán.

Un año después, en julio de 2006, se celebraba el Congreso fundacional de Ciudadanos en el que Albert Rivera fue elegido presidente del nuevo partido. En 2018, Albert Rivera cumple doce años al frente de su partido, pero la limitación de mandatos debe afectar al resto de partidos menos al suyo, a tenor de lo que hemos podido ver.

Doce años de vida del partido y doce años con el mismo líder. Una de las interrogantes más interesantes sobre los nuevos partidos consiste en teorizar sobre su existencia después de sus líderes fundadores, ya que como vimos anteriormente, la política se ha hecho mucho más personalista y presidencialista y los candidatos han ganado peso frente a los programas, seguramente como producto de una sociedad absolutamente mediatizada.

Podemos y Ciudadanos comparten el cesarismo como forma de organización. Es difícil imaginar qué será de ambos cuando no estén al frente Iglesias y Rivera, pero lo que es seguro es que ninguno de los dos parece estar preocupado por «la profesionalización de la política» ni por «la limitación de mandatos» cuando les afecta a ellos mismos.

El 1 de noviembre de 2006 se celebraron elecciones autonómicas en Cataluña y Albert Rivera se presentó como candidato de Ciudadanos a la presidencia de la Generalitat. El primer cartel electoral de Albert Rivera será siempre recordado por aparecer éste completamente desnudo. Afán de notoriedad a cualquier precio, «modernidad líquida» como diría Bauman; lo que sea pero que salga en los medios.

Después de la experiencia catalana, Ciudadanos decidió expandirse al resto de España. En 2007 había elecciones municipales y Ciudadanos presentó candidaturas en los municipios catalanes más Salamanca y Alicante.

El siguiente paso eran las elecciones generales. Ciudadanos presentó candidaturas al Congreso de los Diputados en las elecciones de 2008. Albert Rivera encabezó la candidatura por Barcelona, pero la formación no obtuvo ni un solo escaño en toda España. Tampoco la de Rivera por Barcelona. La formación naranja obtuvo el 0,18 por ciento de las papeletas depositadas en las urnas de toda España, concretamente 46.313.

Su espacio lo ocupaba entonces la formación denominada UPyD, con Rosa Díez a la cabeza, obtuvo 306.079 votos (el 1,19 por ciento) lo que le valió un escaño: el de la propia Rosa Díez.

El PSOE revalidó su victoria con más de once millones de votos y un 43,87 por ciento de las papeletas. José Luis Rodríguez Zapatero fue reelegido presidente del gobierno.

Tras la segunda victoria de Zapatero, ciertos sectores de la derecha española empezaron a recelar del PP dirigido por Mariano Rajoy, que encadenaba dos derrotas en las dos ocasiones que había sido candidato tras ocho años de victorias claras de José María Aznar. Lo cierto es que a la derecha «de verdad» nunca le gustó Mariano Rajoy, al que vieron «tibio» desde el primer momento. Pero la libreta azul de Aznar le había elegido como sucesor frente a Rodrigo Rato y Jaime Mayor Oreja. Todos interpretaron que Aznar había designado como sucesor al más manejable de los tres, pero una vez más, el hijo tenía que matar al padre como suele suceder en política y Rajoy empezó a mandar en el PP sin contar con Aznar.

El periodista Pedro J. Ramírez fue la mejor expresión de ese desencanto. El diario *El Mundo*, que había sido clave en la llegada del PP de Aznar al poder, empezó a desengancharse del PP de Rajoy hasta el punto de acabar

siendo quien publicara años después los famosos «sms de Rajoy a Bárcenas» probando así la estrecha relación entre ambos y la contabilidad en B del PP, que encerraba décadas de financiación irregular, el reparto de sobresueldos (con sobres y sin ellos) y comisiones en dinero negro entre los dirigentes populares. Años después, Pedro J. acabaría abandonando el periódico que fundó y dirigió desde la portada hasta la contraportada; mientras, Rajoy seguía sentado cómodamente en La Moncloa.

Pero en 2009, Mariano Rajoy estaba en su punto más bajo tras dos derrotas electorales consecutivas y el PP celebró su congreso más tenso en décadas. Esperanza Aguirre amagó con presentar su candidatura para presidir el partido frente a la de Rajoy. Como telón de fondo, la lucha por el control de CajaMadrid precisamente. Personajes destacados acompañaban a Aguirre en su apuesta por la vuelta a los postulados más duros que había defendido José María Aznar. Entre ellos, Eduardo Zaplana, Ángel Acebes, María San Gil, Mayor Oreja, Alejo Vidal-Quadras, Cayetana Álvarez de Toledo... todos ellos solían colaborar con el diario *El Mundo*, que ejercía de ariete contra Rajoy; pero el político gallego contó con tres apoyos fundamentales: Francisco Camps (Comunidad Valenciana), Juan Vicente Herrera (Castilla y León) y Alberto Núñez Feijoo (Galicia). Tres presidentes autonómicos de tres comunidades clave para el Partido Popular que permitieron a Rajoy ser reelegido en el congreso del PP que tuvo lugar en Valencia en 2009.

La guerra por el control del PP llevó incluso a los dirigentes populares a contratar espías para investigar sobre sus rivales dentro del Partido, pero el fracaso del ala dura del «aznarismo» en 2009 provocó que, por primera vez, algo muy profundo se moviera en la derecha española, más allá del Partido Popular. Gran parte de los cenáculos conservadores comenzaron a conspirar ante su desencanto con Mariano Rajoy.

Pedro J. Ramírez fue quien defendió con más claridad y valentía en público lo que muchos sectores conservadores estaban barruntando en privado: la creación de un nuevo partido en la derecha española.

El primer intento pasaba por unir las candidaturas de Ciutadans y UPyD para las elecciones al Parlamento Europeo que tendrían lugar en 2009.



Ciutadans y UPyD compartían sus escasos referentes y su única propuesta: combatir al nacionalismo. Ambos colaboraron con la plataforma creada en Barcelona por quince intelectuales, entre los que Félix de Azúa, Albert Boadella, Francesc de Carreras y Arcadi Espada eran los más reconocibles. Casualmente, todos ellos tenían firma en el diario *El Mundo*, y Albert Boadella llegó incluso a donar a la plataforma un premio en metálico que había recibido del diario.

Con la creación del partido político Ciudadanos llegó la división de los intelectuales que habían constituido la plataforma. Francesc de Carreras, Arcadi Espada y varios más entraron a formar parte de las candidaturas de Ciudadanos, mientras que Boadella y otros siguieron fieles a UPyD.

El intento de candidatura conjunta fracasó por primera vez en el año 2009. Finalmente Ciudadanos acudiría a las elecciones en una dudosa coalición con la candidatura hiperconservadora Libertas, lo que supuso la dimisión de varios cargos públicos de la formación. La candidatura fue encabezada por Miguel Durán, expresidente de la Organización Nacional de Ciegos y posteriormente tertuliano habitual en Intereconomía, obtuvo 22.903 votos y ningún escaño.

Absolutamente identificado con la derecha más extrema y barrido estrepitosamente en las urnas, Ciudadanos parecía encaminarse hacia su final en el año 2009.

Pero en aquellos momentos estaba empezando la crisis económica, el declive del gobierno socialista y el ambiente contra el bipartidismo que cristalizó en el 15M. Este ensayo versa sobre dos momentos que han transformado España y que fueron vitales para Ciudadanos. El 15M impulsó a las nuevas formaciones y en el caso de Ciudadanos evitó su desaparición, mientras que el Procés resucitó a la formación naranja tras la frustración de las elecciones generales de 2015 y 2016.

En el año 2010 hubo de nuevo elecciones al Parlamento de Cataluña y Albert Rivera repitió como candidato a presidente de la Generalitat, pero sólo mantuvo los tres escaños obtenidos en 2006 aunque aumentó hasta el 3,4 por ciento de los votos.

Tras un nuevo intento fracasado de coalición con UPyD, Ciudadanos decidió no presentarse a las elecciones autonómicas y municipales de 2011 para «no dividir el voto». Se acercaban las elecciones generales y el 15M estaba ya en plena ebullición.

Ciudadanos no se presentó a las elecciones generales en 2011 y UPyD obtuvo 1.143.225 votos (el 4,7 por ciento), lo que le supuso lograr cinco escaños en el Congreso de los Diputados.

Las conversaciones se iniciaron de nuevo de cara a las elecciones municipales de 2015. Tras varios desencuentros, todo saltó por los aires finalmente en 2014.



Negociaciones entre UPyD y Ciudadanos para presentar listas conjuntas.  
© Emilio Naranjo / EFE.

Albert Rivera y Juan Carlos Girauta anunciaban así la ruptura con UPyD a través de Twitter:

ALBERT RIVERA: «Confiábamos en que la dirección de UPyD se sumaría a un proyecto nacional, democrático y ambicioso. No han querido. Sumaremos con los ciudadanos.»

JUAN CARLOS GIRAUTA: «Teníais razón quienes recelabais de la dirección de UPyD. Lo intentamos. Hasta aquí. Siete años es suficiente. La tercera vía ya está definida.»

Desde luego no sería porque Pedro J. no lo hubiera intentado. El periodista había escrito en mayo de 2014:

Es el momento de que la **vox** de los **ciudadanos** de **UPyD** surja como un clamor consonante que ayude a Rosa Díez a reformar la ley electoral, refundar el Estado sobre un nuevo modelo territorial, fusionar los municipios de menos de 5.000 habitantes, suprimir las diputaciones, imponer la democracia en los partidos, modernizar la educación, despolitizar la Justicia e impulsar una reforma fiscal que acabe con el dualismo entre quienes pagan «demasiado» y quienes «defraudan y eluden».

Siete años de negociaciones saltaron finalmente por los aires y Pedro J. se quedó sin un partido con el que competir por la derecha con el PP. La ruptura supuso el hundimiento final de UPyD y Ciudadanos se quedaba con todo el campo libre.

Sin ningún referente histórico ni intelectual, más allá del año 2005 y la plataforma Ciutadans, la formación naranja trata hoy de ser el partido «atrapalotodo» (*catch-all*) del futuro. Como Podemos, su fuerza reside fundamentalmente en los grandes núcleos urbanos y trata de trasladar una imagen de modernidad sobre la base de la superación de la tradicional división ideológica.

Como si de un casting televisivo se tratase, Ciudadanos trata de elegir a portavoces físicamente atractivos y repite argumentos extraídos de decenas de cualitativos sin prejuicios, sin pasar por ningún matiz ideológico y sin rubor.

Es lo que algunos han dado en llamar «cuñadismo» político, lo que trata de caricaturizar al personaje que repite argumentos escuchados a otros, así como clichés y estereotipos socialmente asentados.

Los primeros representantes de Ciudadanos en las televisiones repetían una y otra vez un mismo y único argumento: «Ya están los del PPSOE con el y tú más». Como hemos visto anteriormente, este argumento salía en todos los estudios cualitativos a partir de 2011.

Los portavoces de Ciudadanos sabían que cuando lo repetían en televisión conseguían un gesto de asentimiento entre la audiencia a la vez que destruían la credibilidad de sus contendientes en los debates con la mera repetición de la expresión.

La feroz campaña desatada contra la aprobación del acuerdo entre el gobierno de España y el de Euskadi para el cálculo del cupo vasco es otro claro ejemplo de la política como la entiende Ciudadanos. De Rivera para abajo, todos los portavoces de Ciudadanos repiten una y otra vez que están en contra del «cuponazo», un mal chiste que es una vez más carne de cualitativo y que no busca más que conectar con una expresión popular.

Ciudadanos va a actuar así, una y otra vez. La ausencia de posiciones previas sobre los temas, de referencias históricas o ideológicas, la nula experiencia de gestión previa y el viejo afán populista de decir lo que la gente quiera oír llevará a Ciudadanos a fijar sus posiciones políticas y elaborar sus argumentos en base a encuestas una y otra vez. Y a repetir dichos argumentos hasta el infinito.

Cuenta la leyenda que un viejo asesor de Clinton decía a sus colaboradores: «Dadme un sesenta». Según dicha leyenda, lo que el asesor pedía a sus colaboradores era que cuando escribieran discursos utilizaran sólo argumentos que contaran con el apoyo de, al menos, el 60 por ciento de la población, y en el caso de que no fuera así lo redactaran de manera que contara con ese mismo apoyo.

En un partido de diseño como Ciudadanos, el propio marco de su mensaje refuerza la idea de partido «atrapalotodo». Su mensaje subliminal es el siguiente:

Somos gente joven, bien formada, nuevos en la política porque en realidad somos autónomos y emprendedores. Con buena apariencia y experiencia profesional. Somos liberales, pero no sólo en lo económico. A diferencia del PP, no tenemos un pasado franquista y a diferencia de la izquierda somos buenos gestores. Y por encima de todo: somos los grandes defensores de la unidad de España.

Nacionalismo moderno, liberalismo económico pero también social. He aquí la apuesta central de Ciudadanos. Todo un problema para un Partido Popular que se ha visto adelantado por la derecha en la aplicación del artículo

155 en Cataluña.

En 2017 era perfectamente visible el embelesamiento de la sociedad conservadora con Inés Arrimadas en toda España. Empieza a serlo también con Rivera, frente a un Rajoy que ha secuestrado al Partido Popular y lo ha congelado a su propia imagen y semejanza.

Es evidente que Ciudadanos también ha conseguido viejos votantes del PSOE y sobre todo del PSC, pero todos los estudios demuestran que el votante socialista identifica ya a Ciudadanos como un partido de derechas. Pero si algo ha quedado claro ya en este nuevo mundo es que las fronteras electorales son más permeables y el voto identitario va desapareciendo, por lo que la evolución de Ciudadanos (como la del resto de partidos) es una incógnita.

Aunque sí sabemos que (por primera vez) alguien está combatiendo al PP en su propio terreno y con sus propias armas: la unidad de España por encima de todo y la ortodoxia económica de un centro-derecha español para el siglo XXI y sin pasado franquista.

Pero al Partido Popular le queda un as en la manga: el cambio de candidato. Es más que probable que Rajoy no sea el próximo cartel electoral del PP y entonces será Rivera quien lleve más de una década al frente de su partido frente a un candidato «nuevo» en el PP.

La batalla en la derecha se presenta interesante. Por primera vez, el PP ha visto amenazada su hegemonía en el espacio electoral conservador.

## **Ciudadanos S.L.**

Ciudadanos tiene tirón para crear empleo porque como tira un poquito para el empresario... Si ayudas al empresario, éste puede contratar... y hay más empleo.»

Es un partido centrista. Esta mirando por el empresario y, al mismo tiempo, por el trabajador... O sea, no es radical. No haría lo que ha hecho el PP.»

GRUPO MIXTO, 25-35 años.  
Móstoles, marzo de 2015.

«Ciudadanos... todos lo saben, ha cambiado el azul por el naranja.»

GRUPO MIXTO, 25-35 años.  
Zaragoza, noviembre de 2015.

«Ciudadanos es una macedonia, acapara de todos los lados.»

GRUPO MIXTO, 25-35 años.  
La Coruña, noviembre de 2015

Nadie ha hecho más discurso contra la vieja política, pero nadie ha contenido en su interior más cantidad de lo peor de la vieja política. Las filas de Ciudadanos están llenas (y se siguen llenando en estos momentos) de tráfugas, arribistas y expulsados o expedientados (por algún motivo) de

otros partidos. El término «chaquetero», tan de moda en la España de la UCD, vivirá un revival gracias a Ciudadanos. Cientos de concejales y otros cargos que han estado militando en otros partidos y han ido cambiando de color, bien porque quedaban fuera del partido anterior o bien porque querían «coger la ola entrante». La ola hoy favorece a Ciudadanos y cientos de «surferos» políticos se están pasando en muchos municipios de España desde el PP a Ciudadanos.

En la esencia del discurso de Ciudadanos está la crítica hacia la «profesionalización» de la política, pero Ciudadanos está repleto de personas que han ido cambiando de ideas y partidos con tal de no abandonar su cargo político.

Ciudadanos habla de la limitación de mandatos, pero su propio líder lleva trece años al frente de la formación naranja, tan sólo uno más que Mariano Rajoy al frente del PP. Albert Rivera ha sido candidato varias veces en diferentes convocatorias para diferentes cargos, cosechando siempre grandes fracasos.

Sin embargo, el partido denominado Ciudadanos (antes Ciutadans) se adapta perfectamente a los gustos de la sociedad urbana y «urbanita» de comienzos del siglo XXI. Una imagen atractiva y un mensaje sencillo y repetitivo. Una causa por encima de todo: combatir al nacionalismo catalán (y vasco, dado el caso). Consumo rápido, fácil y bajo en calorías.

Los nuevos partidos han nacido en, por y para los medios de comunicación, desde la televisión hasta las redes sociales. La diferencia entre ellos es que Podemos lanza un mensaje cargado de ideología mientras Ciudadanos oculta su ideología siguiendo las normas de la «telepolítica».

El profesor Joan Ferrés explicaba perfectamente años atrás la transformación que sufriría la política a través de la televisión:

La política ha tomado de la publicidad la obsesión por las formas. Fue precisamente a partir de los años 50, con el asentamiento de la televisión como medio de comunicación hegemónico, cuando comenzó a desarrollarse en Estados Unidos una comunicación política cercana a la moderna publicidad: agentes de publicidad y expertos en los medios comenzaron a diseñar las campañas electorales, se realizaban

spots políticos breves parecidos a los comerciales y se aplicaban métodos de investigación motivacional en los discursos y en la creación de la imagen de los líderes.

La televisión juega un papel decisivo en esta espectacularización de la política. Tras la victoria de Bill Clinton en las elecciones presidenciales estadounidenses, el vicepresidente Al Gore dio las gracias a la cadena de televisión MTV porque «fue la que ganó las elecciones». Aunque no fuera cierto, el solo hecho de que lo pudiera pensar ya es significativo.

Años después, el modelo se ha perfeccionado tanto que han aparecido partidos políticos que funcionan con las reglas de la televisión o las redes sociales, a diferencia de los viejos partidos que nacieron antes de la televisión o cuando ésta no era tan importante.

Ciudadanos es la culminación perfecta del modelo: poca ideología y mucha imagen, poco discurso y mucha encuesta. Era lógico que en tiempos de la «telepolítica» acabaran naciendo «telepartidos», y Ciudadanos es la máxima expresión.

La diferencia fundamental entre los dos «nuevos partidos» es que Podemos cuenta con algunos referentes de pensamiento clásicos en la izquierda, mientras que Ciudadanos sólo se nutre de las encuestas de cada mañana. De ahí que el populismo de Ciudadanos venga sin frenos de serie. A nadie en Podemos se le ocurriría defender una posición política que se salga de la ortodoxia de las ideas de la izquierda, pero Ciudadanos no tiene referentes históricos ni de pensamiento que predeterminen una posición ideológica frente a ningún tema. Tampoco ninguna experiencia de gestión que defender (ni que exhibir).

Podemos cuenta ya con alcaldías en varias capitales empezando por las dos más importantes de España y tendrá que defender su gestión en ambas, pareciéndose así al PP y al PSOE, mientras que Ciudadanos llegará inédito al próximo ciclo electoral sin haber ejercido ningún gobierno relevante que sirva para etiquetar o caricaturizar su gestión. Por otra parte, su política de alianzas le ha servido para apoyar al PSOE en Andalucía y al PP en Madrid.

Ciudadanos funciona en realidad como una corporación, o al menos como una Sociedad Limitada: procesos de selección de personal, apertura de franquicias en el territorio, estudios de mercado para adaptar el producto a las



exigencias de la demanda y un manual de identidad corporativa.

- Fíjese en nosotros, somos jóvenes, formados y atractivos. No somos políticos profesionales, sino profesionales que van a dedicar parcialmente sus vidas a la política.
- No somos como los viejos partidos cargados de prejuicios y clichés, somos más bien como una consultora internacional y sabemos de números. La economía no está en riesgo con nosotros; practicamos la ortodoxia que garantiza el crecimiento.
- Defendemos a los autónomos y a los emprendedores.
- Pero sobre todo defendemos a España. Una España unida donde acabemos ya con un eterno proceso descentralizador que nos está lastrando.
- Somos liberales en la economía, pero también en los temas sociales y civiles.
- No somos la derecha que representa un partido con un pasado franquista como el PP.
- Tampoco somos el centro porque en realidad somos algo más que eso. Somos un partido que quiere que las cosas funcionen sin que la ideología perjudique la buena marcha del país.

El marco discursivo de Ciudadanos.

Podemos defiende un espacio político surgido tras el 15M que no existía antes de él, pero la «plaza» que defiende Ciudadanos tuvo otros ocupantes en el pasado.

Rosa Díez creó Unión Progreso y Democracia en 2007. Gran parte de su discurso se encuentra hoy perfectamente recogido en Ciudadanos. Muchos de sus cargos públicos, militantes y votantes también. Pero Ciudadanos llegó en el momento oportuno y UPyD no por varias razones:

1. UPyD se creó en 2007, en pleno crecimiento económico cuando la visión de la política y de los políticos era mucho mejor que en la actualidad. En todo caso, cuatro años antes de que el 15M extendiera su marco discursivo a través de calles, plazas, medios de comunicación y redes. Sin embargo, Ciudadanos se mantuvo en Cataluña y dio el salto al resto de España coincidiendo con la decadencia de UPyD y la llegada del tsunami de la «nueva política». Podemos decir que la formación naranja cogió el relevo de la formación violeta en el momento más oportuno. UPyD abrió el camino y Ciudadanos hizo el tramo final.
2. El proyecto de UPyD lo encarnaba una representante de la vieja política que había creado su partido tras perder un congreso en el PSOE. Rosa Díez había sido consejera en el gobierno vasco, cabeza de lista del PSOE al Parlamento Europeo y candidata a secretaria general en el año 2000, donde perdió frente a José Luis Rodríguez Zapatero y quedando la última en la votación, por detrás de José Bono y de Matilde Fernández. La crítica a los partidos y a los políticos profesionales tenía poca credibilidad por boca de alguien con esa trayectoria. Albert Rivera era un perfecto desconocido fuera de Cataluña a pesar de haber sido candidato en varias ocasiones.
3. UPyD basaba su discurso identitario frente al problema vasco mientras que Ciudadanos lo hizo frente al catalán. Acabado el terrorismo de ETA y «archivado» el Plan Ibarretxe, Euskadi había dejado de ser un problema para la opinión pública del resto de España y el foco de atención para los medios de comunicación. Pero el descenso del conflicto vasco coincidió en el tiempo con el aumento del problema catalán y el Procés sirvió a Ciudadanos en bandeja una bandera que enarbolar: la del rechazo a dicho Procés en Cataluña y en el resto de España.

La verdad es que todo lo que propone Ciudadanos estaba ya en los planteamientos de UPyD: el rechazo del bipartidismo, la denuncia de la corrupción y del sistema electoral. La negación de la vieja política y la profesionalización de la misma. La defensa de los emprendedores y los autónomos. Y sobre todo, la defensa de la unidad de España y de un proceso recentralizador.

Pero UPyD no surgió en el momento oportuno, ni tenía los protagonistas adecuados, para que su relato calara en las mayorías, mientras que Ciudadanos y Rivera lo tenían todo, incluido el espacio mediático con el que nunca contó UPyD.

En la sociedad de la «modernidad líquida», como la describió Bauman, se confunden conceptos como política, ideología o partidos. Se utiliza el término «despolitizar» cuando se quiere decir «despartidizar» y se atribuye un significado peyorativo al término ideología. *Lo malo no es una u otra ideología porque lo malo son las ideologías*, como si alguna decisión política pudiese carecer de ellas.

Lo cierto es que los votantes conservadores son más propicios a este tipo de razonamientos:

- «Hay que tomar las decisiones correctas, lo malo es cuando se mete por medio la ideología.»
- «Yo no soy de ningún partido, sólo quiero que las cosas se hagan como Dios manda.»

Se podrían estirar los ejemplos hasta llegar a la extendida leyenda sobre el dictador Franco: «Haga usted como yo y no se meta en política». Es cierto que los votantes de izquierda están «entrenados» y saben perfectamente que cuando alguien utiliza ese tipo de argumentos, suele ser de derechas.

Ciudadanos suele recurrir reiteradamente a esta figura: hay que despolitizar la televisión, hay que despolitizar la justicia, hay que despolitizar los nombramientos... A este paso acabará por afirmar que «hay que despolitizar el Parlamento», lo cual no estaría muy lejos de los tiempos de la «tecnocracia».

Es cierto que la televisión pública, la Justicia o los nombramientos deberían atenerse a dicha «despartidización», pero nunca a la «despolitización». La televisión pública, la Justicia o los altos cargos nombrados por el gobierno o el Parlamento deberían defender los derechos humanos, la Constitución Española o la lucha contra la violencia de género y no sería conveniente que defendieran ideas contrarias a ninguno de estos tres ejemplos. Más bien al contrario, hacen y deben hacer política promocionando la lucha contra la violencia de género o la extensión de los valores democráticos. Cosa bien distinta es que hagan política «partidista», pero los términos se confunden interesadamente una y otra vez.

El Fondo Monetario Internacional o la troika suelen emplear este tipo de razonamientos antipolíticos:

- «Tienen que devaluar sus salarios, es así de sencillo.»
- «Tienen que recortar su gasto público, no hay alternativa.»

Son decisiones y afirmaciones que parecen surgir de la estricta aplicación de fórmulas matemáticas y métodos empíricos que sólo fracasan cuando la ideología, los partidos o la política se meten por medio.

La virtud del liberalismo es que sus ideas «no son ideología», sus partidos «no son partidistas» y sus políticas son «decisiones racionales» frente al resto de partidos, ideologías y políticas que están todas «sesgadas por prejuicios erróneos que impiden tomar las decisiones adecuadas».

Su lógica es muy sencilla: «*Si la política, las ideologías y los partidos están mal vistos, haremos política, partidos e ideologías que no lo parezcan*». Los discursos de Trump o de Le Pen no están muy lejos de estas prácticas claramente hipócritas y absolutamente populistas.

El discurso público está hoy repleto de las trampas del populismo:

- «Yo no tengo nada contra los gays, pero que no se llame matrimonio.»
- «Yo no soy racista, pero aquí no puede entrar todo el que quiera.»
- «Yo no tengo ideología, mis ideas son el sentido común.»
- «Yo no soy de derechas, el problema es la izquierda.»

Pero lo cierto es que en la España de 2018 Ciudadanos amenaza seriamente la sagrada solidez de la hegemonía que ejercía el PP desde el centro hasta la derecha más extrema. Siempre se ha entendido que la extrema derecha no arraigaba en nuestro país debido a que el PP era un partido de amplísimo espectro en el que convivían votantes más moderados con nostálgicos del franquismo. El PP de Aznar logró convertir a la pequeña Alianza Popular en un partido de masas, pero el PP de Rajoy nunca le gustó del todo a la derecha más reaccionaria. Es la diferencia de pasar de la «derecha sin complejos» de Aznar a un «partido de derechas, o no», como diría Mariano Rajoy.

Lo peor para España es que tras el Procés de Cataluña, la derecha va a competir en el extremo lo que tendrá (está teniendo ya) consecuencias para el país. La recentralización de competencias, el combate contra las políticas de inmersión lingüística o el concierto y el cupo vasco van a centrar la batalla entre Ciudadanos y el PP en una alocada e irresponsable carrera por defender más a España que su competidor, mientras se alimentan de nuevo los peores sentimientos de manera absolutamente irresponsable.

Pero el sentimiento de agravio crece en las filas del Partido Popular desde la sensación de haber tenido que pagar los costes de la aplicación del artículo 155 de la Constitución mientras Ciudadanos recogía los beneficios.

El modelo territorial, la política lingüística o la financiación autonómica serán las víctimas de la batalla entre unos y otros sin que el Partido Popular se dé cuenta de que tiene esa batalla perdida ante Ciudadanos.

Igual que Podemos tiene «frenos ideológicos» que le impiden competir en populismo con Ciudadanos, el PP ha gobernado y gobierna en gran parte de las comunidades autónomas donde ha practicado y defendido el descentralizado del modelo político español.

Nadie se va a levantar en una reunión de Ciudadanos para defender el uso de la lengua gallega; Alberto Núñez Feijoo lo haría en una reunión del PP.

Ningún dirigente de Ciudadanos se siente obligado a defender el concierto ni el cupo vasco, pero Alfonso Alonso lo haría en el Partido Popular.

Los dirigentes de Ciudadanos pueden cuestionar que una comunidad autónoma gestione la sanidad o la educación, pero Juan Vicente Herrera no lo haría en una reunión del PP que abordara el asunto.

Ciudadanos no tiene «los frenos» del PP y eso provocará muchas tensiones en las filas de los populares que cuentan en sus filas con defensores y detractores de la descentralización política española.

El resultado de las elecciones autonómicas catalanas fue muy duro para un Partido Popular relegado a la quinta plaza frente a un Ciudadanos que capitalizó el rechazo al Procés soberanista enarbolando en Cataluña, y en el resto de España, la aplicación del artículo 155.

Las encuestas han hecho el resto y la derecha española vive hoy una situación desconocida.

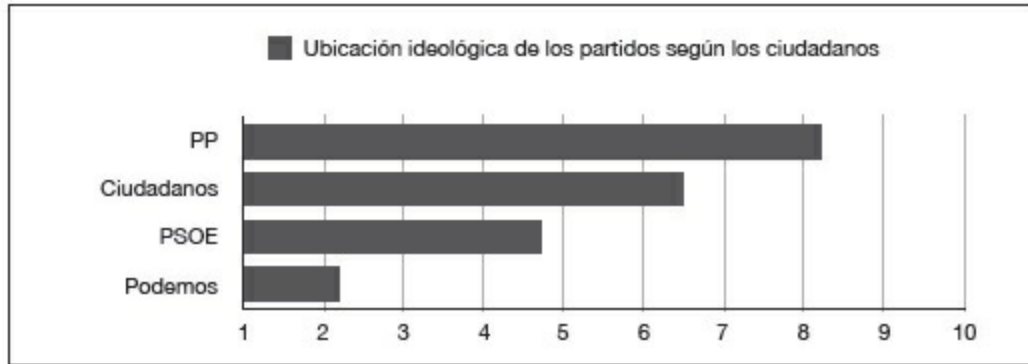
## La paradoja socialdemócrata

«Es que el PSOE está siempre con guerras internas, de toda la vida... Si terminaran las peleas hay gente muy válida [...] porque todo el mundo se acuerda de la revolución que se hizo en el país (en 1982). Y hay mucha gente buena... pero lo que tienen que acabar de una vez son las guerras. con tirarse los trastos a la cabeza... Lo bueno que tiene el PP es que es una piña.»

GRUPO DE JUBILADOS, mixto.  
Toledo, marzo de 2015

Todo Occidente se rige por el modelo de bienestar propio de la socialdemocracia y los países en vías de desarrollo aspiran a él. Ningún partido en ningún lugar del mundo se atreve a cuestionar abiertamente el modelo, y muchos partidos aspiran a ocupar el espacio político de la socialdemocracia. La mayoría de los ciudadanos en todos los países desarrollados comparten las ideas de la socialdemocracia y se rasgan las vestiduras ante recortes y privatizaciones. La mejor prueba de ello es que cuando la gente se tiene que definir en una escala ideológica y luego tiene que definir a los partidos políticos, queda claro que las mayorías se definen ideológicamente coincidentes con los partidos socialdemócratas.

En España, el CIS lleva varias décadas haciendo estas preguntas y las respuestas son contundentes: la mayoría se sitúa a sí misma en el mismo lugar que sitúan al PSOE.



Ubicación ideológica de los partidos según las respuestas de los ciudadanos en el CIS.

Los españoles ubican al PP muy a la derecha (8,21), prácticamente en la extrema derecha. El partido Ciudadanos es visto también muy a la derecha por las mayorías (6,5), aunque más cerca del centro que el PP. El PSOE es visto como un partido de centro-izquierda (4,74). Como se puede observar, el PSOE está abrumadoramente más cercano al centro que Ciudadanos. Podemos, con un 2,18, es situado por los ciudadanos en el extremo izquierda. Lo cierto es que PP y Podemos son vistos en los extremos, el PP a 1,8 del 10 —que representa el máximo de extrema derecha— y Podemos a 1,18 del 1 —que representa el máximo de extrema izquierda—. El PSOE está en el centro izquierda y Ciudadanos en la derecha y mucho más alejado del centro de lo que seguramente les gustaría.

Cuando la pregunta afecta a la propia subjetividad de los ciudadanos se vuelve aún más interesante. La mayoría se define en el centro absoluto, el 5 recibe un 19,6 por ciento de adhesiones. Pero la diferencia es mucho más abrumadora si cogemos el centro izquierda (4 y 5) porque entonces suma un contundente 34,3 por ciento.

Hagamos este ejercicio con todos los partidos:

- a) El Partido Popular recibe un 8,21. Existe un 5,4 por ciento de ciudadanos que se definen en el 8 y un 1,4 que se sitúa en el 9. El espacio del PP (8 y 9) suma un 6,8 por ciento.
- b) Ciudadanos recibe un 6,5. Si sumamos el número de encuestados que se sitúan a sí mismos en el 6 y 7, encontraremos un 17 por ciento.

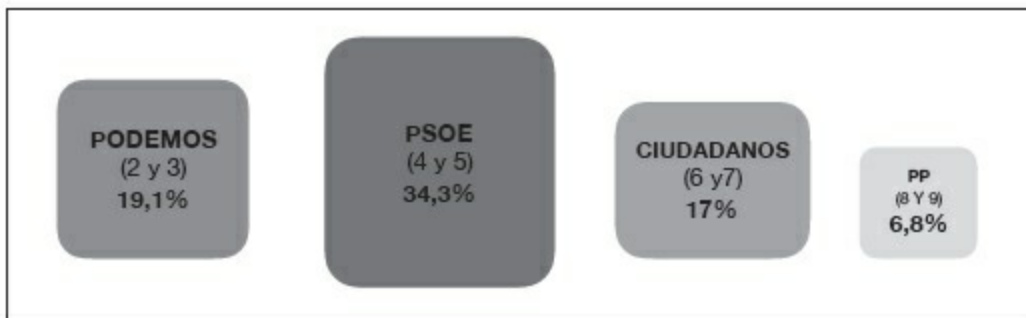


c) El PSOE recibe un 4,74. Las posiciones 4 y 5 reciben un contundente 34,3 por ciento de respuestas, situándose en cabeza. d) A Podemos le asignan un 2,18. Las posiciones 2 y 3 reciben el 19,1 por ciento de las respuestas

¿Dónde ven los ciudadanos a los partidos y dónde se ven a sí mismos?



Ubicación ideológica de los ciudadanos expresada por ellos mismos en el CIS.



El resultado de cruzar la ubicación que hacen los ciudadanos de los partidos y la que hacen de ellos mismos según el CIS.

Salvo que a los ciudadanos hayan decidido ya que la ideología no sirve para nada, lo cierto es que el PSOE tiene una fortaleza en su posición y el resto tiene un problema. Es evidente que las mayorías definen al PSOE en el mismo lugar en que se definen a sí mismas y definen al resto de partidos en posiciones muy alejadas de su propia definición personal. De ahí que se puedan extraer varias conclusiones:

1. El PSOE no tiene un problema de ubicación ideológica. Más bien al contrario, ocupa el escenario central y mayoritario entre la opinión pública española.
2. Son absolutamente ridículos y pueden ser muy perjudiciales para el PSOE los debates sobre los «giros» ideológicos: «giro a la izquierda», «giro al centro»... El PSOE tiene la mejor posición ideológica de todos los partidos en España, situándose en el centro-izquierda, que es donde se sitúa la mayoría a sí misma.
3. Es entendible que los nuevos partidos quieran ocupar el espacio del PSOE porque es el mayor espacio.
4. Es evidente que los votantes del resto de partidos ven al PP en la extrema derecha porque si no sería incomprensible la diferencia entre su espacio político y la cantidad de votos recibidos.

Ya hemos visto que el PSOE no tiene un problema de espacio político ni de identificación con la ideología de la mayoría, pero existen otros viejos mitos que debemos abordar.

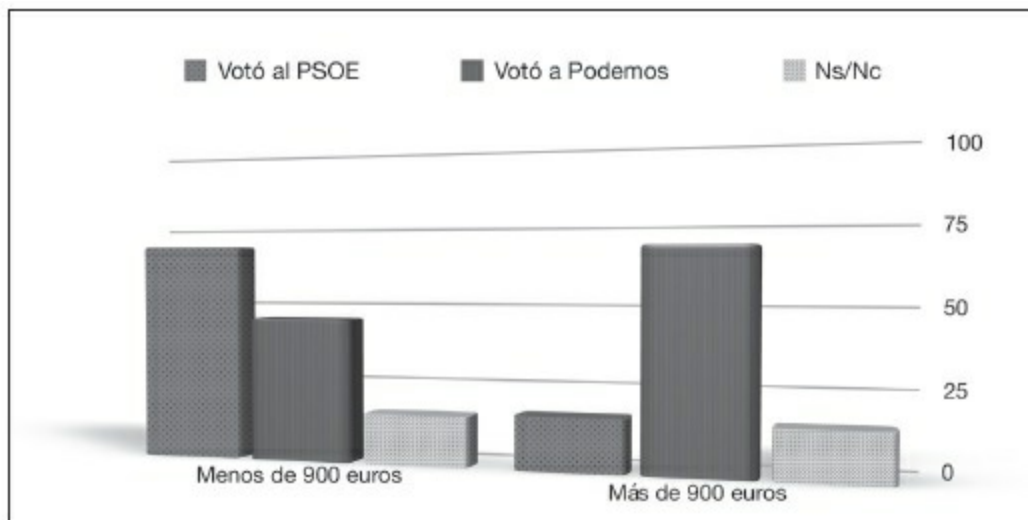
También hemos visto que, según el pensamiento surgido del 15M, el PSOE y el PP son los partidos de las élites. Hemos comprobado que, según los ciudadanos, Podemos está a la izquierda del PSOE. Y durante años nos han contado que cuanto menos renta disponga o más desfavorecido se sienta un ciudadano votará más a la izquierda. Pero parece que de nuevo algo falla o algo ha cambiado porque los votantes con más dificultades económicas votan al PSOE mientras que los votantes de Podemos tienen una situación mucho mejor.

El CIS suele cruzar la variable de la renta con la del recuerdo de voto. Según el barómetro de enero de 2018 a los votantes de Podemos parece irles bastante mejor en la vida que a los del PSOE.

El CIS establece diferentes tramos de renta mensual. Utilizaremos el límite de los 900 euros mensuales para ver la diferencia abismal que existe entre ambos partidos. Según el CIS, el 68,9 por ciento de los votantes socialistas ganan 900 euros o menos al mes frente a un 45,7 por ciento de los

votantes de Podemos. En sentido inverso, el 16,8 por ciento de los votantes del PSOE ganan más de 900 euros al mes frente al 38,7 por ciento de los votantes de Podemos.

Es tan asombroso como revelador analizar las cifras. No se trata de diferencias mínimas, sino del doble en cada tramo. Algo no cuadra con el discurso oficial de Podemos. Parece que los votantes del PSOE lo han pasado bastante peor que los de Podemos durante los largos y malditos años de la crisis económica.



Recuerdo de voto y niveles de renta.  
Comparación PSOE-Podemos. Barómetro CIS, enero 2018.

¿Qué está pasando? Pueden existir diferentes explicaciones a esta realidad:

1. El voto de Podemos es más urbano que el del PSOE, y es posible que tenga más renta.
2. Podemos ha contado con un porcentaje elevado de votos entre funcionarios frente al PSOE, y eso influye claramente en el factor analizado.
3. El voto a Podemos es mucho más masculino y de ahí que disponga de más renta en una sociedad donde existe un problema de desigualdad salarial.

4. Las personas con más dificultades prefieren la gestión de un gobierno socialista a las diatribas de un partido de denuncia y sin capacidad de gobierno. Se trataría del pragmatismo propio de quienes más necesitan de políticas reales contra la desigualdad en lugar de disertaciones teóricas sin capacidad de transformar a través de la acción de gobierno.
5. Existen nuevos factores en la decisión de voto al mismo nivel de la renta o la clase social.

Seguramente se estén dando al mismo tiempo todos los elementos anteriores, pero parece evidente que muchos clichés y estereotipos tradicionales se están derrumbando en el siglo XXI.

La socialdemocracia tiene una paradoja central que resolver. ¿Cómo se pueden compartir las ideas de la mayoría sin recibir los votos de las mayorías?

## Socialdemocracia y futuro

Aun así tampoco porque te estás cargando la clase media que es la que tiene que consumir... Estamos en un sistema capitalista y si no se consume, no va a haber una evolución... Entonces, si te cargas a la gente que tiene que consumir, que sería el 90 por ciento de la población (y el 10 por ciento ricos), la estás convirtiendo en pobre; en una que no tiene dinero nada más que para poder comer. Así no va a haber una evolución... Entonces yo pienso que así tampoco esto va a dar un salto.

GRUPO MIXTO. 28-35 AÑOS.  
Valencia, febrero de 2014

El siglo XXI ha llegado cargado de paradojas y contradicciones.

La vuelta al nacionalismo convive con una opinión pública cada vez más globalizada, informada, viajada e interesada por los asuntos de otros países. La democratización de la creación de los estados de opinión pública y el acceso a la información conviven con la intoxicación masiva a través de la red y las *fake news*.

Los deseos de cambio se estrellan contra el temor a perder lo conquistado.

Sigue sin existir, ni existirá, una alternativa mejor que la democracia.

Tampoco existe en Occidente una alternativa al Estado social ni al modelo de bienestar. Pero vivimos en países con un sistema de inspiración socialdemócrata gobernados por partidos conservadores que deterioran

servicios públicos mientras abogan por su privatización de manera subliminal porque las mayorías siguen defendiendo la sanidad, la educación o las pensiones de carácter público.

Como hemos comprobado anteriormente, las mayorías sitúan al Partido Socialista en el mismo espacio en que se colocan a sí mismas, lo que dota al PSOE del mayor y el mejor espacio político.

¿Cómo es posible que la hegemonía discursiva de la socialdemocracia no se convierta en hegemonía electoral?

Además de los errores colectivos de la socialdemocracia apuntados en capítulos anteriores, existen otros.

La izquierda sufre las propias contradicciones del siglo XXI. La apuesta política por las energías renovables se estrella contra la defensa de la izquierda política y sindical de los puestos de trabajo en la mina o ante el cierre de una central nuclear. El repliegue nacionalista impide dar respuesta a problemas como la evasión fiscal. El aumento de la esperanza de vida junto a la precarización salarial ponen en cuestión el sistema de pensiones. La lucha contra el cambio climático choca contra la industria más importante de países como Alemania, Francia, España y Reino Unido: el automóvil. La piratería de contenidos colisiona contra los derechos de propiedad intelectual...

También han llegado nuevos debates como el cambio climático y están llegando otros como la bioética o la genética, la inteligencia artificial o la neutralidad en la red que requerirán que la izquierda fije una posición clara, sólida y diferenciada de la derecha.

Mientras que en otros debates más tradicionales se diluyen las diferencias a medida que nos alejamos de las dictaduras del siglo XX. Es absolutamente vital que la izquierda marque claramente sus diferencias en los nuevos debates.

Por otra parte, es absolutamente cierto que el «talón de Aquiles» electoral de la izquierda se mantiene invariable en toda Europa: la división interna en corrientes y familias y la división externa a través de la pluralidad de partidos que favorecen la continuidad de los gobiernos conservadores.

La historia de la izquierda es la de la división en partidos y corrientes, las cuales a menudo han servido en bandeja sus victorias a los partidos conservadores de turno.

Por otra parte, cada derrota de un partido socialista en Europa ha ido seguida de un fuerte debate interno que ha acabado generalmente en dos conclusiones: hay que ser más de izquierdas y hay que cambiar nuestra organización para tener más democracia interna.

La opinión pública está mayoritariamente convencida de que todos los partidos funcionan igual. Las mayorías piensan que los partidos son estructuras muy jerarquizadas, poco permeables y nada democráticas. No parece que los ciudadanos hayan premiado precisamente al PSOE ser el único partido que lleva 20 años celebrando primarias reales en España. Más bien al contrario, las primarias se han entendido siempre como «un lío» entre la ciudadanía.

Como vimos anteriormente, los seres humanos somos seres contradictorios, de ahí que una misma persona pueda afirmar «no hay democracia interna en el PSOE» para a continuación decir «el PSOE es un lío» cuando hay una votación entre dos candidatos.

Lo cierto es que no es un tema menor. Ya hemos comprobado que la división ha sido uno de los principales hándicap de la izquierda en la competición electoral, de la misma forma que la unidad ha sido el principal baluarte de la derecha. De ahí que sea absolutamente prioritario para la izquierda encontrar formas de organización en las que la democracia interna sea compatible con la unidad y no se confunda con el asamblearismo.

El Partido Socialista Obrero Español tiene un funcionamiento plenamente democrático, pero una vez elegidas las direcciones por dichos procedimientos democráticos éstas deben tener la capacidad de tomar decisiones. De hecho, la principal obligación de una dirección debe ser dirigir y de nada sirve diluir responsabilidades o esconderse tras las masas. Una dirección política debe ser elegida democráticamente y, a continuación, debe dirigir la organización y rendir cuentas por dichas decisiones.

Las primarias son la mejor fórmula para decidir entre varios candidatos, y el PSOE lleva veinte años celebrándolas. No hay duda de que la mejor manera de resolver un conflicto es votando dentro de la legalidad, pero las primarias no se pueden convertir en una fuente de generación de conflictos con eternas segundas vueltas o candidatos que se presentan «porque no tienen

nada que perder y que, como poco, mostrarán que tienen X apoyo». En todo caso, tampoco nos engañemos: las primarias dejan siempre profundas heridas en un partido.

Originales de los países con elección presidencial, las primarias pueden ser un gran instrumento de movilización electoral y constituyen la forma más democrática de elegir candidatos, pero someter un partido a unas primarias eternas y permanentes es la mejor manera de hacer que éste no funcione. Todo el tiempo y las energías dedicadas a las cuestiones internas se resta del verdadero objetivo de cualquier partido que consiste en hacerse cargo de las demandas y las necesidades ciudadanas.

En el caso español, el PSOE cuenta además con la desventaja de ser el único partido que hace primarias reales (con un censo y unos procedimientos claros) mientras que en otros países se hacen por ley lo que iguala a todos e impide que un partido saque ventaja sobre la supuesta división del otro. Sería impensable ver a un republicano acusando a un demócrata de división por tener cinco candidatos en primarias, los republicanos también los tienen. Primarias sí, para todos y por ley.

Los partidos son soberanos, y en el caso del PSOE son sus militantes quienes deciden los candidatos y el propio programa electoral, pero parece claro que existen algunas cosas que situarían al Partido Socialista en un excelente punto de partida para volver a contar con el apoyo de las mayorías.

Ya hemos visto que los candidatos cobran cada vez más importancia y eso atañe a los propios militantes que han de elegir a los mejores.

Hemos comprobado que el PSOE no tiene un problema de ubicación ideológica y no requiere pues de «giros» hacia ningún sitio, más bien al contrario. El PSOE debe preservar su centralidad y reafirmar su posición en el centro-izquierda que es el mismo espacio con el que se identifica la mayoría social.

Vistas estas cuestiones (candidato, programa y espacio político), la socialdemocracia requiere de algunas apuestas, como hemos comprobado a lo largo de esta obra:

1. Erradicar la división interna que siempre ha lastrado electoralmente a la izquierda.



2. Apostar por la igualdad real entre todos los españoles, vivan donde vivan. Identificarse plenamente con un proyecto para España y eliminar de toda sombra de duda sobre la defensa de su identidad, sus símbolos y su integridad territorial.
3. Superar viejos clichés y prejuicios frente a nuevos debates o debates antiguos en una nueva sociedad.
4. Ser realistas en el diagnóstico y en las propuestas.
5. Mantener siempre seriedad y coherencia en las posiciones políticas. Alejarse en todo caso de la frivolidad o de los cambios bruscos de posición en cuestiones de fondo.
6. Identificarse con la igualdad (de género, territorial y social) por encima de cualquier otra prioridad
7. Vincular decididamente el futuro del modelo con el futuro de Europa apostando por una Europa federal. La izquierda debe aspirar a fundar una verdadera nación de naciones y se llama Europa. España es una de las naciones que debe formar parte de ella y ni España ni Europa se pueden trocear en más naciones que hagan inviable su futuro.

No podemos asumir que los partidos que representan el modelo y las ideas más queridas por las mayorías estén en minoría en la mayor parte de Europa sin que nadie haya verbalizado siquiera una alternativa a la socialdemocracia. Existen las condiciones para el rearme de la izquierda democrática hasta el punto de que no existe ninguna alternativa real y viable al modelo social europeo, al menos compartida por las mayorías.

Pero nada está escrito.

Lo ocurrido en Francia y Grecia ha sido letal para la socialdemocracia europea, pero el Labour Party parece haber renacido en un Reino Unido, que ha vuelto en gran medida al bipartidismo tras el *brexit*. Como si de un desahogo se tratara, los británicos se han olvidado de la UKIP que tanta fortuna hizo promoviendo el *brexit* y han vuelto a votar mayoritariamente a *tories* y laboristas. En Portugal un Partido Socialista que parecía desahuciado tras la coalición con la derecha, los recortes y la gestión de la crisis, gobierna de nuevo y goza de una excelente salud electoral a tenor de las encuestas.

Históricamente se ha asociado a la derecha con el concepto global de seguridad. Pero no es cierto: quien garantizaba seguridad a las mayorías era la izquierda democrática. Una seguridad vital, porque no debemos confundir la seguridad de quien quiere preservar sus privilegios heredados con la de unas mayorías que requieren de un fuerte estado social para tener trabajos dignos y servicios públicos de calidad.

La seguridad de saber que nadie se queda abandonado a su suerte.

La seguridad de saber que sigue funcionando el ascensor social.

La seguridad de saber que tus hijos vivirán mejor que tú.

## **Los Estados Unidos de América y las naciones divididas de Europa**

—Yo no sabía que había elecciones europeas.

—Yo tampoco.

—Yo me enteré el otro día.

—Lo importante de eso, no sé cómo funcionará, es que está metida España... y que puede tener algo de poder para poder intentar la parte que puede mejorar; que haya alguien dentro que pueda defendernos en la medida de lo posible.

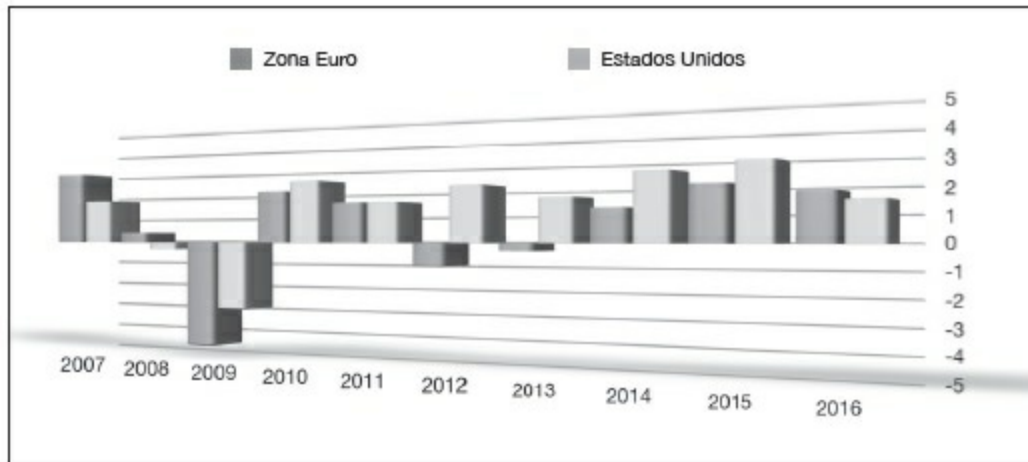
—No tenía ni idea pero tampoco sé para qué sirve el Parlamento Europeo, es algo que se me queda muy lejano...

—A mí ese tema se me escapa.

GRUPO DE TRABAJADORES, 45-55 años.  
Valencia, febrero de 2014

La zona euro tardó varios años más que Estados Unidos en salir de la crisis, a pesar de que el origen de la misma estaba en territorio norteamericano. La última vez que el PIB tuvo un crecimiento negativo en Estados Unidos fue en 2009 (un -2,8 por ciento), pero ya en 2010 el crecimiento fue del +2,5 por ciento, y se ha mantenido en positivo hasta 2018. Europa sin embargo registró un crecimiento negativo hasta el año 2013 (-0,3 por ciento) y consolidó su crecimiento positivo a partir de 2014.

El crecimiento negativo sólo duró dos años en Estados Unidos (2008 y 2009), un país que lleva creciendo diez años consecutivos, mientras que la zona euro seguía registrando crecimientos negativos todavía cuatro años más tarde (2012 y 2013).

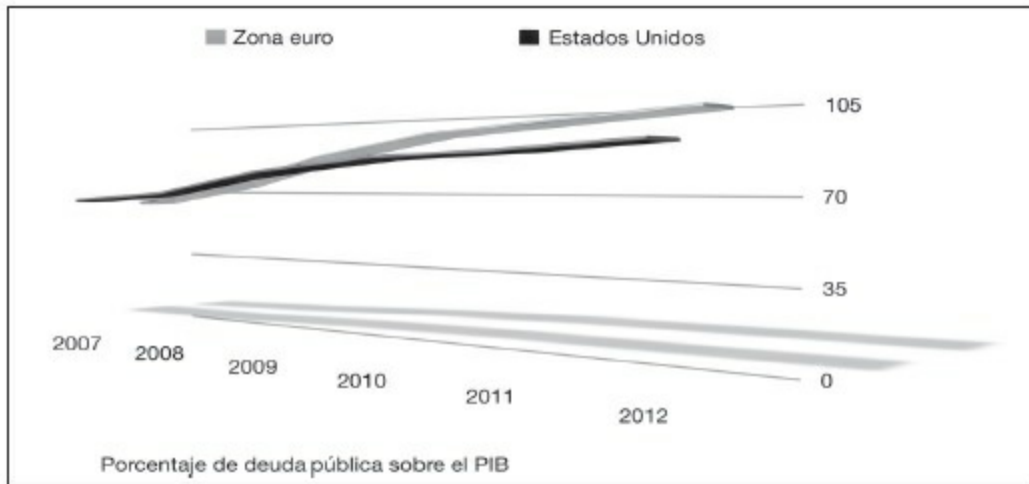


Comparación de la evolución del PIB entre la zona euro y Estados Unidos.

Ya hemos visto anteriormente que el tratamiento aplicado a la crisis fue tan diferente como lo eran las administraciones de Obama y Merkel. El primero apostó por volver a la inversión mientras la segunda centró sus esfuerzos en el recorte del gasto, lo que evidentemente dificultaba la recuperación.

Lo cierto es que Estados Unidos sólo registró dos años de caída del PIB (2008 y 2009) pero recuperó las cifras positivas en 2010 y lo ha mantenido hasta la actualidad.

Podría argumentarse que Europa tenía un problema mayor que Estados Unidos con su deuda pública, pero no es cierto. En los últimos 10 años (desde el año 2008) Estados Unidos ha estado siempre más endeudada que la zona euro.

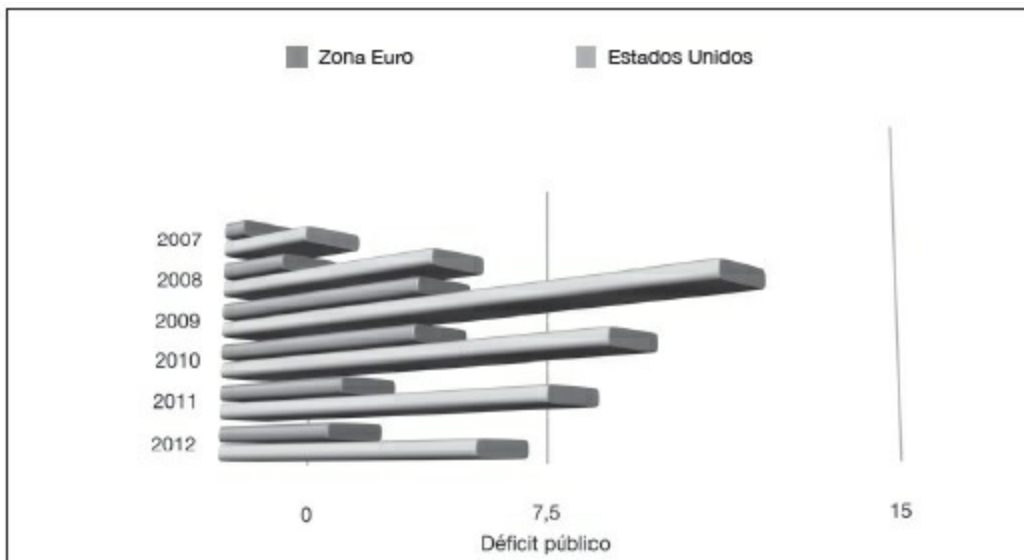


Evolución de la deuda pública en la zona euro y en Estados Unidos.

Y todo ello a pesar de que el «equipo europeo» contaba entre sus filas con «jugadores» como Grecia o Italia, que ya superaban el cien por cien de endeudamiento antes del estallido de la crisis.

Podría argumentarse entonces que el problema era el déficit público, pero una vez más los datos desmentirán el pretexto. La economía norteamericana ha registrado el doble de déficit que la de la zona euro todos los años durante la última década. Dato que sorprende aún más cuando se comparan los niveles de protección social en ambos territorios.

O bien los norteamericanos son unos irresponsables derrochadores que siguieron gastando alegremente a pesar de la crisis o bien Europa se equivocó con la dosis y el tratamiento sólo alargó el sufrimiento del paciente.



Comparación del déficit público de la zona euro con Estados Unidos.

Podemos afirmar sin ningún temor que la orientación de la política económica fue siempre ideológica. Europa estaba menos endeudada que Estados Unidos y los norteamericanos han tenido el doble de déficit que los europeos todos los años a lo largo de la última década.

Estados Unidos salió mucho antes de la crisis que Europa a pesar de tener más déficit y más deuda pública, así que la razón fue política y queda claro que el «austericidio» llevado a cabo por Europa con Merkel a la cabeza fue un error garrafal que prolongó la crisis y el sufrimiento derivado de ella.

La opinión de los ciudadanos españoles (y seguramente de todo el sur de Europa) estaba perfectamente recogida en los estudios realizados antes de las elecciones europeas del año 2014:

Lo que les conviene a los países del Norte, a los países más ricos, no es lo que les conviene a los del sur. Por ejemplo, en el euríbor, a ellos les interesa un poquito más alto y a nosotros un poquito más bajo... Siempre está esa lucha... que a unos les interesa una cosa y a los otros otra y como los que mandan son los que mandan, pues ahí está el tema [...] Estás un poco a su merced de lo que a ellos les conviene más.»

GRUPO MIXTO, 28-35 años.  
Valencia, febrero de 2014

Pero lo cierto es que, más allá de decisiones políticas coyunturales de una u otra administración, existe una razón estructural fundamental que juega en favor de los norteamericanos y se llama unidad.

El Banco Central Europeo dista mucho de ser la Reserva Federal norteamericana, y el euro sufrió una crisis de confianza inimaginable en el caso del dólar. Ésta es la verdadera gran ventaja de los Estados Unidos de América frente a las naciones divididas de Europa.

La Unión Europea es el mayor éxito de integración política que ha conocido el mundo. Es cierto también que debemos dejar de ver el vaso medio vacío para poner en valor que está medio lleno en el proceso de integración europea. Pero lo cierto es que Europa debe dar de una vez por todas el salto definitivo hacia una verdadera integración no sólo económica y monetaria sino también política.

El *brexít* debe constituir un punto de inflexión para tomar una decisión definitiva: los que quieran formar parte del club deben unir fuerzas y ceder soberanía hacia una verdadera Europa federal. No lo llamen Estados Unidos de Europa si no quieren, pero la verdadera «nación de naciones» debe ser Europa. Lejos de subdividir las naciones que actualmente componen la Unión Europea en nuevos micro-Estados, hay que unir las existentes bajo una gran nación común llamada Europa.

Europa es el territorio donde nació el concepto de nación y donde las naciones tienen más siglos de antigüedad, y quizás por eso el nacionalismo ha sido la mayor lacra de Europa llevándola a dos guerras mundiales y a varias guerras civiles.

Europa fue capaz de lo peor y de lo mejor en las dos mitades del siglo XX, y debería ser capaz de dar un salto definitivo hacia un modelo de verdadera integración política en el siglo XXI.

El propio modelo de bienestar y la socialdemocracia dependen de la creación de una Europa federal que pueda decidir políticas fiscales, laborales, sociales o medioambientales comunes. La seguridad, la defensa y la justicia no deben quedar al margen de dicha integración.

Sólo así tendremos respuestas al cambio climático, al dumping social, al terrorismo yihadista, a los movimientos migratorios o a las crisis de refugiados, y sin dicha integración política no habrá más que frustración por

parte de los ciudadanos hacia «la política y los políticos», que serán incapaces de dar satisfacción a sus ciudadanos.

Sin la constitución de una Europa federal, el nacionalismo, el populismo e incluso el fascismo tienen el terreno abonado cabalgando a lomos de la frustración social y la indignación ciudadana.

Es cierto que los norteamericanos aprobaron su Constitución en 1787 mientras que los europeos rechazaron la suya en pleno 2014. Claro que existen razones históricas, lingüísticas o culturales que justifican esta diferencia. Más de dos siglos separan ambas decisiones y no podemos olvidar que la Constitución norteamericana tiene su origen precisamente en una Declaración de Independencia. Pero en pleno siglo XXI, Europa no puede seguir actuando en clave nacional o local porque la partida es global.

Claro que la «nación europea» (más bien las Naciones Unidas de Europa) tendría una diversidad histórica, lingüística, política, cultural o territorial que nunca tuvo Estados Unidos. A cambio, los norteamericanos tuvieron durante siglos mucha más diversidad racial o religiosa que los europeos. Pero dicha diversidad no es una amenaza en pleno siglo XXI, más bien al contrario, se trata de una fortaleza en un mundo absolutamente globalizado e interconectado donde razas, religiones, comportamientos de consumidores, estilos musicales, herencias gastronómicas, competiciones deportivas, tradiciones e ideas políticas practican un mestizaje generalizado caminando hacia un sincretismo global.

En un mundo absolutamente globalizado, cada actor puede conservar aún sus señas de identidad, y los europeos han querido que sean los derechos humanos, la paz, la libertad y el modelo de bienestar. En el siglo XXI, todos ellos dependen de la integración europea y están en riesgo con una Europa dividida donde campen a sus anchas el nacionalismo, el populismo o el fascismo.

Durante siglos, el ser humano vivió en su aldea y su mundo se limitaba a unos cuantos kilómetros alrededor de ella. Los imperios clásicos como Persia, Egipto, Grecia, Roma, los mayas, los aztecas o los incas ampliaron el mundo del ser humano a lo largo y ancho de cada continente. En la época de los conquistadores y los imperios español, portugués o británico se conectaron entre sí los seres humanos que vivían en diferentes continentes



abriendo así la primera puerta hacia la globalización. La revolución industrial permitió que millones de personas visitaran más países que cualquier conquistador de la Antigüedad en menos tiempo y sin necesidad de combatir contra los habitantes del país visitado. A pesar de ello, en la primera mitad del siglo XX, la mayoría de norteamericanos que pisaron Europa lo hicieron como soldados para combatir en alguna guerra, y en la segunda mitad del siglo XX decenas de miles de habitantes de la España interior no habían visto nunca el mar, siendo el nuestro uno de los países con más litoral del mundo.

El siglo XXI es diferente a cualquier etapa anterior. Los viejos esquemas ya no sirven. Empezando por el Estado-nación. Salvo que el tamaño de dicho Estado-nación le convierta en un actor global como lo son Rusia, China, India, Brasil o los propios Estados Unidos. Pero éste no es el caso de ninguna nación europea. Ni siquiera Alemania, Francia o Reino Unido pueden jugar en esa liga por más que los británicos añoren su pasado imperial. Por mucho que consideren que su votado *brexit* les hará más fuertes, Reino Unido no tiene herramientas para jugar en el tablero global fuera de la Unión Europea.

No se trata de una cuestión meramente económica o comercial, Europa necesita federarse para poder existir en el mundo del siglo XXI, salvo que quiera quedar relegada en un rincón apartado del mundo que viene y en el que ya nos hemos adentrado.

La crisis de 2008 y, sobre todo, las políticas llevadas a cabo por Europa para tratar dicha crisis, han sido muy perjudiciales para su integración. Opiniones públicas tradicionalmente europeístas como la española, la griega o la portuguesa han experimentado serios retrocesos. Otras como las centroeuropeas han surtido el desgaste del populismo a lomos de prejuicios injustos y egoístas hacia sus vecinos del sur. La Europa del Este vive obsesionada con su vecino ruso y sólo aspira a sumar más efectivos de la OTAN en sus fronteras para disuadir al gigante del Este de nuevas invasiones. El «portaviones» británico ha decidido zarpar de puerto en plena tormenta y hacia ningún destino alentado de nuevo por la irracionalidad egoísta del populismo.

Es evidente que Europa nunca será una nación como Estados Unidos, varios siglos de historia hacen que no sea posible, pero tampoco tiene por qué. En pleno siglo XXI, con la redefinición del Estado nación, Europa tiene

la oportunidad de crear un modelo propio. Así fue en caso de todos los Estados federales o del modelo autonómico español. Debemos encontrar un modelo federal para Europa teniendo en cuenta su diversidad histórica, cultural, lingüística y hasta geográfica si es necesario.

En todo caso se trata de unificar políticamente Europa para abordar las políticas más importantes desde el nivel supranacional. Claro que ese modelo debe ser descentralizado, también debe respetar la pluralidad del continente, pero sólo garantizando ciertos mínimos a nivel europeo serán viables en el futuro.

Los europeos, que tienen ya una moneda única y han eliminado sus fronteras interiores, pueden perfectamente compartir la política fiscal y las políticas sociales. De hecho, el modelo actual es absurdo en pleno siglo XXI.

- No tiene sentido compartir moneda con unos salarios y precios que se triplican dependiendo del territorio. ¿No sería más razonable un salario mínimo y unos convenios colectivos europeos?
- Es ridículo que una empresa se enriquezca en España o en Francia pero tribute en Irlanda.
- Es un contrasentido que los jubilados alemanes o belgas gasten su pensión de jubilación (alemana o belga) en España. ¿No sería más operativo tener un sistema de pensiones europeo?

Puede que algunos países disten todavía mucho de poder homologarse. No sería la primera vez que Europa funciona a dos velocidades, y no pasa nada. Bulgaria o Rumania no están dentro del euro, pero se benefician ya de estar dentro de la UE.

La zona euro comparte ya la política monetaria y sin embargo permitió que se sembraran dudas sobre la salida de Grecia, lo que constituyó no sólo un grave error, también una gran injusticia que sólo sirvió para encarecer el precio que los griegos pagaban por su deuda pública.

Si compartimos moneda hagámoslo con todas las consecuencias. No tiene sentido tener países sin moneda propia y, por lo tanto, sin política monetaria y un gobierno económico europeo que diseña la política monetaria pero no la fiscal. Los países tienen unas herramientas y la UE tiene otras,

pero nadie tiene todas las herramientas. Pongamos todas en manos de todos. Que una política se diseñe en Bruselas no debe significar que la diseñen los alemanes, al revés. Mayor integración significará también mayor participación de todos en la toma de decisiones. Todos sabemos que la arquitectura institucional europea tiene una distorsión llamada Consejo Europeo. Es como si el Parlamento o la Comisión pudieran decir lo que quisieran porque al final decide el Consejo, es decir, los gobiernos de los países.

El camino recorrido ha sido muy positivo y hoy el Parlamento Europeo o la Comisión deciden sobre muchos aspectos de nuestra vida cotidiana. Pero ha llegado el momento de dar un salto (que no un paso) hacia adelante o acabaremos retrocediendo. El *brexít* es la mejor prueba. Europa ya no puede seguir en un «sí pero no», o se une políticamente o acabará diluyéndose como está sucediendo con la salida del Reino Unido y la entrada de países del Este, que distan mucho aún de compararse al resto de países europeos a nivel económico, social o democrático.

Europa ahora discute sobre la entrada de los países balcánicos mientras negocia las condiciones de la salida del Reino Unido. Es el momento de parar y tomar una decisión importante. El fracaso de la Constitución Europea fue mitigado por el Tratado de Lisboa, pero no deja de ser un fracaso.

Ha llegado el momento de tomar una decisión profunda sobre el club. ¿Unimos de verdad a sus miembros para una dirección común o seguimos aceptando socios mientras diluimos la esencia del propio club?

Si unimos de verdad el club, el Parlamento Europeo será el que legisle los aspectos más importantes de la vida cotidiana de los europeos y el que controle al gobierno de Europa. Ese gobierno sólo puede ser la Comisión, que debe ser elegida como cualquier otro gobierno. Claro que en un modelo federal los Estados tendrán muchas competencias y claro que habrán de ser tenidos en cuenta para aprobar algunas políticas europeas. Pero para eso no puede haber un Consejo Europeo, sino una cámara parecida al Senado alemán, donde se sientan todos los territorios y deciden sobre algunas políticas que afectan a todos.

¿Difícil? ¡Claro! ¿Más difícil que compartir el euro y haciendo desaparecer el marco alemán o la peseta española? ¿Más difícil que eliminar las fronteras interiores permitiendo la libre circulación de personas y mercancías?

¿Quién sabe? Al fin y al cabo, puede que las preguntas no sean éstas si no otras:

- ¿Qué Europa queremos?
- ¿Una Europa unida sólo para el dinero, las empresas y el comercio?
- ¿Una Europa que garantice la igualdad entre todos los europeos?
- ¿Una Europa que garantice su modelo social dentro de sus fronteras y acabe por exportarlo fuera de ellas?

Toca responder a estas preguntas y hacerlo con honestidad. Es mejor saber a qué jugamos que andar disimulando. Se pierde mucho tiempo y muchos recursos.

En España hubo un antes y un después del 15M y del Proceso independentista de Cataluña. En Europa tiene que haber un antes y un después del *brexit*. No vale seguir disimulando, o sí o no.

¿Unificamos políticamente a Europa de una vez por todas o seguimos jugando al sálvese quien pueda?

## **Y ahora, ¿qué?**

Hay acontecimientos que cambian el curso de la historia y la mayoría de ellos no son predecibles. Muchos de ellos no tendrían lugar si lo fueran, otros serían abordados de otra manera una vez conocidas sus consecuencias.

¿Cómo hubiera evolucionado Europa si su política frente a la crisis hubiera sido la misma que la norteamericana? ¿Qué hubiera pasado si Mario Draghi hubiera comparecido tres años antes trasladando confianza en el euro? ¿Qué consecuencias habría tenido para España la aplicación de un rescate? ¿Qué habría pasado si Zapatero hubiera convocado elecciones sin aprobar los recortes que le exigió Europa? ¿Cuál hubiera sido la evolución del 15M si el gobierno socialista hubiera desalojado el primer día las concentraciones en la Puerta del Sol, dado que era una concentración sin los permisos oportunos? ¿Qué hubiera pasado si el PSOE hubiera votado contra la investidura de Manuela Carmena posibilitando que Esperanza Aguirre fuese hoy alcaldesa de Madrid? ¿Cuál sería la situación política de España hoy si Iglesias se hubiera abstenido en la investidura de Sánchez? ¿Qué hubiera pasado si hubiese habido «sorpaso» de Podemos al PSOE? ¿Cuál sería la situación de España si hubiéramos ido a unas terceras elecciones? ¿Dónde estaría hoy Podemos si Errejón hubiera ganado el Congreso en el que se enfrentó a Iglesias? ¿Dónde estaría Rajoy y cómo estaría el PP si el caso Gürtel le hubiera hecho perder el gobierno o hubiese habido ya condenas judiciales a los principales responsables de décadas de financiación irregular? ¿En qué lugar estaría el independentismo si la sentencia del TC sobre el Estatuto hubiera sido diferente? ¿Cuál sería la situación de Cataluña si CiU hubiera seguido con el Procés el ejemplo del PNV tras el rechazo del Plan Ibarretxe? ¿Cuál sería la situación del independentismo si el gobierno de España hubiera

llegado a algún acuerdo con el de Cataluña? ¿Dónde estaría Ciudadanos si el Proceso no hubiera llegado tan lejos despertando sentimientos inéditos en el resto de España?

Tratar de responder a estas preguntas es un ejercicio tan divertido como estéril, pero conviene recordar que hay momentos que cambian el curso de la historia y que muchos de ellos se suceden delante de nosotros a tal velocidad que somos incapaces de entender la trascendencia de los mismos.

Por eso es fundamental recordar y entender. En la sociedad actual ocurren demasiadas cosas, demasiado rápido y se hace necesario poder recapacitar para intentar acertar de cara al futuro, aunque sólo sea para no repetir los errores y que sean nuevos.

Hoy los países occidentales se recuperan de la crisis y arrojan cifras de crecimiento positivo, pero las rebajas salariales, la precarización del empleo y los recortes sociales han provocado que exista un enorme problema de pobreza, paro y desigualdad. El Producto Interior Bruto de Europa y Estados Unidos vuelve a crecer, pero no crecen los salarios ni se alargan los contratos, ni siquiera hay más horas trabajadas. Hoy el consumo se recupera, pero sigue habiendo un problema de sobreendeudamiento público y privado. Por otra parte, ha quedado demostrado a lo largo de la historia que llegarán nuevas burbujas y nuevos estallidos y que habrá nuevos fraudes y abusos.

Es muy importante en la vida atender lo urgente, pero no es menos urgente hacerse cargo de lo importante. El día a día nos devora y tratamos de dar solución a los nuevos problemas que surgen a diario sin evaluar cómo se resolvieron (si se resolvieron) los que tuvimos ayer. Todos sabemos que la mejor manera de volver a tropezar en la misma piedra es olvidar dónde estaba. Parece mucho más sabio recordar dónde estaba la piedra de ayer, además de hacernos cargo de la piedra de hoy. De lo contrario, mañana volveremos a tropezar en la misma de ayer.

Lo urgente es el paro, la pobreza, la desigualdad, los derechos sociales y las libertades civiles, la lucha contra el terrorismo internacional, contra el cambio climático y contra la corrupción. La igualdad real entre mujeres y hombres, la atención a los refugiados y la integración de los inmigrantes, la

lucha contra el tráfico de seres humanos o el narcotráfico. La protección del medio ambiente, la creación de empleo de calidad, la atención a las personas dependientes.

Lo importante es que la política pueda hacer frente a esos retos y para eso el camino es la plena integración política de la Unión Europea.

Lo importante es Europa, porque el modelo actual no es viable mientras la política siga siendo local frente a una economía global. Mercado y Estado alcanzaron un equilibrio en el siglo xx que está saltando por los aires en el siglo xxi. Salvo que queramos un futuro de consumidores gobernado por grandes corporaciones multinacionales, debemos globalizar la toma de decisiones políticas que puedan garantizar nuestra forma de vida como ciudadanos plenos. Es evidente que aún estamos muy lejos de conseguir un gobierno mundial y por lo tanto es imprescindible empezar por aquello que está a nuestro alcance: la federación de las naciones de Europa bajo una nación común cuyo gobierno y presupuesto pueda hacer frente a los retos que afrontamos como europeos.

Hemos conseguido tener una moneda única y una política monetaria común, debemos dar el paso definitivo hacia el resto de políticas. La política fiscal, las políticas sociales, la de migraciones, la laboral e industrial o la lucha contra el terrorismo y el narcotráfico deben estar en manos de una Unión Europea que cuente con agencias y planes federales que garanticen la igualdad entre todos los europeos, vivan donde vivan. Porque trocear Europa es el mejor camino para volver al pasado mientras que unirla es la única garantía de que nuestras sociedades avancen y no retrocedan.

En pleno siglo xxi algunas cosas parecen incomprensibles. ¿Por qué se puede tener una moneda común y no una legislación laboral común? ¿Cómo ha sido posible compartir el impuesto más importante (IVA) y no una política fiscal común que evite la competencia entre Estados miembros o los paraísos fiscales? ¿Hemos podido eliminar nuestras fronteras interiores permitiendo la absoluta libertad de personas y mercancías pero no podemos tener una gestión común de nuestras fronteras exteriores?

Tenemos que girar 180 grados y ceder soberanía hacia arriba. Si seguimos troceando la soberanía hacia abajo será todavía más difícil afrontar retos que hoy ya son complicados. La legislación sobre nuestras principales

necesidades debe de ser europea aunque se gestione de forma descentralizada. Necesitamos una legislación europea que garantice la igualdad entre europeos independientemente de dónde residan.

Salarios, convenios, sanidad, educación, pensiones... deben ser iguales para todos los europeos y eso exige legislación y modelos de financiación europeos aunque su gestión pueda estar descentralizada para estar cerca del ciudadano y se adapte a las peculiaridades del territorio.

¿Parece difícil que un trabajador búlgaro cobre igual que uno alemán? Podríamos preguntárselo a un trabajador de la Alemania del Este un año antes de la unificación alemana...

Reconozcamos que algunas decisiones dificultan la tarea. Cuando había que elegir entre integración o ampliación escogimos ampliación y deberíamos haber escogido primero integración. No se trata de impedir que accedan nuevos socios con los beneficios que ello conlleva a países que salen de largas dictaduras como todos aquellos que formaron parte de la Unión de Repúblicas Soviéticas, pero el club debe fortalecer sus normas y los lazos entre sus miembros o las propias capacidades del club antes de traer a nuevos socios. El *brexít* es la prueba. La verdad es que cambiar al Reino Unido por ciertos países del Este no ha sido el mejor negocio para la UE. No lo es sólo en términos económicos, también en términos políticos, ya que algunos de esos países cuentan todavía con democracias de «baja intensidad».

Hoy contamos con fuertes opiniones públicas en clave nacional y es lógico dado que la mayor parte de las decisiones políticas se toman en clave nacional. Sólo cuando las decisiones se tomen a nivel europeo nacerá una verdadera opinión pública europea.

Las elecciones al Parlamento Europeo son buena prueba del problema. Baja participación, poca importancia entre los ciudadanos y voto en clave nacional. El mismo partido puede tener 20 puntos de diferencia en su voto entre países vecinos como Portugal, España y Francia porque nadie vota en clave europea y todos lo hacen en clave nacional.

El mercado es hoy un gigante al que tratan de gobernar pequeños Estados que no tienen ninguna capacidad para evitar que el gigante contamine, evada impuestos o imponga condiciones laborales inhumanas a sus trabajadores o sencillamente traslade la fábrica adonde pueda hacerlo.



Salvo que globalicemos la política, vamos a un futuro de consumidores satisfechos y ciudadanos indignados. Adoradores de un mercado que provee rápido y barato frente a un Estado que es incapaz de satisfacer sus demandas. Pero ¿quiénes consumirán esos productos si su verdadero precio es la precarización del empleo?

Los primeros síntomas los hemos visto a partir de 2008 en toda Europa. La política tradicional ha pagado los platos rotos por el mercado. Lo cierto es que la culpa es de la política por no haber sabido adaptarse como el mercado al siglo XXI.

El *brex*it del Reino Unido y la victoria de Syriza en Grecia, de Trump en Estados Unidos o de Macron en Francia han sido la expresión de la ruptura con el viejo mundo provocada por la indignación ante la crisis y sobre todo por la gestión de la misma.

En España fue el fin del bipartidismo y el bloqueo político provocados por el 15M y el Procés independentista de Cataluña. Pero España necesita superar dicho bloqueo para poder volver a avanzar en un contexto de recuperación económica internacional.

Para superar dicho bloqueo debemos tener claras algunas cosas.

Lo cierto es que Podemos nunca fue una alternativa real de gobierno al PP ni al PSOE. Apareció en el momento oportuno y cubrió una necesidad real, cumplió su función. Una función que era doble: por un lado canalizó toda la ira causada por la crisis y por otro sirvió para denunciar ciertos excesos y malas prácticas políticas. Ese es el verdadero éxito de Podemos, haber canalizado un sentimiento, el del 15M, y haber removido conciencias.

La mejor prueba de que Podemos nunca fue visto como una opción de gobierno por los españoles la tenemos en la repetición de las elecciones generales que tuvo lugar en el año 2016. La impresión generalizada de que el «sorpaso» al PSOE era posible frenó el voto a Podemos cuya suma con IU se quedó un millón por debajo de la votación celebrada pocos meses antes y frenó también la fuga de voto del PSOE. Tuvo incluso un efecto beneficioso para el PP que agrupó el voto del miedo a Podemos penalizando así a Ciudadanos.

Podemos tuvo todo a favor en las elecciones generales de 2015 y 2016: toda la simpatía mediática, la hegemonía del relato, una movilización extraordinaria empezando por los nuevos votantes... nunca tendrá una ocasión como la que tuvo y mucho menos cuanto más se aleje la crisis. Por otra parte, haber votado contra la investidura de un presidente socialista haciendo imposible cualquier gobierno alternativo al de Mariano Rajoy tendrá (está teniendo ya) un coste elevado para Podemos. Añadámosle a todo eso la posición de Podemos en el Procés y tendremos la receta para que la formación morada se convierta en la Izquierda Unida del siglo XXI.

Lo cierto es que Podemos pudo elegir. Errejón proponía «un PSOE del siglo XXI», Pablo Iglesias «una IU del siglo XXI». Tal y como sucede en la mayoría de las votaciones internas, ganaron los guardianes de las esencias. Hoy Podemos y Pablo Iglesias han ligado su futuro el uno al otro. Errejón había puesto en marcha una estrategia inteligente: «*El PSOE estuvo bien, pero ya es viejo y hace falta un nuevo Partido...*». Un discurso amable con los votantes socialistas, una propuesta más cercana a la socialdemocracia que él denominó «transversalidad». Pero Iglesias mantuvo a Podemos en los extremos con un discurso agrio y faltón contra el PSOE.

La mejor IU llegó a obtener más de dos millones y medio de votos en el año 1996. Podemos consiguió nuevos votantes y añadió otros dos millones de votos de personas que antes habían votado al PSOE y que se habían desencantado tras las medidas adoptadas por el gobierno de Zapatero. Su razón de voto era castigar al PSOE, pero votaban a un Partido que serviría para gobernar con el PSOE y garantizar que éste no se moviera a la derecha como entendían que le ocurría siempre que llegaba al gobierno. Esos dos millones de votantes no olvidarán nunca la rueda de prensa de Pablo Iglesias tras la audiencia con el Rey, ni el voto contrario a la investidura de un presidente socialista cuando una mera abstención habría impedido que gobernara Rajoy.

Es el mismo coste que habría tenido el PSOE de haber tenido la ocurrencia de no haberse abstenido para que gobernara Carmena en Madrid. ¿A cambio de nada? Cambio de que no gobernara Esperanza Aguirre. Pablo Iglesias tiene esa factura pendiente de cobro y lo hará en las próximas elecciones generales que tengan lugar en España

Las exigencias al PSOE para formar gobierno en una rueda de prensa inolvidable, el voto contrario a la investidura de un presidente socialista, las purgas internas contra el ala moderada liderada por Errejón y la posición de Podemos en el Procés de Cataluña, el agotamiento de la moda, el alejamiento progresivo de la crisis y el cesarismo de Podemos que liga su suerte a la de una persona, convertirán a Podemos en la nueva Izquierda Unida, muy lejos de disputar al PSOE la hegemonía en la izquierda y mucho más lejos aún de gobernar algún día España.

Perdida la oportunidad del «sorpaso», Podemos vivirá el mismo problema que tuvo siempre Izquierda Unida: ¿ser muleta del PSOE en gobiernos en los cuales los socialistas acaban rentabilizando la buena gestión o permitir que gobierne la derecha en contradicción flagrante con los principios expresados? Esta cuestión va a ser central en el nuevo ciclo político y Podemos tendrá que tomar decisiones que harán posible gobiernos progresistas o que frenarán el cambio condenando a la izquierda a la oposición en muchos lugares y por mucho tiempo.

Por otra parte, Ciudadanos se ha convertido en el partido de moda. Recibiendo transferencia de voto del PP, pero también del PSOE y de Podemos en menor medida. La formación de Rivera estaba desaparecida tras obtener mucho peor resultado en las elecciones generales del que tenían en las encuestas, pero el Procés y las elecciones autonómicas de Cataluña acudieron en su rescate. La parálisis en la que Mariano Rajoy ha encerrado al PP, así como su corrupción también ayudan a la formación naranja.

El mensaje central de Podemos era el castigo a los culpables de la crisis. El de Ciudadanos es un mensaje subliminal y trata sobre una España recentralizada.

Hay acontecimientos que cambian la historia de un país porque cambian profundamente los estados de opinión de las mayorías y generan nuevos marcos de pensamiento. El 15M y el Procés son dos de ellos, y hay un antes y un después de ambos.

El 15M se llevó por delante al bipartidismo y el Procés fracturó a la sociedad catalana mientras alimentaba el sentimiento nacional en el resto de España.

Pero también hay un antes y un después del Procés catalán en la derecha española, como hubo un antes y un después del 15M en la izquierda. Podemos intentó adelantar por la izquierda al PSOE tras el 15M, Ciudadanos hace lo propio con el PP por la derecha, sin olvidarse de intentar restar al PSOE por el centro. Para ello utilizará hasta la saciedad la bandera de España y un discurso tecnócrata, alejado de las ideologías.

Las encuestas vienen anunciando un escenario donde cuatro partidos pueden estar entre el 15 por ciento y el 25 por ciento de voto. En todo caso, nadie vaticina hoy que ningún partido pueda volver a alcanzar un 30 por ciento de apoyos. Parece que el bipartidismo va a seguir un tiempo en la nevera y el nuevo escenario aboga no ya a un apoyo de investidura, sino a coaliciones de gobierno. Si en España hubiera habido elecciones generales en 2018 hoy habría un bipartito en el gobierno del que formaría parte Ciudadanos junto a PP o PSOE, pero lo cierto es que España comienza un nuevo ciclo electoral en 2019 con unas elecciones que en la mayor parte del territorio serán de triple urna (europeas, autonómicas y municipales).

Lo que parece claro ya es que con dicho ciclo comenzará una nueva etapa en la política española. Una etapa en la que el Procés tendrá más peso que el 15M en una España donde la crisis territorial ocupa más espacio que la crisis económica.

En el nuevo ciclo político, los españoles no sólo no van a conceder mayorías absolutas, tampoco serán suficientes para gobernar en solitario y los partidos (todos ellos) van a tener que aprender a convivir con esta situación modificando sus comportamientos tradicionales.

Hasta la fecha, ha sido el Partido Socialista el que más acuerdos ha practicado en España y eso debería servirle para ganar terreno en la nueva situación, pero tanto PP como Podemos y Ciudadanos deberán aprender también a gestionar una situación política que exigirá, sí o sí, de acuerdos entre las distintas formaciones políticas que permitan la gobernabilidad de España.

España debería estar discutiendo ya sobre el país que ha de surgir tras una década de crisis que hizo temblar los cimientos del edificio, pero parece que, de nuevo, lo pequeño está ganando a lo importante y perdemos el tiempo

discutiendo de viejos problemas como el nacionalismo en lugar de hablar de nuevos retos como la unificación política de Europa.

En la mano de todos está que no sea así.

España es hoy un país plenamente democrático con un fuerte Estado social. Un país atractivo para visitantes e inversores que se ha homologado a sus socios europeos modernizando sus infraestructuras, sus servicios públicos, su economía, sus usos y costumbres y su propia mentalidad.

El Foro Económico Mundial elabora todos los años un informe sobre el mejor destino turístico del mundo. España se situó a la cabeza en 2015 y no ha abandonado esa posición desde entonces. Podría el lector pensar que este dato habla sobre la vida de los turistas en España y no sobre la vida de los propios españoles. Pero antes de desechar el argumento, debemos conocer cómo se elabora dicho informe. En éste se evalúan hasta 14 conceptos que dibujan una foto bastante completa sobre un país y sobre las condiciones de vida en él. Las infraestructuras, la salud y la higiene, la seguridad, las tecnologías de la información y de la comunicación, los recursos culturales, la sostenibilidad ambiental, los recursos naturales o el entorno para hacer negocios forman parte de la evaluación. España no encabeza ninguno de los 14, pero su buena posición en todos ellos hace que obtenga el primer lugar en el ranking, por delante de Francia, Alemania, Japón, Reino Unido, Estados Unidos, Australia, Italia, Canadá y Suiza. Esta lista de países no parece precisamente un ranking de cálidas repúblicas bananeras con soleadas playas y fiestas interminables, más bien parece la lista de los países más desarrollados del mundo y eso tiene que ver con los criterios evaluados.

Claro que se han cometido errores y por supuesto que sigue habiendo injusticias que corregir. Por supuesto que ha habido excesos y sigue habiendo desigualdad. Es evidente que el paro sigue siendo el enemigo público número uno de los españoles. Todo ello debe ocupar la centralidad en la agenda política que se debe volcar en crear empleo de calidad, combatir la desigualdad, luchar contra la violencia de género...

Pero España es un gran país. La transición política a la democracia, la entrada y el proceso de convergencia con Europa, la mejor sanidad pública del mundo, un modelo de protección social avanzado que incluye la atención a la dependencia, el fin del terrorismo de ETA, los derechos civiles y la

protección de las minorías, el liderazgo del turismo mundial, las mejores infraestructuras y transporte público del mundo, la internacionalización de nuestra economía y hasta los apabullantes éxitos deportivos internacionales forman parte de un inmenso patrimonio colectivo creado por los españoles y admirado en el resto del mundo.

Corregir errores y combatir injusticias, ¡desde luego!

Ser conscientes de todo lo logrado y no echar tierra sobre ello, ¡también!

España reúne todas las condiciones para ser uno de los motores de la integración política europea y está perdiendo todo el tiempo que no dedique a esa tarea y sí a discutir sobre cuántas naciones, reinos o marquesados la forman.

Nuestro país, como el resto de países, es una nación en tiempos de la crisis del Estado-nación y debería dedicarse a unirse a otras naciones de su entorno para crear una verdadera federación europea que le permita seguir siendo un actor principal en el siglo XXI y seguir así extendiendo al resto del mundo un modelo tan propio como raro y precioso: el modelo social europeo.

Este libro contiene en su inicio una cita de Felipe González. No en vano se trata del líder más importante que ha tenido la España democrática y uno de los más importantes de la Europa socialdemócrata y del bienestar surgida tras la segunda guerra mundial. En ella, González advertía del riesgo de «italianizar sin italianos» la política española.

Siento la necesidad de volver a citar a González para concluir esta obra. Preguntado sobre la esencia del liderazgo, González contestó: «El liderazgo consiste en hacerse cargo del estado de ánimo de los demás». Cierto.

El siglo XXI lo liderarán aquellos que sean capaces de hacerse cargo del estado de ánimo de la sociedad del siglo XXI.

Por eso es fundamental saber escuchar y comprender lo que se escucha.

## Agradecimientos

A Mia Sierra por existir.

Ana Águeda y María de Hontanares López por su apoyo incondicional.

A Alfredo Pérez Rubalcaba por haberme permitido ser secretario de Organización del PSOE.

A Fernando Conde por sus excelentes estudios y reflexiones.

A Alejandro Suárez Sánchez-Ocaña por ayudarme a dar el primer paso.

A Roger Domingo por su acogida a esta idea desde el primer momento.

A Sonia Sánchez, Juan Carlos Merino, Esther Palomera y Manuel Sánchez por sus generosas valoraciones sobre esta obra. Me gustaría, con ello, hacer un reconocimiento a todos los periodistas que trabajan a pie de obra la información diaria sobre la política española.

Y a la irrepetible Amy Winehouse por su música que me acompañó mientras escribía todo esto.

A todos ellos (y a muchos más) quiero agradecer que haya podido realizar esta obra.

## Bibliografía

CONTRERAS, JOSÉ MIGUEL, *Vida política y televisión*, Editorial Espasa, 1990.

DEL MOLINO, SERGIO, *La España vacía*, Editorial Turner, 2016.

FERRÉS, JOAN, *Televisión subliminal. Socialización mediante comunicaciones inadvertidas*. Editorial Paidós, 1996.

HARARI, YUVAL NOAH, *Sapiens*, Editorial Debate, 2014.

—, *Homo Deus*, Editorial Debate, 2015.

JUDT, TONY, *Postguerra*, Editorial Taurus, 2005.

—, *Sobre el olvidado siglo xx*, Editorial Taurus, 2008.

—, *Algo va mal*, Editorial Taurus, 2010.



*Del 15M al procés*

Oscar López

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Sylvia Sans Bassat

© de la ilustración de la portada, © Gerard Julien /AFP/Getty © Charlotte Gilhooly ©

Kippelboy - WIKIMEDIA © Marta Jara / eldiario.es © Carlos Delgado

© 2018 Oscar López

© Editorial Planeta, S.A., 2018

© de esta edición: Centro de Libros PAPF, SLU.

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2018

ISBN: 978-84-234-2957-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)



ÓSCAR LÓPEZ



DEL 15M AL PROCÉS:



LA GRAN TRANSFORMACIÓN  
DE LA POLÍTICA ESPAÑOLA



PODEMOS, CIUDADANOS, EL DESAFÍO  
SOBERANISTA Y EL FIN DEL BIPARTIDISMO



UN ENSAYO SOBRE EL CAMBIO RADICAL DE LA POLÍTICA  
ESPAÑOLA DURANTE LOS ÚLTIMOS AÑOS



DEUSTO